



IMPEDIMENTA

Reinas del Abismo

Cuentos fantasmales de
las maestras de lo inquietante



Reinas del abismo
Cuentos fantasmales
de las maestras de lo inquietante



Traducción del inglés a cargo de
Alicia Frieyro, Olalla García, Sara Lekanda, Alba Montes y
Consuelo Rubio

Edición e introducción de
Mike Ashley



IMPEDIMENTA

Una gran recopilación de cuentos de terror absolutamente escalofriantes, de la mano de auténticas maestras del horror victoriano que pasaron desapercibidas en su tiempo.

«Estas damas del escalofrío canalizaron la angustia de sus vidas en la ficción para hacerla, si cabe, aún más real.»

Mike Ashley

INTRODUCCIÓN



No debemos subestimar el poder que han tenido las escritoras para moldear y popularizar el relato de terror. Aunque la historia de los cuentos de fantasmas destaca, por lo general, el papel de los autores masculinos, desde Joseph Sheridan Le Fanu pasando por lord Bulwer Lytton, Arthur Machen, M. R. James y H. P. Lovecraft hasta llegar a Stephen King y otros autores actuales, no podemos pasar por alto que la evolución de este campo ha sido también territorio de las mujeres, que han contribuido en igual medida a su desarrollo. Y esto ha sido así desde sus orígenes.

La aparición de la novela gótica de la mano de Horace Walpole con *El castillo de Otranto*, en 1764, sentó las bases de un tipo de relato que adquirió gran popularidad. Enmarcadas en un contexto histórico europeo, estas historias constaban de un castillo encantado donde tenía lugar una supuesta (o a veces genuina) manifestación sobrenatural, a menudo provocada por una leyenda o una maldición familiar. Aunque Clara Reeve, hija de un párroco de Suffolk, alabó la ambientación de *Otranto*, arguyó a su vez que los recursos utilizados por Walpole en la novela eran extremos y, por lo tanto, poco creíbles. En *El barón inglés* (1777) lo criticaba abiertamente por haber creado una atmósfera demasiado intensa que hacía que la historia, al final, se desinflase, y declaraba que por ello se había sentido engañada e incómoda. En su novela, Clara alteró los elementos para producir un modelo de relato gótico menos evocador, pero más creíble.

Fue Ann Radcliffe la autora que consiguió un equilibrio entre la ambientación creada por Walpole y un componente sobrenatural aceptable (y justificado). Escribió una serie de novelas que alcanzó su cumbre con *Los misterios de Udolfo* (1794). En ella, Radcliffe construyó una emocionante aventura, envuelta en una atmósfera inquietante con tintes sobrenaturales, y sin embargo con un cierre razonable que dejaba al lector con ganas de más. *Udolfo* se considera el modelo de novela gótica por excelencia, un relato redondo con su bella heroína y su apuesto amante. Fue una de las

novelas más famosas de su época e hizo rica a Radcliffe. Pese a que Jane Austen la parodió en *La abadía de Northanger* (publicada en 1817, aunque concluida en 1803), es bastante seguro que el retrato que conformaba de una joven fácilmente influenciable y atraída por *Udolfo* con una pasión irrefrenable reflejaba la realidad de muchas lectoras de la época.

Y así empezó todo.

Entre Clara Reeve y Ann Radcliffe establecieron una sencilla regla básica que ayudó a consolidar el relato de terror: no embellecer en exceso y mantener la sencillez; intensificar el ambiente con todos los medios posibles, pero de forma sutil y creíble. Así es como se construye un auténtico cuento de fantasmas.

Esta se convirtió en la regla básica que siguieron desarrollando las escritoras victorianas. Mientras Edgar Allan Poe, Joseph Sheridan Le Fanu y lord Bulwer Lytton, entre otros, intensificaban esa atmósfera dramática, al menos en sus relatos más tempranos, las mujeres creaban historias eficaces y memorables. Catherine Crowe, Elizabeth Gaskell, Amelia Edwards, Rhoda Broughton, Margaret Oliphant, Charlotte Riddell, Mary Molesworth (nos sería fácil duplicar o incluso triplicar esta lista) son algunas de las autoras que escribieron las mejores historias de fantasmas de la época victoriana.

Sin embargo, en lugar de centrarme en ellas, cuyas historias han sido reeditadas con frecuencia (de manera muy acertada, por cierto), quería explorar otras escritoras. Son aquellas que llevaron el relato de lo sobrenatural del periodo victoriano tardío a los albores del siglo XX, algunas de ellas muy conocidas, bien por sus cuentos de terror bien por otras obras, y otras no tanto. Entre los nombres más célebres se encuentran aquellas cuyas trayectorias profesionales o vitales chocaron de alguna forma con la sociedad victoriana, que a cambio las recompensó otorgando a su obra cierta notoriedad. Es el caso de Mary Braddon, Marie Corelli y Edith Nesbit. Entre las menos conocidas están las que osaron penetrar en el baluarte masculino de las revistas *pulp* y se forjaron su propia reputación en el ámbito de los relatos de terror, como Grege La Spina, G. G. Pendarves, Margaret St. Clair y Mary Counselman. También tenemos a aquellas que, en su momento, fueron muy

aclamadas por sus cuentos de misterio, pero que hoy en día han quedado olvidadas, como Marie Belloc Lowndes, May Sinclair, lady Eleanor Smith y la surrealista Leonora Carrington.

Existe otro factor que une a estas autoras. Además de asomarse a los abismos del terror, la mayoría de ellas tuvieron que salir del abismo de la pobreza u otras adversidades sufridas durante la infancia o el matrimonio. Es posible observar la angustia de una vida de padecimientos volcada en sus obras de ficción, lo que las hace más reales.

He escogido deliberadamente historias menos conocidas, incluso de las autoras más populares. Todas ellas muestran cómo las escritoras continuaron experimentando y evolucionando el cuento de terror desde sus inicios góticos y el apogeo victoriano hasta el XX . No son solo historietas de apariciones fantasmales. Podemos encontrar un elemento psicológico en el relato de Marie Lowndes, una alegoría religiosa en el de Marie Corelli, un drama histórico en el de Marjorie Bowen y un amor fantasmagórico, algo subido de tono, en el de May Sinclair.

Estas *Reinas del abismo* traspasaron los límites para mantener el relato de terror vivo, fresco y fortalecido para el comienzo del nuevo siglo.

MIKE ASHLEY

Reinas del abismo



UNA REVELACIÓN

MARY E. BRADDON

(1888)

MARY ELIZABETH BRADDON

1835-1915

Mary Elizabeth Braddon fue la novelista que disfrutó de un éxito mayor en la era victoriana. Al igual que algunas de sus heroínas, capaces de superar los innumerables obstáculos que la vida interpone en su camino, también ella sorteó el escándalo y los prejuicios para convertirse en una admirada y respetada gran dama. Mary se crio con su madre, Fanny, después de que esta abandonara a su marido, que llevaba una doble vida. La madre se convirtió en una contable muy capaz y educó a la joven Mary. Sin embargo, siempre andaban apretadas de dinero, y al cumplir los veintiún años, Mary se hizo actriz y empezó a actuar de manera itinerante por todo el país. Fue durante una estancia en Beverley, Yorkshire, cuando empezó a escribir, contribuyendo con poemas en el periódico local y sacando una novela por entregas con el impresor local, que fue publicada en 1860 bajo el título Three Times Dead o S ecret of the Heath y que no tardó en editarse en formato de libro como The Trail of the Serpent. Esta clase de novela sensacionalista, muy en la línea de las obras de Wilkie Collins, era el género que mejor dominaba Braddon, pero a lo largo de sus siguientes novelas y obras por entregas fue refinando su estilo hasta alcanzar la perfección en El secreto de lady Audley (1862). Esta historia de bigamia e intento de asesinato se convirtió en una de las novelas más populares de su época. Para entonces, Mary había conocido al editor John Maxwell y se había instalado con él, fingiendo estar casados, a pesar de que la mujer de él seguía viva y recluida en un manicomio en Irlanda. Maxwell era un empresario bastante incompetente y fueron los ingresos de Mary los que mantuvieron su solvencia y, en último

término, hicieron posible que saliera adelante con éxito. El editor ya contaba con cinco hijos de su primer matrimonio, y Mary le dio seis más, uno de los cuales murió de niño. La maternidad y su agotadora agenda como escritora y editora hizo que Mary sufriera una depresión en 1868, pero se recuperó. Ella y Maxwell contrajeron matrimonio en 1874 a la muerte de la primera esposa de él.

La producción novelística y de cuentos cortos de Mary fue ingente. Entre sus novelas destacan El secreto de Aurora Floyd (1863), John Marchmont's Legacy (1863), Joshua Haggard's Daughter (1876) y una obra de gran interés para los amantes del género macabro, Gerard or the World, the Flesh and the Devil (1891), en la que reescribe la leyenda de Fausto. Pero, aunque publicó varias colecciones de cuentos cortos, nunca reunió en un único volumen todas sus historias insólitas. De hecho, no fue hasta que Richard Dalby compiló El abrazo frío (2000) cuando se reunieron la práctica totalidad todos sus cuentos sobrenaturales. La Biblioteca Británica ha publicado desde entonces su propio volumen, El rostro en el espejo (2014). Teniendo en cuenta que Mary Braddon publicó casi todos sus cuentos cortos de forma anónima, y a veces bajo pseudónimo, es muy posible que todavía haya obras suyas por descubrir —puede que incluso reimpresas como anónimas—. El siguiente relato, publicado por primera vez en 1888, contiene todos los sellos de la casa Braddon, incluida la bigamia y lo oculto.

UNA REVELACIÓN

MARY E. BRADDON

I

—Y ESTA DETERMINACIÓN SUYA de marcharse a Inglaterra ¿no es un poco repentina?

—Lo es —contestó el coronel Desborough—. Y son tantos los años que llevo en la India que es probable que en mi propio país no consiga sentirme tan en casa como aquí. Y llevo tantos años en la India que quizá la sienta más hogar que mi propio país. Pero un viaje por mar me vendrá bien, eso dicen los médicos. De un tiempo a esta parte no me encuentro nada bien.

—Es cierto que le he visto desmejorado, y que también parecía muy deprimido. ¿Le sucede algo? Y disculpe la pregunta.

—Mi estimado Breakspear, nuestra amistad justifica una pregunta tan natural. En efecto, sí que me sucede algo, y no es bueno, nada bueno. Salvo a mis dos médicos, no he mencionado a nadie la causa de mi mala salud y de mi abatimiento; pero, como el *Jumna* parte la semana que viene y quizá no volvamos a vernos nunca más, se la confiaré a usted.

—Ahí está ese pesimismo de nuevo. Por supuesto que nos volveremos a ver, y espero que tenga esposa para entonces. Debiera usted casarse, Desborough; lleva solo demasiado tiempo.

—No —contestó el coronel—. Estoy a punto de cumplir los cuarenta y, en mi opinión, es difícil que a esas alturas de la vida pueda uno cambiar ya de costumbres o de ideas. Una esposa de mi edad se encontraría en la misma situación... chocaríamos. Y una más joven me importunaría. Pero dejemos lo del matrimonio, es una cuestión sobre la que no merece la pena discutir.

—Bien, pues entonces volvamos a la causa de su afección.

—¿Recuerda nuestra expedición a las montañas y la cacería del tigre?

—Sí, claro, hace solo cinco meses; estaba usted muy bien por entonces... Con el ánimo por las nubes, lo recuerdo.

—Y esa fue la última vez que lo estuve —replicó Desborough apesadumbrado—. Como sabe, le seguimos el rastro a nuestra pieza hasta lo más profundo de la jungla, y allí lo matamos. Al regresar, había una luna llena que lo iluminaba todo como si fuera de día. Yo iba a la cabeza mientras avanzábamos en fila india por la angosta senda. Por delante todo aparecía despejado; solitario, de hecho. De repente, divisé a escasos pasos de donde me encontraba la figura de un viejo amigo a quien no había visto y en quien no había vuelto a pensar en muchos años; y, sin embargo, allí estaba, de pie en medio del sendero. Levantó un brazo e hizo un gesto para que me acercase.

—Por fuerza tuvo que ser una sombra —observó prudente el mayor Breakspear, advirtiendo la palidez y el nerviosismo que se habían ido apoderando de Desborough mientras hablaba.

—Lo mismo pensé yo entonces, estaba convencido de que la visión no era más que una jugarreta de la memoria. Pues bien, deseché de mi cabeza el asunto; pero —y bajó la voz—, una noche o dos después, mientras me miraba en el espejo del tocador, lo vi justo a mi espalda, de pie en mitad de la habitación. Volvió a hacerme un gesto, invitándome a que lo siguiera. Lo más extraño de todo es que, aunque lo reconocí a la perfección, ya no era un hombre joven, como cuando lo vi por última vez, sino que tenía el pelo y la barba grises como el acero, y su aspecto era el que indudablemente tendría si hubieran pasado quince años.

—Pura imaginación —dijo el mayor—. ¿Y ha experimentado alguna otra reaparición de este... fenómeno?

—¡¿Alguna reaparición, dice usted?! Ojalá pudiera decir que no. Le veo con frecuencia y en los momentos más inesperados..., y no siempre por la noche, aunque sí que generalmente plantado entre las sombras, como en esa hornacina de ahí, por ejemplo. —Y lanzó una mirada nerviosa hacia el hueco mientras hablaba—. No soy supersticioso, y nunca he creído en las manifestaciones espectrales. He luchado en batallas y he sido testigo de los horrores de un

asedio prolongado, pero he de confesar que no hay nada que me haya sobrecogido tanto como esta aparición.

—Es muy extraño, desde luego; y dice usted que ni siquiera había pensado en su amigo recientemente —observó el mayor Breakspear.

—Para nada. Es tres años mayor que yo; coincidimos en las academias de rugby y de Sandhurst. A la muerte de su padre, heredó el título de *baronet* y se casó. Yo me vine a la India a los dieciocho años, y solo regresé a casa de permiso cumplidos los veinticuatro. Supe que mi viejo compañero de academia se había quedado viudo y que tenía una niña pequeña. Eso fue hace quince años. Mantuvimos alguna correspondencia, pero no he tenido noticias tuyas ni he pensado en él durante los últimos diez. Bueno sí, hace dos o tres años leí en *The Times* que había contraído nupcias por segunda vez. Y ahora se diría que estoy poseído por él; cuando duermo sueño con él, y al despertar me lo encuentro ahí de pie, en mitad de la habitación. La cuestión es, Breakspear, ¿estoy loco?

El mayor Breakspear, notando el estado de extrema agitación en el que se encontraba su camarada, le apoyó una mano amiga sobre el hombro.

—No no —dijo—, no lo piense ni por un instante; es un desequilibrio fisiológico, solo eso.

—En *Demonología y brujería*, sir Walter Scott se hace eco de la historia de un caballero, miembro de las más altas instancias de la administración de justicia, a quien rondaba de forma pertinaz una presencia imaginaria y que, de hecho, acabó consumiéndose y muriendo por tan terrible experiencia. Puede que a la larga yo corra la misma suerte. Mi raciocinio no está capacitado para combatir los efectos de lo que o bien es una realidad o bien un producto de una mente enferma.

El mayor Breakspear contempló a su amigo atentamente, reparando en lo mucho que se había consumido aquel cuerpo antaño fornido, y en cuan demacrada estaba su cara, antes apuesta y franca. Desborough había destacado como uno de los hombres con mejor planta del ejército, con su más de metro ochenta de estatura, un espléndido físico, ágil y activo, una pose elegante y

erguida y la cabeza siempre firme y echada hacia atrás; tenía un fino rostro sajón, rasgos clásicos, una tez sana (muy bronceada por el sol), ojos azules y el pelo rubio oscuro. A sus treinta y ocho años era mucho más atractivo que un buen número de hombres más jóvenes que él.

—La travesía calmará sus nervios y le fortalecerá —acertó a decir Breakspear—. Le aconsejo que parta con la mayor premura posible.

Después de que el mayor se marchara, el coronel Desborough empezó a pasearse por la habitación, sumido en sus pensamientos.

—No no —se dijo a sí mismo—, no estoy loco, pero estoy decidido a resolver este misterio. Iré a ver a Henry Chalvington. Si me marcho a Inglaterra no es solo por mi estado de salud. —Entonces hizo pasar a su edecán—. ¿Ha decidido ya si me acompañará o no, Blencoe?

Blencoe, un hombre atractivo de unos treinta años, le hizo el saludo militar.

—Iría con usted hasta el fin del mundo, coronel, pero... no a Inglaterra.

—Supongo que, al igual que me ocurre a mí, no le une a usted ningún lazo con nuestro país.

—Al contrario, señor, tengo uno y con ese me basta... ¡una esposa!

El coronel no pudo reprimir una carcajada.

—¡Me sorprende usted! —dijo—. No tenía ni idea de que fuera un hombre casado.

—Aquí nadie lo sabe, coronel; es más, si me alisté en el ejército fue para esconderme y huir de ella. Blencoe no es mi verdadero nombre. Llevo aquí seis años, un tiempo que dista mucho de ser suficiente para haber alterado mi aspecto físico. Si me cruzara con mi esposa, aún me reconocería.

—Entonces viajaré sin asistente y contrataré uno cuando llegue a Londres. De haber aceptado acompañarme, le aseguro que no habría sido en balde. Su formación es excelente. —De hecho, Blencoe ocupaba un puesto de ayudante en la oficina del tesorero—. Podría haberme leído, y escribir al dictado durante el viaje, puesto que no me encuentro con fuerzas para ello.

El joven lanzó una mirada apesadumbrada al coronel.

—Si pudiera estar seguro de que no fuera a encontrarme con ella. Verá, señor. Yo estaba empleado de pasante en un despacho de abogados y un mal día me casé con esa mujer. Mi padre, que era metodista y, por tanto, un hombre muy estricto, me echó de casa. Empecé a trasnochar y mi jefe me despidió. Probé en el teatro, pero descubrí que no sabía actuar. Corrí un tupido velo sobre las idas y venidas de mi amada esposa. Salí huyendo y aquí estoy.

—No podría haber sido más gráfico y sucinto. Ya veo que no tiene usted ningún aliciente para viajar a Inglaterra.

—Al contrario, coronel, hay dos alicientes de peso. El primero es su compañía, señor, puesto que es usted un caballero; ha sido generoso conmigo y en más de una ocasión ha tenido la enorme bondad de alabar mi formación, que posiblemente habría sido mejor de no haberme comportado como un cabeza loca. El otro aliciente —prosiguió Blencoe, que bajó la cabeza para ocultar un brillo delator en sus ojos— es volver a ver el rostro de mi madre, si es que vive. De modo que creo que me arriesgaré, señor, y le acompañaré.

No había un hombre más valiente al servicio de Su Majestad que el coronel Desborough. Era inteligente, y sentía tanta devoción por la vida militar que, a pesar de disponer de una importante fortuna, heredada tras la muerte de un hermano mayor, había permanecido en la India y, hasta el momento, vivido con la sencillez de un hombre de recursos muy modestos. No sabía determinar con exactitud si su deficiente estado de salud se debía a una estancia demasiado prolongada en aquel clima tan caluroso o si, por el contrario, debía achacarla a otras causas; él siempre se había mofado de los cuentos de fantasmas, pues consideraba impropio de un hombre sensato tomarlos en consideración y mucho menos creer en ellos. Por eso opinaba que las frecuentes e inesperadas apariciones de este viejo amigo solo podían ser producto de una imaginación enferma. No obstante, era tan mayúscula la impresión que estas le habían causado que ahora iba a embarcarse rumbo a Inglaterra con el fin de llegar al fondo de aquel extraño suceso.

—Se trata de una afección mental —se dijo con pesimismo—; una semana llevo harto entretenido con los preparativos para el viaje y las despedidas de mis amistades, y mi estado de ánimo ha experimentado una notable mejoría, he desviado mis pensamientos

hacia otros derroteros y, por tanto, esta pesadilla de mi imaginación ha cesado; un cambio de aires la curará.

En total contradicción con esta teoría, coincidiendo con un momento en el que se encontraba más alegre que nunca, puesto que regresaba de compartir una cena con un puñado de amigos la víspera de su partida, sucedió que al abrir la puerta de su dormitorio vio con absoluta claridad a sir Henry Chalvington bajo la luz de un rayo de luna que se colaba por la galería. Mientras entraba, la figura pareció retroceder ante su presencia hasta que finalmente se esfumó a través de la ventana abierta. La siguió hasta la terraza de su bungaló, delante de la cual un centinela hacía su ronda.

—¿Ha pasado alguien por aquí? —preguntó el coronel.

—Ni un alma desde que estoy de servicio, señor —contestó el soldado, presentando armas.

II

—¿Quién es el coronel Desborough? —preguntó lady Chalvington, tomando la tarjeta que acababan de entregarle y examinándola con sus anteojos de oro—. ¿Lo conozco?

—*Non lo so, Eccellenza*. Es cierto que primero preguntó por el señor, y *après pour Madame*.

El hombre que contestó con este galimatías era un personaje muy relevante en el séquito de nuestra dama. Ella a veces lo calificaba como su *homme d'affaires*, otras como su *maggiordomo*. Era un individuo de tez oscura y aire extranjero, con el pelo negro muy brillante y bastante largo, bigote negro, ojillos inquietos y nariz aguileña. Iba muy bien vestido de traje negro, y exhibía una rutilante leontina, además de numerosos anillos en unos dedos largos y huesudos. Jamás hablaba en una única lengua correctamente; más bien recurría a las primeras palabras que se le pasaban por la mente y sin atender nunca a las normas gramaticales. Al contestar a lady Chalvington, la miró directamente a los ojos, y ella le devolvió la mirada, aunque con expresión interrogante.

—¿Te resulta familiar el apellido, Mary? —preguntó, dirigiéndose a su hijastra.

La señorita Chalvington levantó la vista de su labor de bordado y se quedó pensativa unos instantes.

—Me parece que sí. Guardo un vago recuerdo de un tal coronel Desborough que vino a pasar unos días con nosotros en Methwold cuando yo era pequeña —dijo—. Se portó muy bien conmigo.

—¿Crees que debería recibirle, o no? Sí; hágale subir, Texere.

El intérprete hizo una pronunciada reverencia, abandonó la sala y al cabo de un minuto anunció al coronel Desborough y lo hizo pasar a la sala. Su aspecto había mejorado considerablemente después del viaje, pero todavía conservaba un rictus de ansiedad en el rostro. Sin embargo, no había visto nada que lo alterase durante la travesía, y por lo tanto había dormido bien. El descanso, combinado con el aire del mar, lo habían restablecido. Tan pronto entró en la estancia, lady Chalvington pensó que jamás había visto un hombre tan atractivo. Él, por su parte, quedó apabullado por el soberbio aspecto de la dama, que se adelantó a saludarlo.

Aparentaba unos veintisiete años; una mujer hermosa, de belleza selvática, si es que podía describirse así; en su cara, los enormes ojos negros, con largas pestañas, aparecían acentuados por unas cejas negras muy marcadas; la tez era de una delicada textura y de un tono aceitunado muy pálido; la nariz, de orificios redondeados, parecía más bien africana; la boca de labios carnosos la llevaba pintada de exquisito carmín. Era de estatura mediana, con un cuerpo robusto, bien proporcionado. El vestido era de terciopelo carmesí ribeteado de encaje amarillo antiguo; llevaba su ondulado pelo negro recogido en la coronilla y unos diamantes lanzaban destellos en sus orejas.

—Gracias por recibirme, lady Chalvington —dijo el coronel—. Soy amigo de juventud de sir Henry, acabo de llegar de la India. Pasé por su residencia de Brook Street y me enteré de que estaba usted aquí, en Brighton. Me dicen que sir Henry está en el extranjero, aquejado de problemas de salud. No será nada serio, ¿verdad?

—¡Ah! —suspiró la dama que, con un pequeño gesto de una mano blanquísima y repleta de joyas, lo invitó a sentarse en un sofá mientras ella misma tomaba asiento, con estudiada elegancia, en una silla que había al lado—. Está muy delicado de salud, le cuesta respirar en los inviernos fríos. Inglaterra es demasiado neblinosa y húmeda para él.

—Vaya, cuánto lo siento. Y ¿regresará para primavera?

—Me temo que permanecerá ausente durante un periodo indefinido de tiempo.

—¡No me diga! —contestó el coronel asombrado—. Pero, y disculpe la pregunta, ¿cómo es que no está usted con él?

—Ese ha sido su deseo, puesto que de hacerlo no podría yo atender mis compromisos sociales.

—¿Me dará usted su dirección? Me gustaría escribirle una carta.

—Yo se la remitiré encantada en su nombre. Lo hacemos así con toda la correspondencia por deseo expreso de sir Henry.

El rostro del coronel adoptó una expresión de inusitada sorpresa. Desvió casualmente la mirada hacia la joven que estaba sentada al fondo de la estancia, detrás de lady Chalvington, y vio que esta lo miraba y negaba con la cabeza. Al ver que sus ojos permanecían repentinamente fijos en algún objeto, lady Chalvington se dio la vuelta de golpe, aunque solo para hallar a su hijastra diligentemente ocupada en su labor.

El coronel Desborough supo aprovechar la ocasión y, levantándose con la mano tendida, avanzó hacia la hija de su amigo.

—¿Es posible que esta sea la pequeña Mary? —dijo.

—Ya no tan pequeña —contestó la señorita Chalvington con una dulce sonrisa, al mismo tiempo que dejaba reposar una mano pequeña y fina sobre la de él—. Pero sí que se acuerda del coronel Desborough, y de cómo solía ponerse a gatas y rugir, imitando a un león, para hacerla reír.

—Eso fue cuando era joven, hace quince años —dijo él—. Tú eras apenas una niña. Digo yo que rondarías los cuatro años.

—Ahora tengo diecinueve.

—¿Escribirás pronto a tu padre? —preguntó él.

La muchacha alzó la vista y lo miró de hito en hito con unos ojos grises muy serios. ¿Qué sentimiento anidaba en ellos? ¿Era súplica?, ¿temor?, ¿duda? Aquella mirada lo desconcertó.

—Eso espero —dijo ella lanzando una mirada furibunda a su madrastra.

Él retuvo la mano de la muchacha en la suya y escudriñó aquel rostro tan pálido y desmejorado. Un leve rubor se asomó a sus mejillas. Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas. El coronel se

sintió consternado y se atrevió a apretar aquella pequeña mano tan frágil que descansaba con absoluta confianza en la suya. Ante esta señal de amistad, ella regresó rápidamente a su silla y enterró la cara en su pañuelo, sollozando con gran pesar.

—Márchate a tu habitación, ¡ahora! —exclamó lady Chalvington, acercándose a ellos—. Deberías avergonzarte, ¡una jovencita de tu edad comportándose como una niña malcriada!

Mary se levantó apresuradamente y abandonó la estancia sin mediar palabra, enjugándose aún los ojos con el pañuelo. Desborough observó con interés cómo salía. Reparó en que era una chica muy alta y delgada, que caminaba muy erguida y que tenía el pelo rubio, el cual llevaba recogido en un moño en la parte posterior de una cabeza de rasgos clásicos. Llevaba un vestido gris, bastante sencillo, modesto como el de una cuáquera, lo que contrastaba de manera llamativa con el fastuoso atuendo de su madrastra.

—Parece una muchacha muy delicada —dijo él.

—Mary no es delicada. Lo aparenta por esa tez tan blanca que tiene, pero es arisca por naturaleza —replicó lady Chalvington ostensiblemente irritada por la escena que acababa de desarrollarse.

—Cuando escriba a sir Henry, méncionele mi nombre y dígame que quisiera verle cuanto antes.

—Así lo haré —contestó la dama, acercándose a la campanilla.

Consciente de que había demorado su visita hasta donde permitía la etiqueta, el coronel se retiró. En el vestíbulo encontró un lacayo y a Texere.

—¿Cuál es la dirección de sir Henry? —le preguntó abruptamente a este último, que lo saludó con una pronunciada reverencia.

—*Entschuldigen Sie, mein Herr; in verita non posso; je ne sais pas, Monsieur.*

—¿Cuánto tiempo lleva enfermo sir Henry?

—*Depuis quand est il malade...* tges años. Tiene tisis.

—¿Quién se encarga de su correspondencia?

—La señora.

—¿Quién maneja sus asuntos?

—La señora.

El coronel se marchó.

—¿Qué he conseguido? —se preguntó tan pronto como se encontró en la acera de Eastern Terrace, nada más salir—. Nada. ¿Qué sucede ahí dentro? ¿De dónde se sacó a esa esposa que se maquilla la cara y los labios, y se oscurece todavía más sus ya negríssimos ojos? ¡Y esa pobre niña! ¡Con qué ojos tan implorantes me ha mirado! Hay algo en esa casa que no me acaba de encajar. Bueno, este viaje a Brighton ha resultado infructuoso. Iré a la finca familiar en Norfolk y hablaré con el administrador.

El coronel Desborough era un hombre de acción. Aquella misma noche ya estaba de regreso en Londres y tan solo un par de días después se encontraba en Norwich, desde donde partió sin demora hacia Methwold, sede de la Baronía de sir Henry Chalvington. A finales de noviembre el paisaje ya resultaba lo suficientemente deprimente, y el cometido al que se había encomendado le pesaba en el ánimo. ¿Dónde estaba su amigo? Sin pensárselo puso rumbo a la casa del administrador de la finca, la que recordaba situada a la entrada del parque. Por fortuna, lo encontró en casa, pero el hombre al que él buscaba había fallecido hacía mucho tiempo. El actual administrador era otro y más joven.

—Recibimos cartas de sir Henry de vez en cuando —le informó este respondiendo a las preguntas del coronel—, y siempre por medio de la señora, que es una avezada mujer de negocios. Los cheques llegan con regularidad. Pero en lo que se refiere al paradero de sir Henry, nadie lo conoce; las cartas no llevan remite alguno. El señor desea mantener en secreto su lugar de residencia.

—¿Y no le parece eso muy extraño?

—Así nos lo parece a todos por aquí, pero ¿qué le vamos a hacer?

—Hábleme de lady Chalvington —dijo el coronel—, ¿quién es exactamente? ¿A qué se dedica? Yo conocí a su primera esposa...

—Sobre quién es la dama, solo puedo decirle que era condesa de Acluna; viuda, medio extranjera y de origen sudamericano, que yo sepa. Sir Henry se casó con ella hace tres o cuatro años, en París. Es una mujer de una elegancia exquisita. Y en cuanto a qué se dedica, puedo asegurarle que da las mejores fiestas de Londres, y que sin duda es la mujer de moda.

—Pero ¿realmente asiste la gente a sus recepciones?

—Suplican para conseguir una invitación. Pero yo sé que a sir Henry no le gustaba estar en compañía. Hay quien piensa que esa es la razón por la que prefiere vivir retirado en el extranjero.

—¿Y qué me dice de la señorita Chalvington? —preguntó Desborough.

—Ella y la señora no se llevan demasiado bien. A la señorita Chalvington le encanta alojarse aquí. La señora, sin embargo, detesta la campiña.

El coronel Desborough lo miró con el semblante muy serio.

—¿Cuánto hace que sir Henry se marchó de Inglaterra?

—Ocho meses. La señora y él viajaron juntos a Engadine, y parece ser que el señor no consideró conveniente regresar. ¿Le gustaría pasarse por la casa, señor?

—Sí, me encantaría volver a echarle un vistazo a esas viejas habitaciones. Pero recuerdo a la perfección un atajo hasta allí a través del parque. No hace falta que se moleste en acompañarme.

Methwold era un viejo caserón isabelino rodeado de árboles y más allá de cuyo parque se extendía una zona boscosa. Era el elemento central de una extensa propiedad. ¡Y qué familiar le resultaba! El ama de llaves recibió al coronel con sumo placer y le enseñó la mansión. ¡Qué bien la recordaba! Y, sin embargo, se le antojó más oscura y pequeña que cuando era joven. ¿Qué había sido de aquellos dos muchachos vehementes que corrían por sus pasillos? ¿Qué de los dos cadetes recién licenciados en Sandhurst? ¡Ay! Uno de ellos era ahora un hombre serio tostado por el sol de la India y el otro..., ¿dónde estaba el otro?

El coronel entró por último a la galería de retratos, que ocupaba un ala que corría todo a lo largo del edificio. Colgada en la pared estaba la imagen de sir Henry cuando era un agraciado niño de siete años, pintada por Harlstone. Y también otro retrato suyo, ya de joven y vestido de uniforme, obra de Richmond. Entristecido por los recuerdos del pasado, Desborough les dio la espalda y, al punto, quedó paralizado. Su amigo estaba allí de pie, a unos pasos de donde él se encontraba. Lo vio con absoluta claridad, parecía muy serio y entristecido, y en el pelo se le adivinaban ya algunas canas. Esta vez la impresión fue demasiado fuerte para el coronel, que se dejó caer en un sillón, completamente superado por la escena.

—Usted no está bien, señor —exclamó el ama de llaves—. Ver este viejo lugar otra vez le ha afectado.

Se marchó a toda prisa y regresó con un poco de agua y una pequeña licorera de brandy. Una vez recompuesto, el coronel no se marchó de Methwold sin someter antes al ama de llaves a un breve interrogatorio.

—No, sir Henry no estaba fuerte... tenía algo del corazón —dijo—. Había abandonado la caza y le molestaba recibir tantas visitas, que era lo que más le gustaba a mi señora, puesto que cantaba de maravilla y actuaba en pequeñas obras de teatro particulares. El mes de marzo pasado dejaron aquí a la señorita Chalvington y viajaron al continente. Ella regresó sola, con ese intérprete suyo, que aquí no cayó nada bien; es más, el señor Groves, nuestro mayordomo, se despidió al instante. ¿Me pregunta qué aspecto tenía el amo cuando se marchó, señor? Pues, le diré que aparentaba más edad de la que tenía, estaba flaquísimo y, ¡caramba!, el pelo se le había cubierto todo de canas.

Oído esto, el coronel Desborough se despidió. ¿Qué podía hacer? Regresar a Londres. Esta vez para visitar al abogado de la familia en su despacho de Bedford Row.

A la mañana siguiente se presentó en el despacho de dicho caballero. Sí, el señor Bruce lo recibiría cinco minutos, si se trataba de un asunto privado.

—Muy señor mío —dijo el abogado—, sé tanto sobre el paradero de sir Henry Chalvington como usted. Supongo que esta rara ventolera de ocultarse no es más que una excentricidad. Y yo acepto las cosas como me vienen dadas. Remito las cuentas a lady Chalvington, y ella, a su vez, me hace llegar las minutas y los cheques de sir Henry debidamente firmados por él. Está todo perfectamente correcto, pero aun así ¡desearía que regresara a casa!

—Debo tener noticias directas de él y las tendré —dijo el coronel—; para mí es de extrema importancia. Pienso ofrecer una recompensa a cambio de cualquier información acerca de su paradero actual o a quien pueda darme noticias suyas.

—Vamos, vamos, señor mío, ¿sinceramente cree necesario llegar a esos extremos? Espere y ya verá cómo sir Henry sale de su

escondrijo por voluntad propia.

—No puedo esperar. Ofreceré una recompensa de quinientas libras.

Antes de llevar a efecto su propósito, se trasladó rápidamente a Brighton una vez más con la esperanza de entrevistarse de nuevo con lady Chalvington, pero en esta ocasión le fue denegado el acceso, ya que la dama se encontraba atendiendo otro compromiso.

Y a la señorita Chalvington, ¿podía verla a ella? No, la joven no recibía visitas. Pero el coronel no se dio por vencido. Ya avanzada la tarde volvió a presentarse en la casa de Eastern Terrace. Esta vez lady Chalvington había salido, cosa que era verdad.

Escribió un breve mensaje en su tarjeta de visita dirigido a la señorita Chalvington: «Le ruego que me reciba».

La depositó, junto con una libra de oro, en la mano del sorprendido Thomas, puesto que Texere estaba fuera con el carruaje.

—Subiré su tarjeta, señor —dijo el lacayo—, pero mi señora no permite a la señorita Chalvington recibir visitas jamás.

—Inténtelo de todos modos, mi querido amigo.

Thomas vaciló, pero finalmente hizo pasar al coronel a una pequeña estancia donde se guardaban sombreros, paraguas y mantas de carruaje, y cerró la puerta cautelosamente tras de él.

Al cabo de un rato, unos pasos ligeros y rápidos bajaron las escaleras y la señorita Chalvington entró en el cuartito. Parecía asustada y nerviosa.

—No debe entretenerme demasiado tiempo —dijo en voz baja—. Lady Chalvington podría regresar en cualquier momento; se pondrá furiosa.

—¡La temes!

—Es mi carcelera. ¡Soy su prisionera a todos los efectos!

—¿Y tu padre?

—¡Oh, coronel Desborough! Encuéntrelo, se lo imploro; por su vieja amistad, ¡tiene que dar con él! Nunca me escribe a mí, solo a ella. ¡Hace ocho meses que no lo veo! ¡Y me quería como el mejor de los padres!

—¿Acaso ella se queda con tus cartas?

A la joven le temblaba todo el cuerpo y miraba con nerviosismo hacia la puerta.

—¿Por qué querría interceptar tu correspondencia? ¿Por qué te tiene encerrada? —preguntó él.

—Porque me odia. Oh, coronel Desborough, estoy tan preocupada por mi padre... No sé qué pensar.

—Mi querida muchacha —dijo el coronel acariciándole el pelo del mismo modo que lo hiciera cuando ella no era más que una niña—, por supuesto que daré con tu padre, te lo prometo solemnemente. Pero ¿quién es esta mujer?

La señorita Chalvington se estremeció con un escalofrío.

—Es una mujer temible, una mujer cuya compañía debe uno rehuir a toda costa. Una mujer sin escrúpulos..., un lobo con piel de cordero. Y ahora, ¡márchese, por el amor de Dios, márchese!

—Sí —dijo el coronel con amargura—. Pronto regresaré para liberarte. ¡Pero antes pienso resolver este misterio!

III

«Se ofrece recompensa de quinientas libras a cualquier persona que proporcione información precisa acerca del paradero actual de sir Henry Chalvington, *baronet* de Methwold Park, Norfolk, a su viejo amigo el coronel Desborough, hotel Morley's, Charing Cross.»

Eso decía el anuncio que se publicaba a diario en *The Times* y también en el *Galvani* y otros periódicos extranjeros. Pero el tiempo fue pasando sin que se recibiera respuesta alguna. Con la Navidad a la vuelta de la esquina y la climatología empeorando por momentos, el coronel Desborough contemplaba con creciente intranquilidad su marcha al extranjero, viaje que tenía la determinación de hacer, convencido como estaba de que el *baronet* se hallaba en algún lugar del continente. Desde su regreso a Inglaterra, su salud había experimentado una notable mejoría, y en sus pensamientos ganaba fuerza la idea de que había estado sufriendo de delirios mentales; no obstante, seguía pareciéndole una extraña coincidencia que sir Henry continuara ausente, y aunque ya no era víctima de las apariciones que con tanta frecuencia había experimentado en la India, el coronel estaba más ansioso que nunca por desvelar el misterio, no solo por su bien, sino por el de la propia Mary Chalvington.

Por fin un día recibió una carta del extranjero. Estaba manuscrita

en papel muy fino y llevaba matasellos de Niza. La misiva se le antojó misteriosa, puesto que todo parecía relacionado con su búsqueda. Decía que, aunque el remitente no podía proporcionar con exactitud el paradero de sir Henry, sí que creía contar con una pista que contribuiría a localizarlo. El coronel debía acudir en persona al Albergo Aggradevole, en Scarena, cerca de Niza, y preguntar por Carlo.

Entusiasmado por la oportunidad que se le brindaba de obtener una información crucial, el coronel abandonó con gusto la fría y húmeda Inglaterra rumbo a un clima más amable. Scarena, según comprobó, era un pueblecito situado en los Alpes Marítimos, a escasas millas de Niza y en la carretera que llevaba a Turín. Desborough no se tomó ni una sola jornada de descanso hasta que no hubo llegado a la posada que tenía como destino, y donde se quedó a pasar la noche. Era un hotelito decente que dependía principalmente de los turistas que por iban de camino a Sospello para disfrutar de sus majestuosos paisajes.

Vista la solicitud y obsequiosidad con las que le recibieron el *albergatore*, su esposa y los sirvientes, el coronel supo sin lugar a duda que lo estaban esperando. No obstante, aguardó hasta acabada la cena para preguntar por el tal Carlo, que resultó ser, tal y como él había anticipado, su anfitrión en persona.

—Sí, *signor*, yo soy Carlo. A su servicio. Rara vez leo el *Galignani*, pero las cosas del destino son así. Un día cayó en mis manos un ejemplar del periódico mientras me encontraba en Niza y, al regresar a casa, se lo leí a mi esposa; fue entonces cuando topé con su anuncio. «Yo he oído antes ese nombre —le dije—, pero no recuerdo cuándo.

»Un momento —me dijo ella—. Estaba en el cuaderno que se dejó olvidado el caballero inglés, el que estuvo aquí alojado dos días con su esposa, mira.» Entonces María abrió el *scrittoriello* y sacó el librito, que es este que ahora tengo el placer de entregarle, *signor*.

Dicho esto, el posadero tendió a Desborough un cuaderno vulgar y corriente. Manuscrito en la guarda con la inconfundible caligrafía de su viejo amigo se podía leer: «Henry Chalvington, Brook Street, Grosvenor Square».

El cuaderno contenía varias anotaciones, tales como horarios de

trenes y de paquebotes. Una de ellas incluso arrancó una lágrima al coronel. Era una nota de un par de líneas tan solo, escrita apresuradamente a lápiz: «Hoy mencionaban a Jack Desborough en una noticia en la que hablaban sobre Simla, debo escribirle».

Eso era todo, aunque, dadas las circunstancias, ¡qué conmovedor! El *albergatore* lo observaba visiblemente satisfecho.

—Ahora hábleme de la dama y del caballero que se alojaron en su posada. ¿Cuándo estuvieron aquí?

—El pasado abril, *signor* —contestó su anfitrión, mientras se arrellanaba con comodidad en una silla—. Llegaron en su propio carruaje. El caballero estaba muy pálido y delgado, y caminaba del brazo del intérprete o sirviente, no sabía decir si era una cosa u otra. Parecía enfermo y llevaba puesto un abrigo de piel, a pesar de que no hacía frío. En cuanto a la dama..., no tengo palabras para describir su belleza, ¡era fabulosa! Se quedaron aquí dos días, *signor*, e iban de camino a La Chiandola para visitar las cascadas; pero por lo que comentó el hombre que estaba a su servicio, deduje que buscaban una casa donde poder alojarse unos meses por el bien de la salud del caballero. En cualquier caso, cuando se marcharon, se olvidaron de este cuaderno. ¿Le es de alguna utilidad, *signor*? Si en efecto pertenece a su amigo, haré cuanto esté en mi mano para asistirle en su búsqueda. Debemos atravesar las montañas por Scarena, Sospello, La Chiandola, Saorgio, Tenda, Simone, Savigliano y así hasta Turín, preguntando a diestra y siniestra de la carretera —dijo el anfitrión, mientras pronunciaba con orgullo la retahíla de poblaciones, contándolas con los dedos.

El hombre parecía inteligente, y actuaba de buena fe; la pingüe recompensa seguramente constituyese para él una auténtica fortuna.

Al día siguiente se realizaron a toda prisa los preparativos del viaje, y con unos buenos caballos y una calesa ligera, comenzó la búsqueda. Huelga seguir sus pasos por los lugares citados por el *albergatore*, donde sus pesquisas obtuvieron más o menos éxito. Son tantos los turistas que visitan la zona en esa temporada que, de no haber sido porque el caballero vestía un abrigo de piel y la dama era muy hermosa, con unos ojos espléndidos, los Chalvington habrían pasado casi desapercibidos. No obstante, el rastro moría en

la villa de Saorgio, en ninguno de cuyos hoteles recordaba nadie a la pareja.

—Debemos dar media vuelta, *signor*. Sus amigos nunca llegaron tan lejos —dijo el *albergatore*.

Así pues, en lugar de seguir la vía principal entre Niza y Turín a través de los Alpes Marítimos, esa carretera magníficamente construida y completada en el transcurso de diecisiete años por orden de Víctor Amadeo, rey de Cerdeña, se desviaron hacia el interior y visitaron las aldeas ribereñas de los arroyos que riegan esta zona del Piamonte. Aunque sin éxito.

Descorazonados por los constantes fracasos, regresaron sobre sus pasos y se dirigieron una vez más a la casa de postas de Simone. Allí, la Carozza di Viaggio, una suerte de coche de viajeros, se encontraba en ese momento relevando la caballería.

De pronto, Carlo Rigo profirió una exclamación y se apeó de un salto de la calesa.

—¡Ahí! ¡Ahí! —gritó el posadero preso de una gran agitación—. ¡El abrigo! ¡El abrigo del caballero! —Y corrió hasta el costado del carruaje, que era la diligencia que cubría el trayecto entre Tenda y Sospello.

El cochero, que llevaba puesto el abrigo en cuestión y sostenía un enorme látigo en la mano, aguardaba sentado en el pescante a que atasen los caballos frescos a las varas. Era inconfundiblemente italiano, y no mostró la menor sorpresa cuando el *albergatore* exclamó:

—*Cospetto!* ¿De dónde has sacado ese abrigo?

Los dos hombres entablaron una animada charla. Desborough esperó hasta que el posadero regresó radiante de satisfacción.

—*Signor* —gritó—, asunto solucionado. Nicolo es un hombre muy respetable; lleva conduciendo la *carrozza* los diez últimos años. Me ha dicho que compró ese abrigo hace un mes para protegerse de los fuertes vientos que nos azotan en estos parajes en primavera y en invierno. Estaba colgado de la puerta de Isacco el Judío, en Sospello.

—Entonces vayamos a ver a ese tal Isacco —dijo el coronel.

De nuevo se adentraron en la pequeña población. Isacco era un anciano de fino rostro aguileño y venerable barba blanca que podría

haber pasado perfectamente por uno de los patriarcas. El hombre les proporcionó con gusto la información que buscaban. El abrigo se lo había traído a su tienda, ocho meses atrás, el sirviente del caballero inglés que había adquirido Villa Cipresso. Sus señores se trasladaban a Nápoles, y no iban a necesitar el abrigo.

¿Y dónde estaba Villa Cipresso? A escasas millas de allí, en los castañares, o eso creía.

Una vez averiguada la dirección, avanzar fue sencillísimo. Contrataron a un postillón que conocía la localidad para que condujera al coronel y a su acompañante hasta la casa al día siguiente, pues ya era tarde para hacerlo en ese momento. La villa se encontraba a unas once millas de distancia y tan rodeada de árboles que era imposible de discernir hasta que uno no se topaba con ella. El paraje era precioso, pero la casa era una construcción solitaria y descuidada. Las malas hierbas y las zarzas habían invadido los caminos y los arriates de flores; y las ventanas estaban tapiadas con tablones. El ruido del carruaje atrajo a la puerta a una anciana, que se mostró asombrada por su llegada. Alta, morena, surcada de arrugas y vestida con ropas andrajosas, se quedó plantada en el umbral como petrificada, mirando a los visitantes con ojos desorbitados.

—¿Es esto Villa Cipresso? —preguntó Carlo Rigo.

—Sí —contestó la anciana.

—¿Está aquí sir Henry Chalvington? —inquirió el coronel.

El efecto que causó en ella esta pregunta fue del todo inesperado. Levantó los brazos por encima de la cabeza, dejó escapar un gemido y, alejándose a toda prisa por un pasadizo de piedra, se metió en un cuarto y se encerró pasando la llave por dentro.

—Está asustada —dijo Desborough—. ¿Es posible que viva aquí sola? La casa parece vacía.

El posadero fue hasta la puerta, llamó y la habló con suavidad para que se tranquilizase, pero ella no contestó. Solo se oían sus gemidos, como si la mujer sufriese un gran pesar.

El coronel y su acompañante inspeccionaron la casa. No era grande, su mobiliario era muy sencillo y estaba claro que se encontraba deshabitada. No hallaron ni un solo libro ni pedazo de papel que pudiera aportar alguna pista sobre quiénes habían sido

los últimos ocupantes de aquellas estancias.

El postillón desató los caballos y los condujo hasta el establo vacío y descuidado; los únicos seres vivos con los que se topó por el camino fueron unas pocas aves de corral famélicas que vagaban por el patio. El coronel Desborough se dio una vuelta por los jardines, que estaban invadidos de enormes chumberas asilvestradas y falsos pimenteros de aspecto desaliñado. Había fuentes ornamentales reseca, mirto y otros arbustos plantados en tupidos macizos, y altos cipreses oscuros que daban una apariencia sombría y melancólica al lugar. Bordeaba el jardín un bosque de alcornoques, y más allá de esta pantalla de árboles, bloqueando la vista, se alzaba la majestuosa mole de los Alpes, como diciendo: «No os aventuraréis más allá».

Entre tanto, pareció que la curiosidad de la mujer vencía a su miedo inicial, y tras mantener Carlo Rigo una conversación con ella desde el otro lado de la puerta, la convenció para que saliese y preparase un almuerzo con los refrigerios que habían traído consigo, cosa que hizo con avidez, puesto que estaba hambrienta. Pero a todas sus preguntas respondió negando con la cabeza, resistiéndose a darles cualquier información.

—Pasaremos aquí la noche —dijo el coronel con gravedad—. Tengo que saber más antes de marcharme, y lo haré.

Al caer la tarde, él y el *albergatore* volvieron a darse un paseo por el jardín. El sol se había puesto detrás de las montañas y todo estaba teñido de una preciosa luz violácea, esa que se conoce como arrebol. ¡Qué soledad! Las sombras del ocaso se intensificaron cuando se adentraron en un claro rodeado de cipreses.

—¡Mire, mire, *signor!* —gritó Carlo—. ¡Ahí está el caballero inglés!

Al escuchar estas palabras, Desborough alzó la vista ilusionado. Allí delante, a escasos pasos de él, se erguía más nítida que nunca la figura de su amigo; pálido, encanecido, inmóvil, su silueta claramente recortada contra el fondo oscuro de los árboles verdes.

—¿Por qué nos pide que nos acerquemos? ¿Por qué señala al suelo? ¡Oh! ¡Ha desaparecido! —gritó espantado el italiano.

El coronel intentó hablar, pero no daba con las palabras. Buscó apoyo en un árbol y, preso de la agitación, se enjugó la frente.

—Entonces ¿lo ha visto usted también? —le preguntó a Rigo cuando consiguió recuperar el habla—. ¿Con absoluta claridad?

—¿Al caballero inglés? Sí, *signor*.

—Gracias a Dios —exclamó Desborough retirándose el sombrero en un gesto de reverencia—. ¡No estoy loco!

—No lo entiendo, *signor* —dijo el desconcertado posadero.

—No —respondió el coronel—, no puede entenderlo; porque ese a quien acabamos de ver no es un habitante de este mundo. Hagámonos con picos y palas... ¡Creo que bajo ese parche de hierba yace enterrado sir Henry Chalvington!

¡Qué extraña revelación! ¡Qué cadena de acontecimientos, aparentemente fortuitos, había guiado al coronel Desborough hasta ese preciso lugar, donde estaba predestinado a resolver un misterio y reparar una gran injusticia! Pues fue allí, bajo la grisácea luz crepuscular, donde exhumaron lo que quedaba de Henry Chalvington. ¿Lo habían asesinado?

—No, no —gritó la anciana, arrodillándose a sus pies—. No lo suponga, ni lo piense siquiera, el inglés falleció de muerte natural. Tras adquirir esta villa, él y su esposa vinieron a ver qué muebles podían necesitar. Habían viajado desde Niza, él parecía enfermo y débil. Tres días después de su llegada, se encontraba sentado a la mesa, cenando, cuando cayó hacia atrás de repente... ¡muerto! Es la verdad, se lo juro. La dama estaba aterrada, al igual que el sirviente que los acompañaba. «Escuche —me dijo—, de saberseme viuda seré una mujer pobre. ¡Pero mientras se suponga a mi marido con vida seguiré siendo rica! Lo mantendremos en secreto... Podemos enterrarle bajo los cipreses, y yo me encargaré de que no le falte a usted nada. Siga viviendo aquí; dispondrá de dinero siempre y cuando no hable.» Entonces el *signor* Texere, el sirviente, cavó la tumba y lo depositamos ahí, ¡pobre *inglese*!

»La señora y su asistente se marcharon. Al principio me enviaban dinero, no mucho, pero el suficiente para cubrir mis necesidades. De un tiempo a esta parte han dejado de hacerlo. Y yo me muero de hambre. ¿Por qué razón voy a seguir manteniendo el secreto? Roto el pacto, puedo contarle todo. Pero, *signor*, le juro que no fue asesinato. Yo estaba en el comedor sirviendo la cena cuando él se

cayó de la silla, muerto. Fue su corazón. Esa expresión de su cara ya la había visto antes en la de uno de mis hijos cuando falleció de la misma dolencia.

Una vez más la escena se traslada a la residencia de Eastern Terrace, en Brighton. Lady Chalvington, suntuosamente ataviada en un brocado dorado, estaba a punto de salir para el teatro cuando le anunciaron que el coronel Desborough y el señor Bruce deseaban verla. Y eran sin duda estos dos caballeros, acompañados de Blencoe y un agente de policía vestido de paisano, quienes aguardaban en el vestíbulo.

Lady Chalvington entró en la biblioteca, adonde la habían hecho pasar aquellos visitantes tan poco gratos.

—No alcanzo a imaginar cuál puede ser el propósito de su visita, caballeros —exclamó con altivez, al cruzar el umbral—. Los negocios se tratan por las mañanas, señor Bruce.

—Esto es mucho más que una visita de negocios, señora —contestó el coronel—. Venimos a informarla de que los restos de su difunto marido han sido hallados y trasladados a Inglaterra para que reciban cristiana sepultura.

Por un instante, la culpable se quedó paralizada; luego, corrió hasta la puerta y, ya estaba cruzando el vestíbulo, cuando se detuvo en seco, con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada. Blencoe le había cortado el paso.

—¡Deténganla! ¡Detengan a lady Chalvington! —gritó el coronel.

—¡Lady Chalvington! —bramó Blencoe, agarrándola del brazo—. Aquí no hay ninguna lady Chalvington. Confieso con vergüenza y repugnancia que esta mujer es mi esposa, Harriet Lemoine, y que ese hombre —dijo señalando a Texere, que acababa de entrar en escena— es su hermano, un falsificador, jugador y estafador que vivió en mi casa, haciendo de la noche día y del día noche. Fue para huir de semejante esposa, y para cortar de raíz con su detestable estirpe por lo que me marché a la India. Esta mujer ni mucho menos estaba casada con sir Henry. Puedo demostrar que su identidad es la de la chica con la que contraí matrimonio en la iglesia de St. Pancras hace ya ocho años.

Seis semanas después de tan repentino desenlace, el coronel Desborough entró en la sala de la residencia de Brook Street con un aspecto más fortalecido y saludable del que había ofrecido durante prácticamente los doce últimos meses, si bien seguía todavía muy afectado por la tensión nerviosa a la que había estado sometido. Conjurada la aparición, había experimentado una mejoría en su estado de ánimo y recuperado también su acostumbrada buena salud; aunque, posiblemente, conservara ya para el resto de su vida ese talante mucho más circunspecto y grave que le confería el saber que se había comunicado de algún modo con el mundo de los espíritus; un mundo al que apenas había dedicado un solo pensamiento hasta entonces, pero en el que ahora creía y al que respetaba con veneración, habiendo llegado a la conclusión de que, en determinadas circunstancias, esa clase de revelaciones eran posibles.

Mary Chalvington, vestida de luto, se acercó a recibirle, tan blanca y frágil como una azucena.

—Sí —dijo él—, vengo a despedirme. El *Crocodile* parte de Southampton mañana mismo.

—¡Oh! —exclamó Mary—. ¿Qué voy a hacer cuando se marche? Es usted mi mejor y único amigo. ¿Qué será de esta huérfana a la que ha rescatado de una servidumbre peor que la muerte? ¿Por qué no quiere quedarse en Inglaterra?

—Porque no hay lazos que me aten a este lugar. Soy un hombre solitario.

—¿Y es eso necesario? —preguntó la joven con delicadeza, en voz baja.

El coronel la miró y a continuación empezó a pasearse por la estancia de forma agitada.

—Si yo creyera... —dijo, y se detuvo—. Si osara... Pero casi te doblo en edad, querida mía; ¿cómo pedirte semejante sacrificio?

—No sería un sacrificio —murmuró Mary—, ¡sería la felicidad!

El coronel Desborough *nunca* regresó a la India.

EL ÁNGEL DEL ESCULTOR

MARIE CORELLI

(1913)

MARIE CORELLI

1855-1924

Marie Corelli fue considerada por muchos como la sucesora de Braddon, la novelista femenina con mayor éxito de ventas en Gran Bretaña, aunque tendente a un sensacionalismo más extremo. Braddon mantenía sus novelas dentro de lo humano, pero Corelli se aventuró más allá, hacia lo espiritual. Consiguió el éxito con su primera novela, Romance of Two Worlds (1886), en la que una joven que trata de recuperarse de un colapso nervioso se encuentra en sueños con un espíritu guía, que la lleva a recorrer el sistema solar para expandir su conciencia. Corelli creía profundamente en el ocultismo y la reencarnación, y sus libros atrajeron a lectores fervientes. The Soul of Lilith (1892), The Sorrows of Satan (1895), Ziska (1897) y, sobre todo, Barrabbas (1893) aumentaron su popularidad entre el público general, al tiempo que enfurecían a los críticos literarios, que consideraban su trabajo deplorable. La mayoría de sus novelas resultan ilegibles hoy en día y han eclipsado sus escritos más breves, que incluyen varias historias en las que la autora consigue una genuina atmósfera y demuestra verdadera habilidad, como la siguiente, que apareció en su colección The Love of Long Ago (1920).

Marie nació como hija ilegítima del poeta escocés Charles Mackay y de su sirvienta, Elizabeth Mills, con la que luego él contrajo matrimonio. Fue una pianista consumada y dio conciertos al principio de su carrera. Fue entonces cuando adoptó entonces el seudónimo «Corelli». Sus novelas atrajeron a un público dividido, aunque se afirma que era la escritora favorita de la reina Victoria. Tenía habilidad para atraer la mirada pública, y fue ella quien

difundió la leyenda de la «maldición del faraón» tras el descubrimiento de la tumba de Tutankamón. En sus últimos años, donó parte de su fortuna para preservar y restaurar los edificios antiguos de Stratford-on-Avon. ¡Incluso afirmó ser la reencarnación de Shakespeare!

EL ÁNGEL DEL ESCULTOR

MARIE CORELLI

—Eres un gran artista, hijo mío —dijo el Abad con una sonrisa complacida—, y, aún más, eres noble y de corazón puro. A ti te confiamos la excelsa tarea de llenar el nicho vacío de nuestra iglesia con un Ángel de Paz y de Bendición. Te daremos todo el tiempo y la libertad posibles para el trabajo, de modo que puedas completarlo antes de Navidad. En la fiesta del Nacimiento de nuestro Señor, esperamos, si Dios quiere, ver tu ángel en el presbiterio.

Aquel renombrado —casi santo— dirigente de uno de los más famosos monasterios antiguos de Inglaterra hablaba con una dignidad y una autoridad que conferían a sus palabras, aunque pronunciadas con suavidad, la fuerza de una orden; y el monje Anselmus, a quien se dirigía, lo escuchaba en silencio. Estaban juntos en una de las capillas laterales de la magnífica iglesia de la abadía: había sido creada por hombres devotos y píos, que habían consagrado sus pensamientos y su más ferviente trabajo al servicio y la alabanza del Creador, en aquellos tiempos en los que la creencia implícita en la Divina Potestad, que poseía el poder de defender la justicia, era la principal salvaguardia de la nación. La fuerza espiritual y la santidad de la Iglesia habían refrenado convenientemente las pasiones ciegas e ingobernables de aquella época; por entonces, ni clérigos ni laicos eran capaces de prever que llegaría un tiempo en el que unas manos profanadoras violarían y saquearían aquellos santuarios edificadas con tanta paciencia, en honor y para gloria de Dios, dejándolos reducidos a las ruinas de su antigua grandeza: tristes emblemas de una fe más devastada incluso que ellos.

—Tendrás —prosiguió el Abad— tiempo disponible; me refiero, por supuesto, al tiempo en que no estés ocupado en los servicios litúrgicos. Y tendremos buen cuidado de que nada perturbe tu inspiración, que sin duda llegará por cauce divino. Sí, hijo mío, todo trabajo es divino, pues nuestros mejores pensamientos provienen de Dios, y solo de Él, así que no debemos atrevernos a reclamar ningún mérito por ellos. Mientras la mano del escultor crea la imagen de un ángel, sin duda los propios ángeles la guían, y encauzan su obra hacia la suprema perfección. ¿No es cierto? ¿Oyes lo que te digo? ¿Lo entiendes?

Anselmus había permanecido en silencio, pero ahora alzó su cabeza gacha. No era un hombre joven; la juventud parecía haber pasado por él a toda prisa, dejándolo prematuramente avejentado. Tenía un rostro marchito y enflaquecido, que mostraba profundos surcos de dolor y de tristeza; solo sus ojos hundidos permanecían brillantes, casi febriles en su resplandor, y relampagueaban con el ardiente fuego de una energía reprimida y agonizante.

—Lo oigo... y lo entiendo —respondió despacio—. Pero ¿por qué no elegir a alguien más apropiado que yo, a un escultor mejor? Yo no soy digno.

El Abad puso la mano sobre su brazo, con amabilidad.

—¿Quién de entre nosotros es más digno que tú? —respondió—. ¿Acaso no nos has otorgado el tesoro de tu genialidad? ¿No debemos a tus diseños una gran parte de la enorme belleza de la iglesia de nuestra abadía? Mi buen hijo, la humildad te conviene tanto a ti como a cualquiera de nosotros; todos y cada uno somos indignos, en lo que a nosotros mismos respecta. Pero el don de tu arte proviene de Dios; por lo tanto, ni tú ni yo debemos atrevernos a dudar de su valía. Es un regalo que deberá usarse para los más elevados propósitos. ¿Hace falta decir más? ¿Aceptas la tarea?

—Padre, cuando tú mandas yo debo obedecer —replicó el monje—. Sin embargo, insisto en que no soy digno ni siquiera del sueño fugaz de un ángel. Pero para complacerte a ti y a nuestros hermanos, lo haré lo mejor que pueda.

—Lo mejor que puedas será suficiente para nosotros —dijo el Abad—. Y, mientras trabajas, debes relajar un poco esa disciplina tan rigurosa a la que te sometes de continuo, por propia elección.

Ayunas durante demasiado tiempo y duermes demasiado poco. Come más y descansa, Anselmus. O tu espíritu crispará tu carne hasta tal punto que acabará provocando un desastre, tanto en tu cerebro como en tu cuerpo. El sosiego y la libertad son para el artista como el aire y la luz: te damos de ambos, hijo mío, en la medida de lo posible, sin quebrantar nuestras reglas. Tú emplea tu tiempo y trabaja a tu gusto, y por nuestra parte contraeremos la sagrada obligación, tanto nosotros como nuestros hermanos, de no irrumpir en la soledad de tu estudio. ¡Te dejaremos a solas con tu ángel!

Inclinó la cabeza, sonriendo amablemente, y, tras hacer la señal de la cruz en el aire, salió despacio de la capilla a la nave, y de esta a los claustros que había más allá. Su figura alta y majestuosa, envuelta en su holgada túnica, desapareció entre los numerosos arcos.

El monje Anselmus permaneció mirándolo durante un rato. Luego, con un hondo suspiro que casi parecía un gemido, volvió a la profunda y sombría reclusión de la capilla. Allí, en un gesto de absoluto abandono y desesperación, se arrojó de rodillas ante el gran crucifijo que el Santo Padre de Roma acababa de enviar como regalo al monasterio.

—Ah, Dios mío, ¡Dios mío! —rezó en voz baja—. ¡Ten piedad de mí, tu perverso y traicionero siervo! ¡Libra a mi alma de la pesada carga de su pecado secreto! ¡Enséñame el camino para lograr Tu perdón y recuperar la paz que he perdido! ¡Ilumina mi oscuridad, porque la sombra de mi crimen trae una profunda negrura a mis ojos! ¡Sálvame, oh Redentor de las almas! ¡Porque mi remordimiento es mayor de lo que puedo soportar!

Se cubrió el rostro con las manos y, más que arrodillarse, se acuclilló ante la escultura del Cristo crucificado, estremeciéndose con una angustia reprimida que parecía sacudir su cuerpo con un dolor físico real. Los pensamientos lo azotaron como con un millón de latigazos: lo condujeron a los recuerdos del pasado, mostrándoselos todos sin escatimar detalles, como ya lo habían hecho antes una y otra vez, sin piedad, provocando que, a veces, se sintiera casi al borde de la locura. Rememoró sus días de infancia y mocedad en Roma, cuando, siendo un joven y fogoso estudiante de

arte que trabajaba con uno de los grandes maestros escultores del momento, extraía vida del mármol inerte, con una fuerza y una perfección que sorprendía a sus compañeros de academia; recordó cómo, cuando los laureles de la fama parecían al alcance de su mano, de repente se sintió poseído e inspirado por una fe entusiasta, por una exaltación hacia cosas más elevadas; fe y exaltación que lo llevaron a consagrar su vida y su genio a la Iglesia; cómo, convencido de su vocación, había cortado por propia voluntad todos los lazos de natural afecto, abandonando a su padre, a su madre y su hogar para tomar los votos monásticos y dedicarse al servicio de Dios; y cómo después se unió de buena gana a un grupo de hermanos sinceros y devotos enviados de Roma a Inglaterra para ayudar con su trabajo a completar y perfeccionar una de las más grandes abadías fundadas en Gran Bretaña. Luego, recordó ese amor casi apasionado por el trabajo que había colmado su mente y fortalecido sus manos al tener ante sí por primera vez la espléndida imagen de la iglesia y el monasterio; una visión de magnificencia arquitectónica y de pureza, que elevaba sus torres hacia el cielo en el corazón de un paisaje tan sereno y hermoso, tan enclavado entre árboles nobles, extensos campos verdes y corrientes cristalinas, que parecía una manifestación terrenal del sueño del Paraíso. Y él había trabajado con tanto amor y paciencia, había hecho tanto para adornar y embellecer el sagrado santuario, que se había granjeado el aprecio del Abad, consciente de que en Anselmus había un escultor de raro genio; uno que, de haber elegido seguir una carrera en el mundo en lugar de abrazar la vida religiosa, se habría hecho un nombre de los que no se olvidan con facilidad. Sin embargo, el joven parecía completamente satisfecho de su situación —cuidaba tanto de sus deberes religiosos como de sus labores artísticas—, y la pantalla que separaba la nave central del presbiterio y que él, solo y sin ayuda, había labrado en la misma piedra nativa en que estaba construido el monasterio, era tan perfecta como la disciplina y la obediencia a las que se había sometido durante muchos años de paz y sosiego. Entonces, de repente, se le presentó una gran prueba: una prueba de fuego, de la que no saldría ileso. Sucedió así:

Entre sus muchas obligaciones se contaba la de visitar, dos veces

por semana las aldeas dispersas por las tierras del monasterio, para indagar las necesidades de los pobres y enfermos. Y, en una de estas ocasiones, conoció ese destino inevitable que aguarda a todos los hombres antes o después: el amor. Una simple mirada, un roce de manos puede provocar que todo el baluarte de una vida sea arrastrado por la tormenta de una pasión repentina e irresistible; por desgracia, eso fue lo que le ocurrió al monje Anselmus. Sin embargo, no fue sino una muchacha bondadosa, simple y confiada, la que, con toda su ignorancia e inocencia, lo llevó a traicionar sus votos monásticos: una modesta campesina, de mejillas como rosas silvestres y ojos azules como el mar de verano; la encontró atendiendo, sin otra ayuda, a su abuela, una mujer anciana y enferma, trabajando para ella sin quejarse, manteniendo la pobre cabaña en la que vivían tan limpia y pulcra como la alcoba de una gran señora, aunque apenas tuvieran comida suficiente para las dos. Conmovido hasta la médula al ver que una criatura tan joven y bella sobrellevaba sus numerosas privaciones diarias con tal dulzor, paciencia y agrado, Anselmus trajo del monasterio el tan necesario socorro: medicinas y vino para la anciana enferma, y pan, leche recién ordeñada, huevos y aves de corral nuevas para la chiquilla, quien, sin embargo, no había pedido ayuda alguna, y solo a duras penas accedió a aceptarla, aun proviniendo esta de la generosidad de la Madre Iglesia. Desde entonces, Anselmus volvió a verla en numerosas ocasiones; hablaron de muchas cosas y, con frecuencia y a petición del monje, ella lo acompañaba desde la cabaña por la larga avenida sombreada de árboles frondosos que conducía a las puertas del monasterio. Hasta que, por fin, una tarde fatídica, en la que ella lo había acompañado y estaba a punto de volverse sola a casa, el corazón masculino de Anselmus, reprimido durante tanto tiempo, se despertó en su interior, y cediendo a un impulso temerario, la tomó entre sus brazos. Los labios de ambos se encontraron, y al sentir el calor tierno y persistente de aquel primer beso de amor, de repente experimentó una sensación de felicidad que nunca había sentido antes; un éxtasis tan intenso que parecía elevarlo a un cielo mucho más alto de aquel con el que había soñado en las largas vigiliass de oración nocturna.

Aquel fue el principio de muchos encuentros secretos, encuentros

colmados de miedo y de gozo. Él, el monje ascético, el erudito, el que se imponía una rígida disciplina para seguir todas las reglas de una Orden tan exigente como la suya, se convirtió en un amante ardiente, apasionado y egoísta; mientras que ella, la pobre muchacha, vencida y arrastrada por el ardor de las ansiosas caricias masculinas y por las palabras de cariño, tan solo aspiraba a que él la amara; y, a cambio, lo amó con toda la fuerza y la devoción de su cariñoso corazón y de su alma. Su idilio prohibido, semejante a un sueño, fue breve. Anselmus, como todos los miembros de su sexo, pronto se cansó de lo que había obtenido con tanta facilidad; y, para escapar del tierno lazo en el que él mismo se había enredado, no tardó en empezar a sopesar los peligros que corría a causa de su conducta ilícita. Su seguridad y conveniencia personales le parecían ahora mucho más importantes que la paz o la felicidad de aquella alma afectuosa que se había propuesto conquistar y a la que había contaminado; y cuanto más se aferraba a aquella postura, tanto más irritante e insoportable le resultaba la situación. Un día, espoleado hasta el límite por la tierna preocupación y el asombro que ella mostraba ante su comportamiento irascible, le dijo con dureza que ya no podían seguir viéndose.

—He cometido —declaró— un pecado imperdonable al permitirme a mí mismo enredarme contigo. Tendré que hacer penitencia por ello durante muchos años de ayuno y oración. ¡Me tentaste! No fui yo, sino tú, con tus ojos y tu sonrisa cautivadores; tú me apartaste del camino de la pureza y el honor. ¡Dios sabe que fue más culpa tuya que mía! Lo siento por ti, mi pobre chiquilla —aquí su tono se había vuelto más suave, casi paternal—. ¡Perdóname por cualquier mal que te haya causado y olvídame! ¡Eres joven, aún puedes ser feliz!

Tras aquellas frases, que él creía cargadas de razón y sensatez, y demasiado implacable como para darse cuenta de que sus palabras eran como golpes mortales asestados brutalmente sobre el tierno corazón de la muchacha que lo amaba, quedó a la espera de lágrimas, de reproches, de que su interlocutora se abandonase a la amargura del dolor y la desesperación. Pero ella no le causó problemas ni molestias semejantes. Todo cuanto hizo fue elevar sus hermosos ojos azul marino hacia el rostro del monje, con una mirada que él nunca olvidaría: una mirada llena de tristeza,

compasión y perdón. Luego la joven lo tomó de la mano, se la besó y dio media vuelta.

—¡Espera! ¿Te vas? —la llamó él—. ¿Sin una sola palabra?

Ella no respondió. Siguió adelante, sin detenerse: una pequeña figura, un destello blanquecino entre las sombras de las ramas inclinadas; y sin mirar atrás ni una sola vez, desapareció.

Anselmus no volvió a verla. Pero esa misma semana, mientras realizaba sus habituales visitas de caridad por el distrito, supo que la habían encontrado ahogada entre las cañas del río, que fluía mansamente recorriendo como una cinta de luz líquida las tierras del monasterio. Y la anciana abuela, a la que ella tanto había cuidado, al oír que aquella chiquilla, la luz de sus ojos, estaba muerta, se había negado a creerlo; había pasado días enteros sentada, parloteando sobre la hora en que su nieta volvería a preparar la cena; incluso cuando trajeron a la cabaña su pequeño y frágil cadáver, goteando agua y líquenes, se negó a mirarlo y a reconocerlo como el cuerpo de su nieta, limitándose a decir:

—¡No, no! No es ella. Dios me la dio; y Él es bueno. No me la robaría a mis años. ¡Sabe cuánto la necesito!

Y el monje Anselmus, mientras ofrecía consuelo espiritual, temblaba para sí, reconociendo su culpa, pues su conciencia lo tildaba de asesino de aquella chiquilla muerta. Pero mantuvo el secreto y no traslució signo alguno de su tormento interno. Y así, como todas las cosas tristes o agradables, jocosas o patéticas, la pequeña tragedia de una vida perdida se olvidó pronto. Nadie supo nunca que la pobre muchacha ahogada había tenido un amante; y nadie, ni en la más disparatada de las conjeturas, habría sospechado jamás que ese amante era un monje... un monje de reputación austera, al que, a veces, sus hermanos llamaban «nuestro celestial escultor Anselmus».

Pasaron los años, y él nunca pagó por su pecado, excepto en ciertas ocasiones secretas, cuando el recuerdo de la postrera mirada de su amada muerta lo acosaba, provocándole una especie de terror fantasmal, y volvía a sentir su último beso en la mano como el fuego de un carbón abrasador. Y en estos tiempos el recuerdo de la muchacha se había vuelto tan persistente en su cerebro que no le dejaba un momento de paz. No había ninguna

razón especial para que él rememorara sin descanso los ojos azul marino y la sonrisa de la joven, pero por alguna razón no podía expulsarlos de su mente. Había sido a causa de aquellas imágenes constantes, que lo empujaban al arrepentimiento, y a la conciencia del mal irreparable que había causado a la chiquilla, por lo que le había confesado al Abad, de forma casi involuntaria, que no era digno de realizar la tarea que le habían encargado, a saber, completar el último nicho vacío del presbiterio con la estatua de un ángel. Abrumado por el peso oculto de su pecado, y sintiendo que incluso sus ayunos y penitencias más rigurosos no eran sino una muestra de hipocresía a los ojos de Dios omnisciente, luchaba contra sí mismo, con oraciones y con lágrimas; pero todo era en vano. Incluso ahora, humillado y suplicante ante el crucifijo, no obtenía respuesta, ninguna sensación de esperanza o consuelo; de modo que, cuando separó las rodillas del suelo y se alzó, lo hizo con una especie de abatida resignación ante lo inevitable: resuelto a realizar la tarea que le habían asignado, pero no con orgullo o alegría, sino a modo de castigo. Con este ánimo, tan alejado de la gozosa euforia de un artista sabedor de que su mano puede plasmar aquello que su cerebro concibe, comenzó su trabajo. Tras tomar con cuidado la medida exacta del nicho, construyó uno de madera en bruto de similar tamaño y lo instaló en su propio taller o estudio, para poder calibrar su altura y anchura y tratar de concebir en su mente la actitud y la apariencia que el «ángel» debería asumir. Sentado frente a él, mirando con atención aquel interior vacío, vio que la estatua tendría que ser de tamaño natural, y de inmediato empezó a dibujar en papel carbón el esbozo de una forma y de una cara, pero sin éxito, incapaz de plasmar de modo satisfactorio un concepto real.

—No estoy en condiciones de vislumbrar lo divino —se dijo con amargura—. Mi inspiración de antaño ha sido destruida en su propia fuente a causa del pecado. Qué vergüenza que mi alma haya sido atrapada por los ojos de una mujer. Si no me hubiera mirado, si su sonrisa no hubiera sido tan dulce... Si se hubiera resistido a mi pasión, podría haberse salvado a sí misma y salvarme a mí.

Así argumentaba, como Adán lo hizo antes que él: «la mujer me tentó». Así es como los hombres, en su despiadado egoísmo,

argüirán en defensa propia hasta el fin de los tiempos.

Aquella primera tarde de supuesto «trabajo» la pasó sentado, agotado y confuso, mirando alternativamente el nicho vacío y el papel en su tablero de dibujo, en el que, por ahora, tan solo había trazado algunas líneas sin sentido. El sol comenzó a declinar, y a través de las amplias ventanas con parteluz de su estudio monástico vio cómo el cielo occidental brillaba como rubíes engastados en un cinturón de azul zafiro. Aquel resplandor rutilante lo deslumbró, hasta hacer que le dolieran los ojos. Se los cubrió con la mano durante un momento. Al destaparlos de nuevo, apartó la vista de la luz del atardecer y la dirigió hacia el nicho que había estado contemplando todo el día; lanzó un grito sofocado, mezcla de terror y de éxtasis, y cayó de rodillas. Porque el nicho ya no estaba vacío. ¡En él había un ángel! Una figura delicada, brillante, de belleza extraordinaria, con las alas plegadas a los costados, semejantes a rayos de luz, y un rostro hermoso, radiante y lleno de una exquisita ternura, como no se encuentra en los rasgos de los meros mortales. Aturdido y abrumado más allá de toda palabra, Anselmus, de rodillas, elevó la mirada hacia aquella refulgente visión, que inclinó sobre él sus ojos como estrellas, con una mirada de divina y afectuosa compasión. El resplandor rojizo de la puesta de sol se intensificó, y en el interior del estudio todas las luces del cielo parecieron transfundirse, girando gloriosamente alrededor de aquella maravilla sin par, que se erigía en el interior del nicho, brillando de blancura, como un lirio iluminado por un pálido fuego oculto; de forma casi mecánica, Anselmus buscó a tientas su lápiz y su tablero de dibujo, y temblando de miedo probó a hacer un esbozo apresurado de aquella graciosa belleza que, como un hermoso sueño, se levantaba frente a él. Pero, gradualmente, a medida que la luz del atardecer se diluía en una sombra gris, la visión se disipó también; y cuando la oscuridad empezó a rondar, sigilosa y lenta, todas las cosas visibles, ¡la figura se había desvanecido! En un estado mezcla de éxtasis y angustia, Anselmus, que aún estaba de rodillas, se levantó despacio. El Ángelus estaba sonando; era hora de dar por finalizada su jornada de trabajo y de encaminarse al rezo y a la vigilia. Como un hombre arrancado con excesiva brusquedad de un sueño profundo, echó a andar lentamente, absorto en sus

pensamientos; y los hermanos que lo vieron llegar a su puesto del coro para unirse a ellos en el canto de vísperas se miraron unos a otros, murmurando entre sí: «¡Nuestro Anselmus está trabajando! ¡Tiene el aspecto de quien ha recibido la inspiración divina!».

La mañana siguiente amaneció clara y brillante, y tan pronto como hubo plena luz, Anselmus corrió a su estudio. Con una prisa y un entusiasmo casi febriles, aferró el boceto que había intentado pergeñar —la imagen del ángel sobrenatural—, pero... ¡Ay! Allí no había nada lo bastante sugerente como para intentar elaborar o finalizar aquel esbozo, y lo dejó a un lado con un suspiro de amarga decepción. El sol se asomó brillando a través de las ventanas, proyectando rayos de luz a lo largo del suelo de piedra, y Anselmus, sentándose en su puesto de trabajo habitual, levantó los ojos despacio y con temor hacia el nicho que la noche anterior había albergado —así lo creía ahora— lo que no era sino un sueño de su cerebro. Entonces contuvo el aliento y se quedó paralizado, sin tratar de moverse, porque, de nuevo, ¡el ángel estaba allí! A plena luz del día, más blanco que la más nivea de las nubes festoneadas por el sol; allí, con las alas plegadas y una sonrisa divina e inescrutable, esperaba, como si aguardase una orden, con sus delicadas manos extendidas en un gesto que aunaba protección y bendición. Y ahora Anselmus no se arrodilló; pues, convencido de que aquella milagrosa visión era una quimera de su mente, estaba decidido a utilizarla.

—¡Es mi creación! —se dijo—. Una visión evocada a partir de mis propios pensamientos y de mi deseo de cumplir la tarea que nuestro padre Abad me ha encomendado. Trabajemos, por tanto, mientras sea de día... —Y no terminó la frase de San Juan: «Pues la noche viene cuando nadie puede trabajar».

Empezó a dibujar, y todo lo hacía con facilidad, como en los días de su juventud, con su destreza y sus facultades de antaño: con toques ligeros y hábiles, pronto completó un esbozo de la silueta y de las luminosas vestimentas de su visitante celestial. Después... cuando intentó descubrir aquel rostro y aquellas facciones divinamente hermosos, la mano empezó a temblarle... Miró una y otra vez... y notó que el corazón le fallaba. Pues ya había visto antes aquellos ojos, aquella sonrisa infantil y melancólica. Sacudido

por estremecimientos, como si fuera presa de un frío glacial, murmuró:

—¡Dios mío, ten piedad de mí! ¡Protege mi cordura, oh, Señor! ¡No me vuelvas loco hasta que termine mi trabajo! ¿Este es tu castigo? ¿Es que pueden los muertos resucitar antes del día del Juicio? ¡Aún no es el momento! ¡Aún no!

Sus ojos se llenaron del dolor de las lágrimas no derramadas mientras los levantaba hacia el ángel del nicho: una visión silenciosa, como la propia luz, pero que expresaba toda la dulzura del mundo, toda la paciencia. Al comprobar que la figura no se movía, sino que permanecía quieta por completo, como si realmente fuera una modelo posando para que la estudiaran y la plasmaran, Anselmus se sumergió en la tarea, con una pasión que consumía sus energías como un fuego devorador.

Trabajaba sin descanso día tras día, concediéndose apenas el tiempo necesario para comer y dormir, empleando a regañadientes, por primera vez en su vida, las horas debidas a sus obligaciones religiosas. Día tras día, con una milagrosa fidelidad, el ángel se situaba en el nicho, frente a él, sin moverse ni un ápice. Considerando que aquella visión era una ilusión, o una creación imaginaria de su propia mente, trabajó a partir de ella sin añadidos ni alteraciones, consciente de que era una presentación perfecta de ese «Ángel» ideal que buscaba crear. En cuanto terminó los bosquejos, comenzó a moldear la figura en arcilla. Lenta, pero segura, esta fue creciendo entre sus manos, hasta alcanzar una hermosa plenitud; y durante todo ese tiempo, el ángel lo acompañaba, inmóvil ante él; parecía estar observando con sus ojos firmes y dulces el modelado hecho a su imagen y semejanza.

Así pasó más de un mes, y el ángel del nicho se convirtió en una parte tan importante de la vida y del trabajo de Anselmus que él ya se consideraba incapaz de lograr nada bueno sin la influencia de aquella brillante presencia. El otoño fue dando paso al invierno: las hojas marchitas cayeron, formando susurrantes montones sobre los caminos de grava, modificando el aspecto de los senderos que recorrían los suaves y verdes campos alrededor del monasterio, y empezaron a soplar los amargos vientos del noreste, trayendo consigo ráfagas repentinas de cellisca y nieve. La estancia desnuda

donde estaba instalado el estudio en el que el monje trabajaba se volvió gélida, y a veces él sentía escalofríos mortales mientras modelaba la figura de su «Ángel» en la arcilla húmeda. Sin embargo, la visión celestial permanecía fiel en el nicho, emanando una luz sobrenatural que casi parecía cálida; y Anselmus habría preferido morir en lugar de abandonar aquel lugar para instalarse en esa otra estancia del monasterio que el Abad le había ofrecido con toda amabilidad, y que habría sido mejor para él en términos de salud.

—No intentamos inmiscuirnos en lo que estás haciendo —le dijo su superior—, ni veremos tu trabajo hasta que tú mismo nos convoques para mostrárnoslo una vez terminado. Pero parece estar sufriendo: te has consumido, reducido a una mera sombra de ti mismo. Te suplico, hijo mío, que tengas más cuidado y descanses, o que dejes de trabajar por un tiempo...

—¡No, no! —lo interrumpió Anselmus, agitado—. ¡Si dejo de trabajar, dejaré de vivir! Estoy bien, ¡muy bien! No os preocupéis por mí, dejadme terminar mi tarea, o de lo contrario el ángel... —aquí sonrió, de forma extraña y aturdida—: ¡El ángel podría abandonarme!

El Abad estaba desconcertado por aquel deterioro, pero se abstuvo de presionar o de dar ningún otro consejo al monje, aunque tanto él como todos los hermanos de la abadía notaban, con profundo pesar y preocupación, que su «escultor celestial» parecía afectado por una extraña enfermedad mortal; y que, aunque él no se quejaba, aquella dolencia lo estaba destruyendo a ojos vistas.

Las cosas mejoraron para Anselmus, que parecía sufrir menos cuando, tras terminar su modelo en arcilla, empezó a esculpir su «Ángel» en piedra. Era un experto en aquel duro trabajo, y el esfuerzo físico necesario para llevarlo a cabo le vino bien, devolviéndole un poco de su antiguo vigor y flexibilidad. De sol a sol, trabajaba sin descanso y con fervor; de sol a sol, la radiante visión llenaba el nicho y lo adornaba con rayos de luz más resplandecientes que los del sol. De sol a sol, los dulces y misteriosos ojos del ángel lo observaban mientras él martilleaba y tallaba la rígida piedra, transformándola en una imagen flexible en apariencia, llena de gracia y belleza; hasta que, al fin, llegó el día en

que, tras haber consumido todo su pensamiento y toda su energía, en unos últimos toques perfectos, observando en todo momento los delicados rasgos, los ojos y la sonrisa divina de su modelo sobrenatural, asegurándose de reproducirlos de manera tan fiel como solo un gran artista sabe hacerlo, se dio cuenta de que su tarea había concluido. Arrojó sus herramientas, cayó de rodillas y alargó las manos, en suplicante agonía. Pues ya no era necesario intentar engañarse a sí mismo, ni fingir ante su propia conciencia acusadora que no había reconocido el rostro esculpido: aquellos dulces labios, que había cincelado con tanta ternura; el hoyuelo en la suave mejilla; los párpados caídos... ¡Bien lo sabía! Eran las facciones de un verdadero Ángel, o de una visión celestial..., pero, ante todo, eran las facciones de la muchacha muerta, la que lo había amado y le había entregado su vida entera.

—¡Ángel de mi alma! —murmuró—. ¡Ángel de mis sueños! ¡Espíritu de mi trabajo! ¡Háblame! ¡Oh, habla y dime por qué estás aquí! ¿Por qué te has quedado con tanta paciencia, tanto tiempo? Tú, que eres la imagen celestial de alguien a quien agravié, ¿por qué has venido a mí?

Siguió un momento de silencio; un silencio tenso y profundo, cargado de suplicios inefables para la mente de un hombre que sufre. Entonces llegó la respuesta, con una voz más dulce que el sonido de una campana de cristal:

—¡Porque te amo!

Emocionado ante estas palabras, elevando la vista, el monje se sumió en el resplandor azul marino de aquellos ojos angelicales, con una mezcla de miedo y éxtasis.

—¡Porque te amo! —repitió la Voz—. ¡Porque siempre te he amado!

Él escuchaba, incrédulo.

—¡Estoy loco! ¡O estoy soñando! —susurró, temblando—. ¡Este Milagro habla igual que hablaba Ella!

—¡El amor es el único milagro! —prosiguió la Voz—. No puede morir... ¡es inmortal! ¡Oh, amado mío! ¡Tu pecado ante Dios no fue la ruptura de unos votos religiosos, sino la ruptura de un corazón humano! ¡El arruinar una vida, un corazón que confiaba en ti, una vida que se entregó a ti!

El infeliz monje se retorció las manos, lleno de desesperación.

—¡Castígame! —exclamó—. ¡Desata tu venganza sobre mí, oh, Ángel del Altísimo! ¡Mátame con una mirada de esos dulces ojos, oh, espíritu de mi amada asesinada! ¡No me dejes vivir y olvidar el recuerdo de este día!

La figura del ángel se agitó: sus alas plegadas temblaron y empezaron a abrirse despacio, como grandes abanicos de la luz a ambos lados.

—¡El amor no trae consigo la venganza! —dijo la Voz, con una entonación increíblemente tierna—. ¡Todo está perdonado, amado mío! ¡Todo ha terminado, excepto la historia de nuestra dicha, que ningún mortal conocerá jamás! ¡Una dicha que empiece, pero nunca termina! Con mi muerte te doy vida, y, a cambio del daño que hiciste a mi alma, te traigo, en nombre de Dios, paz y perdón. ¡Tu trabajo ha concluido, amado mío!

Entonces, la radiante Figura se elevó lentamente, como una fina neblina teñida por los rayos del sol: salió del nicho donde había estado durante tanto tiempo, con tanta paciencia, y ascendió hacia lo alto, hacia lo alto, fundiéndose como un haz de luz intermitente con el aire vaporoso.

Aquella noche, cuando Anselmus no apareció para las vísperas, algunos hermanos pidieron permiso al Abad para ir a su estudio y comprobar qué le ocurría. El propio Abad decidió acompañarlos, y a la luz de una pálida luna encontraron a su «escultor celestial» desplomado ante el nicho vacío; y, en un tosco pedestal, la estatua ya finalizada de un ángel, de figura y facciones más angélicas que los de ningún otro que hubieran visto antes. Llenos de asombro y compasión, levantaron el cuerpo desmayado del escultor y lo llevaron a su celda; allí, unas horas después, se reanimó lo bastante como para reconocer dónde se hallaba y expresar con una conmovedora humildad su agradecimiento por la paternal solicitud del Abad y los desvelos de los hermanos. Estaba demasiado débil y enfermo como para soportar una conversación; así pues, respetaron su evidente deseo de que no se elogiara la excelsa obra de arte que había creado. Todo cuanto decía cuando el Abad expresaba su admiración y reverencia por lo que, con toda justicia, consideraba la más perfecta estatua de un ángel que jamás hubiera adornado una

iglesia, era:

—Dios lo ha hecho, no yo.

Permaneció en silencio durante largo tiempo, sin fuerzas para moverse; y los días transcurrieron pacíficamente hasta que, al fin, llegó la bendita festividad del Nacimiento de Cristo. Como si presintiera esto, Anselmus comenzó a despertarse de su doloroso letargo y su debilidad. Nada podría impedirle —dijo—, con amable y sonriente gravedad, estar en el coro con su «Ángel» el día de Navidad.

Así que, cuando llegó la gloriosa mañana, fue a misa, ayudado por dos de los hermanos, que se mantenían cada uno a un lado para guiar sus pasos vacilantes; y ocupó su lugar, que estaba justo enfrente del nicho donde ahora se encontraba su Ángel esculpido, en toda su gloria: una bella figura, tan imbuida de genialidad que casi parecía viva, mientras alargaba sus manos en un gesto de Paz y de Bendición. Pálido, consumido y exhausto, Anselmus suscitaba el afligido interés de todos los hermanos que lo miraban: su delgado rostro de intelectual y sus grandes ojos ardientes sugerían que en su mente se alojaba una inquietante tragedia, y lo observaban con cierto temor, sintiendo que lo rondaba algo extraño y sobrenatural.

La música se inició a su alrededor, y las voces de los monjes llenaron el aire de profundas y rítmicas ondas melodiosas; la luz que se filtraba a través de las vidrieras fulguraba y centelleaba, arrojando largos rayos de púrpura y esmeralda, rosa y azul sobre los escalones del altar. Anselmus escuchó, observándolo todo con mirada vaga, como alguien que contemplase desde una gran altura las pequeñas parcelas de tierra y las casas que se extienden allá abajo, sorprendiéndose por la curiosa impresión de irrealidad que le producían todos esos sonidos e imágenes, más consciente de la estatua de su Ángel, que se hallaba frente a él, que de ninguna otra cosa.

El majestuoso ritual prosiguió hasta alcanzar el momento supremo, la ofrenda de la Sagrada Forma, para la que todos, sentados, inclinaron las cabezas en profunda meditación y oración. Sonó la campana, y las voces resonantes de los hermanos cantaron con solemnidad: *Sanctus, Sanctus, Sanctus! Dominus Deus Sabaoth! Plein sunt coeli et terra gloria tua!* Entonces, Anselmus

alzó de repente la mirada; y fue como si un rayo lo hubiese alcanzado. Conmocionado, se puso en pie. Allí, en un haz de deslumbrante claridad, mucho más luminoso que el día, sereno y con las alas radiantes, posado entre él y la estatua esculpida, ¡estaba el ángel de su visión! ¡El ángel con el rostro de la muchacha a la que tanto mal había causado! ¡El ángel de su inspiración, el ángel de su obra concluida! ¡Oh, qué ternura había ahora en sus ojos azul marino! ¡Qué dulzura en su divina sonrisa! ¡Qué celestial bienvenida en sus brazos extendidos y en aquellas manos blancas que parecían llamarlo!

—¡Amada mía! ¡Amada mía! —exclamó. Luego, con un sonido ahogado en la garganta, se tambaleó y cayó hacia delante. El canto cesó —en el altar, el Abad se interrumpió, con el cáliz sagrado en la mano—, los hermanos corrieron y rodearon aquel cuerpo postrado, llenos de tristeza y consternación, pero todo había acabado. Anselmus estaba muerto.

Una nube ocultó el sol, y durante un momento, el presbiterio se oscureció; entonces, mientras dos de los monjes se arrodillaban junto al caído y cubrían con delicadeza su rostro, el Abad, con lágrimas en los ojos, levantó de nuevo el cáliz. El sol salió otra vez, brillando resplandeciente a través del presbiterio, e iluminó la estatua del Ángel, confiriéndole una súbita blancura, tan intensa como la de la nieve; con voces temblorosas, los hermanos reanudaron el servicio interrumpido, que resonó en los arcos de la noble abadía respondiendo a una mística Verdad que el mundo se resiste a reconocer:

Benedictus qui venit in nomine Domini!

DE ENTRE LOS MUERTOS

EDITH NESBIT

(1893)

EDITH NESBIT

1858-1924

Cuando uno piensa en Edith Nesbit le vienen a la mente sus libros infantiles, sobre todo el célebre Los chicos del ferrocarril (1906), pero también Los buscadores de tesoros (1899), Cinco chicos y eso (1902) y El Fénix y la alfombra (1904). De ahí que a muchos les sorprenda descubrir —desde luego lo hizo en vida de la escritora— que también escribía historias sobre lo insólito y lo sobrenatural. Una de sus obras más tempranas fue Relatos sombríos (1893), que incluía sus contribuciones más importantes a este género, como son «La estatua de mármol», «La boda de John Charrington» y la historia que sigue a esta breve biografía. Nesbit tuvo una turbulenta vida privada. Contrajo matrimonio con Hubert Bland, un empleado de banca, en 1880 cuando ella tenía veintiún años y estaba embarazada de siete meses. Pronto descubrió que Bland, un mujeriego incorregible, había estado prometido antes a otra joven, con la que tenía una criatura, y que, además, una amiga de ella, Alice Hoatson, también estaba embarazada de Bland. Alice se instaló en casa del matrimonio como ama de llaves y Edith crio a su hijo (y a otro más adelante) como si fueran suyos y a los que acabó adoptando. Edith tuvo tres hijos con Bland: Paul, Mary y Fabian. Al último lo llamarían así en honor a la Sociedad Fabiana, organización socialista de la que más tarde surgiría el Partido Laborista británico y que había sido establecida en 1884, con el matrimonio Bland entre los miembros fundadores. Edith fue una destacada conferenciante y articulista sobre el socialismo hasta que sus libros infantiles coparon todo su tiempo. Aunque también escribió novelas para adultos, estas fueron cayendo en el olvido con el paso de los años. Entre

ellas figura una historia romántica sobre la inmortalidad, Dormant (1911). En el relato que sigue, Nesbit reflejaría parte de su atribulada vida sentimental, además de sus fobias a la oscuridad y a un enterramiento prematuro.

DE ENTRE LOS MUERTOS

EDITH NESBIT

I

—SEA VERDAD O NO, TU HERMANO es un ser despreciable. Ningún hombre... Ningún hombre decente le contaría a nadie algo así.

—No me lo contó. ¿Cómo te atreves a dar por hecho semejante cosa? Encontré la carta sobre su escritorio; y puesto que ella es mi amiga y tú su prometido, no se me ocurrió que tuviese nada de malo leer lo que fuera que ella pudiera escribirle a mi hermano. Devuélveme la carta. No tendría que habértelo contado, he sido una estúpida.

Ida Helmont extendió la mano pidiéndole la carta.

—Todavía no —dije, y me acerqué a la ventana.

El pálido rubor de un atardecer londinense flameaba sobre el papel mientras leía aquella hermosa caligrafía que conocía tan bien y que tantas veces había besado:

Querido,

Sí..., claro que te amo; pero es imposible. Debo casarme con Arthur. Mi honor está comprometido. Está en su mano liberarme, pero nunca lo hará. Me ama con locura.

Pero yo es a ti a quien amo, en cuerpo y alma.

Mi corazón es tuyo y solo tuyo. Pienso en ti durante todo el día y contigo sueño toda la noche. Pero debemos separarnos. Adiós.

Tuya, tuya, tuya soy,

ELVIRA

Sí, sin duda había visto aquella caligrafía muy a menudo. Pero aquella pasión me era totalmente desconocida. Esa sí que no la había visto jamás.

Le di la espalda a la ventana. La sala se me antojó un lugar

extraño. Allí estaban mis libros, mi lámpara de lectura, mi cena sin tocar todavía sobre la mesa, tal y como la había dejado cuando me levanté para disimular mi sorpresa ante la visita de Ida Belmont... Ida Belmont, que estaba ahora allí sentada mirándome en silencio.

—¿Y bien?, ¿no me das las gracias?

—Me clavas un puñal en el corazón ¿y luego me pides que te lo agradezca?

—Disculpa —dijo levantando el mentón—, yo solo te he hecho ver la verdad. Pero al parecer no es de agradecer... Y ahora, por curiosidad, ¿puedo preguntarte qué piensas hacer al respecto?

—Ya te lo contará tu hermano...

Ella se puso de pie bruscamente, muy pálida, con los ojos desorbitados.

—No se lo dirás a mi hermano, ¿verdad?

Vino hacia mí; su pelo dorado llameaba a la luz del atardecer.

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo? —dijo—. Sé razonable. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—No lo sé.

—¿Crees que habría estado bien no contártelo?

—No lo sé. De lo que sí estoy seguro es de que has apagado el sol, y todavía no me he acostumbrado a la oscuridad.

—Créeme —dijo, aproximándose más a mí y apoyando sus manos sobre mis hombros con suma delicadeza—, en serio, ella nunca te ha amado.

Habló con una suavidad en el tono de voz que me irritó y estimuló. Me aparté con delicadeza, y ella dejó caer las manos a los costados.

—Te ruego que perdones mi comportamiento —dije—, es inexcusable. Has hecho muy bien en venir, y no quiero serte ingrato. ¿Podrías echar una carta al correo por mí?

Me senté y escribí:

Te devuelvo tu libertad. Es el único regalo con el que ahora puedo complacerte.

ARTHUR

Tendí la hoja de papel a la señorita Belmont, pero ella no quiso ni mirarla. La doblé, la metí en un sobre, pegué el sello y escribí la dirección.

—Adiós —dije entonces, y le entregué la carta.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, me dejé caer en mi silla y lloré como un niño, o como un tonto, que ha perdido su juguete: la mujercita de pelo oscuro que amaba a otro «en cuerpo y alma».

No oí abrirse la puerta ni el sonido de pasos, así que me sobresalté cuando, a mi espalda, me habló una voz.

—¿Tan desgraciado eres? ¡Ay, Arthur, no creas que no te compadezco!

—No quiero que nadie se compadezca de mí, señorita Helmont —respondí.

Ella guardó silencio un momento. Luego, con un movimiento rápido, repentino y delicado, se inclinó y me besó en la frente... y oí cerrarse la puerta con suavidad. Entonces supe que la hermosa señorita Helmont me amaba.

Al principio fue una idea fugaz, una nube efímera cruzando un cielo gris, pero al día siguiente despertó la razón y habló.

—¿Decía la señorita Helmont la verdad? ¿No sería posible que...?

Decidí ir a ver a Elvira para que ella misma me confirmase si, por fortuna, este golpe provenía, no de ella, sino de una mujer en la que el amor pudiese haber matado la honestidad.

Anduve desde Hampstead a Gower Street. Mientras avanzaba por la larga calle, vi una figura vestida de rosa salir de una de las casas. Era Elvira. Caminó delante de mí hasta la esquina de Store Street. Allí se reunió con Oscar Helmont. Dieron media vuelta y quedamos cara a cara, y entonces vi cuanto necesitaba ver. Se amaban. Ida Helmont me había contado la verdad. Los saludé con una inclinación de cabeza y pasé de largo. Menos de seis meses después estaban casados, y antes de que transcurriera un año, ya había contraído yo matrimonio con Ida Helmont.

No sé qué me llevó a ello. Quizá fuera el remordimiento por haber fantaseado con la idea, durante la mitad de una jornada aunque fuera, de que ella pudiera ser tan vil como para amparar una mentira con el fin de conseguir un amante, o quizá fue su belleza, o la dulce complacencia de verme convertido en el preferido de una mujer que tenía a la mitad de sus conocidos a sus pies, no lo sé; en cualquier caso, mis pensamientos se refugiaron en ella como si de su hogar natural se tratara. También mi corazón tomó ese camino y, sin darme cuenta, la amé como nunca había amado a Elvira. ¡Dios, que

no dude nadie de que la amé como nunca volveré a amar!

Jamás hubo otra como ella. Era valiente y hermosa, aguda y sensata, además de desmedidamente adorable. Era la única mujer del mundo para mí. Desbordaba tanta franqueza y bondad que conseguía que las demás mujeres parecieran insignificantes y despreciables a su lado. Ella me amaba y yo la reverenciaba. Me casé con ella, permanecí a su lado durante tres semanas doradas, y luego la abandoné. ¿Por qué?

Porque me contó la verdad. Fue una noche —ya tarde— en la que llevábamos horas sentados en el porche de nuestro alojamiento junto al mar, contemplando la luna rielando en el agua y escuchando el suave batir de las olas sobre la arena. Nunca he sido tan feliz como esa noche; nunca volveré a ser feliz, espero.

—Querido, dime —me dijo, apoyando su cabeza dorada sobre mi hombro—, ¿cuánto me amas?

—¿Cuánto?

—Sí, ¿cuánto? Deseo saber qué lugar ocupo en tu corazón. ¿Me quieres más que nadie?

—¡Amor mío!

—¿Más que a ti mismo?

—Más que a mi vida.

—Te creo —dijo. Entonces respiró hondo y tomó mis manos entre las suyas—. No importa. Ahora ya no hay nada que pueda interponerse entre nosotros, ni este mundo ni el más allá.

—Nada —dije yo—. Pero, amor mío, ¿qué sucede?

Y es que estaba temblando, pálida.

—Debo contártelo —dijo ella—; ahora ya no puedo ocultarte nada, porque soy tuya... en cuerpo y alma.

La frase resonó como un eco doloroso.

La luz de la luna brillaba en su pelo dorado, en su suave y cálido pelo dorado, y en su cara demacrada.

—Arthur —dijo—, tú recuerdas que fui a verte a Hampstead con aquella carta.

—Sí, mi cielo, y recuerdo cómo tú...

—¡Arthur! —hablaba de forma apresurada y en voz baja—. Arthur, esa carta era una farsa. Ella nunca la escribió. Yo...

Calló, puesto que yo me había puesto de pie apartando

violentamente sus manos y la miraba en silencio. ¡Qué Dios me asista! En aquel momento atribuí mi furia a su mentira. Solo ahora sé que era mi orgullo lastimado lo que me dolía tanto. La sola idea de que me hubiesen burlado, *a mí*, de que me hubiesen engañado y llevado a comportarme como un bobo. En ese momento ella no era ya la esposa a la que tanto adoraba, era solamente una mujer que había falsificado una carta y conseguido, por medio de este ardid, que me casara con ella.

Hablé: la censuré; dije que no volvería a dirigirle la palabra nunca más. Sentí que era encomiable de mi parte mostrarme tan airado. Dije que no quería volver a tener noticia de una mentirosa y una farsante.

No sé si yo esperaba que ella se abrazara a mis rodillas y me implorase perdón. Creo que tenía la vaga idea de que enseguida podría acceder a perdonar y olvidar sin perder la dignidad. Lo que dije no era sincero. No, oh, no, no; ni una sola de aquellas palabras era sincera. Mientras las pronunciaba, estaba deseando que ella rompiera a llorar y se dejara caer a mis pies, para así poder yo levantarla y estrecharla entre mis brazos de nuevo.

Pero ella no se dejó caer a mis pies; se levantó y se quedó mirándome en silencio.

—Arthur —dijo, mientras yo hacía una pausa para recuperar el aliento—, deja que te explique... Ella... Yo...

—No hay nada que explicar —la interrumpí acaloradamente, preso todavía de la estúpida impresión de que mi indignación tenía mucho de noble, esa sensación que le invade a uno cuando alguien reconoce ser un miserable pecador—. Eres una mentirosa y una farsante, con eso me basta. No volveré a dirigirte la palabra jamás. Me has destrozado la vida...

—¿Eres sincero? —dijo ella, interrumpiéndome, e inclinándose hacia delante para mirarme de cerca. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas, pero ya no lloraba.

Vacilé. Anhelaba tomarla entre mis brazos y decirle: «¿Qué importa ya esa vieja historia? Ven, apoya en mí tu cabeza, amor mío, llora, y date cuenta de lo mucho que te amo».

Pero, en cambio, nada dije.

—¿Eres sincero? —insistió ella.

Entonces apoyó su mano en mi brazo. Deseé tomarla y tirar de ella hacia mí.

En su lugar, la aparté y dije:

—¿Me preguntas que si te estoy siendo sincero? Sí..., por supuesto que te soy sincero. No me toques, por favor. Me has arruinado la vida.

Ella dio media vuelta sin mediar palabra, entró en nuestro dormitorio y cerró la puerta.

Yo anhelaba salir tras ella; decirle que, si había algo que perdonar, se lo perdonaba.

En cambio, me adentré en la playa y me alejé caminando al pie de los acantilados.

La luz de la luna y la soledad acabaron apaciguándome. Hiciera lo que ella hubiese hecho, fue por su amor por mí, de eso estaba seguro. Volvería a casa y se lo diría... Le diría que no importaba lo que hubiese hecho, que ella era mi vida, el tesoro de mi corazón. Ciertamente es que aquella imagen idealizada que de ella tenía se había hecho añicos, o al menos me daba la impresión de que por fuerza debía pensar que estaba hecha añicos, pero, aun así, ¿qué eran todas las mujeres del mundo comparadas con ella? Y que a uno lo amasen de aquella manera... ¿no era ambrosía para la vanidad? ¿Acaso no lo era ser amado más allá de la fidelidad y de la integridad, y contra todos los cánones de honestidad y honor? Me apresuré a regresar, pero mi resentimiento y mal humor me habían llevado muy lejos, y el camino de vuelta era largo. Habían pasado tres horas desde que me separé de ella cuando abrí la puerta de la casita en la que nos alojábamos. Dentro todo estaba oscuro y en silencio. Me quité los zapatos, subí de puntillas por la estrecha escalera y abrí la puerta del dormitorio muy despacio. Quizá se había quedado dormida llorando, y ahora yo me inclinaría sobre ella y la despertaría con mis besos y le suplicaría que me perdonase. Sí, así de radicalmente habían cambiado las tornas.

Entré en la habitación; fui hasta la cama. Ella no estaba allí. No estaba en el dormitorio, por lo que pude comprobar de un solo vistazo. No estaba en la casa, como supe en cuestión de dos minutos. Después de haber perdido una preciosa hora de tiempo buscándola por el pueblo, hallé una nota sobre mi almohada.

¡Adiós! Saca el máximo provecho de lo que te queda de vida. Yo no volveré a estropeártela.

Se había marchado para siempre. Regresé rápidamente a la ciudad en el primer tren de la mañana, aunque solo para averiguar que los suyos no tenían noticias de ella. El anuncio que puse en el periódico resultó infructuoso. Solo un mendigo afirmó haber visto a una mujer blanca en el acantilado, y un pescador me trajo un pañuelo, bordado con su nombre, que había encontrado en la playa.

Rastreé el país de arriba abajo, pero al final tuve que regresar a Londres y pasaron los meses. No ahondaré en ese periodo de tiempo porque el mero recuerdo de ese sufrimiento me colma de tristeza y de angustia. La policía, los detectives y la prensa me fallaron por completo. Las amistades de ella no solo no pudieron ayudarme, sino que, además, se mostraron furiosas conmigo, sobre todo su hermano, que ahora vivía muy feliz con el que fue mi primer amor.

No sé cómo sobreviví a aquellas semanas y meses eternos. Intenté escribir; intenté leer; intenté llevar la vida de un ser humano corriente. Pero fue imposible. No podía soportar la compañía de los de mi especie. Por el día y por la noche casi veía su rostro..., casi oía su voz. Daba largos paseos por el campo, y su figura estaba siempre justo en el siguiente recodo del camino; en el siguiente claro del bosque. Pero nunca llegué a verla del todo, nunca a oírla del todo. Creo que no estaba completamente cuerdo por aquel entonces. Y por fin, una mañana, cuando me disponía a emprender una de esas largas caminatas que no tenían otra finalidad que alcanzar el agotamiento, me topé con un muchacho del telégrafo y tomé el sobre rojo que este me tendía.

En el papel rosado del interior hallé escrito lo siguiente:

Ven de inmediato. Me muero. Debes venir. IDA. Granja Apinshaw. Mellor. Derbyshire.

A las doce salía un tren a Marple, la estación más próxima. Lo cogí. He de decir que hay cosas sobre las que no se puede escribir. Mi vida durante aquellos largos meses es una de ellas, aquel viaje también. ¿Qué había sido de su vida? Esta era una cuestión que me inquietaba tanto como puede perturbarle a uno contemplar una

operación quirúrgica o la herida infligida a una persona que le es querida. Sin embargo, el sentimiento predominante era de dicha, de profunda e indescriptible dicha. Ella estaba viva. Y yo iba a volver a verla. Saqué el telegrama y lo leí: «Me muero». Sencillamente no lo creí. No podía morir sin haberme visto antes. Y si había vivido todos esos meses sin mí, podría vivir ahora, cuando yo estuviera de nuevo a su lado, cuando supiera del infierno que pasé apartado de ella, y de lo glorioso de nuestro encuentro. Ella debía vivir; yo no podía dejarla morir.

Fue un largo trayecto en carruaje a través de unas inhóspitas montañas. Oscuro, bamboleante e infinitamente agotador. Por fin nos detuvimos delante de un edificio bajo y alargado, donde brillaban tenuemente una o dos luces. Me apeé de un salto.

Se abrió la puerta. Un chorro de luz me cegó y retrocedí. Una mujer ocupaba el umbral.

—¿Es usted Arthur Marsh? —dijo.

—Sí.

—Entonces llega demasiado tarde. Ella ha muerto.

II

Entré en la casa, me acerqué a la chimenea y, de forma mecánica, extendí las manos hacia el fuego porque, aunque era una noche de mayo, estaba aterido. Había algunos individuos allí de pie, arrimados al hogar, y también unas luces que parpadeaban. Entonces una anciana se acercó a mí, con la hospitalidad instintiva del norte.

—Está usted cansado —dijo— y aturdido. Tome un cacillo de té.

Yo prorrumpí en carcajadas. Había viajado doscientas millas para verla a *ella*. Y ella estaba muerta, y ellos me ofrecían té. Retrocedieron ante mí como si fuera una bestia salvaje, pero yo no podía parar de reír. Entonces alguien apoyó una mano sobre mi hombro y me condujo hasta una oscura habitación iluminada por una lámpara, me sentó en una silla y tomó asiento frente a mí. Era una sala adusta, asépticamente amueblada con sillas de enea y mesas y aparadores muy lustrosos. Contuve la respiración, recuperé la serenidad de repente y miré a la mujer que tenía delante.

—Yo fui el aya de la señorita Ida —dijo—, y ella me pidió que os

mandara llamar. ¿Quién es usted?

—Su marido...

La mujer me lanzó una mirada implacable, donde la profunda sorpresa se debatía con el resentimiento.

—¡Qué Dios le perdone, entonces! —dijo—. Desconozco qué ha podido hacer usted, pero no resultará fácil perdonarle, ¡ni siquiera para *Él*!

—Cuénteme —dije—, mi mujer...

—¡¿Contarle?! —El tono amargo de repulsa en la voz de la mujer no me hirió. No era nada comparado con el desprecio que había sentido hacia mí mismo todos aquellos meses y que todavía me corroía el corazón—. ¡Contarle! Sí, deje que le cuente. Su esposa estaba tan avergonzada de usted que ni me mencionó que estuviera casada. Permitió que pensara sobre ella de todo menos eso. Sencillamente se plantó aquí y dijo: «Aya, necesito que me cuides, porque me muero. Y no les dejes saber dónde estoy»; eso me dijo. Y yo, estando como estoy felizmente casada, aquí, con un hombre honesto y en una situación desahogada, pude hacerlo, a Dios gracias.

—¿Por qué no me hizo llamar antes? —La pregunta brotó de mí como un grito de angustia.

—Yo *jamás* le habría hecho llamar. Fue *ella* quien lo hizo. Oh, ¡cómo puede nuestro Señor Todopoderoso haber creado hombres capaces de castigarnos a las mujeres de este modo! Joven, no sé qué haría para que ella lo abandonase, pero seguro que tuvo que ser muy cruel, porque ella besaba la tierra que usted pisaba. Los días enteros se los pasaba mirando su fotografía, hablándola y achuchándola cuando creía que yo no prestaba atención, y sollozando hasta que me hacía llorar a mí también. Las noches, era entonces cuando más lloraba. Y un día, cuando fui y le dije que rezara a Dios para que la ayudara a superar su aflicción, me saca esa cara amarillenta *de usted* en una tarjeta, vaya, y me dice, con su sonrisa triste, «Este es mi dios, aya», eso me dijo.

—¡No! —dije con desmayo, tratando de detener aquella tortura con un gesto de las manos—. ¡No siga! ¡Ahora no!

—¡Que no siga! —repitió. Se había levantado y andaba de un lado a otro de la estancia con las manos entrelazadas—. ¡Desde luego!

No lo haré, ¡pero tampoco le olvidaré! Sepa que le he tenido presente en mis oraciones una y otra vez, cuando pensaba que había sido un frívolo con mi niñita. No pienso dejarle fuera de ellas, ahora que sé que ella era nada menos que su esposa, y que la desechó cuando se cansó de ella, dejando que su corazón se consumiera de dolor por no tenerle. ¡Oh, sí! Rezaré a Dios en las alturas para que le haga pagar caro lo que le hizo. Usted mató a mi niña. Le pasará la cuenta, joven, hasta el último penique. ¡Oh, Dios, que estás en el Cielo, hazle sufrir! ¡Haz que sienta lo mismo que mi niña!

Pateó el suelo al pasar de largo junto a mí. Yo me quede muy quieto. Me mordí el labio hasta que pude saborear la sangre caliente y salada en mi lengua.

—Ella no significaba nada para usted —gritó la mujer, acelerando el paso entre las sillas de enea y la mesa—; hasta un tuerto podría verlo con el ojo bueno cerrado. No la amaba, y por tanto no siente nada ahora mismo; pero llegará el día en que alguien sí le importe y entonces sabrá lo que ella sintió..., si es que hay justicia divina.

Yo también me levanté, crucé la habitación y me apoyé contra la pared. Oía sus palabras, pero no las comprendía.

—¿Es que no siente *nada*? ¿Es usted de piedra? Venga y vea cómo yace en su lecho tan en silencio. Ahora ya no sufrirá a causa de hombres como usted. Ya no volverá a sentarse ante la ventana, sin mediar palabra, derramando lágrimas tan solo, una a una, lenta, muy lentamente, sobre su regazo. Venga a verla; venga a ver lo que le ha hecho a mi niña... y entonces podrá marcharse. Nadie le quiere aquí. *Ella* ya no le necesita. ¿O quizá prefiera cerciorarse de que está bien enterrada antes de irse? Me figuro que colocará una lápida de piedra grande y pesada sobre ella... para asegurarse de que no vuelva a levantarse.

Me giré hacia ella. Su cara delgada estaba blanca de dolor e ira. Sus manos como garras estaban apretadas en un puño.

—Mujer —dije—, tenga piedad de mí.

Ella hizo una pausa y me miró.

—¿Cómo? —dijo.

—¡Tenga piedad! —repetí.

—¡Piedad! Haberlo pensado antes. Usted no mostró ninguna

piedad con ella. Le amaba..., murió amándole. Y de no ser yo una mujer cristiana, le mataría por ello..., ¡le mataría como la rata que es! Lo haría, aunque tuviese que pagarlo con la horca después.

Agarré las manos de la mujer y las apreté muy fuerte, a pesar de los intentos de ella por soltarse y resistirse.

—¿Es que no lo entiende? —dije fuera de mí—. Los dos nos amábamos. Ella murió amándome. Yo he de vivir amándola. Y es de *ella* de quien usted se compadece. Le digo que fue todo un error..., un estúpido y terrible error. Lléveme adonde está, y por piedad, déjeme a solas con ella.

La mujer vaciló; luego habló con un tono de voz infinitamente menos duro.

—Pues sígame, entonces.

Nos dirigimos hacia la puerta. Mientras ella la abría, un llanto débil, apenas audible, llegó a mis oídos. Se me paró el corazón.

—¿Qué es eso? —pregunté, deteniéndome en el umbral.

—Su hijo —dijo ella escuetamente.

¡Eso también! ¡Oh, mi amor! ¡Oh, pobre amor mío! ¡Todos estos largos meses que había pasado sin ella!

—Siempre decía que le haría llamar cuando superase su aflicción —dijo la mujer, mientras subíamos las escaleras—. «Me gustaría que viera a su pequeño bebé, aya —decía—; a nuestro pequeño bebé. Todo se arreglará cuando nazca el niño», decía. «Sé que entonces volverá conmigo. Ya lo verás.» Y yo no respondía, convencida de que no vendría, creyendo que ella no era para usted más que las sobras, e incapaz de soñar siquiera que pudiera ser usted su marido y fuera capaz de separarse de ella una hora siquiera... encontrándose en el estado en el que estaba. ¡Silencio!

Sacó una llave de su bolsillo y la encajó en una cerradura. Abrió la puerta y yo la seguí al interior. Era una habitación grande y oscura, repleta de muebles anticuados e impregnada de un olor a lavanda, alcanfor y narcisos.

La enorme cama con dosel estaba vestida de blanco.

—¡Mi ovejita, mi pobre y preciosa ovejita! —dijo la mujer y rompió a llorar por primera vez mientras retiraba la sábana—. ¿No está hermosa?

Yo estaba allí plantado, junto a la cama. Bajé los ojos y contemplé

la cara de mi esposa. Era la misma que había visto descansar sobre la almohada, a mi lado, cada mañana, cuando el viento y la alborada surgían del mar. Su aspecto no era el de una persona muerta. Los labios conservaban su rubor, y me pareció percibir un leve matiz rosado en sus mejillas. Tuve la sensación también de que si la besaba ella despertaría y me acariciaría suavemente el cuello con su mano y pegaría su rostro al mío..., y que entonces nos lo contaríamos todo, y lloraríamos juntos, y nos comprenderíamos, y nos reconfortaríamos.

Así que me incliné y apoyé mis labios sobre los suyos mientras la vieja aya salía discretamente de la alcoba.

Pero aquellos labios rojos eran fríos como el mármol, y ella no despertó. Ahora ya no despertaría jamás.

Repito, hay cosas que no pueden ser escritas.

III

Yací esa noche en una gran alcoba, repleta de pesados muebles oscuros, en una enorme cama con dosel, guarnecida con pesados cortinajes oscuros; una cama idéntica a aquella otra de cuyo lado me habían separado a rastras finalmente.

Me dieron de comer, creo, y la vieja aya fue amable conmigo. Imagino que ahora pudo darse cuenta de que los muertos no son más dignos de compasión que los vivos.

Me tumbé al fin en la enorme y espaciosa cama, y oí cómo los sonidos de la casa iban disminuyendo hasta que se apagaron del todo, siendo el último en oírse el débil llanto de mi hijo. Me habían traído al pequeño, y yo lo había sostenido en mis brazos y había inclinado la cabeza sobre su cara pequeña y sus diminutos dedos. No sentí amor por él entonces. Me dije a mí mismo que su vida me había costado la muerte de ella. Pero mi corazón me decía que era yo el causante. El reloj de pared del descansillo fue marcando las horas... Las once, las doce, la una y yo seguía sin poder conciliar el sueño. La estancia estaba oscura y el silencio era absoluto.

Aún no había tenido ocasión de ponderar mi vida con sosiego. El dolor me había intoxicado por completo; sentía una embriaguez absoluta, mucho más cándida que la sobria calma que la sucede.

Ahora yací quieto como la mujer muerta de la habitación contigua,

y reflexioné sobre qué había sido de mi vida. Yací quieto y pensé y pensé y pensé. Y en esas horas saboreé el gusto amargo de la muerte. Debían de ser las tres cuando me percaté por primera vez de un leve sonido que no era el tictac del reloj. Digo que me percaté por primera vez, y sin embargo sabía perfectamente que había oído ese sonido antes más de una vez, y aun así me había resistido a escucharlo, *porque procedía de la habitación de al lado*, la habitación donde yacía el cadáver.

Y no quería escuchar ese sonido porque sabía que hacerlo era señal de que estaba asustado, lamentablemente asustado, como un cobarde, como una bestia incapaz de razonar. Significaba que yo, sabiéndome igual de responsable de la muerte de mi esposa que si le hubiese clavado un cuchillo en el pecho, me había hundido hasta el punto de tener miedo de su cuerpo inerte; ese cuerpo inerte que yacía en la habitación contigua. Los cabeceros de ambas camas estaban apoyados contra la misma pared; y era de esa pared de donde me había parecido oír brotar unos débiles sonidos, muy débiles, casi inaudibles. Así que cuando digo que me percaté de ellos, quiero decir que, finalmente, oí un ruido tan definido que no dejó margen para duda o cuestionamiento alguno. Hizo que me incorporara en la cama como un resorte, y que el sudor me perlara la frente y gotease sobre mis manos frías, mientras contenía la respiración y aguzaba los oídos.

No sé cuánto tiempo permanecí así sentado, pero el sonido no se repitió y, finalmente, mis músculos se relajaron y me dejé caer sobre la almohada.

«¡Necio! —pensé—. Ya esté viva o muerta, ¿no es ella tu amada, el máspreciado tesoro de tu corazón? ¿Acaso no estarías cerca de morir de alegría si ella volviera a ti? ¡Reza para que Dios haga posible que su espíritu regrese y te diga que te perdona!»

—Desearía que volviera —me contesté a mí mismo en voz alta, mientras cada fibra de mi cuerpo y de mi mente se encogía y se estremecía en un acto instintivo de rechazo.

Prendí una cerilla, encendí una vela y respiré algo más aliviado al contemplar los muebles encerados; los objetos comunes de una habitación corriente. Entonces pensé en ella, yaciendo sola tan cerca de mí, tan callada bajo la sábana blanca. Estaba muerta; no

iba a despertarse ni a moverse. Pero ¿y si se moviera? ¿Y si retiraba la sábana, se levantaba, cruzaba la habitación y hacía girar el pomo de la puerta?

En esto pensaba cuando —con absoluta e inequívoca claridad— oí abrirse muy despacio la puerta de la cámara mortuoria. Escuché un lento caminar en el pasillo, unos pasos parsimoniosos y pesados. Escuché el roce de unas manos contra mi puerta, manos inseguras que buscaban a tientas el pestillo.

Paralizado de terror, permanecí tumbado estrujando la sábana entre las manos.

Bien sabía qué sería lo que entraría por aquella puerta cuando se abriese; aquella en la que tenía clavada la mirada. La puerta se abrió muy despacio, lenta, muy lentamente, y la figura de mi esposa muerta cruzó el umbral. Avanzó directa hasta la cama y se detuvo al pie, ataviada en su blanca mortaja, con el vendaje blanco bajo la barbilla. Se percibía un olor a lavanda y a alcanfor y a narciso blanco. La figura tenía los ojos muy abiertos y me miró con un amor indescriptible.

Sentí deseos de gritar.

Mi esposa habló. Lo hizo con aquella voz tan querida por mí, la misma que tanto me había gustado escuchar, pero que ahora sonó muy débil y floja; y que ahora me hizo temblar al escucharla.

—¿No tendrás miedo de mí, aunque esté muerta, verdad cariño? He oído cuanto me has dicho a tu llegada, pero no podía responder. Ahora, sin embargo, he vuelto de entre los muertos para contártelo. En realidad, no era tan mala como me creíste. Elvira me había contado que amaba a Oscar. Yo solo escribí la carta para facilitarte las cosas. El orgullo me impidió decírtelo cuando te mostraste tan furioso, pero ahora ya no tengo orgullo. Ahora volverás a amar, ¿no es así?, ahora que estoy muerta. Uno siempre perdona a los muertos.

La voz de la pobre fantasma sonaba hueca y débil. Un terror abyecto me tenía paralizado. No pude responder.

—Di que me perdonas —prosiguió la fina y monótona voz—, di que me amas una vez más.

Tenía que hablar. Y a pesar de mi cobardía, conseguí articular unas palabras.

—Sí; te amo. Siempre te he amado, que Dios me asista.

Me sentí más tranquilo al oír el sonido de mi propia voz, y terminé de hablar con más firmeza que al principio. La figura junto a la cama se balanceó un poco, insegura.

—Supongo —dijo ella apesadumbrada— que te asustarías, ahora que estoy muerta, si me acercara y te besara, ¿no es así?

Amagó un movimiento, como si se dispusiera a aproximarse.

Entonces sí que grité, grité una y otra vez, y me tapé la cara con todas mis fuerzas. Hubo un momento de silencio. Luego oí cerrarse la puerta y, a continuación, un ruido de pasos y de voces, y algo pesado que se desplomaba. Me desenredé la sábana de la cabeza. Mi dormitorio estaba vacío. Recuperé la razón. Salté de la cama.

—¡Ida, cariño, vuelve! ¡No tengo miedo! Te amo. ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Corrí hasta la puerta y la abrí de par en par. Alguien se acercaba por el pasillo con una luz. En el suelo, delante de la puerta de la cámara mortuoria, yacía un bulto desmadejado: el cadáver, en su mortaja. Muerto, muerto, muerto.

Está enterrada en el cementerio de Mellor, y no la cubre lápida alguna.

Ahora ya nunca sabré si fue catalepsia, como dijo el doctor, o si mi amada regresó incluso de entre los muertos a mí, a aquel que la amaba; de lo que sí estoy seguro es de que, si le hubiese abierto los brazos cuando ella se encontraba al pie de mi cama, si le hubiese dicho «¡Sí, incluso desde la tumba, cariño, desde el mismísimo infierno, vuelve, vuelve a mí!», si en mi cobarde corazón hubiese tenido espacio para algo más que aquel terror irracional que mató el amor en ese momento, ahora no me encontraría aquí tan solo. Me aparté de ella, le tuve miedo, no quise estrecharla contra mi corazón. Y ahora ella ya nunca volverá a mí.

¿Y por qué sigo viviendo?

Pues está el niño. Tiene cuatro años ya y jamás ha hablado ni ha esbozado una sonrisa.

UNA NAVIDAD EN LA NIEBLA

FRANCES HODGSON BURNETT

(1915)

FRANCES HODGSON BURNETT

1849-1924

Igual que Edith Nesbit, Frances Hodgson Burnett es sobre todo recordada —tal vez solo recordada— por sus dos grandes clásicos para niños, El pequeño lord (1886) y la inmortal fábula El jardín secreto (1911), pero aparte de estos dos libros escribió otros tantos, más de cuarenta, desde That Lass O'Lowries (1877) a la obra póstuma In the garden (1925). Al haber vivido mucho tiempo en los Estados Unidos, país del que se convirtió en ciudadana en 1905, a menudo se olvida que nació en Inglaterra, en un barrio popular de Manchester llamado Cheetham. Por desgracia, su padre murió cuando ella contaba apenas tres años. La familia sobrevivió, pero experimentó estrecheces económicas acuciantes, de manera que en 1865 la madre de Frances aceptó la oferta de un hermano que vivía en Tennessee y que la animaba a mudarse al nuevo continente. Ya entonces, Frances era una lectora voraz, y una vez asentada con su familia en los Estados Unidos decidió que sería escritora. En 1868, cuando solo tenía dieciocho años, vendió su primer relato. En realidad, vendió dos cuentos consecutivos, pues el editor jefe de la revista quiso poner a prueba sus capacidades. Frances inventaba historias y las plasmaba con una rapidez asombrosa, lo que le permitió mantener a su familia hasta que la madre murió en 1870 y sus hermanos contrajeron matrimonio. Frances se casó dos veces, aunque ninguno de sus matrimonios fue feliz, y tuvo dos hijos. Regresaba a menudo a Inglaterra, y durante diez años (1898-1907) vivió en Great Maytham Hall, una casa solariega del condado de Kent, donde halló el jardín abandonado que le inspiró para escribir El jardín secreto. Regresó a Estados Unidos en 1907, y residió el

resto de su vida en la casa que mandó construir en Plandome Manor, cerca de Nueva York. A partir de 1914, Frances escribió una serie de piezas sueltas, autobiográficas y ficticias a partes iguales. Contenían recuerdos de su juventud que le provocaban reflexiones sobre esas pequeñas cosas de la vida que estimulan la fantasía. Al volver la vista atrás, la autora se desdoblaba en dos personas distintas, la que recordaba el episodio y la que lo experimentaba (a esta última la llamó «Dama Romançiera»). ^[1] *Aunque su temática no fuera abiertamente sobrenatural, se trataba de relatos de atmósfera inquietante, como descubrirán en el cuento que sigue —el primero de la serie—.*

^[1] . *The Romantick Lady* , en el original, juega con la «k» final del adjetivo: una grafía arcaizante en el inglés de la época. (A no ser que se especifique lo contrario, todas las notas son de las traductoras.)

UNA NAVIDAD EN LA NIEBLA

FRANCES HODGSON BURNETT

Hasta la persona menos imaginativa, llevada al límite por el estímulo de la cita reiterada, acabará aceptando, tal vez con renuencia, que la realidad es más extraña que la ficción. Para tales individuos, esta afirmación encierra una posibilidad excesivamente osada y temeraria. Dará igual si quien habla lo hace desde el conservadurismo de la reserva intelectual. La posibilidad de que la Verdad sea, quizá, más *entretenida*, más deliciosa en su cromatismo y más variada que la Ficción, no ha sido, sin embargo, aceptada como punto de vista general, y se presenta bajo la guisa de un proverbio. Por eso, las mentes sin elasticidad podrían contemplarla con recelo. Pese a lo cual, yo tengo la osadía de ofrecerles justo esta hipótesis. Estaba a punto de decir que la ofrezco prácticamente sin reservas, pero antes me he parado un instante a reflexionar. Los incidentes marcados con todo el pintoresquismo, el colorido y la penetración psicológica que solemos considerar atributos de la ficción pura, ¿ocurren de forma continua en la vida de cualquier ser humano? Esta es, pues, la pregunta que me formulo a mí misma. Después de mi pausa para la reflexión, concluyo que es más que probable que así sea. Al ser cosas que *pasan* sin más como parte de una jornada laboral, en vez de incidentes impresos en negro sobre blanco, se nos pasan relativamente inadvertidos, excepto si somos cuentistas natos —entre los cuales hay muchos que no han escrito ni un renglón de ficción en su vida—.

Ese estado de la cuestión hace que el Libro de la Vida cobre una dimensión apasionante. Lo puebla una mezcla abigarrada de fenómenos fantásticos, inesperados, trágicos y cautivadores. Cada

hora tiene su «continuará» en la siguiente.

Ser conscientes de esta realidad nos genera cierta exaltación: si nos sentásemos hoy mismo a leer una historia realista —estructurada a conciencia, con una ambientación lograda que llegue a emocionar— acerca de todo aquello que una va hacer y pensar a lo largo de la semana próxima, o sobre todo lo que el vecino de la puerta de al lado pensó, sintió y vio hace dos semanas, leeríamos casi en trance hasta el final del relato, y nos levantaríamos del asiento con deleite, murmurando: «¡Pero qué delicia! ¡Cuánta humanidad!». Con el estímulo que nace de haber reconocido este hecho, me he abandonado a un impulso caprichoso que me llama a contar historias pequeñas o, mejor dicho, a esbozar las *Cosas que han pasado*.

Cuando digo que «han pasado» quiero decir, literalmente, lo que acabo de escribir. No son invenciones, ni elaboraciones, sino que las he registrado tal cual ocurrieron. Son meros episodios y no historias con su principio, su nudo y su desenlace, ni tampoco aventuras; meros episodios cuyo interés principal podría, tal vez, radicar en el hecho de que son, como dije antes, *Cosas que han pasado*.

La realidad es que cuando, incluso incidentes relativamente banales de la vida cotidiana de una persona que sabe pulsar el resorte mental que permite verlas como historias, dramas o estampas, si esta persona, hombre o mujer, ha desarrollado también el hábito del cuentista que se las presenta con viveza a los amigos en cualquier charla intrascendente, cuando tales incidentes son narrados, tales espectadores también suelen accionar un pulsador—después de que hayan remitido las carcajadas, las mofas o las reacciones emocionales inmediatas— y preguntan: «¿Y por qué no lo conviertes en una historia?, ¿por qué nadie escribe eso?».

De manera que, cuando esa frase se ha repetido con suficiente pertinacia, tras haber replicado reiteradamente: «¡Bah, no daría de sí!», y haber oído suficientes protestas al respecto, alguien acaba, casi inevitablemente, escribiéndolas. «¡Helas aquí!», por citar a Henry James.

Fue justo así, efectivamente, como acabé plasmando por escrito estos retales de la vida real.

Lo primero de todo. Ocurrieron durante la actividad laboral ordinaria de una persona que se denomina a sí misma, irónicamente, la *Dama Romançiera* . Yo también me referiré a ella usando este nombre, nombre que su portadora se autoasignó después de haber sometido a estudio su propia personalidad a lo largo de media vida. Le resulta, según dice, útil cuando discute consigo misma a cuenta de sus propias excentricidades.

—Me parece que más bien se trata de atenuar y modificar ligeramente las alternativas —arguyó por toda explicación—. Un amigo (o enemigo) podría haber elegido otro nombre, por ejemplo, La Dama Alocada, La Dama Fantástica o La Dama Cabeza de Chorlito, o hasta La Dama Sentimental, y está lejos de mi intención desmentir el tino de cualquiera de ellos. Eso es algo que no puedo juzgar. Pero la *Dama Romançiera* es más compasivo. Y téngalo así, si yo tengo que seleccionar un apelativo para mí misma, optaré por uno que como poco sea alegre, y como mucho embriagador. Pero siempre deberá emplear esta grafía, con cedilla, como si saliera en uno de esos volúmenes encuadernados en piel muy baqueteados y con las páginas amarillentas: *La Dama Romançiera* .

La conozco desde hace unos veinte años. Durante este período he atestiguado la identificación progresiva entre «denominación» y «denominada» que se iba acoplando mejor de año en año. Entre nosotras solo empleamos el alias cuando le pido artículos de cierto tipo: sobre esas ocasiones en las que, habiendo sentido primero una fuerza irresistible que la impelía a hacer algo —algo que, en esos momentos, parecía la única tarea justa y necesaria en el mundo entero—, luego, una vez extinguido el deslumbramiento del impulso inicial, empezaba a dudar sobre el resultado de llevar a término el cometido, de modo que se quedaba observando su propia obra con una curiosidad melancólica y cuestionándose... En fin, cuestionándose.

—Tal vez sea cierto lo de que soy una entrometida. Me lo he dicho a mí misma muchas veces—. En estos términos especulativos se expresaba durante uno de sus pronto analíticos, inducida además por la consciencia de que, probablemente, su comportamiento la había hecho quedar como una idiota bienintencionada, y que, por decirlo de alguna manera, acaba de dismantelar alguna dinastía.

»Me entrometo, sí. Cuando veo algo y siento que *debe* evitarse, algún contratiempo o alguna carencia horrorosa; entro con todas mis fuerzas y sin pensar, pues creo vivir sometida a la Ley de la Jungla. ¡Puede que me equivoque, puede que acierte, quién sabe si no cometo una *intromisión*! ¡Quién sabe!

Hace un tiempo me confesó una cosa:

—En cierta ocasión —me dijo—, creo que cometí un delito. Nunca podré cerciorarme de si fue realmente así, pero no podré olvidarlo. Es posible que me confundiera. Es posible que fuera una menudencia, aunque, por otro lado, también pudo ser una enormidad. Da igual los años que pasen, cada vez que rememoro los hechos me lleno de terror y de dudas, y la angustia no remite.

»Sucedió esto. Una mañana iba yo caminando entre el gentío que abarrotaba una calle de Londres. Ya sabes a qué me refiero, a las prisas de la gente al circular. De pronto, levanté la mirada y vi a un muchachito de unos siete u ocho años que caminaba presuroso como los demás. Nos separaban pocas yardas y no me veía... No veía a nadie, solo veía aquella cosa irremediabilmente cruel, desgarradora o terrorífica que ocupaba sus pensamientos, a la que se enfrentaba o que quizá iba a padecer y arrostrar dentro de poco. Al menos, este fue el pensamiento que me encogió de súbito el corazón. Era un muchachito de aspecto desastrado, cargado con un fardo, que sollozaba quedamente y con el aliento entrecortado. Tenía la cara blanca, y en sus ojos estragados por el llanto se leía esa ceguera parcial que nos hace estremecernos cuando la vemos en una persona de más edad. Que un rostro y unos ojos infantiles puedan llegar a tener esa expresión era inhumano, antinatural.

—¿Habló usted con él? —aventuré.

—En eso consistió mi delito. No lo hice. —Así me respondió ella—. En ese instante, me pareció que solo podía hacer una cosa, detenerlo y arrodillarme ante él, e incluso, si fuera necesario, para que sintiera la *cercanía* de alguien, ponerle ambas manos sobre los hombros al pobrecillo y decirle: «¡Mírame! ¡Cuéntamelo! ¡Cuéntame qué es! Yo puedo ayudarte. ¡Yo *puedo*! Si alguien te ha hecho daño o te ha asustado, ¡no se atreverán a hacerlo de nuevo! Yo puedo impedirlo. Sé cómo asustarles». En situaciones como esta, algo salta dentro de mí y *me asegura* que puedo llegar a darles miedo a

los leones y a los tigres. No sé de dónde sale. Tuve una visión atroz de un ser brutal y diabólico que, nada más llegar la criatura a su destino con el fardo en ristre, le habría dado una paliza espantosa o lo habría maltratado. O si no, habría jurado que lo haría. Yo lo vi todo, yo sabía de su desvalimiento y de su terror de niño tristísimo y humillado, antes de que se consumara ese fatal encuentro con los hados. ¿Qué puede hacer un niño? Y, aun así, a pesar de que todo esto me rondaba en la cabeza, un apocamiento repentino me embargó. Recuerdo incluso haber reconocido en él ciertos rasgos de los hombrecitos que me son familiares: ese rechazo que tienen a ser el centro de atención, cómo rehúyen las efusiones en público, cómo detestan que se les importune cuando no desean que se note que están llorando. Un millar de cosas me pasaron por la cabeza en un solo minuto. Podría escribir una escena solo para él...

—Si te hubieras hincado de rodillas sobre la acera para ponerle las manos sobre los hombros y te hubieses desahogado —repuse yo, firme y lógica—, aquel gentío del que hablabas se habría parado y se habría formado una muchedumbre en cinco minutos. Eso habría bloqueado el tráfico y un policía habría venido a ordenarte que te apartases, o bien os habría detenido a ti y al muchacho.

—Durante un minuto me di cuenta de todo eso —se apresuró a responder, con un deje incómodo—. Pero no debería haberme importado. Nada de eso debería haberme importado. Me dije: «¡Tengo que detenerlo! ¡Y lo voy a hacer! ¡No puedo dejar que siga adelante! No me atrevo». Pero, siendo insegura y cobarde (en total, la cosa no duraría más de dos minutos, supongo), dejé que la multitud avanzara, lo barriera y se lo tragara. Esa carita y esos ojos llorosos que daban lástima; sus hipidos entrecortados y su macutito, ¡todo desapareció! Sí, lo hice. ¡Yo, tu amiga, lo hizo! Y nunca sabré *qué cosa* eludí en ese paseo, ni hacia qué infortunio avanzaba aquel quebrantado y desvalido caminante cuando yo pude haberme interpuesto. Pertenezco a una clase de personas, sea cual sea esta, cuyo cerebro consigue conjurar imágenes si se lo pido, con absoluto realismo. Ojalá no fuera así. No te contaré todas las cosas que me mostró, que podrían haberle sucedido a aquel niño que gimoteaba. Aquella noche elevé una nueva plegaria, que vendría a decir: «No importa que me impidas otras cosas, pero *nunca*, nunca más

permitas que *esquive a otro así*».

Yo era la primera en darme perfecta cuenta: este recuerdo indeleble de haber cometido, quizá, un delito, había creado un trasfondo que repercutiría en muchas cosas. La había atemorizado.

—Puede parecerte que desvarío —la oí comentar en un soliloquio cierto día—, pero supongamos que el caso fuera de una gravedad ineludible, ¿qué pasaría entonces? ¡Yo creo que lo era!

Su existir es la pantalla sobre la cual el cinematógrafo de la Vida va proyectando figuras humanas. Emergen sin que nadie las solicite y empiezan a desarrollarse ante sus ojos, de forma que ya no pueden negarse. Ella ve la Historia. Para ella, los hechos que suceden con una placentera continuidad no son tanto «más extraños que la ficción», sino «más entretenidos que la ficción».

—¡Y qué cosas tan interesantes (intrigantes, pintorescas) —exclama—, suceden en efecto de la manera más desenfadada y prosaica! ¡Como si tal cosa, sin que nadie las note, ya me entiendes!

Por un mecanismo natural, los errores de la *Romanciera* se amoldan, de tanto en tanto, a las dimensiones de sus visiones romanceras. La cosa no reviste importancia, desde luego, pues suele tratarse de detalles triviales sacados de su propia sustancia, que ella atribuye a los pordioseros de sus dramas desafiando todas las leyes de la economía política. Aunque igualmente haya, es cierto, detalles tal vez menos triviales de sí misma, que también acaban adornando a personajes no mendicantes, que no los merecen en absoluto. Si no fuese por un toque de sentido del humor algo negro, ya podría haber muerto de pena varias veces, pero por fortuna, ella reconoce en su personaje tantas razones para la carcajada irónica como quienes la vemos desde fuera, y halla en su propia identidad un objeto para el análisis imparcial y la contemplación lógica y distanciada. En cada experiencia, ella reconocía su Visión y la obedecía.

—Y a veces, las cosas salen como deben —me dice, totalmente libre de prejuicios—. Todo es una especie de experimento. Vivir es un experimento, un experimento que nadie puede preparar deliberadamente.

Esta lacónica declaración de principios podría explicarla, y en cierta medida esclarecer también los breves episodios que tal vez

acabe redactando.

—Puedes contarle si quieres —me dice—. Nada será de interés para nadie. Y yo me limitaré a ser la sombra de una: la *Dama Romançiera*. Podría encarnar una suerte de advertencia... o de acicate.

No hay voluntad alguna de advertir en los hechos narrados en *Una Navidad en la niebla*; en la pieza hay, de hecho, poco más que las sombras y las luces de una estampa inusual.

Después de pasar un año o así de trotamundos por diferentes países, compró un pasaje para Nueva York en uno de los grandes transatlánticos que debían zarpar dos días antes de Navidad. El día antes de abandonar Londres, una espesa niebla se cernió y envolvió toda la ciudad como si fuera una manta amarilla. Era tan tupida que el tráfico rodado fue tornándose más y más peligroso, hasta resultar casi imposible. Fue un episodio de niebla notable, que no se olvidaría. La gente se extraviaba, vagaba desnortada durante muchas horas y acopiaba materiales para hilar anécdotas, que acabarían amenizando muchas veladas aburridas durante el resto del invierno. La niebla duró varios días.

Que haya niebla en Londres no puede tomarse por señal inequívoca de que habrá, asimismo, niebla en la campiña. Puede suceder que uno parta desde el Strand a tientas, en combate con las tinieblas del Último Día, que tome un tren en Charing Cross o Waterloo y cubra unas cuantas millas en un periplo lento y azaroso, durante el cual atravesará una amplia gama de amarillos siniestros, pero que al final, gradualmente, vaya aclarando y los últimos velos de neblina se disipen, de modo que el pasajero emergerá a la superficie con el aire claro. Puede, incluso, que hasta brille el sol.

Así había previsto la *Dama Romançiera* que sucedería hoy, al subirse al ferrocarril y arrellanarse en un rincón del vagón, junto a una lámpara que lucía mortecina por efecto de la niebla, y mirar por la ventanilla tratando de rastrear unas sombrías siluetas cuyos contornos se perdían enseguida, después de pocas yardas, engullidas por la negrura.

—Dentro de media hora, como mucho, deberíamos haber salido —pensaba—. Podríamos estar zarpando del Mersey bajo un sol radiante.

Pero esta vez, el fenómeno tenía un carácter particularmente contumaz. El tren se movía lentamente, a lo largo de la línea se oían las detonaciones que indicaban bancos de niebla; los andenes de las estaciones eran meros chispazos de un anaranjado mate en mitad de la oscuridad naranja parduzca a través de la cual se oían gritos en sordina, y los indefinidos fantasmas de gentes que deseaban abordar el convoy acababan apiñándose en vagones de primera, segunda o tercera clase después de ser asistidos por mozos que batían ruidosamente las portezuelas o decían enronquecidos: «Gracias, señor», cuando les daban propinas. El mundo, en general, tenía una calidad misteriosa y ronca, como si estuviera amordazado. La existencia ordinaria se había suspendido provisionalmente, o funcionaba dentro de un decorado especial, como de gallinita ciega. Todo aquello era raro y curioso. Y tampoco hay duda de que era arriesgado.

La manta amarilla había extendido sus compactos pliegues bastante más allá de lo habitual, superando los confines de Londres. Incluso cuando empezó a ceder un poco, pasó mucho tiempo antes de que adelgazara lo suficiente y diese lugar a una oscuridad parcial. Pero la molestia perduró pasada ya esa fase, pues continuaban formándose madejas esporádicas por aquí y por allá. Se quedó suspendida encima de localidades que no estaban acostumbradas a ella, y se depositó formando estratos sobre campos de cultivo y valles. La *Dama Romançiera* se dispuso a contemplar el espectáculo en retrospectiva, conforme el tren pugnaba por avanzar.

—Es escalofriante ver esto. Se diría que nos persigue una Estantigua Gigante —caviló—. Ojalá al final no resista.

La perspectiva de soltar amarras a bordo de un vapor que surcaría un Mersey abarrotado de embarcaciones de todos los tamaños, desde enormes transatlánticos hasta remolcadores y pesqueros, todos cegados por la venda de esta penumbra amarilla, amortiguadora de luces y sonidos, no era lo que se dice alentadora.

Justo antes de llegar a Liverpool, tuvo la impresión de que la Estantigua perdía fuelle. La atmósfera seguía borrosa, pero uno ya podía orientarse. No tuvo ninguna dificultad destacable al apearse con el resto del pasaje, ni cuando tuvo que procurarse un mozo que

la ayudara con el equipaje, ni cuando se abrió paso a través de la turba que se dirigía al vapor, ni tampoco cuando trató de subir por la pasarela para embarcar siguiendo un protocolo que ya nos es familiar, pues la mitad del mundo lo ha interiorizado e incorporado a lo largo de los últimos veinte años. Todo sucedió igual que siempre, solo que había poca gente congregada allí para despedir a sus amigos. Las adversidades meteorológicas lo habían impedido. Pese a todo, la multitud que emprendía aquella travesía estaba de bastante buen humor, y se felicitaba por haber dejado atrás a la Estantigua. No les iba a ir nada mal inhalar una bocanada de frescor marino, se decían, después de haber pasado los últimos días en Londres con sensación de asfixia y picores de garganta.

La rampa por la que se accedía a la nave fue retirada y se intercambiaron los últimos adioses a gritos mientras crecía el hueco entre el vapor y el muelle; el gran transatlántico soltó amarras y zarpó con un bamboleo lento mientras la banda de música tocaba un aire jovial y prometedor. Los de siempre subieron y bajaron las escaleras para asomarse al bar, la biblioteca, el salón; el resto pululaban por los pasillos buscando sus camarotes privados o a sus asistentes personales, o bien, tras haber localizado sus dependencias particulares, se atareaban organizando enseres o abriendo cartas y bultos de equipaje.

La *Dama Romançiera* nunca logró precisarme cuántas cartas y bultos llegó a abrir, ni en cuántos de los volúmenes de aquel vagón llegó a zambullirse —cuánto tiempo pasó, digamos, antes de que se percatara de que ya no veía bien... de que ya apenas veía nada... de que, en efecto, necesitaba más luz—. Al final dejó caer el volumen y pasó revista a cuanto la rodeaba en el camarote. Incluso el alegre estampado de flores que tapizaba su litera se veía pálido y difuminado; alguien había corrido un grueso cortinaje amarillo delante de la ventana.

—¿Qué ha sucedido? —dijo—. Salimos del puerto a las tres. No llevaré aquí más de una hora, eso es seguro.

Pero había estado tan embebida en sí misma que desconfió de su percepción del tiempo; máxime porque tampoco se había dado cuenta de lo despacio que se desplazaba el vapor. Advirtió que ya

no se movía en absoluto... y luego percibió un trueno brutal y sordo que desgarró la semioscuridad como un megaterio. Creyó haber regresado a la noche de los tiempos y que algo, un ser solitario y bramante de furia, estuviese arrancando de cuajo y luego pisoteando sin piedad los árboles gigantescos de una selva virgen. Aquel estrépito le resultaba muy familiar. ¿Qué viajero transoceánico no lo conoce? ¡Era la sirena de niebla!

—¡Buuu... uuu... uuu... uuuh!

—Venía persiguiéndonos —se dijo, aposentada entre sus bártulos—. Y nos la ha jugado, nos ha acorralado.

El vapor sufrió una pequeña convulsión, aminoró la velocidad... todavía un poco más... ¡hasta que se detuvo!

—Pues aquí estamos —pensó la *Dama Romançiera*—. Somos como un millar. Aunque no sé nada de los pasajeros de tercera clase. ¿Cuántos habrá allí?

Así se abre este episodio mínimo. La Estantigua Gigante se había rezagado, sí, pero lo había hecho adrede, para ganar en potencia y en volumen. Al situarse sobre el río saturado de embarcaciones —naves corpulentas y más menudas, la mayor parte con el rumbo puesto hacia el estuario, fuera para salir a mar abierto o bien para entrar en el río—, se despojó de su manto más pesado. Con esta operación desapareció cualquier posibilidad de avance seguro. Moverse significaba un desastre casi cierto. ¿Quién iba a estar tan loco como para intentarlo? Desde luego, no el timonel de un transatlántico colosal, que tiene en sus manos las vidas de más de mil almas.

—La cosa es, en efecto, turbadora sobremanera... Lo que no quita que constituya, al mismo tiempo, una de las aventuras más extrañas y estimulantes que una pueda imaginar. —Así se posicionó mentalmente—. Una aventura, en fin, tendré que investigarlo.

En la zona de camarotes de lujo, los demás residentes también habían abandonado sus cubículos. En los corredores había mujeres que acechaban con ansiedad erguidas en los umbrales de sus aposentos, cuando no acababan de traspasarlos. Algunas caras denotaban nervios y curiosidad; otras, nervios y alarma. Se despachaba a los varones de cada familia con el rol de investigadores.

—¡Nos hemos parado! ¿Cuál es el problema? ¡Qué oscuro está! Es la niebla. Ha descendido de repente. Ya he tocado el timbre, mi asistente debería haber llegado. ¡Es como el Día del Juicio!

Varias personas habían mandado llamar a sus criados y doncellas, que se presentaban al fin y les trasladaban noticias inciertas, pero inequívocamente consoladoras. En las escalerillas y en las entreplantas se habían congregado grupos de pasajeros que conversaban. No era difícil hacerse con un parte sobre la situación. No había motivos para ocultar los hechos. Al principio, el capitán tenía la esperanza de ganarle terreno a la niebla acelerando el motor, pero esta había bajado y rodeado a su presa con una rapidez extraordinaria, espesándose al tiempo que cerraba el cerco. No había posibilidad alguna de avanzar, ni siquiera lentamente, sin incurrir en un grave riesgo. Proceder con juicio suponía, obviamente, encender el alumbrado de emergencia, hacer sonar las bocinas de niebla y esperar hasta que la niebla se levantara, lo cual podía suceder en cualquier momento.

Otro buque había optado por el mismo procedimiento, según se constató al poco rato. Del amarillo sofocante que envolvía todo salían a intervalos, acá y allá, rugidos ensordecidos, bocinazos huecos y silbidillos estridentes y espantados, cuando no resoplidos fuertes, admonitorios y demoníacos. Un inmenso transbordador oceánico tenía que haber llegado a su destino justo cuando arreció la amenaza. No estaba muy lejos. Su sirena de niebla emitía unos lamentos escalofriantes, queriendo advertir del espesor creciente de la maraña. Pero su movimiento también había cesado. Si el tamaño de sus luces de emergencia estaba en consonancia con el resto, su envergadura debía de ser respetable, aunque solo aquellos que estaban lo suficientemente cerca podían sospechar su presencia.

«Dicen que todo está parado. No se ve ni a una yarda de distancia. Algo horrible. Nadie se atreve a mover ni un músculo. Pero no puede durar mucho. Se habrá levantado en una media hora. Mientras, aquí seguiremos, varados en mitad de esta sopa turbia. Es como el Infierno.»

Estos comentarios y exclamaciones, los oyó la *Dama Romançiera*, o entre otras muchas cosas, mientras circulaba de corrillo en corrillo. También reunió mucha información, sin duda enteramente errónea,

relativa a los bancos de niebla, los capitanes y las catástrofes. La opinión más extendida era que la niebla se levantaría en una hora a más tardar, tal vez en media. La gente que acababa de emprender una travesía no estaba en situación de aceptar como verosímil otra hipótesis, la de que esta hubiese quedado absurdamente truncada nada más iniciarse. Un golpecillo de viento dispersaría aquella cortina amarilla y, sin más, dejaría el camino de nuevo expedito. Mientras *nada* se moviese —los vapores entrantes o salientes, los navíos de mayor o menor tamaño—, al menos tenían la seguridad garantizada, y aquellos que así lo deseasen, podrían hallar alguna distracción que llenase sus horas, algo que contuviera la inquietud de sus espíritus e hiciese más llevadera la espera paciente. De manera que los corrillos fueron disolviéndose y la gente volvió a los camarotes o a la sala de fumadores o a la biblioteca, donde estaban por iniciarse misivas que describirían con dramatismo aquella situación singular. Cualquiera que encabezara su primera misiva con el título: «Atrapado en el Mersey, en mitad de la niebla», sabía de antemano que el colorido de la ambientación no defraudaría a su corresponsal.

Al cabo de media hora la tiniebla no se había esfumado, y al cabo de una hora se había hecho aún más compacta e impenetrable. El vapor ya no se movía. La *Dama Romançiera* tuvo una ocurrencia que la sedujo: subiría a la cubierta para registrar en la memoria una imagen única e irrepetible.

Y fue, en efecto, algo único. Una vez fuera, al aire libre, no se sentó, sino que se mantuvo en pie para aprovechar al máximo el misterio ultraterreno de la vivencia —tal era su peculiar concepto del placer—. El enorme barco parecía estar suspendido en mitad de un recinto de muros opacos y amarillos. La niebla de la que estos estaban hechos tapizaba las cubiertas, igual que la tierra y el mar. Habría sido imposible adivinar el rumbo de aquel vehículo sin el tenue resplandor naranja de los numerosos pilotos de emergencia. Y si no fuera por la baranda, cualquier paseante que explorara la cubierta habría caído fácilmente por la borda.

La *Dama Romançiera* inició su reconocimiento a pie. El rugido atronador de la sirena de niebla se prolongaba intermitentemente en mitad del silencio, y el transatlántico entrante que también se había

extraviado pareció emitir una respuesta, a la vez que unos sonidos más débiles, sordos o agudos, que se sumaron a su quejumbroso aviso.

—¡Quieta! ¡Quieta! Moverse es morir. Aquí estoy, inmóvil... aquí... ¡aquí! —.Los Leviatanes bramaban y la *Dama Romançiera* les servía de traductora simultánea. La embarcación más menuda, aterrada, también se pronunció con un chillidito:

—Yo estoy aquí... aquí, aquí... ¡aquí! Si se mueven ustedes, ¡podrían barrerme y mandarme directa al fondo del mar!

No parecía que hubiese nadie más allá fuera. La *Dama Romançiera* se sentía señora feudal del territorio que abarcaba la cubierta. Aquella sensación de estar en un lugar remoto y confinado, también cautiva a la vez que apartada del mundo y de la vida, era espeluznante y fantasmal. Un tierno espectro, que deambulaba por espacios fantasmales e inexplorados, habría tenido la misma sensación. Tras completar su segunda ronda por la cubierta, unos cuantos metros por delante de ella, la figura de otro viajero se alzó imponente sobre aquel misterio. Era un hombre que andaba sin rumbo. Al igual que ella, era otra criatura incorpórea, que se le fue acercando y atravesó una pared no infranqueable antes de que esta se cerrara tras él. Al verlo, ella se sintió aún más fantasmal. El hombre parecía recorrer la cubierta al mismo ritmo que ella, solo que en dirección opuesta. Conforme progresaban en sus respectivos trayectos, se adelantaron mutuamente —emergieron de dentro del velo, se aproximaron, se adelantaron silenciosos para acabar engullidos de nuevo en los envolventes pliegues—. Se adelantaron una y otra vez, siendo en todo momento sombras y fantasmas. Ninguno de los dos vio al otro, y durante todo el periplo subsiguiente, ninguno de los dos reconoció en cuerpo alguno a la entidad incorpórea que había rozado su propia esfera mientras completaba aquel vagabundeo espectral.

Al cabo de cierto tiempo, la *Dama Romançiera* hizo un alto en un extremo de la cubierta, se asió a la baranda y se acodó en ella para mirar hacia abajo. No esperaba ver nada de antemano, pero un pensamiento de *Romançiera* se le apareció de repente en el horizonte mental. Comenzó a pensar en los pasajeros de la tercera clase. ¿Cuántos debía de haber? ¿De qué nacionalidades serían?

¿Cuántos hombres, cuántas mujeres, cuántos niños? La mayor parte serían campesinos analfabetos. ¿Cuántos entre ellos habrían oído hablar, aunque fuese remotamente, de la niebla de Londres — en concreto, de una niebla londinense especial, que al rebasar las fronteras que le son lícitas, habría viajado hasta Liverpool para asentarse encima de la flota del Mersey—?

Empezó a concebir imágenes y a deplorar que los viajeros de la primera clase tuvieran prohibido bajar a las zonas reservadas para el pasaje de tercera. Aquella norma estaba, sin duda, bien justificada por razones higiénicas, y honraba ciertamente a los sagaces funcionarios de sanidad que la habían instituido. Sin embargo, también comportaba una traba para el Romance Intrépido en cualquiera de sus formas. ¿Qué no podría hallar una *Dama Romançiera* entre las filas de los godos, los hunos y los judíos rusos que viajaban en la tercera clase de un gran vapor, rumbo a una nación nueva y en busca de una nueva vida y fortuna?

Sonó amortiguado el ruido de unos pasos, que se detuvieron de pronto, al llegar a la fosa de oscuridad que había justo debajo de ella. Luego oyó otros sonidos, de pasos cansinos, como si más de un hombre estuviese poniéndose cómodo, puede que tomando asiento... y quizá un rollo de cuerda desenroscándose. Evidentemente, allí había más de dos hombres, y sus voces se elevaron hasta alcanzarla. Al principio no eran más que balbuceos. Fueran quienes fueran, habían subido para ver la niebla igual que ella. O si no, la soportaban como mal menor, al parecerles más deseable que un neblinoso compartimento en la tercera clase. Entre aquellos balbuceos indescifrables, acertó a entender lo siguiente:

—*Ta* chungo, ¿no? —decía una voz ronca con acento *cockney*—. Cómo no van a estar *asustaos* vivos. Una pila de judíos rusos, de italianos y de polacos. No menos de ochocientos, y hay que tenerlos a *tos* bien quietos.

La Visión se elevó ante sus ojos y ella se agarró más fuerte a la baranda, echó el cuerpo todavía más hacia delante y dejó caer en la fosa una pregunta, ignorando que una voz desprovista de cuerpo puede sobresaltar según a quién. En verdad, solo le preocupaba lo que quería averiguar.

—¿Cuántos niños hay?

Y sí, su voz desconectada de envoltura material bastó para provocar sobresalto. Primero oyó que alguien se movía rápidamente. Siguió una pausa. Fuera quien fuera, aquella persona estaba aguzando el oído.

—¿Cuántos niños? —volvió a decir, proyectando las palabras hacia abajo, como si fueran piedras. Resonó algo parecido a una risa reprimida y luego pudo oír una voz sin cuerpo.

—¡No la veo a *usté*, *señá*!

Más risitas ahogadas y un confuso intercambio de palabras. Al final ascendió la respuesta:

—En torno a ciento cincuenta, *señá* ... Y la mayoría chillan como gorrinos.

—Gracias.

Eso fue todo. Ella se alejó y retomó el paseo. Mientras caminaba vio imágenes de la niebla entrando a traición por las rendijas e invadiendo la tercera clase de los polacos e italianos y judíos rusos, y de los ciento cincuenta niños que iban a América para empezar de nuevo, para empezar de otra forma. Le dieron bastante que pensar e historias con infinitos matices se ramificaron a partir de esta visión principal.

A lo largo de nuestra charla sobre el incidente, ella formuló varias veces una pregunta que le intrigaba: «¿Cuántos de los pasajeros habrían grabado en la memoria aquellos acontecimientos?, ¿para cuántos aquellos tres días de niebla habrían sido un raro hechizo y cuántos solo habrían sentido puro aburrimiento, un aburrimiento más prolongado de lo habitual?».

Porque sí, en efecto, estuvieron tres días así. Tres días retenidos e inmóviles por culpa de aquel velo de oscuridad, blando, pero impenetrable. Debieron de conciliarse profundos sueños al abrigo del silencio de aquella primera noche. En muchos casos los despertares que siguieron fueron tardíos, pues la noche y la mañana se agregaron en un todo único, y al recobrar la consciencia, no había ya sonidos de motores en marcha.

La característica humana más interesante y misteriosa es su adaptabilidad a las circunstancias, que además se activa casi automáticamente. Pasados el asombro, el nerviosismo y los

parloteos de las primeras horas, la nómina de pasajeros en su totalidad empezó a adaptarse a la luz de los pilotos y a la neblina amarilla en el interior de los camarotes, en los pasillos y las barras de los bares. Con mayor o menor resignación, todos se fueron acomodando. Los hombres se dispusieron a jugar a los naipes y organizaron tertulias con puros en la sala de fumadores, las mujeres se ocuparon leyendo o escribiendo cartas, y se daban palique en la biblioteca y en el saloncito.

Se empezó a ver a viajeros en cubierta, gente que cubría las hamacas con alfombrillas y pieles de animal, y se arrellanaba en ellas bajo el macilento fulgor amarillo de los múltiples focos.

Mientras desayunaba tendida en su litera, la *Dama Romançiera* se distrajo urdiendo un plan modesto pero oportuno. Había interrogado a su doncella, que era una persona inteligente. Así verificó la información obtenida a través de la voz masculina e inmaterial que le había respondido desde las profundidades. Había ochocientos rusos, polacos, etc., en la tercera clase. Entre sus bultos de equipaje llevaban consigo a ciento cincuenta niños de las más diversas formas y tamaños. Todos pretendían hacer fortuna en América. Ellos sirvieron como base para que la *Dama Romançiera* urdiera su plan, modesto, pero oportuno.

—Mañana es Navidad —cavilaba, regocijada como de costumbre en el dramatismo de lo pequeño—. Ciento cincuenta pares de manitas van a entrar en América de vacío... totalmente de vacío. Qué bonito, y qué *alentador*, sería poner algo en cada una de esas manos... algo, no tiene que ser mucho... simplemente se trata de que no entren *completamente* vacías. ¿Y puestos a hacer algo así, por qué no el día de Navidad?

Después, mientras pensaba más a fondo sobre los detalles, una bombillita se encendió y alumbró las simas de su niebla.

—No se me da bien mendigar —discurría su mente—. Soy demasiado engreída y cobarde para eso. Pero *todo el mundo* te daría un penique... con tal de que no les pidieras más. Por eso, voy a levantarme de la cama y a vestirme. Cogeré el bolso y recorreré de arriba a abajo este barco, a excepción, por supuesto, de la tercera clase, pidiéndole un penique a *todo el mundo*. El asistente personal de un caballero podría ofrecerte un penique, lo mismo que

una doncella (sacado de los soberanos que les damos de propina), un marinero también podría hacer lo propio... solo que a los marineros no voy a preguntarles, porque ellos no llevan portamonedas en los bolsillos.

Más tarde aquel mismo día, a una hora en la que nadie podía estar ya en la cama y, por lo tanto, todo el mundo estaba localizable en una dependencia u otra, el pasajero que estaba sentado en la primera hamaca de la primera fila de cubierta —un hombre corpulento, de mediana edad y aspecto formal, que se había arropado en una manta de viaje sumamente mullida y apetitosa— vio interrumpida su siesta cuando una voz resonó muy cerca de él. En ese momento estaba sumido en agradables ensoñaciones sobre un banco de niebla.

—Si es tan amable, ¿me daría usted un penique? —dijo la voz.

Él se levantó con un respingo y se apartó la gorra con la mano, porque esta se había escurrido y le tapaba los ojos.

—¡Eh! ¿Qué? ¡Le ruego me disculpe! —tartamudeó.

No es algo infrecuente en la vida de la *Dama Romançiera*, según me cuenta. Ella es consciente de que, en ciertas ocasiones, la primera impresión que suscita en personas inteligentes es la de alguien ligeramente perturbado, no muy perturbado, sino víctima de alguna alucinación inocua. Que un pragmático pasajero de la primera clase, en su travesía transatlántica, se halle súbitamente interpelado por una mujer que, vestida con pieles y ropajes cómodos, emerge de entre la niebla y extiende la mano para pedirle un penique, podría considerarse un incidente un tanto pasmoso e inexplicable.

—¿Le importaría a usted darme un penique? —repitió.

Él, por su parte, volvió a tartamudear:

—Le ruego... le ruego que me perdone. ¡No la entiendo!

—Mañana es Navidad —expuso la *Dama Romançiera* —. Lo quiero para los niños de la tercera clase. Hay un ciento y mitad de ellos. Voy a pedirle un penique a todo el mundo. Cualquiera puede desprenderse de un penique. Si todos contribuyen, recaudaremos bastante. Si no es suficiente, yo misma añadiré algo. Quiero que cada niño tenga algo entre las manos cuando llegue a América.

El pasajero sentado en el extremo de la hilera debía de seguir

sospechando, en el fondo de su alma, que ella era víctima de alguna alucinación inofensiva, y a pesar de todo fue transigente y generoso. Se metió la mano en el bolsillo, lo revolvió y buscó su billetero mientras murmuraba alguna fórmula de cortesía. Cuando lo encontró, le entregó un billete de cinco dólares.

—Esto son doscientos cincuenta peniques, creo —dijo la *Dama Romançiera*—. ¡Le quedo de veras muy agradecida!

—¡De nada! ¡De nada! —respondió el último pasajero de la fila, al tiempo que devolvía a su sitio el billetero.

El siguiente pasajero ya se había despertado también, igual que el siguiente y el que estaba a su lado. La *Dama Romançiera* fue pasando sin prisa por delante de todos y cada uno de ellos, cual espectro mendicante en mitad de la neblina parda-anaranjada. Al final, toda la hilera de tumbonas pasó del sueño a la vigilia, formuló preguntas conforme ella se aproximaba, se hurgó en los bolsillos o abrió la cartera que tenía preparada previendo su llegada.

—¿Me daría un penique? —preguntaba ella, sin elevar jamás la cantidad. No habría sido fácil, tampoco, solicitar menos dinero—. ¿Me daría un penique?

Aunque nadie le daba un penique. Algunos le daban un soberano, otros medio soberano; algunos un dólar o dos, incluso espléndidos billetes de cinco dólares, otros le daban medias coronas o florines, y los pequeñuelos le plantaban en la palma sus monedas de seis peniques o de chelín con ademán orgulloso. Abordaba a los criados y a los oficiales: no dejaba escapar a nadie, y era evidente que nadie deseaba eludirla. La gente, intrigada y divertida, reaccionó con amabilidad, sin excepción. Aquellos que empezaban a sentirse apáticos y hastiados no estaban de humor para negarse, y por añadidura se encontraban de pronto con un incidente para comentar con sus vecinos. Nosotras dos hemos hecho muchas chanzas a costa de la estrafalaria comicidad de la escena: las cubiertas envueltas en la niebla, las figuras fantasmagóricas de los pasajeros, engrandecidas por la ropa de abrigo y tendidas en sus tumbonas bajo la luz humeante y escabrosa de los pilotos; la Sombra Mendicante que se elevaba formidable desde las entrañas de la neblina, alargaba la mano y pronunciaba su misterioso llamamiento:

—Por favor, ¿me daría usted un penique?

La ronda no estaba aún demasiado avanzada cuando un muchacho larguirucho, de aspecto alegre y aniñado, brincó desde su asiento en una esquina especialmente umbría. El chico se había sentado junto a ella durante la cena en la velada del día anterior.

—Déjeme que la acompañe, le sostendré la valija —dijo—. Puedo llevarla a la sala de fumadores. La mayor parte de los hombres estarán allí. ¿Me lo permite?

Y así lo hicieron. Una vez finalizada la gira por las cubiertas, hicieron una incursión en la sala de fumadores. Estaba más atestada de lo normal, y el humo de los cigarros y de los puros, sumado a la niebla suspendida en la atmósfera, incrementaba el aire de misterio. Había hombres que jugaban a los naipes, había hombres fumando mientras daban cuenta de vasos de whisky con soda, algunos dormitaban en sus asientos y otros charlaban. Hete aquí que entra una Mendicante con la mano extendida, escoltada por un noble doncel que le sirve de paje. Todos los que estaban suficientemente cerca como para advertir su llegada se dieron la vuelta de inmediato y se quedaron mirándola. ¿Acaso se había perdido? ¿Qué estaba a punto de pasar?

—Por favor, ¿me daría usted un penique? —dijo ella—. Mañana será Navidad y hay ciento cincuenta niños emigrantes en la tercera clase...

Todos se quedaron extasiados mirándola; eso es irrefutable. Varios concibieron la teoría de la alucinación inocua y esa verdad no se le escapa tampoco a la *Dama Romançiera*. Mientras yacían en sus literas, aquellos señores no habían tenido la previsión de calibrar la dimensión emocional de un caso tan pintoresco. Hubo quien se quedó unos instantes paralizado de estupor, incapaz de aceptar semejante escena. Especialmente en estos casos, ella derrochó esfuerzos para resumir, en pocas palabras, la imagen de las manitas vacías. Sus oyentes, sin duda, no veían la cosa igual que ella: al ser en su mayor parte hombres de negocios agresivos, los emigrantes no les suscitaban ninguna Visión particular. Pero todos se portaron con bondad y con generosidad. La valijita fue llenándose gradualmente, y ella tuvo que empezar a utilizar los bolsillos de su abrigo de pieles para atiborrarlos de billetes y de joyas de oro y de plata. El número de peniques graciosamente donados por la sala de

fumadores supuso una adición muy apreciable con vistas a la fortuna del ciento y mitad.

Una vez en su camarote, desparramó las ganancias encima del diván. Ante ella tenía una montaña nada despreciable.

Aquí, tal vez, resultaría esclarecedor pararnos para hacer una anotación (esclarecedor, entiéndase, en cuanto a la caracterización de la *Dama Romançiera*).

—¿Cuánto te habían dado? —le pregunté yo, nada falta de espontaneidad, cuando me hubo contado la historia por primera vez.

Su figura, nimbada por el resplandor que emanaba de los mismos hechos, se reía de sí misma al relatar ciertos detalles, emocionada aún y enternecida por la humanidad de las estantiguas trajeadas de sus compañeros de viaje. Se paró a reflexionar, bajó la cabeza y miró fijamente la alfombra. Se abismó en sus pensamientos y al final levantó del rostro de nuevo con una expresión desorientada.

—Fue bastante —afirmó sin premura—, pero no consigo recordar cuánto. De verdad que no lo recuerdo.

—Claro que no, tu Romance y tú no tenéis remedio —respondí yo con resignación—. Cosas así no pueden pedirsete.

—Pero ¿qué importa eso? Los niños *tuvieron lo suyo* —dijo, triunfante—. Se repartió al día siguiente después de la comida navideña. Por supuesto, ellos no entendieron quién se lo mandaba. Es probable que pensarán que se trataba de una estupenda tradición americana: sustituir los alimentos por dinero en uno de los platos del banquete. Mi doncella me lo contó todo. También me dijo que algunos de los niños, judíos rusos, volvían a presentarse en la cola una segunda vez, pues sus ahorrativos padres los arrastraban hasta allí y les decían que fingieran no haber recibido la primera ración.

En las primeras horas de la tarde del día de Navidad, la niebla se disipó del todo y el barco retomó su travesía.

—Sin embargo —me dijo la *Dama Romançiera* —, cuando el barco entró meciéndose suavemente en la bahía y dejamos atrás la estatua de la Libertad, yo volví a la barandilla y me recosté en ella de nuevo. Así estuve mirando a la muchedumbre que tenía debajo de mí: en la cubierta de tercera clase, algunos esperaban en pie, solos, mientras que otros se habían sentado entre los bultos del

equipaje, formando racimos. De improviso sentí la violenta acometida de una pregunta familiar. Quizá a aquellas alturas, mi Romance había desembocado en otra de mis hazañas funestas. Quizá había inculcado en las mentes de aquellos ciento cincuenta niños la semilla de la indigencia; quizá por eso llegarían al puerto con las manos abiertas, esperando caridad en vez de trabajo. ¿Cómo va una a saberlo?

EL PISO ENCANTADO

MARIE BELLOC LOWNDES

(1920)

MARIE BELLOC LOWNDES

1868-1947

Marie Adelaide Belloc era la hermana del escritor Hilaire Belloc, si bien se hizo por méritos propios con una sólida reputación en el mundo de las letras. Escribió tanto con su nombre de soltera como bajo el nombre de «Marie Belloc Lowndes», después de contraer matrimonio con el periodista y redactor del periódico The Times, Frederick Lowndes. Sus obras abarcan un amplio espectro de géneros, desde el periodístico al de la novela y al del relato corto. Destacó por la serie de entrevistas que publicaría en la década de 1890 —de hecho, entrevistó a Frances Hodgson Burnett en 1896—, aunque debe su fama principalmente a la novela El huésped (1913), basada en los asesinatos de Jack el Destripador. La obra fue llevada al cine por Alfred Hitchcock en 1927, en una película memorable protagonizada por Ivor Novello, y con ella Lowndes ganó notoriedad por su capacidad de ahondar en la psicología criminal. Sin embargo, la autora también exploró la psicología de lo sobrenatural. Uno de sus relatos, «The Unbolted Door» (1929), trata del espíritu de un niño que ayuda a cerrar la brecha que distanció a sus desconsolados padres y fue obtuvo excelentes críticas en la época. Pero lo que muchos no saben es que Lowndes desarrolló ese cuento a partir de otro anterior, «El piso encantado», que era el último de una serie de relatos publicados en The Grand Magazine, en 1920, bajo el título colectivo The Ivory Gate. Esta serie abordaba distintos aspectos del espiritismo y cómo la necesidad de saber qué hay después de la vida puede afectarnos a todos.

La puerta de marfil sigue siendo, en el imaginario de muchas personas, esa barrera invisible que separa lo visible de lo invisible. En esta serie de relatos escritos por Marie Belloc Lowndes y reunidos bajo ese título genérico, la escritora aborda seis ejemplos diferentes de lo que nuestros abuelos denominan «el lado oscuro de la Naturaleza» y que el mundo moderno ha venido a llamar «Ocultismo». La historia, desde los tiempos más remotos hasta el devenir y el desarrollo del orden cristiano, contiene innumerables testimonios sobre la aparición de espíritus, tanto buenos como malos, en presencia de los seres humanos. Marie Belloc Lowndes está convencida de que a los muertos se les permite regresar en ocasiones para reconfortar, consolar o advertir a aquellos a quienes amaron en este mundo. Y ella fue una de las muchas personas que ya creían en los Ángeles de Mons, tiempo antes de que Arthur Machen escribiera su célebre relato.

EL PISO ENCANTADO

MARIE BELLOC LOWNDES

I

—EL ÚNICO INCONVENIENTE QUE LE VEO A LA CASA , o al piso, mejor dicho, es que las últimas personas que lo habitaron creían que estaba encantado.

La que hablaba, Ivy Brent, pronunció estas palabras a la ligera, pero con firmeza.

—No soy partidaria de ocultar nada —prosiguió—, y menos aún si la dueña de la casa es mi tía, como es el caso.

May Murchinson respondió con vehemencia.

—¡Me da lo mismo lo encantado que esté! Ni te imaginas la felicidad y el placer que me produce la sensación de tener al fin la oportunidad de hacerme con un sitio bonito, limpio y barato donde vivir sola. Seguro que debo de haber gastado ya dos pares de zapatos yendo de aquí para allá en busca de unas habitaciones decentes. ¡Tu tía es una verdadera filántropa!

—Mi tía —dijo la otra joven espaciando las palabras— es una mujer de negocios. Cuando vio que no conseguía alquilar esa casa tan enorme en South Place Gardens, tuvo la ocurrencia de dividirla en pisos ¡y recibió un centenar de ofertas en una sola mañana! Por eso he venido corriendo a verte, querida; tenía que avisarte de que ese apartamento de la última planta se había quedado libre. ¿Te gustaría ir a verlo ahora? Me temo que tendrás que decidirte sobre la marcha; aunque ella me ha prometido no decirle nada a nadie sobre el piso hasta mañana a primera hora.

Mientras las dos jóvenes recorrían a toda prisa las calles vacías de Kensington, pues era domingo por la tarde, May Murchison habló.

—Tengo la extraña sensación de haber oído el nombre de South

Place Gardens con anterioridad —comentó—; no recientemente, sino hace mucho tiempo. No dejo de darle vueltas desde anoche, cuando recibí tu mensaje.

El padre de May Murchison había sido uno de esos hombres de negocios que, aunque muy boyantes en apariencia, no dejan a su esposa y a su hija salvo una mísera herencia en el testamento. Ahora, May, huérfana de madre y padre y cumplidos los veinticinco, era la secretaria personal del presidente de una importante empresa de la ciudad.

South Place Gardens rodea por dos de sus lados un agradable recinto ajardinado. Las casas son de tamaño considerable, e imponentes, con grandes pórticos, y todas ellas compuestas por una amplia planta baja y cuatro altas plantas superiores conectadas por una empinada escalera de piedra.

Las dos amigas se detuvieron delante del número 6, y Ivy Brent llamó al timbre. Una mujer de rostro agradable abrió la puerta.

—May, te presento a la señora Clarke —observó Ivy educadamente—. Ella y su hija se ocupan de atender a los inquilinos.

—La mayoría de los que viven aquí pasan el día fuera y están alojados en régimen de desayuno y cena —dijo el ama de llaves.

—También yo querré solo desayuno y cena —dijo May Murchison entusiasmada—. Me paso el día fuera trabajando en la ciudad.

—Subiremos a ver el piso de la planta superior —dijo Ivy—. No hace falta que se moleste en acompañarnos, señora Clarke, conozco el camino.

—Varios conocidos de los inquilinos han visitado ya el piso, señorita —dijo la señora Clarke—, pero sé que la señora Brent lo tiene reservado hasta que esta joven lo haya visto.

Las dos chicas empezaron a subir la escalera, y May Murchison pensó que en el caserón se respiraba un extraño aire silencioso e inquietante, aunque es posible que esto se debiera a que hacía un bonito domingo de verano y que la mayoría de las personas que allí vivían no se encontraban en casa.

Subieron y subieron hasta llegar al último piso. Y allí, bloqueándoles el paso, se toparon con lo que a veces se conoce como una «cancela infantil».

—Esta valla protectora estaba aquí cuando mi tío compró la casa hace veintitrés años. Es evidente que la gente reservaba esta última planta para los cuartos de los niños, pero como los tíos no tenían hijos, no la usaban, así que la cancela nunca se retiró.

May Murchison cruzó el rellano y se adentró expectante en una primera estancia de gran tamaño, preguntándose si sería aquel su futuro hogar.

Era un espacio amplio, cuadrado y agradable. A la izquierda había otra habitación, mucho más pequeña que la primera y con una puerta que daba al rellano de la escalera; un baño con un pequeño hornillo de gas se abría también a la generosa estancia principal.

No se trataba de un piso al uso, pero las habitaciones ofrecían atractivas ventajas para cualquier persona solitaria inteligente, de buen carácter y sana que buscara un hogar en Londres. Este ático era un espacio aireado y luminoso, y tanto la vista desde las ventanas de la fachada como desde la ventana grande del baño abarcaba un buen pedazo de cielo y una verde extensión de copas de árboles.

—Me parece sencillamente perfecta —exclamó May—. ¡Nunca había visto un sitio que pareciera menos encantado que este! Y, vaya, ¡qué gusto me va a dar salir de esa pensión de mala muerte!

El caso de May Murchinson era muy común, pero no por ello menos doloroso y desagradable. Poco a poco había entablado una estrecha amistad con un hombre llamado Roger Byng y, por ambas partes, esa «amistad» se había convertido enseguida en algo mucho más ardiente. Sin embargo, es posible que fuera el peso de aquel férreo, aunque sensible, sentido común que la diferenciaba de sus amigas el que gradualmente la hizo ver con claridad que Roger Byng, con su nombre aristocrático y sus «buenos contactos», no tenía intención de casarse con ella, por mucho que a veces se comportara como si no pudiese soportar vivir sin su compañía unas pocas horas seguidas. Roger se había instalado temporalmente en la misma pensión donde vivía ella mientras buscaba un nuevo alojamiento, y después empezó a aplazar más y más la marcha debido, como May sabía de sobra, a la atracción que sentía por ella. En la poblada soledad de una pensión, un joven y una joven pueden intimar mucho más de lo que es posible hacerlo en el ambiente

vigilante de un hogar o, incluso, de una oficina.

Cuando la muchacha fue descubriendo que su amigo Roger «solo estaba divirtiéndose», por utilizar una frase anticuada, su orgullo y su corazón sufrieron más de lo que hubiese querido admitir, incluso a sí misma.

Así pues, tomó la decisión de romper con todo, con la pensión, con su trabajo y con... el propio Roger. No habría una despedida desgarradora y humillante. Como otros tantos solteros de posición desahogada, Roger Byng contaba con un gran número de conocidos y con frecuencia se ausentaba los fines de semana para visitar a sus amigos en sus casas de campo. Por lo tanto, sería sencillo dejar la pensión y cambiar de trabajo aprovechando una de sus ausencias.

II

Y ahora había llegado el momento de que May Murchison disfrutase de la primera noche en su «piso», por así llamarlo de manera cortés. Le había llevado mucho más tiempo del esperado instalarse en él, pero se había alojado con Ivy Brent después de dejar la pensión y cada día había pasado horas interminables en el número 6 de South Place Gardens, tiñendo el suelo del que habría de convertirse en su salón, instalando y pintando sus propias estanterías y supervisando las labores de las que ella no podía hacerse cargo en el baño-cocina.

Hasta cierto punto, le alegró tener que afrontar los desvelos, grandes y pequeños, que en estos días conlleva «marcharse a la francesa», por muy modestamente que sea, porque estos disiparon cualquier pensamiento doloroso. Pero había ocasiones, sobre todo por las noches, en las que se preguntaba una y otra y *otra* vez qué habría sido de Roger Byng, si la estaría echando de menos realmente, o qué habría pensado al leer la aséptica notita en la que le contaba cómo, de repente, había tenido la buena fortuna de encontrar justo la clase de vivienda que buscaba y que, además, había aceptado un nuevo empleo que le iba a absorber casi todo su tiempo. La carta le había salido muy bien, con un tono alegre y despreocupado, y terminaba así: «Como voy a estar terriblemente ocupada, no veo posible que tengamos la oportunidad de vernos

hasta después tus vacaciones de verano», es decir, ¡pasados tres o cuatro meses!

Desde el principio, tomó la orgullosa y rotunda determinación de que su carta no pareciese en modo alguno una indigna y melodramática nota de despedida. Pero ahora que todo había salido a pedir de boca, May Murchison se veía a ratos asaltada por las dudas y, en esas horas bajas, el futuro se le antojaba gris y desolado. Ciertamente se había sentido muy deprimida cuando se despidió de la señora Smithson para emprender su vida en solitario.

Ahora, por fin, con todo más o menos limpio y ordenado, y con la cena fría que se había preparado, aseadamente dispuesta en la mesa baja pero sólida y bien fabricada que, en su mente, permanecería siempre asociada a su difunta madre, se plantó delante de una de las ventanas de su nuevo salón y extendió la mirada por encima de la verde cúpula de árboles.

De pronto tuvo la extraña sensación de que alguien la observaba, larga, intensa y fijamente. De hecho, la impresión fue tan real que se sonrojó.

De May Murchison no puede decirse que fuera una jovencita demasiado guapa. Tenía el labio superior demasiado largo y la frente demasiado grande, pero sí que poseía unos bonitos ojos grises ribeteados por unas largas pestañas oscuras; es más, sus ojos constituían su rasgo más atractivo y otorgaban a su pálido rostro un toque de distinción bastante fuera de lo común.

Volvió la cabeza con levedad, convencida de que se encontraría al ama de llaves en el umbral y, con no poca sorpresa y asombro, cayó en la cuenta de que, de ser cierto que allí había estado alguien, esa persona se había retirado sin hacer ruido. ¿Retirado? Pero ¿adónde? Cada paso que se daba en la escalera de piedra resonaba por toda la casa. De hecho, esa era una de las principales desventajas del número 6 de South Place Gardens. Cruzó la estancia y entró en el pintoresco espacio que le hacía las veces de cocina, lavadero y baño. Pero allí no había nadie.

Aguardó unos instantes y se dirigió a la tercera habitación, que completaba el piso. May la había transformado en un pequeño y acogedor dormitorio, aunque los muebles que había tenido almacenados eran todos demasiado grandes para aquel espacio.

Aun así, le reconfortaba saber que sus pocas prendas de vestir estarían colgadas a partir de ahora en un armario como es debido, y a prueba de polvo, y que todos los cajones abrirían y cerrarían con facilidad y no se quedarían atrancados perpetuamente como sucedía con los de la pensión.

Una puerta permitía acceder desde el dormitorio al rellano de la escalera, pero había decidido mantenerla siempre cerrada con llave y entrar y salir por el salón. Al punto, reparó con cierta sorpresa y fastidio que esta estaba entornada. La señora Clarke debía de haberla abierto. May la cerró y pasó el cerrojo. Luego volvió al salón y cenó. Cuando hubo terminado, tocó el timbre de servicio tres veces, tal y como había acordado con el ama de llaves.

Espero un rato y volvió a llamar, pero nada pasó. Era evidente que la señora Clarke y su hija debían de haber salido.

May desembaló unas cuantas cosas más bajo la luz menguante del crepúsculo y estaba ya a punto de meterse en la cama, pues se encontraba muy cansada, cuando oyó unos pasos que subían pesada y lentamente por la escalera. La señora Clarke apareció en el umbral.

—No estaba segura de que fuera a retirarse ya, señorita —dijo con recelo—, si no habría subido antes.

May vaciló; no quería que su estancia arrancase con mal pie mostrándose desagradable, pero después de todo sí que había llamado al timbre dos veces.

—Tenía entendido —dijo con suma delicadeza— que quería que llamase al timbre tan pronto hubiese acabado mi cena.

La mujer titubeó de forma un tanto extraña.

—Sí que la hemos oído llamar, señorita; es más, hemos oído dos llamadas, pero como al timbre de esta última planta le da por sonar cuando no hay nadie aquí arriba...

—Qué lástima que no me lo comentase mientras tenía aquí a los albañiles —exclamó May—, porque si hay una avería habrá que repararla. ¡Menuda lata va a ser que no sepa si soy yo o no quien hace sonar el timbre!

—No es la clase de avería que un albañil pueda reparar —dijo la señora Clarke con rotundidad.

—Pues entonces pediremos que venga un electricista —contestó

May muy decidida.

—Es uno de los motivos por los que se marcharon los anteriores inquilinos —dijo la señora Clarke muy despacio—, por eso... y por otras cosas que les superaban...

—¿Que les superaban? —repitió May—. Ah, sí, ahora lo recuerdo. Se supone que este piso está encantado, ¿no es así? ¿Estaban asustados los últimos inquilinos? ¿Creyeron haber visto algo?

El ama de llaves permaneció en silencio, pero incluso bajo la oscuridad creciente pudo ver la nueva inquilina que la mujer parecía sumamente incómoda.

May sintió un escalofrío de intriga y emoción.

—Y, dígame, ¿qué se supone que es lo que ronda este ático? —preguntó ansiosa—. Si le digo la verdad, siempre he querido ver un fantasma.

La joven dijo esto muy seria.

La señora Clarke se acercó unos pasos.

—No sé si es probable que llegue a ver nunca un espíritu —observó en voz baja, al mismo tiempo que miraba temerosamente hacia la oscuridad—, pero ya verá como más pronto que tarde sentirá *como si alguien estuviese mirando en busca de algo*. Esa es la sensación; es como si lo que quiera que esté aquí estuviese *mira que te mira*, buscando algo y no lograra encontrarlo... —Esto lo dijo con un tono de voz de lo más casual.

—Pero ¿cómo sabe que el fantasma, o el espíritu, como usted dice, está buscando algo? ¿Qué podría haber en estas tres habitaciones que no encuentra? —preguntó May desconcertada.

—Busca a alguien a quien lleva esperando desde hace mucho tiempo y que no viene... Esa es la sensación que acaban teniendo todos los que suben aquí solos. Ayer fue *espantoso*; mi hija no podía soportar estar sola aquí arriba, así que vino a buscarme y ¡vaya si pasamos miedo las dos juntas!

May se levantó de la silla baja en la que estaba sentada. Se dirigió a la puerta y accionó el interruptor de la luz eléctrica. Todavía no tenía los apliques y solo contaba con una bombilla desnuda colgando en mitad de la estancia. Sintió que se apoderaba de ella una extraña y estremecedora sensación y empezó a arrepentirse muy seriamente de haber hecho aquellas preguntas...

—Supongo —dijo la señora Clarke con recelo— que *usted* no ha sentido nada aún, ¿verdad, señorita?

—Desde luego que no he sentido nada parecido a lo que me describe —dijo May con franqueza—, pero sí que es cierto que al poco de llegar, estaba ahí de pie junto a la ventana cuando he tenido la sensación de que alguien me miraba fijamente; es más, he pensado que era usted, señora Clarke, que había subido las escaleras sin que yo la oyese.

—¿Se abrió la puerta después de que usted la cerrase? —preguntó la señora Clarke con tono suspicaz.

May negó con la cabeza.

—Por cierto, señora Clarke —añadió—, me gustaría que la puerta de *mi* dormitorio estuviese siempre cerrada con llave. Ayer pasé el cerrojo después de que se marchasen los obreros. Supongo que habrán sido usted o su hija las que la han abierto hoy, ¿es así?

—Yo no la he abierto —dijo la señora Clarke bastante ofendida—; de hecho, no tengo llave para *abrir*la, señorita. Pero, ya ve, ¡enseguida se dará cuenta de las cosas tan raras que pasan aquí arriba!

Recogió la bandeja. May había acordado que madre e hija se encargaran de lavarle los platos.

Después de que la señora Clarke se hubo marchado, May entró en su dormitorio y se desvistió sin prisa. No dejaba de darle vueltas a aquellas cosas tan extrañas que le había contado el ama de llaves. Pero en lo tocante a la puerta cerrada con llave, la señora Clarke se había sonrojado al mencionársela. Si ella no era la culpable, entonces por fuerza lo era su hija. Las dos estaban enteradas de que el día anterior habían llegado a la casa sus escasas pertenencias, y May sabía, por ciertos sucesos desagradables acontecidos en la pensión, lo extraordinariamente indiscretas y curiosas que podían ser ciertas jovencitas.

Por primera vez desde que rompiera con Roger Byng se fue a la cama sin pensar en él y quizá por eso durmió realmente bien; lo que era un excelente presagio, pensó, cuando se levantó para acudir a su nuevo empleo.

Al salir esa mañana, vio por vez primera a uno de los otros inquilinos. Era un hombre de aspecto agradable, que cuando la miró

sonrió amablemente. Sabía que su nombre era James Dowson, ya que su tarjeta de visita estaba prendida en un tablón en el vestíbulo.

Cuando regresó, ya avanzada la tarde y con la cabeza copada por su nuevo trabajo y jefe, sí que experimentó una sensación muy curiosa. Sintió, esto es, al entrar en su salón, que alguien estaba allí esperando para darle la bienvenida; fue una impresión tan viva que profirió llena de júbilo el nombre de la buena y fiel amiga que creyó que por fuerza debía encontrarse en una de las otras dos habitaciones.

—¡Ivy! —llamó, abriendo la puerta del cuarto de baño; pero allí no había ni rastro de Ivy Brent. Y entonces se dirigió rápidamente a su dormitorio... también estaba vacío.

A lo largo de la vida hay periodos en los que no parece que suceda nada, pero que, no obstante, resultan constructivos desde un punto de vista espiritual. Eso fue lo que le pasó a May Murchison tras su llegada al número 6 de South Place Gardens. Su corazón atormentado amainó; el trabajo en su nuevo empleo empezó a absorberla realmente y poco a poco llegó al secreto y bien guardado convencimiento de que su nuevo hogar estaba sin duda... ¿Cómo llamarlo?, ¿*encantado*? No, más bien estaba *impregnado* por una influencia dulce y benefactora que solo deseaba su bien. A nadie le habló de esta creencia, pero por extraño que parezca, cuánto más persuadida estaba de la constante presencia en torno a ella de una fuerza que no era de este mundo, más insistían el ama de llaves y su hija en afirmar que la nueva inquilina había *desterrado* al fantasma que tanto había perturbado a sus predecesores en el piso. Ambas manifestaron que *ahora* ya no sentían sensación extraña alguna.

Las semanas pasaron rápidamente. May no pudo irse de vacaciones en otoño porque la mudanza había esquilado sus ahorros, pero se encontraba bien, extraordinariamente en forma, y enseguida entabló una grata y correcta relación con el hombre que vivía en el piso de abajo. En una ocasión en la que Ivy Brent iba a ir a verla, lo invitó a que se uniera a ellas para el té... Era reconfortante para su dolido corazón solitario sentir que aquel extraño empezaba a mostrarse muy interesado por ella... Pero llegó un día en el que también él se marchó de vacaciones, y en el que no

quedó nadie en la enorme casa salvo la propia May.

Fue entonces, en una tarde de sábado del mes de septiembre, cuando se puso a pensar en la única amistad que conservaba relacionada con su madre fallecida tanto tiempo atrás. Se trataba de la anciana señora Smithson, que vivía en una casita situada en las proximidades de la estación de South Kensington. May nunca había perdido el contacto, y se obligaba a visitarla dos o tres veces al año. La señora Smithson no cambiaba con el tiempo: era una mujer sosegada y afable, que se interesaba por todo lo que la hija de su difunta amiga tenía que contarle, si bien nunca indagaba indiscretamente en las preocupaciones de May.

Pero esta vez, cuando la joven le explicó que por fin había encontrado unas dependencias muy agradables que la habían animado a dejar la pensión donde había vivido tanto tiempo, la señora Smithson se mostró inusitadamente curiosa.

—¿En el número 6 de South Place Gardens? ¡Ay, pero querida, qué cosa tan extraordinaria! Si no me equivoco, se trata de la mismísima casa a la que tu pobre madre hizo que tu padre renunciara después de morir tu hermana Sally, la pobrecita.

—¡No me diga que mis padres vivieron en el número 6 de South Place Gardens! —exclamó May—. Ahora entiendo por qué el nombre de la calle me resultaba vagamente familiar.

—Solo estuvieron allí un año —contestó la anciana señora Smithson—. Tu padre la consiguió por una miseria, pero aun así creo que no les dio ninguna pena renunciar a ella. Era una casa demasiado grande para ellos. Por no hablar de que fue allí donde Sally enfermó y murió; fue tan trágico... Recuerdo como si hubiese sido ayer a tu madre acompañándome a la última planta de aquella casa tan enorme y entrando las dos en una amplia y aireada habitación (la gente no solía tener un piso exclusivamente para los niños en aquella época). La pequeña estaba tumbada junto a la ventana en una especie de cuna grande. Tenía cuatro años; tú, querida, solo tenías dos y te habían mandado al campo, con unos amigos.

—¿Cómo era Sally? —preguntó May.

Estaba emocionada e interesada, a pesar de que aquella hermanita que había muerto cuando ella, May, solo era una niña no

fuera para ella más que un nombre. Aun así, siempre había estado un poco celosa de la pena imperecedera que por siempre sentiría su madre hacia la pequeña.

—Sally era una criaturita excepcional —contestó la señora Smithson pausadamente—. Parecía salida de uno de esos curiosos libritos de niños modélicos que me solían regalar cuando yo era una niña, hace sesenta años. Era tan inteligente, y tan poco egoísta, la pobrecita; no sabes con qué extraordinaria resignación y paciencia soportó su penosa enfermedad, una aflicción, por cierto, muy atípica en los niños. Ay, querida, tu madre nunca llegó a superar del todo su muerte.

—No —dijo May apenada—. Creo que no lo hizo.

Finalmente, cuando la joven se levantó para marcharse, su anciana amiga volvió a abordarla.

—Puedo cerciorarme de si la casa era realmente el número 6. Supongo que te interesará saberlo, ¿no?

May estuvo a un tris de decir, «Oh, no, no se preocupe, la verdad es que no me importa demasiado si lo era o no...»; es más, lo cierto es que hubiese preferido pensar que el número 6 *no* estaba asociado con aquel trágico episodio de su pasado. Pero la señora Smithson ya estaba abriendo con llave uno de los cajones inferiores de un viejo buró. Del interior sacó un fajo de cartas.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Aquí! Por esa época yo pasé mucho tiempo en el campo, cuidando de mi hermano que acababa de quedar viudo, y tu madre me escribía constantemente. Ven, mira, querida...

May cruzó la pequeña habitación casi a regañadientes. De uno de aquellos sobres tan peculiares, pequeños y tan satinados, sacó una hoja de papel de carta. En ella estaban escritos, en la delicada y clara caligrafía de su madre, la dirección, «South Place Gardens, 6», la fecha «29 de mayo de 1898» y el siguiente texto: «Mi queridísima Laura: No pienses que soy una ingrata que no aprecia tus compasivas palabras, pero mi pequeña se muere, y mi corazón se está rompiendo en pedazos...».

May no leyó más. Le devolvió la carta a la señora Smithson...

Esa noche, May Murchison no podía borrar de sus pensamientos ni de su corazón a la pequeña Sally. Cerraba los ojos e intentaba imaginar cual habría sido el aspecto de la habitación cuando era un

cuarto infantil. Se preguntó junto a cuál de las ventanas habría estado situada la cuna de la niña enferma. Y conforme la penumbra daba paso a la oscuridad, empezó a llorar suavemente. El extraño y trágico misterio que era la vida humana la sobrecogió de repente, provocándole una tristeza infinita. Sintió que estaría dispuesta a sacrificar años de esta vida finita a cambio de saber si existía un después más feliz.

III

Roger Byng entró con paso vacilante en el amplio espacio cuadrado cuya presente inquilina había transformado en un salón-estudio tan fabuloso. Estaba triunfante, a la par que ansioso, inquieto y, sí, ¡extraordinariamente feliz! Había pasado días, semanas de pesadilla tratando de localizarla, ¡y ahora apenas podía creer en su buena suerte!

La mujer que le había abierto la puerta no pareció sorprendida cuando él le preguntó, nervioso: «¿Vive aquí la señorita Murchison?». De buenas a primeras, lo había invitado a que subiera al piso de arriba y aguardase allí, añadiendo que la señorita Murchison seguro que llegaba enseguida. Al cruzar el vestíbulo, había reparado en los nombres de los inquilinos, que estaban escritos en un tablón. Eran cuatro, todos ellos de mujer, salvo una excepción, el señor James Dowson. ¡Y vaya si no se había sentido aguda y ridículamente celoso del coinquilino de May Murchison en aquella enorme casa de aspecto desolador! Pero subió la empinada escalera de piedra, inmerso en un remolino de sentimientos encontrados entre los que el júbilo, una simple emoción humana que Roger Byng rara vez experimentaba en su vida convencional y egocéntrica, predominaba claramente.

Pasados unos minutos, empezó recorrer la habitación. ¡Qué diferente era este escenario del que ofreciera la lúgubre pensión en la que había conocido a esta joven a la que ahora sabía que amaba, y deseaba con fervor que se convirtiese en su esposa! Miró a su alrededor con un interés casi agónico, y dedicó lo que se le antojó un largo rato a examinar sus libros, algunos de ellos viejos conocidos sobre los que ambos habían departido con frecuencia, otros muy probablemente heredados de su padre, un hombre a

todas luces cultivado y de gusto refinado.

¡Qué distinta era esta habitación, qué distinta la mujer a la que aguardaba, de la habitación y de la señora que había visitado algo antes en esta tarde de sábado! La dama era novelista, y Roger Byng la había escuchado con una sonrisa mientras, al responder a alguna pregunta acerca de cómo componía sus historias, esta le había dicho: «Tengo la sensación de que puedo escuchar a los protagonistas de mis relatos hablando entre ellos; casi como si los estuviera espiando...».

Y él había pensado para sí: «¡Qué cursilería tan tonta!».

Y entonces, Roger Byng experimentó de repente esa sensación que había desdeñado por creerla totalmente imposible cuando le fue descrita por su última anfitriona. Así, le pareció sentir que una voz le hablaba desde muy cerca, casi al oído. La voz parecía pertenecer — si es que se puede expresar así— a un ser situado en otro plano, y en otra dimensión.

—¡Roger Byng! ¡Roger Byng! —oyó que susurraba la voz—. Has entrado en la hora encantada, en esa hora en la que un hombre puede ser feliz para toda la vida... si es capaz de hallarla.

Y el corazón de él profirió un emocionado y silencioso «Sí» a modo de respuesta.

La fina y etérea vocecita prosiguió.

—Renuncia a ser la clase de hombre que vienes siendo. Deja de ser tan sagaz, interesado, timorato y afectado, aunque también en cierto sentido, digno ejemplo de la gran nación a la que perteneces. Conseguiste la Cruz Militar con un acto por el que en cualquier otra guerra te habrían condecorado con la Cruz Victoria, pero esta guerra no te confirió de la más importante de las valentías, la valentía *moral*. Olvídate de ti mismo y, a partir de ahora, piensa únicamente en la joven que, como bien sabes, ha hecho de ti un hombre. No te mereces la esposa en la que ella se puede convertir.

—Es cierto —contestó él con un hilo de voz.

—¡Estás justo a tiempo, Roger Byng! En cuestión de muy poco tiempo, un hombre mejor que tú habría conquistado su corazón...

Y entonces fue como si viera ante sus contritos ojos la tarjeta en la que se hallaba escrito el nombre de James Dowson; la misma que había llamado su reacia y hostil atención al atravesar el vestíbulo

vacío en la planta baja.

La voz cesó de repente, y mientras Roger Byng se removía incómodo en la silla escuchó un curioso revoloteo. Fue como si un pájaro, atrapado momentáneamente entre las cuatro paredes de la habitación, hubiese salido volando por una de las ventanas abiertas de par en par. ¿Se habría quedado dormido sin darse cuenta en esta calurosa tarde de otoño? De un tiempo a esta parte, sobre todo en los últimos días, había experimentado la desconcertante sensación de que la juventud se le escapaba rápidamente entre las manos. ¡Y entonces sintió un extraño frenesí! A sus oídos llegó el sonido de los pasos de May Murchison en los escalones de piedra de la escalera de afuera.

Roger Byng se levantó de un salto y permaneció muy firme, a la escucha. Entonces se oyó el ruido metálico del pestillo de la pequeña cancela infantil, y Mary Murchison abrió la puerta.

Permanecieron un momento mirándose el uno al otro. Y luego, con suma, suma humildad él le habló.

—¡Llevo buscándote tanto tiempo! Y ahora que por fin te encuentro no quiero perderte de nuevo nunca más... —Y, mientras May permanecía en silencio, le preguntó, y ella sintió el dolor en su voz—: ¿Lamentas que te haya encontrado, cariño?

Y al estrecharla él entre sus brazos, ella susurró:

—Más que lamentarlo, me *alegra*. ¡Aunque estaba intentando olvidarte, Roger, y casi lo consigo!

UNA CIRCE MODERNA

ALICIA RAMSEY

(1919)

ALICIA RAMSEY

1864-1933

Alicia Ramsey es una autora a la que hoy solo recuerdan los devotos de la revista pulp Weird Tales, donde apareció en un solo número, el de enero de 1926, con un truculento relato titulado «The Black Crusader», sobre el destino de un hombre que profana una tumba. Pero debería recordársela por muchas más cosas. En su época era principalmente conocida como autora de obras teatrales, muchas escritas junto con su futuro marido, Rudolph de Cordova. En los inicios de la industria cinematográfica, algunas de sus obras fueron adaptadas a la gran pantalla, y empezó a escribir guiones, pero hasta entonces había disfrutado de una lucrativa carrera como autora de relatos y novelas. La mayoría de sus cuentos se encuadran en la literatura romántica, a veces con un giro inesperado, pero era capaz de hacer incursiones en los registros de lo extraño y de lo bizarro a su antojo. Su mejor libro es The Adventures of Mortimer Dixon (1913), que arrancó en 1908 como una serie de relatos publicados en una revista. Dixon es un periodista que lucha por forjarse un nombre en la profesión, cuando, en el primer relato, «No. 13», se topa con un club de asesinos. En el siguiente cuento «The Mysterious Airship», vuelve a encontrarse, por casualidad, con lo que cree que son los planes de una invasión de Inglaterra, y entonces descubre que está volando solo a bordo de un nuevo tipo de dirigible fuera de control. Estas historias muestran una faceta diferente de Alicia Ramsey, llena de arroj, misterio y aventura. A veces, estas cualidades la conducían al territorio de lo sobrenatural, como demuestra el siguiente relato, que hasta ahora no había vuelto a editarse. Está extraído de las páginas de una

revista hoy difícil de encontrar, Novel Magazine, de diciembre de 1919.

UNA CIRCE MODERNA

ALICIA RAMSEY

«¡VENID A MÍ Y CONVERTÍOS EN MI PERRO!»

Sucedió en un pueblecillo del sur de Italia. Sé que es verdad, porque yo estaba presente cuando ocurrió. Había caído enferma y me fui a pasar allí el invierno en un intento de recuperarme.

El primer día de mi estancia en aquel lugar ya reparé en él. Era la clase de persona en la que una no puede evitar fijarse, aunque lo intente. Era alto y corpulento, con un magnífico par de ojos oscuros y una espesa mata de rizos negros. Con su camisa roja, sus dientes blancos y sus andares chulescos, parecía uno de los caballeros juerguistas de Frans Hals que se hubiera salido de su marco dorado y hubiera cobrado vida.

La joven doncella que solía traerme el café me habló de él. Era cantero de profesión, pero, como su padre antes que él, se había escapado al mar. Al morir su padre, regresó y vendió el viñedo del viejo. Se llamaba Ferdinando. Todas las mujeres se enamoraban de él, y sus travesuras le habían roto el corazón a su pobre y anciana madre. Y ese no era el único corazón que había roto, como deduje de la pasión que latía en la suave voz de mi doncellita durante el recital de los pecados del caballero.

No sé si es porque me gustan las voces bonitas o porque me siento identificada con los pecadores —siendo yo misma un poco pecadora—, pero Ferdinando me suscitó un interés inmediato y profundo. El apuesto bribón no tardó en percibirlo y aprovecharlo en su favor. Antes de que acabara la semana, ya me consideraba de su propiedad. El resto de la comunidad admirada del negocio, se difuminó en un segundo plano, del que ya no salió mientras duró mi estancia.

Yo me sentí muy satisfecha de que así fuera, porque no hubiera sido fácil encontrar mejor guía ni compañía más entretenida. En sus correrías por los mares, Ferdinando se había codeado con muchos hombres y visitado muchas naciones. Había hecho acopio de fantasías insólitas y relatos extraños. Su instinto natural para la belleza, combinado con su temperamento sureño, suplían su falta de refinamiento y educación. Pero su atractivo más potente era la pasión que compartía conmigo por todas las cosas asombrosas e inverosímiles. Me contó multitud de historias extraordinarias, amores desaforados, odios furibundos y enemistades eternas, pero ninguna más inaudita que la que vivió en sus propias carnes mientras yo estaba a su lado, y de cuya autenticidad puedo dar fe, pues mis propios ojos y oídos fueron testigos de ella.

Íbamos ambos de regreso al pueblo al caer la tarde, después de una excursión que habíamos hecho juntos; yo, montada en una mula, él, caminando junto a mí. Hacía un día bochornoso; el aire era sofocante. El sol abrasador se encaminaba a su descanso entre una furia de escarlata y oro. Ferdinando, con un racimo de frutos rojos colgado de la oreja izquierda y su eterno cigarrillo en la comisura de la boca, me iba recitando alegremente la leyenda de todos los corazones que había roto, que culminaba en Marguerita, mi joven doncella. «¡Una paloma con pies de plata es mi Margueritina! Con la voz de un ruiseñor que ha atravesado el corazón de una rosa blanca. Las cuentas del collar que lleva en torno a la nívea garganta no son más puras que su alma; y los besos que dan sus labios por detrás de la puerta, cuando la vieja bruja de su abuela no mira, ¡son más dulces que la miel de los Apeninos!» Arrancó a su paso una rama de escaramujo de un arbusto y se la echó al cuello, donde brilló a la luz deslumbrante como un collar de estrellas.

—Cuando la vieja bruja de su abuela se haya muerto y yo haya hecho un viaje más, volveré y me casaré con Margueritina. Ella heredará cinco vacas y diez cerdos, y podrá trabajar de lavandera, haciéndole la colada a los otros. Yo, Ferdinando, me echaré al sol y rezaré el rosario por todas las adorables mujeres que me han amado, y cuando me llegue el turno de morir, las oraciones de Margueritina ascenderán al Cielo, y el buen Dios me perdonará mis transgresiones por el bien de mi dulce y fiel esposa.

—¿Y por qué esperar a que se muera su abuela? —le pregunté—. ¿Por qué no se casa usted ya con ella?

—Soy hijo de mi padre —dijo Ferdinando con orgullo—. Le rompí el corazón, pero me quería. El buen viejo se levantaría de su tumba si su Ferdinando se casara con una muchacha sin una dote adecuada.

No sé si fueron sus aires optimistas, o las bayas rojas, o los ojos oscuros de Ferdinando, luminosos como las estrellas del firmamento, profundos como la noche, que me miraban desde lo hondo del crepúsculo —¡quizá yo había caído también rendida ante el hermoso vagabundo!—, pero de pronto se me ocurrió la idea de convertirme en el *deus ex machina* de Margueritina. Con toda la delicadeza de la que fui capaz, le pedí al rompecorazones que se pusiera precio.

En asuntos de dinero, Ferdinando era un dechado de escrúpulos.

—Cien libras —declaró.

Sus ojos le traicionaron. Ni un atisbo de las estrellas ni de la noche se vislumbró en ellos en aquel momento. Pura avaricia y nada más. Dividí la suma por la mitad.

—Le daré a Marguerita cincuenta libras el día que se case usted con ella —le dije al instante.

Pero nadie ganaba a Ferdinando en prontitud. Me hizo una reverencia que no tenía nada que envidiarle a la de un duque.

—*Signora*, en nombre del santo que era mi padre, que en paz descanse, y de la vieja bruja de su abuela, la invito a que esta noche honre con su presencia la *fiesta* de esponsales del galante Ferdinando y Margueritina.

Me agarró la mano y la besó. Se golpeó el pecho y clamó al Cielo para que fuera testigo de su falta de mérito. Abrazó a su mula con tal fervor que a punto estuvo el admirable animal de tirarme de la silla de montar. Extrajo un amuleto de su pecho, juró poniendo al Cielo por testigo que, de allí en adelante, llevaría la vida inocente de un ciudadano honorable, un marido fiel y un buen padre y daría un ejemplo rutilante a todos sus prójimos.

—¡Que la *Madonna* bendita sea mi testigo! —declaró—. Desde este momento renuncio a las mujeres.

Al llevarse a los labios el pequeño crucifijo de plata que colgaba de

la cadenilla en torno a su cuello, el sonido de una risa femenina inundó el aire. Suave y a la vez penetrante, alegre y a la par sugerente, preñado de un millar de emociones extrañas. Yo jamás había oído una risa igual. Mujer como soy, me estremeció hasta los tuétanos. Observé que afectaba a Ferdinando no menos que a mí. Su rostro palideció bajo el bronceado. Sus ojos negros, vaciados de toda malicia, se abrieron de par en par y se colmaron de una aprensión inusitada.

—Es la Virgen Loca de las colinas —susurró.

Agucé el oído.

—¿Quién es la *Virgen Loca de las colinas*, Ferdinando?

—Es la gran rompecorazones, *signora*. Habita los lugares solitarios. Tiene un perro que es un espíritu maligno. Los que escuchan su risa son sus elegidos. Los atrae hasta ella, ellos se enamoran y los convierte en perros.

¡Una circe moderna! Le pregunté si de verdad creía en ese tipo de cosas.

—¡Pues claro que creo en ellas, *signora*! ¿Cómo podría no creerlas? Es la verdad. —Agarró su pequeño crucifijo y se persignó rápidamente—. *¡Madonna mia!* —susurró—. Ahí está.

Volví la cabeza y miré en la dirección que indicaba su mano temblorosa. En la ladera de la colina, donde el terreno formaba una pequeña meseta, había una mujer sentada en una piedra. Llevaba en la mano un bastón rematado con rosas escarlatas y una corona de las mismas flores sobre el áureo cabello pelirrojo. Iba envuelta en un velo azul intenso, salpicado de minúsculas estrellas doradas que le cubría la mitad del rostro. Las puntas del velo aleteaban en la brisa de la tarde y flotaban tras ella como una nube. A sus pies, formando un semicírculo a su alrededor, yacían seis perros gigantescos.

La profundidad de los colores, la extraña pose, toda la imagen tenía un aire intensamente fantástico y arcaico, vista a través del glamur de aquella luz de oro; se me quedó impresa en la memoria como una estampa indeleble que no se borrará mientras viva.

Mientras yo la contemplaba, embelesada, ella volvió a reír. Y una vez más, aquel sonido tan inhumano me produjo la misma extraña sensación de irrealidad que antes. Como si hubieran recibido un

latigazo en las espaldas, los perros se levantaron y agacharon las cabezas en señal de sumisión. Luego se sentaron sobre las patas de atrás, tres a cada lado.

La mujer se levantó y se apartó el velo del rostro. Al verla ahogué un grito. ¡Qué hermosa era, qué altiva, qué lánguida, qué pálida, con la boca roja como la sangre y los ojos azules como las llamas! Su rostro me estremeció tanto como lo había hecho su risa. A mis espaldas, oí a Ferdinando contener la respiración como en un sollozo.

Allí se alzaba, en pie, con las dos manos apoyadas en el báculo, mirándonos desde las alturas. El sol poniente descendía en torno a ella como la gloria, transformando sus rosas escarlatas en celestiales flores de fuego. Permanecía en pie y miraba a Ferdinando. En mí no reparó siquiera.

—¡Ajá! Así que sois vos, el Rompecorazones, ¿verdad? —prorrumpió. Su voz fue otra sorpresa. Clara y grave, una de esas voces que cautivan el oído—. ¿Por qué no venís a romperme el mío?

Ferdinando no dijo ni una palabra. Permaneció allí, con el crucifijo en la mano y los ojos negros fijos en el rostro de la mujer, como si no pudiera separarlos de él.

Ella entonces volvió a reír, le dio la espalda, llamó a sus perros y se marchó.

Nosotros nos quedamos clavados a la tierra del camino, contemplándola hasta que los filos brillantes de su velo azul se perdieron de vista.

Entonces, y solo entonces, Ferdinando —el descarado fanfarrón adorado por las mujeres— acertó a recobrar la voz.

—Estoy perdido —murmuró—. *¡Dio mio*, estoy perdido!

No pude arrancarle ni una palabra más. Siguió farfullando la misma frase una y otra vez hasta que llegamos al pueblo, como un hombre que hablara consigo mismo en sueños.

Cuando les conté a Marguerita y a su abuela lo que había sucedido, se quedaron igual de descompuestas que él.

—¡Que los santos se apiaden del él! —exclamaron al unísono—. ¡Está perdido!

El verlas persignarse y aferrarse la una a la otra de aquella

manera me devolvió la calma y la sensatez. Mandé llamar a Ferdinando y saqué la cartera.

—Ningún hombre está perdido cuando tiene cien libras —dije, elevando en un arranque la suma hasta el precio inicial de Ferdinando—. Manden llamar al cura y pongan la mesa. Esta noche celebramos la *festa* de esponsales.

Todavía no ha nacido el campesino italiano capaz de resistirse al dinero. Al ver aquella pequeña fortuna desplegada ante ellos en billetes contantes y sonantes, sus temores sobrenaturales se curaron en un santiamén. Aún no habían terminado de contar el capital y ya estaban discutiendo y peleando sobre lo que iba a hacer con él. Me fui a dormir la siesta muy satisfecha. Al ver el rostro de Margueritina contemplando un futuro celestial por el precio de un par de trajes de noche, me pareció que aquel era un dinero muy bien empleado.

No obstante, aquella misma noche, un poco más tarde, me encontré por casualidad con el viejo sacerdote, que miraba con benevolencia los placeres inocentes de su feligresa favorita, y relatándole lo ocurrido, le pregunté qué significaba. Para mi sorpresa, en lugar de reírse, como yo esperaba, el anciano se puso muy serio.

—*¡Dio mio!* —exclamó, agarrando su crucifijo como lo hiciera Ferdinando antes que él—. ¡Pobre Marguerita! ¡Su amado está perdido!

En respuesta a mis preguntas, me contó una extraña historia.

—Aquella a la que llaman «la Virgen Loca» es un misterio. Nadie sabe de dónde vino ni quién es. Vive sola, como las bestias del campo, entre las colinas. Ay de aquel a quien convoca con su risa. Ningún hombre es capaz de resistírsele. Su mirada es una maldición. —El viejo bajó la voz y empezó a hablar en susurros. A la luz de la luna, su rostro, ornado por un halo santo de pelo blanco como la nieve, me recordó de forma extraordinaria al de Ferdinando. Tenía la misma expresión—. Cuatro de nuestros mejores hombres se han perdido por ella; todos maridos honestos y buenos padres, pero no fueron capaces de resistírsele. Los llamó y acudieron. —Se detuvo y me miró, como si tuviera algo más que decir, pero temiera continuar.

A mí me consumía la curiosidad por escuchar el resto.

—Y a esos cuatro, padre, ¿qué les sucedió al volver?

—Nunca volvieron, hija mía. Aquellos a los que llama nunca regresan. Se pierden.

—¿Pero qué hace con ellos? A algún lugar tendrán que ir. ¿Adónde van?

—Se quedan con ella —dijo con solemnidad.

—¿Quiere decir que los mata?

—Los convierte en perros.

No pude contenerme. Me eché a reír.

—¡Pero qué idea más absurda!

—Absurda, ¿por qué, hija mía?

—¡Eso es imposible!

El anciano me miró.

—Es imposible hablar con alguien que está ausente, y aun así los hombres hablan unos con otros desde todos los confines de la tierra. Es imposible ver a través de la materia sólida, y aun así los hombres ven a través de los muros de ladrillo. Es imposible disponer de luz y de calor sin hacer fuego, y sin embargo la noche se transforma en día gracias a la luz eléctrica. Es imposible volar sin alas, y aun así los hombres ascienden a las nubes como pájaros.

—¡Pero todas esas cosas suceden gracias a las ciencias naturales, padre! Esto que me cuenta, de ser cierto, sería cosa de brujería.

—La Biblia nos habla de brujas, hija mía.

—No iré a decirme que precisamente usted cree en ellas.

—Me paso la vida entera creyendo en cosas que no veo, ¿por qué no iba entonces a creer en las que veo? He vivido setenta años y he aprendido una lección: nada es imposible. Ni los poderes de Satanás ni los de Dios conocen límite. —Alzó la mano en una benévola bendición y me dejó allí boquiabierta.

Me senté en mi balconcito a contemplar el milagro imposible de la luna poniente renovarse sobre las colinas cautivadoras. El sacerdote estaba en lo cierto. A aquella mágica luz, nada era imposible. Fantasmas del pasado arcaico, emanaciones parapsicológicas del vulgar presente, damas blancas, «pálidos Heinrich». *Belles dames sans merci*, ondinas vaporosas pasaron ante mí en procesión

fantasmagórica, llenando el vacío luminoso.

Desde abajo me llegaron flotando murmullos alegres de carcajadas y el loco rasguear de las mandolinas. Los bailarines, como sombras pintadas, revoloteaban de aquí para allá, sin que sus pies emitieran sonido alguno al posarse en la suave hierba verde. A lo lejos, en la distancia, el mar centelleaba como una línea de fuego ondulante. El denso olor a jazmín y los dulces chillidos de las aves nocturnas me llegaban a través del aire cálido e inmóvil. En el cielo, sobre mi cabeza, brillaba una multitud de estrellas doradas, colgantes enjambados de la luna menguante. ¡Un decorado perfecto para un milagro! Me descubrí a mí misma deseando que se apareciera la Virgen Loca con su séquito fantasmagórico.

Y como si mis pensamientos tuvieran el poder de convocarla, en aquel mismo instante apareció ella, surgió de la oscuridad y avanzó hacia mí, caminando plácidamente por el sendero blanco y serpenteante. Recortándose contra el filo de las colinas, pude ver su esbelta figura y las formas de los seis perros gigantes dibujadas con toda nitidez por la luz de la luna, con la misma claridad como si fuera de día. Al verla, un extraordinario sentimiento de expectación me recorrió de la cabeza a los pies. He de confesar, para mi vergüenza, que no me asaltó la menor preocupación por lo que su venida pudiera significar para las alegres gentes que bailaban allá abajo. Simplemente, me consumía la curiosidad por saber lo que se proponía.

Se iba acercando más y más, hasta que, al fin, discerní su velo azul tras ella y la corona de rosas en su cabeza. A la luz de la luna, su boca rojo sangre engarzada en aquel rostro de reluciente palidez adquiría un extraño aire espectral. Por primera vez, comprendí lo que es el terror de la belleza. Ese mismo aspecto deben de haber tenido las bocas de los vampiros, místicos destructores de hombres.

Abajo, la música continuaba jovial. El sonido de las mandolinas ora suave, ora intenso, ora febril, ora tierno, pero siempre cargado de ardor apasionado, ascendía y descendía como surgido de un solo instrumento. De pronto callaron. El silencio fue tan repentino que pareció, no tanto que hubieran dejado de tocar, como que se hubiera roto una cuerda. Las sombras pintadas aletearon, oscilaron, se quedaron inmóviles. ¡La habían visto!

De puntillas me dirigí al extremo del balcón y miré hacia abajo. Los espectadores estaban todos arremolinados, los músicos con los instrumentos suspendidos en el aire, los bailarines aún entrelazados, presos de una parálisis, como si les hubieran arrojado un hechizo, con los semblantes aterrorizados vueltos todos en la misma dirección, y los ojos oscuros fijos en la figura esbelta que avanzaba lentamente por el camino iluminado por la luna.

Ella se apoyó en su báculo y observó a Ferdinando de pie, frente a ella. A la luz de la luna las rosas escarlatas parecían de sangre.

—¡Ajá, Rompecorazones, así que osáis danzar en vuestra *festa*! Desprendeos de esa niña, que no es nadie para vos, y venid a danzar en la mía.

Como impelido por una fuerza desconocida, el brazo de Ferdinando se desasíó de su prometida. Lentamente, como si tuviera los pies hechos de plomo, dio unos pasos adelante. Frente a frente, se miraron el uno al otro a la luz de la luna. ¿Quién podría adivinar la secreta historia de pasión y pecado que circuló entre los dos?

Entonces ella lanzó una suave carcajada.

—¿Acaso no os advertí al llamaros que vendríais?

—¡Os veré condenada por bruja antes de acudir!

Vislumbré el destello de un cuchillo que cortaba el aire. Ferdinando se arrojó contra ella corriendo por la hierba, y el perro gigantesco que la acompañaba se levantó, se lanzó a la garganta de Ferdinando y lo inmovilizó en el suelo. Ni un alma hizo amago de ayudarle. Todos le contemplábamos conteniendo la respiración. Era como la escena de una obra de teatro.

—¡Vos, Rompecorazones, que ibais a ser mi dueño, venid a mí y convertíos en mi perro! —Durante un instante lo contempló allí a sus pies, riendo. Después llamó a sus animales y emprendió la marcha.

Mientras la oscuridad la envolvía, Ferdinando se puso a cuatro patas y empezó a gatear por el camino blanco tras ella a una velocidad espantosa e increíble, ladrando como un can.

«LA ENCONTRÉ DORMIDA Y LA MATÉ»

El joven médico inglés al que hice venir de Nápoles era un fisio-neuropatólogo de gran prestigio. Se volvió loco de alegría ante la

posibilidad de investigar de primera mano un caso tan insólito. Se paseaba de un lado a otro de mi saloncito, preguntándome una y otra vez por todos los detalles de la historia.

—¡Un caso claro de sugestión! El hombre tiene todos los síntomas de la hidrofobia en su forma más aguda, a pesar de que la bestia ni lo tocó. No presenta ni un solo indicio de arañazos de la cabeza a los pies.

—¿Pero qué le va a ocurrir?

—Mientras la influencia se mantenga y sus fuerzas se lo permitan, seguirá siendo a todos los efectos un perro.

—¿Y cuando le fallen las fuerzas?

El joven médico se encogió de hombros.

—Morirá, a menos que eliminemos la influencia. En ese caso, si no es demasiado tarde, se recuperará.

Por inverosímil que parezca, el viejo sacerdote y él estaban completamente de acuerdo en sus opiniones al respecto. Resultaba extraño verlos a ambos, el uno tan joven y el otro tan viejo; el uno, un hombre de ciencia, el otro, un hombre de fe; el uno, maestro de cosas sobrenaturales, y el otro, un descreído declarado cuya vida se fundaba en los hechos, coincidiendo en sus pareceres de aquella manera.

A la tercera mañana, estando en la sala con el joven médico y el viejo sacerdote, la puerta se abrió quedamente y entró Margueritina. Se introdujo la mano en la camisola y sacó un cuchillo manchado de sangre.

—Ahora dejará de reír y de convertir a los hombres en perros. Me la encontré dormida y la maté. Que me lleven a la cárcel y que hagan conmigo lo que quieran. Ferdinando es libre. —Se desplomó hacia adelante.

El viejo sacerdote contempló tiernamente el óvalo inmaculado de la carita casi infantil que descansaba contra su brazo.

—Amigos míos —dijo el anciano lentamente—, hay cuartos que no tienen oídos, aunque no sean confesionarios, y hay buenos amigos que no tienen lengua, aunque no sean sacerdotes.

Levantó en brazos a Margueritina para llevársela a su abuela, y el médico acudió de inmediato junto a su paciente. Me quedé sola contemplando el cuchillo que descansaba sobre la mesa. Su brillo

escarlata me recordó a las rosas que le adornaban el pelo.

Aquel mismo día, Ferdinando recobró el seso y, al cabo de unos pocos más, se había recuperado por completo. Más adelante, una vez cesó el chismorreó y desaparecieron todas las rosas rojas, se casó con Margueritina. Yo conduje a la novia al altar y bailé en su *fiesta*. He oído que Ferdinando es un marido modélico. Tienen diez vacas y veinte cerdos, y Marguerita solo hace su propia colada. Así que me imagino que son muy prósperos y gloriosamente felices. Su hija mayor lleva mi nombre, y Ferdinando siempre termina sus cartas pidiéndome con ansia mi opinión sobre la futura dote de su niña.

Supongo que, ciñéndonos a los hechos puros y duros, lo cierto es que fui cómplice de un asesinato, pues Marguerita nunca fue castigada. Pero, al parecer, este hecho no pesa mucho más sobre su conciencia que sobre la mía. ¡Imagínense que tal cosa hubiera sucedido en Inglaterra! La policía, el juzgado, el juez, ¡toda la parafernalia de la ley se hubiera puesto en movimiento para vengar a la civilización ultrajada! Pero el sur de Italia no es Inglaterra, por suerte para Margueritina. Dar y quitar vidas no es lo mismo para estas razas tan poco civilizadas que para nosotros.

Nadie se creerá esta historia y, aun así, sucedió. Si no me creen, vayan a Forenzza, ese pueblecito escondido entre las montañas del sur de Italia, y pídanle al sacristán de la iglesita que hay en la plaza que les enseñe la nueva estatua de la Virgen con el perro de mármol descansando a sus pies. Ferdinando la esculpió como ofrenda de gratitud a Dios. Está considerada una obra maestra moderna.

Todo esto sucedió hace más años de los que quiero acordarme, pero no he olvidado ni un detalle. Ni la luz, ni las colinas, ni a Ferdinando mirándome desde lo oscuro, ni el quejido de las mandolinas sollozándole en la noche su pasión al inmaculado cielo italiano. No, ¡no he olvidado nada! Mientras escribo estas palabras, aún puedo ver el blanco rostro de la Virgen Loca enmarcado por la luz de la luna y las rosas rojas que le incendiaban la cabeza dorada. A través del silencio de los años, vuelvo a estremecerme al oír sus carcajadas.

LA NATURALEZA DE LAS PRUEBAS

MAY SINCLAIR

(1923)

MAY SINCLAIR

1863-1946

May Sinclair era una mujer a la que muchos consideraban tímida y algo recatada, con poca inclinación a escribir relatos de fantasmas. En realidad, Sinclair, o Amelia St. Clair para dar su nombre completo, tenía muy poco de tímida. Era una feminista y sufragista activa, con un carácter tenaz y decidido. No le faltaban motivos. Su familia se arruinó siendo ella niña, y su padre cayó en el alcoholismo. Tanto su madre como sus hermanos padecían una enfermedad cardíaca congénita, por lo que May se convirtió en el principal sostén económico de la familia. Consiguió ganarse la vida escribiendo durante más de cuarenta años. Le fascinaban las teorías de Sigmund Freud y exploró los aspectos psicológicos del amor y de la muerte en muchas de sus obras. Se afilió a la Sociedad para la Investigación Psíquica a fin de poder explorar y comprender mejor el espiritismo y la psicología de las creencias paranormales. Sus cuentos de misterio son, a menudo, atrevidos para la época, por su forma de tratar las relaciones personales y sexuales, como se aprecia en el siguiente relato. Sinclair reunió la mayoría de sus obras de este género en dos volúmenes, Uncanny Stories en 1923 y The Intercessor en 1931. En 2008, Rebecca Kinnamon Neff recopiló un volumen con todos los relatos de misterio de Sinclair, titulado The Villa Désirée, un libro que, incluso a estas alturas, ya no es fácil de encontrar.

LA NATURALEZA DE LAS PRUEBAS

MAY SINCLAIR

Esta es la historia que me contó Marston. Él no quería contarla. Se la tuve que ir arrancando poco a poco. Yo he reconstruido los fragmentos en orden cronológico y he insertado algunas explicaciones por aquí y por allá, pero los hechos, en esencia, son los que él me relató. Aquí no hay nada que yo no le sonsacara de un modo u otro.

Y se lo sonsaqué a él, precisamente: no me negarán que mi fuente es irreprochable: Edward Marston, el abogado de la Corona, autor de una obra admirable: *La lógica de la prueba*. Seguramente habrán leído el capítulo titulado: «Qué constituye y qué no constituye una prueba». Dirán que me mintió; pero si conocieran a Marston, sabrían que él jamás mentiría, por la sencilla razón de que es incapaz de inventar nada. Así que, si me preguntan si yo me creo su relato, lo único que puedo decirles es que creo que estas cosas sucedieron, porque él las afirmó y porque le sucedieron a él. En cuanto a su verdadera naturaleza... Bueno, yo no pretendo explicarlas, ni tampoco lo haría él.

Ya saben que Marston estuvo casado dos veces. Adoraba a su primera esposa, Rosamund, y Rosamund lo adoraba a él. Supongo que eran absolutamente felices. Ella era quince años más joven que él y además era preciosa. Ojalá pudiera hacerles ver lo bella que era. Sus ojos y su boca describían el mismo arco, amplio y pronunciado, y encaraban el mundo desde su rostro con la misma inocencia grave y contemplativa. Las comisuras de sus labios formaban dos minúsculas molduras encantadoras, redondeadas como los pistilos de una flor. Llevaba el cabello peinado con un

flequillo de oro macizo sobre la frente, como el de una niña, y un gran moño en la nuca. Cuando se lo soltaba, el pelo le colgaba como un pesado cordel hasta la cintura. Marston solía bromear con ella al respecto. Por las noches, cuando le daba calor, Rosamund tenía la costumbre de lanzar hacia atrás la trenza, que aterrizaba directamente en el rostro de Marston y le lastimaba.

Su presencia emanaba un patetismo indescriptible, una belleza curiosa, pura y dulce, como la de una niña; perfecta, a la par que perfectamente inmadura; tan inmadura que resultaba inconcebible que pudiera durar —en aquel estado— más allá de lo que dura la infancia. Marston decía que le ponía nervioso. Temía despertarse por la mañana y descubrir que había cambiado durante la noche. Y su belleza constituía una parte tan fundamental de ella misma que uno no acertaba a imaginársela sin ella. De algún modo, daba la sensación de que, si desaparecía, entonces también Rosamund tendría que desaparecer.

Pues bien, fue Rosamund la que desapareció primero.

Durante el año siguiente, Marston vivió peligrosamente, siempre al borde del colapso. Si no se volvió completamente loco, fue porque su trabajo lo salvó. No tenía ninguna teoría que lo consolara. Era uno de aquellos materialistas puritanos al estilo decimonónico, que consideran que la conciencia es una función puramente fisiológica y que cuando el cuerpo muere, uno deja de existir. No veía ninguna razón para suponer otra cosa. «¡Atendiendo a la naturaleza de las pruebas!», decía.

No está de más tener esto en cuenta para apreciar que Marston carecía de sesgo ni predisposición alguna. Para él, Rosamund sobrevivía solamente en su memoria. Y en su memoria, él aún estaba enamorado de ella. Pero al mismo tiempo, a menudo hablaba con gran cinismo de sus probabilidades de volver a casarse.

Al parecer, ambos habían tratado el tema durante su luna de miel. Rosamund le había dicho que le horrorizaba la idea de que él fuera a sentirse solo y desgraciado en caso de que ella muriera primero. Le gustaría que él volviera a casarse. Aunque, estipuló, tendría que hacerlo con la mujer adecuada.

Él le preguntó: «¿Y si me caso con la mujer equivocada?». Y ella

le respondió que eso sería diferente. Ella no podría soportarlo.

De todo esto se acordó después; pero en su momento no hubo nada que le hiciera suponer que ella pasaría a la acción como lo hizo.

De todo esto hablamos, él y yo, una noche.

—Supongo —comentó— que tendré que volver a casarme. Es una necesidad física. Nada más. No me casaré con una mujer que sea de las que esperan algo más de la vida. No colocaré a ninguna otra en el lugar de Rosamund. La cosa no implicará ninguna infidelidad clara.

Y no la implicó. No había pasado mucho más de un año cuando se casó con Pauline Silver.

Era una de las hijas del viejo juez Parker, un amigo de la familia de Marston. Él nunca había visto a la chica hasta que esta regresó a casa de la India tras su divorcio.

Sí, porque había habido un divorcio. Silver se había comportado con mucha decencia. Había permitido a su esposa que lo denunciara a él, para salvarla. Pero circulaban ciertas historias extrañas al respecto. No llegaron a oídos de Marston, dada su cercanía con la familia de ella; y si lo hubieran hecho, él no les hubiera dado crédito. Había tomado la decisión de casarse con Pauline nada más verla. Era hermosa; poseía esa clase de belleza que es a la vez dura, negra, blanca y carmesí, además de una naricilla aristocrática y una boca lasciva.

Tal y como él había pretendido, no había entre ellos nada más que atracción física. Era imposible que Pauline usurpara el lugar de Rosamund.

Por aquella época, Marston andaba absorto en un caso importante.

Tanta prisa tenían ambos por casarse, que no pudieron esperar a que este se resolviera; y como el trabajo mantenía a Marston atado a Londres, acordaron retrasar la luna de miel hasta el otoño, y él se llevó a Pauline directamente a su casa de Curzon Street.

Más tarde, confesó que aquella había sido la parte del arreglo que le resultaba más odiosa. Él asociaba la casa de Curzon Street con Rosamund; especialmente el dormitorio principal —el dormitorio de ella—, y la biblioteca, que era la estancia favorita de Rosamund,

porque le pertenecía a él. Ella tenía su sitio en el rincón junto a la chimenea, y allí siempre pasaban las tardes juntos, los dos solos, una vez que él había terminado su trabajo, y aun cuando no lo terminaba, ella pasaba allí la tarde con él, en silencio, en su rincón, con un libro.

Por suerte para Marston, en cuanto Pauline vio la biblioteca, se mostró horrorizada.

Todavía puedo oírla:

—Brrr. Hay algo abominable en este cuarto, Edward. No entiendo cómo puedes pasarte las horas en él.

A lo que Edward, respondería con cierto sarcasmo:

—Tú no tienes por qué acompañarme, si no te gusta.

—Desde luego que no lo haré.

Allí estaba ella —podría estar viéndola ahora mismo—, de pie sobre la alfombra frente al sillón de Rosamund, rebosante de una belleza y una lascivia inusual. Él se disponía a tomarla en sus brazos y a besarle la boca carmesí, cuando, según me dijo, algo le detuvo. Le detuvo sin más, como si surgiera de la nada y se interpusiera entre ellos. Supuso que se trataba del recuerdo de Rosamund, tan vívido en el lugar que le había correspondido.

Comprenderán ustedes que ese era precisamente el lugar de comunión silenciosa e íntima que Pauline nunca ocuparía. Y aquella criatura rica, burda y ufana no ansiaba ocuparlo siquiera. Él se dio cuenta de que, en aquel sitio, ella lo dejaría completamente en paz con sus recuerdos.

Pero el dormitorio era otra cuestión. Esa estancia, como la propia Pauline dejó bien claro desde el principio, tendría que pasar a pertenecerle a ella. De hecho, no había otra en la casa que él hubiera podido ofrecerle. El salón ocupaba la totalidad del primer piso. Los dormitorios del superior eran minúsculos, y el principal había sido formado combinando en uno solo los dos cuartos de delante. Sus ventanas daban al sur y, en la parte de atrás, había una puerta que se abría al cuarto de baño. La pequeña habitación de Marston, orientada al norte, tenía la entrada por el rellano de la escalera, en ángulo recto con la puerta del cuarto de su esposa. No podía pretender que ella durmiera en él, y mucho menos en uno de los cuartuchos del piso de arriba. Me dijo que deseó haber vendido

la casa de Curzon Street.

Pero a Pauline le encantó la espaciosa estancia de tres ventanas que iba a ser suya. Había sido decorada con exquisito gusto para la pobrecilla de Rosamund; con muebles de nogal del siglo XVII , alfombras de Bukhara, pesadas cortinas de seda de un color azul profundo con ribetes morados y un lecho amplio y fastuoso cubierto con una colcha bordada en azul.

Hubo una sola cosa en la que Marston insistió: tendría que ser él quien durmiera en el lado de la cama que solía ocupar Rosamund, y Pauline se acostaría en el sitio que había ocupado él. No quería ver el cuerpo de Pauline donde había estado el de Rosamund. Ni que decir tiene, tuvo que mentir al respecto y fingir que él siempre había dormido junto a la ventana.

Aún podía ver a Pauline paseándose por aquel dormitorio, estudiándolo todo; mirándose a sí misma, sus negros, sus blancos y carmesíes, en el espejo que había albergado los rosas y oros puros de Rosamund; abriendo el armario donde solían estar colgados los vestidos de Rosamund, aspirando el delicado perfume de Rosamund sin darle importancia, cubriéndolo con su propia estela penetrante. Y a Marston (que le daba a todo aquello una importancia infinita)... Aún puedo verle, cada vez más atormentado y a la vez más excitado a medida que avanzaba la tarde de la boda. Se la llevó al teatro para matar el tiempo o quizá para sacarla de las habitaciones de Rosamund; sabe Dios. Aún los veo sentados en el patio de butacas, aburridos e intranquilos, levantándose y marchándose antes de que la obra llegara siquiera a la mitad y regresando a la casa de Curzon Street adonde llegarían antes de las once de la noche.

No pasaban muchos minutos de las once cuando ella se retiró a su cuarto.

Ya les he contado que su puerta formaba un ángulo recto con la de él, y el descansillo era estrecho, de modo que, en el momento mismo de abrir su puerta, él tenía que poder ver a cualquiera que estuviera parado frente a la puerta de Pauline. No tenía ni que cruzar el rellano para llegar junto a ella.

Pues bien, Marston jura que no había nadie allí delante cuando

abrió su propia puerta; pero al llegar a la de Pauline, vio a Rosamund frente a él y, según dijo: «No me dejaba entrar».

Tenía los brazos estirados, bloqueando el paso. Sí, claro, le vio la cara, la cara de Rosamund; tengo entendido que de una dulzura y de una inexorabilidad absolutas. No fue capaz de sortearla.

Así pues, regresó a su propio cuarto, caminando marcha atrás, afirma, para poder seguir contemplándola. Y cuando llegó al umbral de su propia puerta, ella ya no estaba allí.

No, no tuvo miedo. No acertó a describir lo que sintió; pero dejó la puerta abierta toda la noche porque no podía soportar la idea de cerrársela a ella. Y no volvió a intentar entrar en el dormitorio de Pauline; tan convencido estaba de que el fantasma de Rosamund volvería a cerrarle el paso.

No sé qué clase de excusa le dio a Pauline a la mañana siguiente. Me contó que estuvo muy rígido y malhumorado durante todo el día, lo cual no es de extrañar. Aún estaba encaprichado de ella, y no creo que el fantasma de Rosamund le hubiera apagado en absoluto el deseo hacia Pauline. De hecho, se convenció a sí mismo de que aquello no había sido más que una alucinación, debida, sin duda, a la excitación.

Sea como fuere, no esperaba encontrársela de nuevo frente a la puerta a la noche siguiente.

Pero sí. Allí estaba. Solo que esta vez, dijo, ella se apartó para dejarle pasar. Le sonrió, como diciendo: «Entra, si te empeñas; ya verás lo que te espera».

No notó que entrara tras él; estaba convencido de que, esta vez, le dejaría tranquilo.

Fue al acercarse a la cama de Pauline, que había sido la cama de Rosamund, cuando volvió a aparecérselle, interponiéndose entre él y el lecho y alargando los brazos para cerrarle el paso.

Lo único que Pauline vio fue a su nuevo esposo retrocediendo más y más, y después deteniéndose, petrificado, y la expresión de su rostro. Solo aquello bastó para asustarla.

Le dijo:

—¿Qué te ocurre, Edward?

Él no se movió.

—¿Por qué te quedas ahí de pie? ¿Por qué no vienes a la cama?

Parece que entonces Marston perdió la cabeza y le espetó:

—No puedo, no puedo.

—¿Qué es lo que no puedes? —preguntó Pauline desde el lecho.

—No puedo acostarme contigo. Ella no me deja.

—¿Ella?

—Rosamund. Mi mujer. Está aquí.

—¿Pero qué tonterías dices?

—Te digo que está aquí. No me deja. Me está cerrando el paso.

Asegura que Pauline debió de pensar que estaba borracho o algo por el estilo. Recuerden que lo único que ella veía era a Edward, su rostro y su actitud misteriosa. Debía de tener aspecto de estar bebido.

Pauline se incorporó en el lecho, fulminándole con sus duros ojos negros, y le conminó a que saliera de su habitación inmediatamente. Él la obedeció.

Al día siguiente, le soltó el rapapolvo. Según tengo entendido, no paraba de hablar del «estado» en el que él se encontraba.

—Viniste a mi habitación, Edward, en un estado lamentable.

Supongo que Marston le pidió perdón, pero no podía evitarlo, no estaba borracho. Siguió insistiendo en que Rosamund estaba allí. La había visto. Y Pauline replicó que, si no estaba borracho, entonces tenía que estar loco, a lo cual él respondió dócilmente: «Tal vez me haya vuelto loco de verdad».

Aquello la encendió y estalló como una furia. Qué loco ni qué ocho cuartos; lo que pasaba era que no la quería; aquello era una sarta de excusas absurdas; una farsa, para engañarla. Había otra mujer.

Marston le preguntó por qué demonios se imaginaba que se había casado con ella entonces. Ella se echó a llorar y contestó que no lo sabía.

Parece que entonces se reconcilió con Pauline. Logró convencerla de que no estaba mintiendo, de que realmente había visto algo, y entre los dos encontraron una explicación racional a la aparición. Él estaba trabajando en exceso. El fantasma de Rosamund no sería más que una alucinación, un fruto de su cerebro exhausto.

Aquella teoría le sostuvo hasta la hora de irse a la cama. Entonces, asegura, empezó a preguntarse qué iba a pasar, qué sería lo siguiente que haría el fantasma de Rosamund. Su pasión

por Pauline regresaba cada mañana, aumentada por la frustración, y se iba amplificando *in crescendo* a medida que se aproximaba la noche. Supongamos que de verdad hubiera visto a Rosamund. Podría volver a verla. De pronto había empezado a sufrir alucinaciones. Pero mientras uno fuera consciente de que estaba alucinando, no pasaba nada.

De modo que lo que acordaron hacer aquella noche fue una medida preventiva, por si acaso la aparición regresaba. Quizá aquello fuera, ya en sí, suficiente para evitar que él sufriera más visiones.

En lugar de acudir a Pauline, él entraría en la habitación primero, y sería ella quien vendría a él. Aquello, se dijeron, sin duda rompería el hechizo. Para sentirse aún más seguro, se acostaría antes de que llegara Pauline.

Pues bien, no tuvo ningún problema para entrar en la habitación.

Fue al intentar meterse en la cama cuando... la vio (me refiero a Rosamund).

Estaba allí tendida, en el sitio de él, junto a la ventana —el lugar que le había pertenecido a ella—, en toda su belleza inmadura e infantil, durmiendo, con el amplio y firme arco de la boca relajado por el sueño. Estaba perfecta en todos sus detalles, las pestañas de sus párpados cerrados dorándole las blancas mejillas, el oro macizo de su flequillo rectangular brillando, y el grueso cordel de oro trenzado de su cabello descansando sobre la almohada.

Marston se arrodilló junto al lecho y apoyó la frente contra las sábanas, a su lado. Me aseguró que incluso notó su aliento.

Allí permaneció durante los veinte minutos que tardó Pauline en desvestirse y acudir a él. Cuenta que aquellos minutos se prolongaron hasta parecer horas. Pauline se lo encontró aún arrodillado con el rostro hundido entre las sábanas. Al levantarse, se tambaleaba.

Pauline le preguntó que hacía y por qué no estaba metido en la cama. Y él respondió:

—No hay nada ya que podamos hacer. No puedo. No puedo...

Pero, por algún motivo, no fue capaz de decirle que Rosamund estaba allí junto a ellos. Rosamund era demasiado sagrada; no podía hablar de ella. Se limitó a murmurar:

—Será mejor que hoy duermas en mi habitación.

Seguía con la mirada fija en el lugar donde aún veía a Rosamund. Pauline no pudo haber visto nada más en el lecho, en la sábana estirada bajo un pecho invisible y el hueco en la almohada. Le contestó que ni hablar. El miedo no iba a echarla de su propio cuarto. Él que hiciera lo que quisiera.

No fue capaz de dejarlas allí; no podía dejar a Pauline con Rosamund ni a Rosamund con Pauline. Así que se sentó en una silla de espaldas a la cama. No. No hizo ningún intento de volver a acostarse. Afirma que sabía que ella seguía allí, custodiando celosamente su lugar, que había sido el de ella. Lo extraño es que Marston no se sintió inquieto, atemorizado ni sorprendido en absoluto. Se tomó todo aquello con total naturalidad. Y al poco rato se quedó dormido.

Le despertó un grito y el ruido de un cuerpo que saltaba violentamente de la cama y caía pesadamente sobre los pies. Encendió la luz y vio las sábanas echadas hacia atrás y a Pauline de pie en el suelo con la boca abierta.

Fue hasta ella y la abrazó. Estaba helada y temblando de terror, con la mandíbula desencajada como si le estuviera dando un síncope.

Balbució:

—Edward, hay algo en la cama.

Él volvió a mirar el lecho. Estaba vacío.

—No hay nada —le dijo—. Mira.

Apartó toda la ropa hasta el pie, para que ella pudiera verlo.

—Pero antes había algo.

—¿Lo viste?

—No, lo noté.

Se lo contó. Primero, una cosa había surcado el aire y le había golpeado la cara. Un cordel grueso y pesado de cabello femenino. La había despertado. A continuación, Pauline había estirado los brazos y había tocado el cuerpo. Un cuerpo de mujer, blando y espantoso; los dedos se le habían hundido en los pequeños pechos. Entonces había gritado y saltado de la cama.

No podía quedarse en aquella habitación. La habitación, arguyó, era «abominable».

Durmió en el cuarto de Marston, en su pequeña cama individual, y él se pasó la noche entera velándola en una silla.

Ahora Pauline estaba convencida de que él realmente había visto algo y se acordó de que la biblioteca también era abominable. Había en ella una presencia. Suponía que eso era lo que había percibido. Muy bien. Así que dos de las habitaciones de la casa estaban encantadas; su dormitorio y la biblioteca. Lo único que tendrían que hacer, pues, sería no acercarse a aquellas dos estancias. Como ustedes comprenderán, Pauline se había convencido de que aquel no era más que un caso ordinario de casa encantada; el tipo de fenómeno del que uno siempre oye hablar y al que no da ningún crédito hasta que lo vive en sus propias carnes. Marston prefirió no mencionar que la casa no había estado encantada hasta la llegada de Pauline.

A la noche siguiente, la cuarta noche, ella dormiría en la habitación que estaba libre en el piso de arriba, junto a la servidumbre, y Marston en su propia habitación.

Pero Marston no pegó ojo. No paraba de preguntarse si subir o no subir al cuarto de Pauline. Aquello le produjo una inquietud horrible y, en lugar de desvestirse y meterse en la cama, se sentó en una silla con un libro. No estaba nervioso, pero tenía la extraña sensación de que algo iba a pasar y él tendría que estar preparado para ello. Mejor permanecer vestido.

Debía de ser poco después de la medianoche cuando oyó el picaporte de la puerta girar muy lenta y suavemente. La puerta se abrió tras él y Pauline entró, moviéndose sin hacer ruido, y se quedó frente a él. Aquello le llenó de espanto, porque había estado pensando en Rosamund y, al oír girar el pomo de la puerta, era su fantasma a quien esperaba ver entrar. Confiesa que, durante el primer minuto, fue aquella aparición de Pauline lo que le resultó extraño y antinatural.

Ella no llevaba puesto nada, absolutamente nada más que una especie de camisón blanco de gasa transparente. Intentó desabrochárselo. Marston vio cómo le temblaban los torpes dedos al tratar de soltar los cierres. De pronto, él se puso de pie y ambos se quedaron allí, frente a frente, mirándose en silencio. Él se sentía fascinado por ella, por el puro glamur de su cuerpo, que relucía en

su blancura bajo la delgada tela, y por el movimiento de sus dedos. Creo que ya les he dicho que era una mujer hermosísima y, en aquel momento, su belleza era arrolladora.

Y a pesar de todo, él seguía allí, contemplándola sin decir nada. A juzgar por mi relato, pareciera que su silencio se prolongase largo tiempo, pero en realidad no pudo haber durado más de una fracción de segundo.

Entonces ella exclamó:

—Ay, Edward, por amor de Dios, di algo. ¿No debería haber venido? —Y continuó sin esperar respuesta—. ¿Estás pensando en ella? Porque si... si es así, no voy a permitir que te separe de mí... No lo hará... Seguirá apareciéndose mientras no... ¿No te das cuenta de que esta es la forma de pararlo...? Cuando me tomes en tus brazos.

Soltó las amplias mangas de la prenda de gasa, que se deslizó hasta sus pies. Marston dice que oyó un sonido extraño, a medio camino entre un gemido y un gruñido, y se quedó atónito al descubrir que lo había emitido él.

Marston aún no la había tocado —tengan en cuenta que todo sucedió en mucho menos tiempo del que lleva contarlo; una vez más, fue cuestión de una fracción de segundo—, y habían estirado los brazos el uno hacia el otro, cuando la puerta volvió a abrirse silenciosamente y, sin que nadie lo viera entrar, el fantasma ya estaba allí. Llegó a una velocidad inconcebible y, al principio, era delgadísimo, como un haz de luz deslizándose entre ellos. No hizo nada; no agitó las manos, simplemente, a medida que iba materializándose por completo, adquiriendo su apariencia perfecta de ser de carne y hueso, hizo sentir su presencia como un golpe, una fuerza que los separara.

Pauline aún no la había visto, creyó que era Marston quien la empujaba y chilló:

—¡Ay no, no me rechaces!

Se desplomó por debajo de la guardia del fantasma y asió las rodillas de Marston, retorciéndose y llorando. Durante un momento, se produjo una lucha entre la carne trémula de Pauline y aquel ser sobrenatural inmóvil.

Y en aquel momento, Marston se dio cuenta de cuánto odiaba a

Pauline. Ella peleaba con Rosamund sirviéndose de sus groseras carnes y su sangre, aprovechando la perversa ventaja de su estado corpóreo para vencer a la criatura celestial descarnada.

Le rogó que lo soltara.

—No soy yo —gritó—. ¿Acaso no la ves?

Entonces, de pronto, la vio, se separó de él y se desplomó de cuclillas en el suelo, intentado taparse. Aquella vez no chilló.

El fantasma se retiró; se movió lentamente hacia la puerta y, a su paso, volvió el rostro mirando a Marston por encima del hombro y alargó una mano, haciéndole una seña para que lo acompañara.

Él fue tras el espectro, sin prestar ninguna atención al cuerpo desnudo de Pauline, que seguía allí retorciéndose y que se aferró a sus pies cuando pasaron junto a ella, y se arrastró tras él, como un gusano, como una bestia, por el suelo.

Pauline debió de levantarse de inmediato y seguirlos hasta el rellano, porque, mientras bajaba las escaleras tras el fantasma, Marston vislumbró el rostro de su segunda esposa, distorsionado por la lujuria y el terror, observándolos por el hueco de la escalera. Los vio descender el último tramo, atravesar el último descansillo y penetrar en la biblioteca. La puerta se cerró a sus espaldas.

Algo sucedió allí dentro. Marston nunca me contó el qué, y yo no se lo he preguntado. Sea como fuere, aquello supuso el final.

Al día siguiente, Pauline huyó a casa de su familia. No podía quedarse en la casa de Marston, porque en ella habitaba el espíritu de Rosamund, y él se negaba a marcharse de allí por la misma razón.

Pauline nunca regresó; pues no solo temía a Rosamund, sino que temía también a Marston. Y en caso de haber vuelto, las cosas no habrían cambiado. Marston estaba convencido de que, siempre que intentara acercarse a Pauline, algo se lo impediría. Pauline sin duda sentía que, si Rosamund se viera obligada a ello, sería capaz de mostrarse en una forma aún más siniestra y aterradora. Pauline se supo derrotada.

Pero aún había más. Creo que Marston intentó explicárselo; le dijo que se había casado con ella dando por hecho que Rosamund había muerto, pero que ahora sabía que vivía; que estaba, según afirmó, «aquí». Trató de hacerle ver que, estando con Rosamund,

no podía a la vez estar con ella. La presencia de Rosamund en el mundo anulaba su contrato.

Verán ustedes, yo estoy convencido de que algo sucedió aquella noche en la biblioteca. Es decir, Marston nunca me contó con precisión el qué, pero una vez se le escapó un detalle. Estábamos comentado una de las aventuras amorosas de Pauline (tras la separación, ella le dio innumerables motivos de divorcio).

—Pobre Pauline —ironizó—, se cree tan apasionada.

—Bueno —repliqué—, ¿y acaso no lo era?

Y entonces exclamó:

—No. No sabe lo que es la pasión. Ninguno de vosotros lo sabéis. No tenéis ni la más remota idea. Antes tenéis que libraros de vuestros cuerpos. Yo mismo no tenía ni idea hasta que...

Se detuvo. Creo que iba a decir: «hasta que Rosamund volvió y me lo demostró». Porque se inclinó hacia mí y susurró:

—No tiene ningún tipo de localización física... Si tú supieras...

Así que no creo que se tratara únicamente de fidelidad a un recuerdo revivido. Me imagino que, detrás de aquella puerta cerrada, Marston tuvo alguna experiencia, alguna clase de contacto terrible y exquisito. Más penetrante que la vista o el tacto. Más... más extenso: la pasión en todos los puntos de su ser.

Quizá el instante supremo, el éxtasis, no se produjera hasta que el fantasma hubo desaparecido. Y Marston no podía volver con Pauline después de algo semejante.

EL OBISPO DEL INFIERNO

MARJORIE BOWEN

(1949)

MARJORIE BOWEN

1885-1952

Como otras muchas autoras de este volumen, Marjorie Bowen nació y creció en la estrechez económica. El nombre que le dieron al nacer fue «Gabrielle Margaret Campbell», y a pesar de los muchos seudónimos que usó y de sus dos matrimonios (en 1912 y 1917, por lo que a veces aparece catalogada como «Mrs. Long»), ella siempre quiso llamarse Margaret Campbell. Nació en la isla de Hayling, en el condado de Hampshire, pero su familia se mudó a Londres, donde se alojó en viviendas pobres y bohemias. Su padre los abandonó y se dio a la bebida, que arruinó su salud y acabó matándolo. La madre, que había sido educada en la estricta fe de la Hermandad de Moravia, veneraba a su segundo hijo, pero despreciaba abiertamente a la pequeña Margaret, cuyo nacimiento siempre lamentó. Pese a tratar con denuedo de ganarse la vida escribiendo relatos, obras de teatro y novelas en publicaciones periódicas, la madre apenas conseguía ganar lo justo para sobrevivir. La pequeña Margaret reveló pronto su gran talento literario. Su primera novela, La víbora de Milán, fue publicada en 1906 tras haber sido rechazada por muchos editores y obtuvo un éxito imprevisto y sonado. El nombre «Marjorie Bowen» no fue elegido sino impuesto; de otro modo, sus obras se habrían podido confundir con las de su propia madre, aunque esta última escribía bajo el nombre de «Josephine Campbell». Su éxito provocó los celos de esta. Marjorie escribía en parte para mantener económicamente a su familia, pero también, en igual medida, para escapar de su influencia, aunque la madre vivió hasta 1921. Su capacidad para sacar adelante una obra prolífica — que acabaría deplorando, porque amaba la lengua inglesa— dio

lugar a unos 1500 libros, que salieron a la luz, en su mayor parte, bajo el nombre de Bowen, pero también bajo otros seudónimos: «George R. Preedy», «Joseph Shearing», «Robert Paye» o «John Winch». Su autobiografía la publicó como «Margaret Campbell».

Bowen era una apasionada de las novelas históricas; una pasión que convivió a menudo con su gusto por lo sobrenatural. Prueba de ello es esta historia. Resultado de la combinación de géneros es también su novela más leída, cuyo título, Black Magic: A Tale of the Rise and Fall of the Antichrist (1909), delata clamorosamente la temática sobrenatural. La historia recrea el ascenso meteórico de la papisa Juana en una era de brujería y de ocultismo. Otras novelas que también versan sobre la dimensión oculta, aunque en una clave bastante más ligera, son The Haunted Vintage (1921), The Presence and the Power (1924) y I Dwelt in High Places (1933), acerca del hechicero isabelino John Dee. Escribió mucha narrativa breve de temática sobrenatural lo que, al aparecer esporádicamente entre colecciones de otra índole, convierte el seguimiento de su obra completa en una labor ardua. Aunque también hay algunos cuentos inquietantes en Seeing Life! (1923), Dark Ann (1927) y The Last Bouquet (1933), los volúmenes enteramente consagrados a este género son El obispo del infierno (1949) y Kecksies (1976). Este último fue compuesto en 1950, pero aún habría de pasar un cuarto de siglo antes de que Arthur Derleth recabara los fondos necesarios para su publicación en Arkham House, su sello propio . Una retrospectiva excelente de la narrativa corta de Bowen, recopilada por Jessica Amanda Salmonson y provista de una didáctica introducción, es Twilight and Other Supernatural Romances (1998).

EL OBISPO DEL INFIERNO

MARJORIE BOWEN

No conozco historia más horrorosa que esta, y me siento obligado a dejar constancia escrita de sus hechos mientras estos permanecen conmigo, al tiempo que rezo para que Dios misericordioso me perdone por mi participación en los mismos.

¡Que Dios se apiade de todos nosotros!

Tengo la esperanza —intuyo que vana— de que este relato deje de ser fuente de desvelos para mí, una vez lo haya plasmado sobre el papel. En este punto comienzo.

Fue hace veinte años, y desde entonces el recuerdo de esta historia no me ha dado tregua, ni de día ni de noche. La oirán mezclada con el atronador ruido de fondo de los tambores del Infierno, que es bello a la par que escalofriante.

¡Que Dios se apiade de todos nosotros!



Hector Greatrix era mi «amigo», aunque expresarse así sea profanar una noble palabra; más bien era mi consejero, mi camarada y mi compinche de fechorías.

Gozaba de horrenda fama incluso en los círculos libertinos que lo jaleaban y lo secundaban; se crecía allá donde los demás se amilanaban, y sus excesos, su irreverencia y su audacia infundían pavor incluso entre quienes más curtidos estaban en la vida depravada.

Y es que el cariz espantoso de su conducta se acrecentaba debido

a un hecho: se había ordenado sacerdote.

Era el benjamín de un benjamín, y su padre lo había colocado en la Iglesia con la esperanza de que ascendiera con celeridad, pues el de los Greatrix era un linaje prominente, encabezado por el gran Conde de Culvers. Ni siquiera esto fue suficiente para que acabara expulsado del sacerdocio —cosa inaudita en aquella época— en vista de los escándalos que rodeaban la vida del joven Hector. En los clubes y garitos de apuestas que frecuentaba, sus allegados se referían a él como «El obispo del infierno», un sobrenombre que denotaba menosprecio y rencor.

Escribo en el año 1770, cuando da comienzo este relato.

Hector Greatrix estaba entonces en el cénit de la celebridad y la moda. Nadie habría podido negar su majestuosa planta; por envergadura, les sacaba más de una cabeza —literalmente— a todos sus camaradas, y lo mismo se podía decir de su intelecto; su ingenio, su inventiva y su intrepidez no conocían límites, pero todas estas cualidades se pervirtieron al ponerse al servicio del mal. En aquel momento tenía unos treinta años, una silueta magnífica, tan grácil que disimulaba del todo la complexión maciza de su dueño; su cabello era de un castaño dorado igual que sus ojos, del mismo castaño dorado, las facciones de su rostro aún no habían quedado mancilladas por las costumbres disolutas, sus manos y pies no podían ser más elegantes ni su atuendo más exquisito, ni sus modales más seductores. No había ni un solo honorable caballero ni respetable dama entre sus conocidos, y todos sus íntimos, entre quienes me incluyo, éramos personas ruines.

Había, sin embargo, una excepción. El coronel Burgoyne, su primo por parte de madre, lo ayudó en varias ocasiones, avalándolo con su reputación y su dinero. Por qué lo hacía es algo que nunca entendí, pues William Burgoyne era el hombre más austero, recto y escrupuloso que una pueda imaginar, un hombre de cuantioso patrimonio, de excepcional posición y con una carrera sobresaliente.

Ahora, al volver la vista hacia ese tiempo, me doy cuenta de que al coronel Burgoyne le habría sido imposible saber quién era en realidad Hector Greatrix, ni en qué cenáculos se prodigaba. En beneficio de la verosimilitud de su ruin personaje, el primo debía de verlo como un loco, un tipo con mala suerte y comportamientos

reprobables, pero en modo alguno viles ni ignominiosos.

En suma, el coronel Burgoyne actuó eficazmente como mediador entre Greatrix y el líder del clan, lord Culvert, quien tampoco era ningún anacoreta y por lo tanto no estaba mal predispuesto para con su gallardo y fascinante sobrino. Añádase a ello el trastorno de gota que aquejaba a su ilustrísima y que lo incapacitaba en gran medida, razón por la cual apenas abandonaba su hacienda, Greatrix Park, y que le impedía estar al tanto de los ecos de la sociedad londinense, por lo que no era en absoluto consciente de la fama de su sobrino.

Yo, uno de los miembros más respetables de su nada respetable círculo de amistades, siendo —eso puedo decirlo fehacientemente— más joven y casquivano que pérfido, resulté elegido para acompañar a Hector a Greatrix Park cuando el viejo conde lo convocó, de manera que tuve la oportunidad de presenciar, a muy corta distancia, la escena en la que el cautivador truhan que nos ocupa les dio gato por liebre a sus dos parientes.

La comedia se saldó con una asignación económica para Greatrix, un subsidio cuantioso ofrecido por el conde al que se añadiría un suplemento de varios cientos más que correrían de cuenta del siempre generoso coronel Burgoyne.

Greatrix se comprometía a estudiar Leyes y a buscarse una residencia privada acorde con su rango. Sus oportunidades de acceder a la dignidad del conde eran nulas, al tener este un heredero, un joven insulso y enfermizo que había desposado recientemente a una mujer joven y lozana, de robusta constitución, que ya lo había provisto de dos hijos varones. Así pues, Greatrix, gracias al coronel Burgoyne, había salido muy bien parado, mejor de lo que habrían podido prever hasta los más optimistas.

—Burgoyne me ha hecho un gran favor —dijo, antes de pronunciar su juramento—, y condenada sea mi alma si yo llegara a defraudarlo un día.

La parte referida al estipendio para estudiar Leyes era como un chiste para él: en realidad, solo valoraba el aval de aquellas dos personalidades, dos caballeros importantes y acaudalados.

—Esta visita me hará ganar credibilidad en Londres —declaró—. Cubriré las deudas de un par de años.

—¿Y qué ocurrirá cuando esos dos años pasen y el crédito haya

expirado, igual que la paciencia de tus parientes?

—¿Quién soy yo para anticipar lo que puede pasar dentro de dos años? —repuso Geatrix, risueño.

Creo que él era incapaz de concebir la posibilidad de que acaeciese un desastre o incluso un percance ordinario. Una vez logrado su objetivo, estaba impaciente por regresar a la ciudad, donde lo esperaba una mujer de pelo rojizo. Lo movía una pasión curiosa y tenaz por las mujeres con los cabellos de esa tonalidad caoba, como el oro en llamas.

El coronel Burgoyne nos urgió a pernoctar allí ese día para continuar el trayecto hasta la ciudad a la mañana siguiente, y Geatrix, blasfemando para sí, pues quería separarse por fin de este hombre formal y sobrio, se avino a ello con un gesto cortés que dejó muy complacido a su interlocutor.

Moil Place estaba situado en el condado de Kent, bastante cerca de Londres. Mrs. Burgoyne, que era varios años más joven que su esposo, presidía aquella residencia espaciosa y elegante.

Ni yo ni Geatrix estábamos familiarizados con este tipo de mujer; no he tenido hermanas y no consigo evocar el carácter ni los rasgos característicos de mi madre. Geatrix tenía dos hermanas, pero ambas vivían en la ciudad y eran damas de reputación dudosa; en cuanto a su madre, había sido una mujer fuera de lo común, impulsiva y temeraria.

Mrs. Burgoyne nos causó la misma sensación a ambos: sin relieve y pueril, casi imbécil, casi inverosímil. Cuando se casó, acababa de salir del internado de Clapham, donde la habían otorgado varias condecoraciones —así lo dejó caer su marido, que la miraba arrobado— con varias medallas por urbanidad y buena conducta.

Corría el mes de junio, y ella llevaba un vestido de muselina ceñido con una faja de seda azul y un amplio sombrero de paja que se anudaba bajo la barbilla por medio de otra cinta del mismo tono. Ceceaba un poco al hablar, y su menudo rostro mostraba esa gama de matices clara y definida propia de los ornamentos de porcelana; era, ciertamente, como una de esas muñecas que los niños disfrazan en sus juegos; más tarde, cuando ya había entrado en la casa y estaba sirviendo el té con el servicio de plata de los Burgoyne —se la veía muy chiquita detrás de aquellas

monumentales piezas que manipulaba—, se quitó de pronto el sombrero y dejó al descubierto una melena desbordante de tirabuzones largos y lustrosos, de un caoba rojizo que rayaba en el bermellón, mórbidos al mismo tiempo y semejantes al oro tostado, recogidos con un lazo en la coronilla.

La revelación de su cabello permitía apreciar aquella belleza en todo su esplendor —los ojos áureos de rubias pestañas, las facciones de una delicadeza exquisita, los matices nacarados de su garganta y su cuello, el carmín delicioso de un desmayado clavel—.

Disgustado, evité mirar a Greatrix, lo que no impidió que me embargara una vergüenza ajena del todo innecesaria.

El coronel Burgoyne era el único hombre del mundo por el que Greatrix había expresado hasta el momento algún respeto o consideración, y saltaba a la vista que la dama adoraba a su esposo. Las manifestaciones de afecto que ambos cónyuges se dispensaban me resultaban divertidas y asombrosas. También estaba la criatura, una muñequita vestida de encaje que ya se incorporaba en la cuna y pedía salir de ella. El poco cariño que el coronel Burgoyne conseguía escatimarle a su mujer, se lo dedicaba a la nena.

Cuando ocupamos nuestros asientos para emprender el viaje de vuelta a la ciudad, sentí una mezcla de empalago y alivio. Greatrix, tras el esfuerzo de los últimos días, estaba arisco.

—Nunca me había fatigado tanto en tan pocos días —me dijo.

Y yo, siempre listo para escarnecerlo a la mínima oportunidad, repuse:

—Mira, Hector, no hay mujer más fuera de tu alcance que esta. Si no me equivoco, no te ha mirado ni una vez.

Él me miró indiferente.

—Alicia Brugoyne será presa fácil para el primer hombre que se proponga echarle el guante.

La parte de mí que aún no se había corrompido quedó conmocionada por aquella manera de insultar a nuestra anfitriona, una mujer que sí, quizá fuera convencional e infantil, pero con todo transpiraba, a mi parecer, una pureza dulce, una fidelidad amable y un afecto ferviente que no admitían reproche alguno.

—Está enamorada de su marido —dije.

—Mejor me lo pones: eso significa que puede enamorarse de otro. Son precisamente esas esposas, las más dependientes y apasionadas, las víctimas más fáciles; esa criaturita es igual de amorosa que una tórtola. Espera a que Burgoyne falte de casa durante un mes o más, que pronto la verás revolotear y echarse en brazos del primero que los abra.

—Por Dios, Hector —me solivianté—. Aunque no te quede ni un resquicio de fe en la nobleza y la decencia de la gente, por lo menos no denigres esas cualidades. Tus palabras te abrasan la garganta. Esa gente ha sido amabilísima y se ha desvivido por tratarte bien. Mrs. Burgoyne tiene pocas luces, puede ser, pero no deja de ser una gentil dama que merece un respeto.

—¿Y desde cuándo te has vuelto tan puritano? —me preguntó con frialdad.

Estas pullas tuyas no me ofendieron; me inspiraron, por el contrario, una repulsión concreta y definida hacia él, de forma que a partir de entonces busqué menos su compañía y me apliqué con diligencia a mis estudios.

Aunque los dos nos alojábamos en las dependencias de Paper Buildings, [2] cuantas más cosas llegaban a mis oídos acerca de Hector Greatrix, más me abstenía de frecuentarlo. Dos de sus amigos del alma se suicidaron pegándose un tiro, a la hija de su lavandera se la encontraron ahorcada; a una mujer casada conocida suya la sacaron de un estanque de Hampstead en una mañana de invierno. Su nombre quedó asociado, de una manera arcana y tétrica, a todas estas tragedias.

Pese a vivir recluido en su torre de marfil, algún rumor sobre estas cuestiones debió de llegarle también al conde, pues a través de amigos de Greatrix que no habían dejado de ser los míos me enteré de una citación en Greatrix Park y del rifirrafe que esta trajo consigo, así como de la actuación del coronel Burgoyne, que volvió a intervenir como mediador.

Yo sabía poco acerca de los Burgoyne, de su existencia severa y sentimental al mismo tiempo, y la casta simplicidad de su feliz vida conyugal no me atraía demasiado. Cuando me invitaron de nuevo a Moil Place, tuve que echar mano de todo mi temple para controlar los bostezos. Mrs. Burgoyne había tenido otra criatura para

entonces, a la que amamantaba aún, y estaba todavía más prendada si cabe de su marido.

Pasaron seis meses más y este idílico retrato de familia sufrió una brusca sacudida: el regimiento del coronel Burgoyne fue destacado en la India durante tres años, lo que forzó su abrupta separación de la esposa y de los niñitos a quienes tanto adoraba.

Estando en Londres durante aquel invierno, me tropecé sorpresivamente con Mrs. Burgoyne en un salón de baile. Su esposo había zarpado hacía unos cuantos meses y yo la hacía sola en Moil Place, muy dedicada a sus hijos para consolarse. Cuando me dirigí a ella, la noté cohibida y aturullada; luego me enteré de que había pasado un tiempo «alicaída» en las provincias hasta que el médico le había ordenado un cambio de aires. Las distracciones de la vida social deberían hacerle más llevadera la insufrible espera de varios años. Estaba alojada en casa de un hermano casado que vivía en St. James. Yo no tenía ninguna duda de que no corría peligro —habida cuenta del carácter natural de la dama, de su posición y de su parentela—, pese a lo cual preferí no contemplar la escena cuando vi que estaba bailando con Hector Greatrix.

Es superfluo detallar los ardides de un seductor experimentado e implacable; baste decir que no tardó en asociarse a Mrs. Burgoyne con Greatrix y que yo, aun viéndola a ella como un bastión inexpugnable, no me podía quitar de la cabeza el atractivo de su perseguidor.

Un día, por un rarísimo azar, me encontré con él en el edificio donde vivía.

—Por el amor de Dios, Hector —lo reconvine—, deja ya de cortejar a Mrs. Burgoyne; nunca destruirás la buena conciencia de esa mujer por mucho que lo intentes, pero puedes echar a perder su reputación.

—¿Y qué me importa a mí eso? —me preguntó con frialdad—. ¿Acaso no te lo dije, que ella vendría detrás de mí al primer silbido?

Lo insté a que recapacitara.

—Nunca has puesto en un compromiso a una mujer de su estatus. Ten en cuenta lo que supondrá para ti: la furia que despertarás en tu tío y en su marido, el escándalo que te convertirá en proscrito de esta sociedad y te expulsará de Inglaterra.

—Pues mira —me interrumpió—, es probable que me tuviera que ir de todos modos. No puedo acallar a tanto lerdo, y mi señor se ahorrará la sangría. [3]

Yo le dije que esperaba que se marchase antes de profanar el buen nombre de Mrs. Burgoyne con sus detestables atenciones, y le recordé, no sin solemnidad, las obligaciones contraídas con el coronel Burgoyne. Ante eso no arguyó ninguna respuesta, y poco después de nuestro diálogo advertí con alivio que Mr. Lambert, el hermano de Alicia Burgoyne, se había escamado lo suficiente como para boicotear cualquier encuentro suyo con Greatrix.

¿Sirvió de algo todo esto?

Después de haber exprimido a sus avalistas hasta la última gota, y pocas horas antes de tener que ingresar en la prisión de Fleet por impago de deudas, Hector Greatrix huyó al Continente. Alicia Burgoyne lo acompañó.

Aunque nunca he tenido demasiados remilgos en lo referente a estas cuestiones, confesaré que el episodio me repugnó sobremanera —un hombre tan infame con una mujer tan infantil, tan pura y devota de su marido—.

El escándalo fue de una fealdad abominable. El conde maldijo a Hector y dejó de tratarse con él; los Lambert adoptaron a las criaturas que habían quedado abandonadas, y en cuanto tuvieron noticias de Alicia le empezaron a mandar una pequeña asignación que se convertiría en el principal medio de vida de aquella pareja de desgraciados. El dinero lo giraban a la atención de un banco genovés, pero nadie sabía a ciencia cierta dónde se habían establecido Mrs. Burgoyne y su amante.

La compasión de Su Alteza Real, que estaba al mando de las operaciones militares en la India, permitió que el coronel Burgoyne regresara a Inglaterra. Su llegada se produjo poco después de haber recibido las espantosas noticias, cuando hacía algo menos de dos años desde su partida a ultramar.

De inmediato dimitió de sus cargos y volvió a Moil Place con sus hijos.

Tras declarar que no tenía intención alguna de salir en busca de los fugitivos, se limitó a decir que, si Greatrix volvía a Inglaterra, uno de los dos acabaría muerto en cuestión de días; Mr. Lambert, a su

vez, retransmitió este mensaje junto con la siguiente remesa de dinero, advirtiendo así a su desdichada hermana y a su galán de que se mantuvieran alejados de la tierra natal, por miedo a un escándalo y a un horror todavía mayores.

Yo evitaba cualquier oportunidad de tropezarme con el coronel Burgoyne. No tenía ningún deseo de ver a aquel hombre, destrozado y ultrajado, cuya carrera, que se prometía gloriosa, había quedado truncada y para quien la vida parecía no reservar nada aparte de sinsabores y humillaciones. Esta historia, pensarán algunos, puede y debe acabar aquí. Yo, efectivamente, tenía entonces la sensación de que nada más podía acaecerles a aquellos dos marginados en su exilio, ni tampoco al marido traicionado; nada que pudiera trastocar la posición de ningún actor del conflicto ni tampoco provocar una reunificación.

¿Quién podría, no obstante, haber adivinado lo que les reservaban los Hados?

El coronel Burgoyne había regresado a su hogar hacía poco más de dos años cuando se declaró en Inglaterra una grave epidemia de viruela; entre sus primeras víctimas estuvieron la esposa y los hijos de lord Culvers. El hijo que había nacido de su primer matrimonio, un varón de salud delicada, había muerto recientemente tras agravarse alguno de sus achaques, y después de aquel golpe, el anciano conde, que entonces ya tenía más de setenta años, no tardó en hundirse: unos cuantos días después del funeral de su hijo más joven, el peso del duelo acabó con él.

Al existir una restricción legal sobre su herencia, que afectaba tanto a las propiedades inmobiliarias como a su peculio, y al estar todas las secciones del legado estrictamente amarradas mediante órdenes emitidas por antepasados con el mismo título condal, Hector Greatrix se convirtió en el nuevo conde de Culvers, y por ende en uno de los aristócratas más adinerados de Inglaterra. Si me hubiesen descrito la situación antes de verla con mis ojos, me habría reído.

Lord Culvers fue citado por sus abogados y debió personarse en la capital cierto día, precisamente el mismo en el que el coronel Burgoyne alquiló unos aposentos en Dover Street, en la zona de Mayfair, que no quedaba lejos de la mansión de su señoría, Culver

House.

Hector llegó hasta París y allí se paró. Mrs. Burgoyne seguía a su lado. No, como yo suponía, porque él siguiera sintiendo algún vestigio de afecto por ella, sino por su estipendio, que de momento seguía siendo su única fuente de sustento. Sentí un escalofrío al pensar en la situación actual de Alicia Burgoyne.

No se había hablado de divorcio en ningún momento, pero ahora la gente empezaba a preguntarse por qué el coronel Burgoyne no le daba permiso a su esposa para casarse con el amante. Quienes así especulaban no conocían a Hector.

Me llegó de improviso una citación de milord para que acudiera a París a entrevistarme con él. Para entonces, a él no le quedaban demasiados amigos con buena reputación, y yo me había convertido en un ciudadano suficientemente respetable mientras que él mismo se deslizaba por una peligrosa pendiente que conducía a la debacle total. De ahí, conjeturé, el dudoso honor que me concedía.

Así que allí que me presenté, en parte por curiosidad, en parte por satisfacer un antojo y en parte por la vaga lástima que me inspiraba Alicia Burgoyne.

Por descontado, él ya había entrado en posesión de unos caudales notables que manejaba a placer, de manera que —aunque la vida en la capital seguía siendo turbulenta— los encontré instalados en un elegante *hôtel meublé* que había pasado recientemente a formar parte del patrimonio nacional.

Hector presentaba una apariencia fastuosa y se comportó con bastante cordialidad, siempre dentro de su habitual atolondramiento; había cambiado para peor —la sazón de su belleza había pasado, y había renunciado a la impecable finura de modales que observaba a edades más tiernas—. Aun así, seguía siendo apuesto, ¡Dios lo asistiera!

Ella estaba con él.

Más tarde me contaron que, en el acaloramiento de su fiebre italiana, había perdido tres hijos, y que nunca había dejado de compartir el favor de su amante con alguna otra mujer, que por lo general se alojaba además bajo el mismo techo que ella. Había padecido, pensaba yo, la mayor parte de las humillaciones que pueden ser infligidas a una mujer que vive con un hombre vil y

grosero; debían de quedar pocas formas de espanto y de sordidez que aquella desdichada no hubiese visto, ¡de hecho, que no hubiese experimentado en carne propia!

Casi no podía disimular la curiosidad que se había adueñado de mis ojos: ahí estaba, ¡era la muñeca de Moil Place, la del ceceo, la muselina y los bebés!

Ahora era, y esto es quizá la parte más terrible, una mujer mucho más hermosa, rica y opulenta de formas; su pecho era abundante y la sinuosidad de sus caderas y de sus hombros llamaba la atención. También había ganado en estatura (cuando la vi por primera vez tenía dieciocho años) y se la veía más espabilada a juzgar por cómo se arreglaba y cómo dialogaba; era alegre y desinhibida, amén de insoportablemente infeliz. Empleaba un tono fanfarrón, pero su mirada era la de un perro apaleado que se aparta para esquivar la fusta.

En cuanto se quedó sola, se arrodilló ante mí con un movimiento tan repentino e impulsivo que no pude anticiparme a él para tratar de reprimirlo: ¡allí estaba, arrodillada, Mrs. Burgoyne de Moil Place!

—Dígame —me imploró—, ¿se divorciará William de mí? Porque usted habrá recibido algún mensaje de él, ¿no es cierto?

Le dije que no, ninguno.

Ella se deshizo en llanto.

—Si yo fuera libre, Hector podría casarse conmigo antes de regresar a Inglaterra, en eso tengo puesta toda mi esperanza.

—Estimada señora —le dije, sintiendo una gran lástima—, ¿no esperará usted en vano?

Pero era evidente, ella no se había despojado aún de una ilusión que a las mujeres les cuesta mucho abandonar, y que las lleva a creer que siempre retienen cierto ascendiente sobre el hombre que las amó un día o que al menos fue su amante. Así, preservaba con celo la expectativa desesperada de que su marido pudiera manumitirla, y de recobrar de ese modo una parte de lo mucho que había perdido cuando pasó a llamarse lady Culvers.

Me era difícil aceptar que alguien pudiera concebir una expectativa tan descabellada y patética, ni siquiera el cerebro de una necia como ella. Una vez la hube persuadido para que se levantara, pues seguía de hinojos, no pude contenerme más y le dije:

—Señora, ¿acaso no se ha dado cuenta, después de tan larga convivencia con milord, de la clase de hombre que es?

—En efecto, así ha sido —me contestó con acritud—. Y a pesar de todo, yo sé que él no podría, dado el giro que han dado las circunstancias, abandonarme ahora...

Así discurría ella, aferrándose a la protección de un honor del que había abjurado, y un miedo cervical se asomó a sus ojos cuando agregó que ahora, ya no tenía nada para retenerlo: si hasta ahora él no la había dejado, había sido gracias al dinero, al dinero que le enviaban los Lambert y, que el cielo la perdonara, también a dinero de otro origen, regalos de amantes italianos que él le había obligado a aceptar. En este punto, llevada por un arrebató que me hizo temer por su cordura, me confesó que había sido de este modo como había pagado los gastos del funeral de su último hijo.

—Con todo, estimada dama —repuse yo, estremecido—, desea usted seguir unida a un monstruo semejante, ¿me equivoco? A fe mía, me pregunto por qué no lo ha dejado, aunque solo sea para ponerse al amparo de otro hombre.

Como ella permanecía callada, añadí:

—Usted lo ama, ¿es posible?

—No, nunca he amado a nadie más que a William y a mis queridos, queridísimos niños —respondió ella.

Aunque yo dudo que ella supiera qué es el amor. También creo que, durante muchos meses, no había conocido emoción alguna aparte del pánico.

Procuré mitigar algo su pesadumbre preguntándole qué podía temer ella a esas alturas, si no le habían sucedido ya las peores calamidades a las que una persona pueda enfrentarse.

—Queda el Infierno —dijo ella.

—Yo diría —repliqué— que el Infierno está allí donde resida milord.

Pero no; para ella, que seguía siendo, en el fondo de su corazón, una respetable y religiosa dama inglesa, cualquier cosa era preferible antes que vivir el resto de su vida expuesta a la deshonra pública que la aguardaba si milord la repudiaba. En su mentalidad estrecha e ignorante, si conseguía casarse con su amante, las faltas cometidas quedarían condonadas. Yo sabía que, en efecto, muchas

otras personas compartirían este mismo juicio.

Le recomendé que se retirara a algún lugar tranquilo con el estipendio que le brindaban los Lambert, pero ella sacudió la cabeza y esbozó una floja risilla; no, dijo con un tono que helaba el corazón, ella era consciente de su propia debilidad, por eso no le costaba nada imaginarse a sí misma una vez milord la desechara como a un trasto viejo; sabía que caería en las más negras simas de degradación hasta recalar en Bridewell o en el lazareto de alguna tierra extraña.

Yo también podía imaginarme esa escena. Le prometí que hablaría con milord, aunque naturalmente mis esperanzas eran escasas. Al día siguiente nos vimos, en efecto, pero él no me dio pie a entablar conversación: estaba absorto en otros asuntos, sentado a la mesa del desayuno y rodeado de sus perros.

—Escucha, Jack —me dijo—. Ayer estaba demasiado borracho para hablar de negocios y cuando volví de la ópera ya te habías marchado. Si te he hecho venir es por un motivo... ¿Ha entrado en razón Burgoyne? Como no he tenido ninguna noticia de él, lo hago en Moil Place, ocupado con sus misas y sus calabazas, y supongo que no me va a dar quebraderos de cabeza.

—No —le respondí—. El coronel Burgoyne vino a Londres en cuanto dio con la pista de su rastro, y ha alquilado unas dependencias en Dover Street. En fin, la gente rumorea que está montando guardia cerca de Culver House para cuando milord regrese.

Su cara adquirió un tono ceniciento.

—¿Para qué? —gritó.

—Para retarlo en cuanto ponga un pie en Inglaterra.

Milord se levantó de un salto, preso de un acceso de cólera diabólica, pues no hay ninguna otra palabra que describa la furia de un ser demoníaco al advertir que ha caído en la trampa de su antagonista; sus juramentos y blasfemias eran odiosos, atroces, mientras recorría a grandes zancadas la estancia con el albornoz desanudado y los largos bucles erectos sobre el cráneo, aún húmedos tras la francachela de la noche anterior.

—No tenía noticia —le dije, frunciendo el ceño— de que eras un cobarde, Hector, pero me parece que lo eres.

—¡Un cobarde! —vociferó—. Cuando me fugué con la esposa de Burgoyne era un hombre arruinado y sin ningún futuro. ¿Cómo iba yo a saber que volvería a Inglaterra, y además con un título y tanto dinero?

Era cierto, le habían tendido una encerrona exquisita y él se había dejado enredar. Aun así, yo no sentía ni una chispa de compasión por él.

—Tendrás que enfrentarte a ese hombre —le dije, evitando mirar su rostro desfigurado.

—No voy a hacerlo. Burgoyne tiene una puntería condenadamente buena. ¿O es que crees que quiero desaparecer justo ahora, cuando de repente lo tengo todo a mis pies?

No me era difícil intuir que no, pues para alguien como él, el estatus y el dinero de los que ahora gozaba equivalían a tener abiertas las puertas del Paraíso. A partir de ahora, tendría una vida envidiable: sofisticados aduladores y sofisticadas mujeres, y cualquier otra cosa susceptible de ser comprada en Londres con la gran fortuna que ahora poseía; no, habría muchos que le darían la bienvenida en los círculos más selectos de la sociedad londinense, y que ni siquiera tendrían ningún escrúpulo en ofrecerle la mano de sus hijas para contraer honorables nupcias. Cambiaría las zozobras del exiliado por la vida de un gran noble, y el mundo no tendría más remedio que reconocer, por fin, su auténtica categoría, además de su belleza, su audacia y su vis seductora.

—Yo me quedo en París —dijo, levantando mucho la voz—. La gente vendrá hasta aquí a verme. Esa será mi estrategia para burlar a Burgoyne. París o Londres, qué más da, con tal de tener suficiente dinero.

—Sí, tal vez sea lo más prudente —respondí, indignado—. Aunque siendo así, nadie se codeará de buen grado con un hombre que es un reconocido cobarde, milord; si no vuelve a Inglaterra, tendrá usted que seguir frecuentando el mismo tipo de compañías a las que se habrá acostumbrado en los últimos tiempos. La gente sabrá por qué; de hecho, ya ha empezado a rumorearse que está usted dando largas. Yo mismo seré una de esas personas —dije, levantándome del asiento—, uno de los que le vuelvan la espalda.

—Tu insolencia me repugna, Jack —susurró—. ¿A qué viene

emplear ese tono conmigo?

—Usted es miembro de la Cámara de los Lores de Inglaterra. Culvers es un apellido importante y podrá tapar muchas cosas, pero no tamaña cobardía.

—Maldita sea esa palabra. No quiero morir, creo que eso es razonable.

—Sí, milord, si yo estuviera en su lugar, tampoco querría morir.

—Bah, estás pensando en mi título episcopal. ¡El Infierno! Como si yo creyera en el Infierno. Después no hay nada, ni siquiera el Infierno, Jack; uno se apaga como una vela bajo un soplo de aire... negrura, negrura, el vacío, el vacío.

La expresión de su rostro mientras decía todo esto transmitía una angustia tan desoladora que pensé que por fin había llegado el momento, que ahora se ablandaría acosado por sus propios fantasmas.

—Pero aún veo una posible salida, Hector. Que le comunicaras al coronel Burgoyne que, en caso de querer divorciarse de su mujer, tú mismo te casarías con ella. Es posible que, pensando en el bien de ella, acabara prescindiendo de la revancha.

Se estaba riendo en mi cara.

—Esa mujer les ha servido de fulana a la mitad de los canallas de Italia.

Ahí lo detuve.

—Ni lo menciones: hasta un corazón tan corroído como el tuyo podría salir machacado de esta historia. Cástate con ella, si es que puedes todavía, por la salvación de tu alma y de la de ella.

Pero su grotesco orgullo era más fuerte que su miedo.

—Una mujer mantenida —se mofó—. Dios santo, ahora yo soy Culvers.

—Acuérdate de lo que te estoy diciendo —le advertí—. ¿Qué te propones hacer con esta pobre criatura?

En este punto se acordó de que ella era el origen de todo, que por ella se veía en aquel atolladero, y por eso empezó a insultarla, usando los abominables improperios que empleaba tan liberalmente con las mujeres; en cuanto a qué pretendía hacer con ella, me contestó que su proyecto era, en efecto, el que la desventurada había adivinado sola: abandonarla a su suerte. En cuanto a su

predicción del futuro que la aguardaba, también coincidía con ella: la calle y *la maison de Dieu* .

Yo le hice ver que estaba vejando a una mujer de cierta cuna y educación, con parientes de cierta clase, cosa que solo sirvió para que él redoblara sus imprecaciones.

—¿Y tengo que responder yo de que esos puritanos críen a mujeres de su calaña, que acaban tiradas en el arroyo?

Me marché y lo dejé así; no serviría de nada que yo siguiera contemplando tan aterrador espectáculo. Y en lo sucesivo evité entrevistarme con Alicia Burgoyne. Cuando regresé a Londres, me acerqué a observar al centinela que había contratado el coronel Burgoyne, que seguía montando guardia en la penumbra, cerca de los postigos bajados de la residencia Culver.

Al cabo de tres meses, milord regresó a Londres; acaso se vio impelido por el escarnio de sus enemigos o por los halagos de sus amigos, o por su amor propio, quizá no fue capaz de resistir la tentación que le presentaba cual Tántalo moderno, o bien no soportó la incertidumbre y la presión de tan larga espera: no sé por qué, solo sé que volvió a Londres. Me llegaron rumores de que lo movía la esperanza de abordar a Burgoyne y ofrecerle una disculpa, o hasta una suma de dinero, para alcanzar algún tipo de pacto. Por muy risible que sonase, conociéndolo a él, era verosímil que hubiese depositado alguna fe en tales planes. Llegó a Londres solapadamente, con un sigilo infame, y se introdujo a hurtadillas en la residencia Culver aprovechando la luz vacilante de un atardecer de noviembre.

Y, sin embargo, a la mañana siguiente, lord Mildmay se personó en su casa para informar de que el coronel Burgoyne lo retaba a un duelo.

Esa misma tarde se requirió mi presencia en Culver House.

Milord estaba sentado con algunos de sus viejos compañeros de correrías en una de las alcobas de aquella vivienda desmantelada (tan repentina e imprevista había sido su llegada); cobertores de hilo de Holanda seguían tapando el pan de oro y el terciopelo de las imponentes butacas y envoltorios de muselina cubrían los candelabros, en esas zonas de la barroca mesa donde se alzaban botellas y otros recipientes se veían anillos rodeados de polvo;

alguna mano apresurada había insertado bujías en portavelas que seguían sin lustrar, y los únicos criados eran unos granujas franceses que milord había traído consigo.

Rosados querubines y floridas coronas espiaban entre las sombras que proyectaban los temibles muros de la casa, y sobre el extraño telón de fondo de toda esta aristocrática pompa y de esta majestuosidad relamida, los hombres bebían congregados junto al enorme fuego que ardía en la chimenea de mármol. Todo el mundo estaba ya borracho a excepción de milord, quien por su parte no conseguía ahogar sus recuerdos en una copa de vino esa noche; el pavor que sentía le conservaba la cabeza fría, y yo pude ver en la feroz angustia de su cara que nada empañaba su raciocinio.

Se me aproximó, bravucón, para espetarme:

—Si mañana tengo que ir al Infierno, te haré una visita para reconocer el terreno.

—Burgoyne, ¿es tan infalible como dicen? —preguntó uno de sus secuaces, y otro, con la malicia del achispamiento, lo sacó de dudas —: Tiene una puntería endemoniada.

—De su lado está la justicia, por lo menos —apunté yo, sin rastro de calidez en el tono, pues a esas alturas ya detestaba a milord.

Él me lanzó una mirada agónica.

—Digamos que tengo oportunidades —musitó, y yo me sonreí, pues siempre le había atribuido un coraje indoblegable.

Con todo y con eso, yo seguía pensando que tenía opciones; si Burgoyne era un estupendo tirador, lo mismo podía decirse de milord.

—¿Por qué no se va a la cama ya? ¿A qué hora es la cita? —Miré con desprecio a los adefesios que lo rodeaban; ni uno de ellos había puesto un pie en Culver House antes de esa noche, ni en ninguna otra mansión de un nivel parecido.

—Mañana temprano, a las siete —dijo un tal Hilton, que resultó ser el más sobrio de aquella panda de desharrapados, además de la mano derecha de milord.

Ya había pasado la media noche.

—¿Por qué me habéis hecho llamar? —pregunté otra vez.

Él se daba incansables paseos de un lado a otro de la habitación, forcejeando en un clímax de terror y de rabia. Mientras, el hatajo de

beodos que estaban reunidos en torno a la mesa le transmitían ora sus condolencias, ora sus comentarios sarcásticos. Llevaba un sobretodo de terciopelo de color verde almendrado, con un recamado de encaje en plata —si no lo recuerdo mal, porque ese año la moda masculina dio un mal giro y se hizo más sosa—. Tenía el pelo largo, empolvado según esa antigua usanza que entonces aún contaba con el favor de los italianos. Creo que la belleza de sus rasgos hacía más horrible si cabe su expresión: la desesperación, el desasosiego y la furia que se transparentaban en su pálida faz eran, sin duda, un espectáculo que acongojaba.

—¡No iré! —voceaba—. ¡No dejaré que me mate sin resistirme!

A continuación, me pidió que escribiera su testamento (entonces, yo ya era abogado y gozaba de una modesta fama), pues siendo el último miembro varón de su estirpe, estaba en sus manos disponer del patrimonio de los Culver. Pero cuando llegó el momento y le pregunté cuáles eran sus últimas voluntades, él no me respondió, y finalmente rechazó seguir hablando del asunto, de manera que allí lo dejé, mirando fijamente la luna reflejada en el gigantesco espejo, con un vaso de brandy en la mano y maldiciendo las agujas del reloj por señalar el paso del tiempo.

No había reunido el valor necesario para preguntarle nada acerca de Alicia Burgoyne, pero cuando ya me iba, sí solicité algunos particulares sobre la dama a uno de sus criados, un hombre que me sonaba por haberlo visto antes en París.

Ella se había resignado a permanecer en París, aunque para ello hubiesen tenido que contarle algún embuste acerca del regreso de milord. En general todo este asunto, y en particular el recuerdo que guardaba del rostro de milord, atormentó tanto mi espíritu esa noche que fui incapaz de dormir. Salí de mi domicilio muy temprano, dispuesto a obtener noticias del duelo.

Me las dio el engendro llamada Hilton, su segundo de abordó.

El encuentro había tenido lugar en Hyde Park y milord había caído al primer disparo.

—¿Está muerto? —preguntó el coronel Burgoyne.

—Señor —dijo el cirujano, inclinado sobre el paciente, que se retorció de dolor—, matarlo habría sido más compasivo. El tiro le ha entrado por la mandíbula.

—Le he acertado justo donde pretendía —repuso el implacable soldado, con voz fría—. Jamás volverá a besar a la mujer de otro hombre, ni siquiera a una de esas monjas fachosas de Whitefriars.

Y después de esa sentencia se marchó del parque. Su austera figura y su lúgubre semblante no se habían demudado ni un ápice en el curso del enfrentamiento.

Milord fue transportado hasta su casa en su propio carruaje. No tardó en perder el conocimiento, pues tenía la parte inferior de la cara hecha trizas, medio descompuesta por el disparo. Aun en el caso de que lograra sobrevivir, su rostro desfigurado constituiría para siempre una máscara espeluznante.

Alicia Burgoyne, que hasta ese momento se había mantenido callada y serena gracias a las mentiras que le había contado milord, no tardó en entrar en una espiral de pánico cuando dejó de recibir noticias de él. Entonces resolvió que iría a buscarlo con el siguiente correo. Con poco más que el dinero del pasaje en el bolsillo, y acompañada por una descomunal negra que había tomado recientemente de asistenta, aterrizó en Dover veinticuatro horas después de milord, y tomó el furgón nocturno para Londres.

Cuando llegó ya estaba completamente alienada, y no se le ocurrió ningún otro sitio para solicitar asilo aparte de Culver House. Incapaz como era de concebir que el hombre por el que había sacrificado todo y con quien había convivido durante años pudiera negarle un techo bajo el que cobijarse, se encaminó al noble palacio de milord.

El ayuda de cámara que le abrió la puerta la conocía y se apresuró a negarles el acceso, pero la negra fue astuta —Mrs. Burgoyne estaba tan ida que no habría podido articular un discurso coherente — y le trasladó que había sido milord quien las había hecho llamar. El sirviente, que desconocía si semejante cosa era verdad, tuvo por fin que hacerlas pasar a regañadientes. Aquellas dos mujeres no habían hecho más que entrar por el grandioso portalón, estremecidas y zarrapastrosas después del largo viaje, cuando milord ingresó en su residencia.

Había recuperado el conocimiento, pero al haber perdido la lengua, no podía expresar el inhumano dolor que sentía. Entró por su propio pie sostenido por Hilton y el cirujano, que en realidad

apenas lograban manejar a un hombre tan corpulento. Subieron muy despacio los amplios peldaños de la escalinata, al final de la cual les esperaba Mrs. Burgoyne, que advertida por el ruido de pasos se había agazapado junto a la puerta, con el chal de seda escurrido al igual que el bonete, que dejaba al aire su pelo desgredado. Su cara tenía la blancura de la leche y sus labios el color de la ceniza.

Cuando milord entró en escena, con la mandíbula envuelta en vendajes sanguinolentos y una terrorífica luz en los ojos, ella prorrumpió en unos gemidos agudos y desagradables. Milord, por su parte, se abalanzó sobre aquella endeble y desventurada criatura, con una fuerza que neutralizó a quienes lo retenían, la tomó con sus temblorosas manos y la arrojó escaleras abajo. El cirujano trató de atraparla, pero ella estaba muy debilitada y además uno de los tacones se le enredó en el vestido, así que cayó rodando y su cuerpo quedó desmadejado en el recibidor.

Entre hipidos y sollozos, la negra se escabulló y bajó las escaleras para reunirse con su señora; Hilton, deseoso de complacer a su patrón, de quien todavía esperaba recibir favores, dijo:

—Es Alicia Burgoyne, ella nadie más, la causante de todo este despropósito. —Y volviéndose hacia el balbuceante ayuda de cámara, añadió—: Venga, échala de aquí.

El cirujano, que era un hombre mundano y además un paniaguado de milord, no opuso protesta alguna, y mientras el conde era conducido hasta su alcoba, el sirviente y la negra levantaron a Mrs. Burgoyne del suelo y la pusieron en la calle. Ella dio señales de vida cuando la tocaron, y la negra clamó piedad hasta que el sirviente se avino a trasladarla hasta una fonda cercana, donde la patrona acabó por admitirlas después de echarles el ojo a las sortijas y al reloj que llevaba la señora. La dejó tumbarse en un cuartucho en la parte trasera de la pensión. Los clientes que pasaban por delante se quedaban observándola. El aire era denso, apestaba a cerveza y humo.

Aunque pidió que llamaran a su esposo y a un clérigo, la negra era tan ignorante que no entendió su demanda, así que Mrs. Burgoyne murió hacia el mediodía. Aún no había cumplido los veintitrés años.

Inequívocamente, había sido un crimen, pero la patrona de la

fonda y su cómplice, el matasanos de tres al cuarto a quien mandó llamar, se conchabaron para mantenerlo todo en secreto y le robaron los anillos, el reloj, la seda, la ropa íntima de lino... y hasta la tostada melena rubia que había atraído a milord años atrás, antes de enterrarla en una fosa común para indigentes. A la negra la devolvieron a las calles y la mujer, demenciada después de tanto horror, volvió arrastrándose hasta Culver House. Una vez allí, pidió por caridad unos mendrugos en la puerta de las cocinas. Fue en la mansión donde alguien se apiadó de ella y le proporcionó mi nombre y mis datos, de manera que me la encontré en el umbral de casa cuando regresé esa misma noche. Por ella supe de la muerte de Alicia Burgoyne. Mandé a la pobre desgraciada a casa de una conocida, que por entonces regentaba una agencia de colocación de criados, y empecé a debatirme sobre si escribir o no al coronel Burgoyne para informarle de todos estos particulares.

Si no lo hice fue porque me disuadía la imagen de su rostro en la mañana del duelo, y mientras vacilaba, me llegó la noticia de la muerte de milord. Prácticamente había sido un suicidio, porque cuando su vida aún corría peligro, él se arrancó los vendajes de la cara en un brutal arrebató, volvió la cara mutilada hacia la pared y se empeñó con furia en morir. Fue el mismo día del entierro de Alicia Burgoyne.

Podría haber sucedido así, en efecto, que yo —que no creía ni en el Cielo ni en el Infierno— hubiese acabado ahí mi relación con Hector Greatrix, séptimo conde de Culvers. Ese día salí para asistir a una reunión social donde nadie sabía nada de milord, y trasnoché tratando de olvidar lo sucedido. Bebí, bailé, aposté dinero en juegos de azar y rehuí la compañía de cualquier chismoso susceptible de querer entretenerse con la comidilla del escándalo Culvers.

Al llegar a casa eché de menos la luz de un candil, que mi lavandera tiene por costumbre dejar encendido en las escaleras, de modo que me vi obligado a subir a trompicones en mitad de la oscuridad y del silencio del edificio. Al llegar a mi alcoba tuve que seguir avanzando a ciegas, palpándolo todo en busca de un fragmento de madera o de pedernal. Caminaba a tientas, buscando apoyo en los muebles. Al cabo de un rato, cuando la tiniebla ya había empezado a agobiarme sobremanera, hallé el yesquero y

encendí una astilla.

Nada más acerqué la astilla inflamada a una vela, percibí que no estaba solo en la alcoba. Había alguien sentado en una butaca con dosel, cuyo respaldo tenía justo delante de mí. Era un hombre. Como me daba la espalda, solo podía ver su blanca mano que colgaba yerta, y el faldón de su abrigo, en el que relucía alguna guarnición en oro o plata. Concluí que algún amigo había venido a hacerme una visita, y que, al encontrarme ausente, se había quedado dormido esperando mi llegada.

Me aproximé sosteniendo en alto la candela, poseído por una sensación de miedo insondable que no sabría describir mejor.

Aquel bulto se estaba dando la vuelta conforme yo me acercaba.

Era milord.

Llevaba el mismo ropaje verde almendrado con recamado en plata que lucía cuando lo vi officiar en aquella vigilia aborrecible, llena de terror y de furia. ¡Que Dios tenga piedad de todos nosotros!

Su rostro estaba en llamas; allá donde debería haber visto su faz, solo había una hoguera flameante que se elevaba temblorosa hacia lo alto, y a través de este velo de fuego carmesí refulgían sus infernales ojos con una expresión de indecible aflicción. Las llamas se alzaban por encima de su cabeza y formaban un pico; él llevaba puesta una brillante mitra que lanzaba centelleos en verde y en azul, como si estuviera guarnecida con joyas infernales.

Esta criatura diabólica se veía ahora obligada a cumplir su voto: revelar a otro incrédulo las consecuencias de mofarse del Infierno.

Mis ojos no pudieron soportar por más tiempo el bárbaro espectáculo; cuando él aún no había levantado del todo su cenicienta mano para impartirme un remedo de bendición, caí sin sentido al suelo. Mientras me desmayaba, vi ondear la mitra demoníaca a la altura de su frente en llamas, y ascender luego delante de sus torturados ojos hasta alcanzar la estatura de un hombre erguido.

[2] . Históricos bloques de viviendas construidos en 1609, situados a orillas del Támesis en una céntrica área de Londres (Temple).

[3] . Aquí, Bowen parece citar de manera muy libre, por boca de Greatrix, al *Don Juan* de Byron, que también se «exilia» en Cádiz. Byron subvirtió el mito, pues retrató al protagonista de su obra más como una víctima de la lujuria femenina que como el peligroso mujeriego del clásico.

EL TAPETE

GREYE LA SPINA

(1949)

GREYE LA SPINA

1880-1969

Greye La Spina tuvo una vida de lo más extraordinaria. Nacida como Fanny Greye Bragg, fue hija de un clérigo metodista, ya septuagenario cuando ella llegó al mundo, que murió dos años después del nacimiento, por lo que apenas lo conoció. Se casó a los dieciocho años con su primer marido, que trabajaba para la industria naviera, y con él viajó por toda Europa. Por desgracia, este murió en un naufragio en 1901, y Fanny quedó entonces sola a cargo de su aún pequeña hija. Volvió a casarse y fue madre de nuevo, pero este segundo matrimonio fracasó pronto. Su tercer marido fue Robert La Spina, barón de Savuto. Para su desdicha, el título no traía consigo ninguna fortuna y, además, el barón padecía una enfermedad degenerativa que acabó por dejarlo inválido. A partir de ahí, Fanny se convirtió en la principal fuente de ingresos familiar, para lo cual tuvo que trabajar como fotógrafa, contable, mecanógrafa para escritores y como experta tejedora, especializada en diseño de tapices.

En 1919 escribió sus primeros relatos para The Thrill Book, la legendaria revista pulp, incluido el cuento de hombres lobo titulado «El lobo de las estepas». Antes de su debut en Weird Tales con «El gato calicó» en 1924, vendió algunas obras a otras revistas del mismo género. Muchas de estas historias estaban relacionadas con la metamorfosis (hombres lobo, vampiros, hombres gato). En su primera novela por entregas, Invasores de la oscuridad (1925), ya aparecía una seductora mujer lobo rusa. Para muchos su mejor historia de licantropía es «La charca del diablo» (1932).

En el relato que viene a continuación, de una etapa posterior en su

carrera, La Spina utiliza sus conocimientos de tapicería como herramienta para enviar un misterioso mensaje.

EL TAPETE

GREYE LA SPINA

—La otra no duró mucho —dijo con resentimiento la señora Renner.

Lucy Butterfield volvió la cabeza en la almohada para oír mejor la conversación que, en voz baja, estaba teniendo lugar fuera de su habitación. Desde luego que no pensaba privarse de escuchar a escondidas, en aquella casa llena de secretos, si haciéndolo podía encontrar alguna pista sobre la misteriosa desaparición de Cora Kent.

—Esa mujer estaba enferma, señora. Fue demasiado para ella. Tenía usted que haberse dado cuenta, si es que Kathy no lo hizo.

Aquella, reconoció Lucy, era la voz de Aaron Gross, el pobre anciano que la casera dijo que había rescatado de una miserable granja comarcal para que se ocupara del jardín y los recados. Tenía una voz aguda y chillona, del todo acorde con el enjuto hombrecillo a quien pertenecía.

—¡Silencio! ¿Es que quiere despertarla?

Lucy se sentó en la cama, en ese momento ya le le llegaban con toda claridad las voces susurrantes que se oían en el pasillo, fuera de su cuarto. Sabía que no era muy honrado escuchar la conversación entre la casera y su ayudante, y eso hacía que el hecho, casi fortuito, de estar espiando tuviera aún más emoción. Por un lado, solo era una travesura, pero por otro, algo muy serio.

—Kathy tiene que comer —murmuró muy tajante la señora Renner—. ¿Es que no la oye? ¿Cómo voy a ignorarla? ¡Dígame cómo!

Lucy también la oyó. De una de las habitaciones cerradas del pasillo salía un tenue lamento, y entonces comprendió que lo que

había estado oyendo de noche no formaba parte de un sueño. Kathy Renner, de doce años de edad, en cama por una fiebre reumática y privada de toda compañía por miedo a que cualquier excitación le provocase un ataque cardíaco, lloraba desconsoladamente.

—¡Mamá! ¡Tengo hambre! ¡Mamá! ¡Tengo hambre!

¡Pobre niña! Todo el día allí encerrada, sin hablar con nadie, y toda la noche llorando de hambre. Lucy se encendió de rabia ante la incompetencia de la señora Renner. ¿Cómo podía una madre consentir ese penoso lamento? Como si una firme intuición la hubiera empujado a dar explicaciones, se oyó la voz de la señora Renner.

—¡Escúchela! ¡Ay, mi pequeña Kathy! No lo soporto más. Esta noche no puedo, pero mañana sacaré de ahí esa madre selva.

Lucy recorrió la habitación con sus ojos grises hasta reparar, perpleja, en un alto jarrón de madre selva amarilla recién florecida, que pudo distinguir en la penumbra, colocado en un estante del viejo escritorio que había entre las dos ventanas de la pared sur. Le había parecido un detalle muy agradable que la casera trajera flores frescas a diario. Desprendían un aroma intenso y dulce que formaba parte de la vida campestre a la que Lucy se había retirado las dos semanas de vacaciones que le correspondían, antes de incorporarse a su nuevo puesto como responsable de compras del departamento de ropa de hogar de Munger Brothers, en Filadelfia.

—No lo haga, señora. Se arrepentirá. ¡No lo haga! —La protesta sonó contundente en la voz quejumbrosa de Aaron—. Ya sabe lo que pasó con la otra muchacha. No puede continuar así, señora. Si esta nos deja, no será como la primera y entonces tendrá un problema doble, señora, hágame caso. ¡No lo haga! Una cosa es un accidente, y otra hacerlo a propósito. Mejor voy a conseguir una estaca bien afilada, señora...

—¡A callar! Vuelva a la cama, Aaron. Déjeme esto a mí. Al fin y al cabo, yo soy la madre de Kathy y usted no podrá detenerme. No voy a permitir que pase hambre. Se lo repito, vuelva a la cama.

—Bueno, la puerta está cerrada con llave y hay madre selva dentro. No puede hacer nada esta noche —murmuró Aaron de mala gana.

El ruido de sus pasos se alejó por el pasillo. La vieja granja de

estilo holandés de Haycock, Pensilvania, se sumió en el silencio, salvo por el desolador gimoteo proveniente de la habitación de la niña.

—¡Mamá! ¡Tengo hambre! ¡Mamá!

Lucy se quedó despierta mucho tiempo. No podía dormir con aquel lloriqueo desconsolado de fondo. A pesar de la atmósfera siniestra a su alrededor, centró sus pensamientos en el motivo de su estancia en la remota granja de la señora Renner, en el condado de Bucks. Todo había empezado con la desaparición de Cora Kent, la inmediata superior de Lucy en el departamento de ropa de hogar de Munger Brothers. Cora no había vuelto al trabajo al término de sus vacaciones, y las investigaciones únicamente recalcaban el hecho de su desaparición. Había partido hacia el campo en su cupé, llevando consigo un pequeño telar y una caja con hilos de colores.

A Lucy le caía bien la señorita Kent como compañera de trabajo y se había sentido incómoda al aceptar su puesto. Pero alguien tenía que asumir la responsabilidad y ella era la siguiente en el escalafón. Sus vacaciones eran tres semanas después de las de la señorita Kent y Lucy había insistido en cogerlas como preparación para asumir el nuevo cargo, aunque su verdadero propósito era explorar el terreno y averiguar algo más sobre aquella misteriosa desaparición. Tenía el presentimiento de que Cora no había ido muy lejos, así que estableció su cuartel general en Doylestown, sede del condado de Bucks, para continuar desde allí con la labor detectivesca que se había autoimpuesto.

En la región de Haycock, en las afueras de Quakertown, área sembrada de granjas dispersas, encontró una pista. En el museo de Doylestown consiguió enterarse de los nombres de algunas tejedoras de la zona y sus indagaciones la llevaron hasta la granja de la señora Renner. El tercer día de sus vacaciones, Lucy llegó a un acuerdo con la señora Renner para hospedarse en su casa una semana a pensión completa y recibir clases de costura. Al entrar en la habitación del piso superior que iba a ocupar, Lucy exclamó entusiasmada al ver la colcha de la vieja cama de madera, las alfombrillas delante del lavamanos y del antiguo escritorio con estantes y cajones a ambos lados de un espejo alargado. Un sillón

tapizado con una tela que, según la señora Renner, había tejido ella misma, llamó la atención de Lucy, en particular, el tapete reposacabezas prendido en el respaldo. La señora Renner declaró con inquietud que ese no lo había tejido ella, y su mirada evitó la de Lucy furtivamente. Lucy se ofreció a comprarlo y la señora Renner lo desprendió de inmediato.

—Quédese usted. Nunca me gustó. Me alegro de deshacerme de él —respondió de forma abrupta.

Cuando Lucy regresó a Doylestown para recoger sus pertenencias, le escribió una breve nota a la madre de Stan e incluyó la pieza de tela. También le indicó a su futura suegra la dirección de la señora Renner. Lucy sabía que la madre de Stan, con quien tenía una relación extraordinaria, estaría encantada con tan singular tejido y estaba segura de que se lo enseñaría a Stan cuando este fuera a casa a pasar el fin de semana, siempre que sus estudios superiores de medicina se lo permitieran.

El tapete no tenía un aspecto tan curioso como le había parecido al principio. Era un trabajo bastante cuidado, pese a que el diseño ornamental era algo confuso. Los bloques decorativos de las esquinas y de la parte superior e inferior no tenían un diseño en absoluto pobre, y los signos irregulares del centro tenían cierta gracia. Parecían algún tipo de símbolo ancestral. La señora Brunner se entusiasmaría al recibir una auténtica pieza de tejido claramente artesanal. Lucy se prometió a sí misma averiguar quién había sido la autora una vez se ganara la confianza de su anfitriona.

En una conversación, le preguntó abiertamente a la señora Renner si alguna vez había estado en la casa una tal Cora Kent. Ella respondió con una mirada de extrañeza y negó incluso haber oído ese nombre. El viernes por la mañana, el segundo día en la granja Renner, Aaron Gross le entregó a Lucy un paquete de la lavandería de Doylestown, donde había dejado unas prendas de lencería. El viejo actuó de forma tan asustadiza y desconfiada que desconcertó a Lucy. Cuando rasgó el envoltorio del paquete, él se lo arrebató y lo arrugó a toda prisa, como si tuviera miedo de que alguien descubriera que Lucy había dado la dirección de la granja antes de llegar allí. Lucy contó las prendas. Eran once en lugar de diez. Había un pañuelo de más, con unas iniciales bordadas. Fue

entonces cuando Lucy tuvo la primera intuición. El pañuelo tenía las iniciales «C. K.». Cora Kent debía de haberse alojado en algún lugar cercano.

Además, se incluía una nota de la lavandería, escrita a lápiz. El pañuelo se había enviado por error a otra clienta y ahora lo devolvían, con una disculpa, a la dirección de su propietaria. Por lo tanto, Cora Kent había estado en la granja Renner y la señora Renner había mentido deliberadamente al decirle que nunca había oído ese nombre.

Lucy levantó la vista al oír aproximarse el rumor de una falda almidonada. La señora Renner estaba mirando el pañuelo de Cora con un gesto serio y huraño, la boca apretada y los ojos negros entornados. No dijo nada, solo se quedó mirando. De repente, se dio la vuelta y entró en la casa. Lucy se quedó angustiada sin saber exactamente por qué, aunque la mentira intencionada de la señora Renner era todo un enigma en sí misma.

Entre las cosas que empezaban a preocupar a Lucy, además de esta, estaba la puerta que tenía encerrada a Kathy Renner. La señora Renner había dejado muy claro que no quería que nadie se entrometiera en el cuarto de su hija. Esto podría alterarla y aumentar el peligro de ataque cardíaco por la fiebre reumática. Al parecer, Kathy dormía todo el día, pues habían pedido a Lucy que durante esas horas no se hiciera ruido dentro de la casa. En cambio, por la noche, el ruido no era una molestia, puesto que la pequeña enferma solía quedarse despierta.

Lucy se sentó en la cama y escuchó el llanto afligido de la niña. ¿Por qué la madre de Kathy no le daba de comer a la pobre criatura? No sabía que el ayuno estuviese indicado para la fiebre reumática. A lo lejos, oyó abrirse una puerta y el lloriqueo cesó. Lucy se recostó y pronto se quedó dormida, con la tranquilidad de que las necesidades de Kathy habían sido atendidas.

Las enigmáticas observaciones de la señora Renner y el enfado con que Aaron había reprobado el comportamiento de su patrona poco antes se fueron desvaneciendo a medida que el sueño apaciguaba la inquieta mente de Lucy. Al día siguiente por la tarde, cuando entró en su habitación a por las tijeras que necesitaba para

su clase de telar, observó que el jarrón con la madreselva había desaparecido, y al mismo tiempo recordó las palabras de su casera de aquella noche. Se preguntó, en vano, qué tendría que ver la madreselva con el llanto hambriento de Kathy. O, mejor aún, qué tendría que ver con ella.

Con la vaga idea de boicotear el plan que la señora Renner había insinuado a Aaron la noche anterior, Lucy se las ingenió para arrancar varios ramilletes de lilas y madreselva desde su ventana, sin tener que atravesar la casa con ellas. Junto al lavamanos había un pesado vaso de cerámica para el cepillo de dientes, y decidió poner las flores allí. Para retirarlas, la señora Renner tendría que desenmascararse y explicar el motivo por el que se las llevaba, pensó Lucy con malicia.

En el amplio salón de la planta inferior, donde el enorme telar de la señora Renner ocupaba gran parte del espacio, la casera había despejado una mesa y en ella había colocado un telar pequeño, de unos cuarenta centímetros de ancho. Lucy lo examinó con interés, pues lo reconoció de inmediato como uno de los modelos que se vendían en el comercio donde trabajaba. No dijo nada, pero miró a la señora Renner con recelo cuando esta le explicó que era un aparato viejo que le había regalado una antigua pupila que ya no lo necesitaba. Tenía una urdimbre blanca hilada en sarga diagonal; para un tafetán, le dijo la señora Renner.

—¿Qué tipo de piezas sabe tejer con ligamento de sarga? —preguntó Lucy, pensando en el tapete con bordados extraños que le había enviado a la madre de Stan.

—De todo —respondió la señora Renner—. En general, se puede tejer casi cualquier cosa con tela de sarga, señorita. Sobre todo a mano. —Mientras decía esto, movió las palancas como demostración—. Mejor que se ciña al tafetán para empezar. El trabajo manual no es tan sencillo y le llevará mucho más tiempo.

—El tapete que me dio estaba hecho a mano, ¿verdad? —Lucy probó suerte.

La señora Renner le lanzó una mirada extraña.

—Mañana podrá tejer una toalla blanca de algodón con bordes de colores —contestó cortante—. No merece la pena empezarla esta noche, es muy duro trabajar a la luz de las lámparas de queroseno.

Lucy estaba impaciente. Le parecía increíble que de verdad fuese a confeccionar con sus propias manos la tela de una toalla en un solo día. Subió a su dormitorio temprano y, como había hecho desde el principio, costumbre que había adquirido viviendo en pensiones de la ciudad, cerró la puerta con llave. De lo profundo del sueño la sacó, aún medio dormida, el ruidillo del pomo de la puerta girando con cuidado y, a continuación, unos pasos que se alejaban junto con el lloriqueo de la niña: «¡Mamá, tengo hambre!». La oía tan cerca que por un momento creyó que la tenía justo a su lado, sin ninguna puerta de por medio. Le pareció que la pequeña decía: «Mamá, ¿no puedo entrar! ¡No puedo entrar!».

A la mañana siguiente, la señora Renner no tenía buen aspecto. Unas ojeras oscuras ensombrecían su mirada y llevaba un pañuelo holgado alrededor del cuello, a pesar de que el calor sofocante invitaba más a quitarse que a ponerse cualquier prenda superflua. Cuando Lucy se sentó al telar, la señora Renner le enseñó a cambiar las caladas y a empujar la lanzadera para el tafetán, y, a continuación, dejó la tarea para subir a arreglar la habitación de su huésped. Bajó unos minutos después y, con una expresión sombría y lúgubre en el rostro, los labios una hermética línea recta, se dirigió a Lucy.

—¿Puso usted flores en la habitación? —inquirió.

Lucy paró de tejer y miró a la señora Renner fingiendo sorpresa. Su intuición le decía que la pregunta escondía mucho más de lo que aparentaba.

—Me gustan mucho las flores —murmuró en tono de disculpa.

—No pueden estar en un dormitorio por la noche —respondió con rotundidad la señora Renner—. No es sano, por eso quité las otras. No quiero flores en ninguna de mis habitaciones por la noche.

Aquello sonó como una orden. La natural suspicacia de Lucy y la enorme curiosidad que sentía la empujaron a contradecirla.

—No tengo miedo a tener flores en la habitación por la noche, señora Renner —insistió, tozuda.

—Pues yo no lo voy a permitir —respondió la casera con voz y gesto determinantes.

Lucy arqueó las cejas.

—No veo una razón de peso para que un ramito de flores suponga un problema, señora Renner.

—Las he tirado, señorita. Y no se moleste en traer más, porque las tiraré también. Si quiere quedarse en mi casa, tendrá que ser sin flores en el dormitorio.

—Si está tan convencida, por supuesto que no pondré más flores, pero, con toda franqueza, he de decirle que me parece una tontería esa idea de que no son saludables.

La señora Renner zanjó el tema satisfecha con su autoridad como anfitriona, y el resto del domingo lo pasó iniciando a Lucy en los secretos del tejido decorativo, con tan buen resultado que al atardecer había terminado una toalla pequeña de algodón blanco con un borde de rayas de colores.

Al caer la noche, Lucy se quedó adormilada en la hamaca. La combinación del aire fresco del campo y las copiosas comidas rurales hacía que se le cerrasen los ojos. Se despertó al oír a un perro, al que había visto alguna vez entrar y salir del granero, escarbar furiosamente en las raíces de un arbusto cercano, de entre las que desenterró un frasquito azul medio lleno de pastillas blancas. Apartó al perro y cogió el bote. Lo miró con curiosidad. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Había visto un botecito igual en el escritorio de trabajo de Cora Kent, y recordó que Cora había dicho algo acerca de que el ajo era bueno para las personas propensas a la tuberculosis. Lucy desenroscó el tapón y olisqueó su contenido. El olor era inconfundible. Se escondió el frasco entre la ropa a toda prisa. Ahora sabía sin la menor duda que Cora Kent la había precedido como huésped en la casona Renner. Ahora sabía que aquel pequeño telar era el de Cora. El pañuelo con las iniciales bordadas no era más que otro testimonio silencioso.

Lucy subió a su habitación sigilosamente, cerró la puerta y encajó una silla bajo el pomo para mayor seguridad. Por primera vez, empezaba a sentirse amenazada. Sus pensamientos la llevaron al ramillete de flores del que la señora Renner se había deshecho. ¿Por qué se habría puesto así? ¿Por qué le dijo a Aaron que iba a «sacar de ahí esa madre selva»? ¿Qué pasaba con esas flores para que la señora Renner quisiera quitarlas del cuarto de su huésped? Como si tuvieran alguna relación con el lastimero «mamá, tengo

hambre» de la pequeña Kathy...

Lucy no era capaz de encajar todas las piezas del puzle. Pero, tras la insólita discusión sobre la madreSelva, estaba decidida a arrancar otro ramillete de la enredadera que trepaba por la pared de su ventana. Precisamente porque la señora Renner no quería que lo tuviera en la habitación, Lucy estaba del todo decidida a volver a ponerlo allí. Quitó la mosquitera con cuidado y se asomó. Se quedó estupefacta. Alguien había arrancado burdamente toda la madreSelva en flor que se podía alcanzar con la mano y la había arrojado al suelo bajo la ventana. Alguien que había previsto su intención. Volvió a poner la mosquitera y se sentó al borde de la cama, confusa y angustiada. Si la señora Renner tramaba un perverso plan que por algún motivo misterioso implicaba deshacerse de la madreSelva, Lucy supo que sería incapaz de afrontar con éxito la situación.

A la luz del día habría sido hasta divertido. Solo tenía que dirigirse al cobertizo donde tenía aparcado el coche y, aunque «ellos» lo hubieran saboteado, calculó que no le resultaría difícil llegar andando o corriendo a la carretera principal, por donde pasan camiones y coches con gente. No como por la recóndita granja Renner, oculta entre las lomas de los frondosos bosques de la zona.

Se dijo a sí misma con severidad que estaba siendo una boba aprensiva con demasiada imaginación. ¿Qué tendría que ver la madreSelva con su propia seguridad? Se preparó para acostarse y apagó la lámpara de queroseno con determinación. Enseguida le entró sueño y se durmió profundamente.

No oyó el susurro sibilante de la señora Renner:

—¡Sshhh...! ¡Kathy! Ahora puedes venir, Kathy. Está dormida como un tronco. Mamá ha quitado la madreSelva, puedes entrar ahora. ¡Sshhh!

Tampoco oyó la afligida protesta de Aaron:

—No puede hacer esto, señora. Déjeme que vaya a por la estaca, señora. Sería mucho mejor así. Señora...

Lucy, profundamente dormida en la habitación cerrada, no escuchó ninguno de estos ruidos. Tuvo unos sueños muy vívidos y cuando al fin se despertó, el lunes por la mañana, se quedó tumbada en la cama, sin fuerzas, recordando lo último que había

soñado. Una niña vestida de blanco se acercaba a su cama con timidez, se tumbaba junto a ella hasta que sus propios brazos acogían a la pequeña y taciturna intrusa. La niña acercaba sus labios tibios a su garganta en lo que Lucy percibía como un beso, pero uno que nunca antes había sentido en toda su vida. Escocía cruelmente. Pero, al abandonarse a la caricia de la niña, una laxitud del cuerpo y de la mente se apoderó de ella y sintió como si todo su ser fuese arrastrado al encuentro de aquellos labios infantiles que se aferraban a su cuello. Fue un sueño inquietante, y su mero recuerdo le producía repugnancia y fascinación al mismo tiempo.

* * *

Lucy sabía que era la hora de levantarse, así que se incorporó, fatigada y débil, sin ánimo de hacer el menor esfuerzo físico. Agotada, pensó que era como si algo hubiera abandonado su cuerpo. De manera involuntaria, se llevó una mano al cuello. Tocó con los dedos una pequeña rugosidad, como dos pinchazos justo donde la niña del sueño la había besado de aquella forma extraña y dolorosa. Se levantó y fue al espejo. Tenía dos marcas muy claras en el cuello, como si un escarabajo grande le hubiera pellizcado la carne blanda con sus poderosas mandíbulas. Al ver las dos picaduras enrojecidas, ahogó un grito sin fuerza.

Ahora estaba del todo convencida de que algo iba mal. También tenía la certeza de que estaba relacionado con ella. No era capaz de determinar la naturaleza exacta de aquel mal, pero sabía que había algo hostil en la atmósfera de la granja Renner y en el irracional terror que se había desencadenado allí. ¿Podría llegar al coche y escapar? ¿Escaparse...? Se miró el cuello en el espejo y se tocó las marcas rojas con cuidado. Era incapaz de dar coherencia a sus ideas, y se dio cuenta de que solo podía pensar en una cosa: huir. Le era difícil explicar con palabras aquello de lo que quería escapar, pero la idea de abandonar la granja Renner lo antes posible era más fuerte con cada minuto que pasaba. En su mente, un hecho horrendo e indiscutible se distinguía con toda claridad: Cora Kent había visitado la granja Renner y desde entonces nadie había vuelto a verla.

Lucy se vistió rápido y se las arregló para escabullirse de la casa sin cruzarse con la casera. Encontró el coche en el cobertizo de la parte trasera del granero, justo donde lo había dejado. Parecía que todo estaba en orden, pero al acercarse descubrió con desconcierto que tenía dos ruedas pinchadas. Como era habitual, tenía una de repuesto. Pero no sabía cómo quitar la vieja y hacer el cambio, y mucho menos cómo reparar la segunda. Era imposible salir de la granja Renner en coche. Se quedó mirando el automóvil inservible, angustiada.

La voz quejicosa de Aaron Gross llegó de repente a sus oídos. Se dio la vuelta para enfrentarse a él con aire acusador.

—¿Qué le ha pasado a mi coche? ¿Quién...?

—No puede usarlo en este momento, señorita, con dos ruedas pinchadas. —Aaron se mostró voluntarioso—: ¿Quiere que las lleve a una gasolinera por usted?

Ella respondió con alivio.

—Eso sería espléndido, Aaron. Pero no sé quitarlas.

—Yo tampoco, señorita. No sé nada de mecánica.

En la voz de la chica se mezclaban la impaciencia y la aprensión. Abrió el maletero y empezó a sacar las herramientas.

—Creo que puedo levantar el coche, Aaron. No lo he hecho nunca, pero necesito el coche para ir al pueblo. De compras —añadió enseguida, intentando sonreír con naturalidad.

Aaron no dijo nada. Se quedó al fondo del cobertizo, mirando cómo se las apañaba Lucy para poner el gato bajo el eje trasero y levantar el coche del suelo.

—Necesitaré una caja para sostener esta parte mientras pongo el gato en la otra rueda —sugirió.

Aaron se puso en marcha, arrastrando los pies.

Lucy consiguió hacer palanca en el tapacubos, pero a pesar de sus fervientes esfuerzos con tuercas y tornillos, no pudo moverlos ni un centímetro. Lo dejó, desesperada, mientras Aaron regresaba con la caja. Se le ocurrió que sería mejor pedirle que trajera a un mecánico del pueblo. Jadeante y despeinada, salió del cobertizo en su busca. Justo allí, se encontró de frente con la señora Renner, que tenía un gesto adusto en los labios y los ojos entornados.

—¿Algún problema? —inquirió la señora Renner, mientras con sus

manos gordas alisaba el delantal de cuadros azules sobre sus anchas caderas.

—Mi coche tiene dos ruedas pinchadas. No puedo entender cómo ha pasado —soltó Lucy.

El rostro de la señora Renner no se inmutó. A continuación, sin hacer ninguna pregunta, dijo:

—No necesita ir al pueblo para nada. Aaron puede hacerle los recados.

—Ya, pero es que yo quiero ir al pueblo —insistió Lucy con vehemencia.

—No necesita el coche salvo que sea, claro, para marcharse de aquí —dijo la señora Renner con frialdad. Miró a Lucy con expresión hierática, después se dio la vuelta y se dirigió a la casa sin decir ni una palabra más.

Lucy la llamó:

—¡Señora Renner! ¡Señora Renner! Me gustaría que Aaron llevase estas dos ruedas al pueblo para que las reparen, pero yo no puedo quitarlas.

La señora Renner siguió su camino y desapareció dentro de la casa sin inmutarse, como si no la hubiera oído.

Desde el granero le llegó la voz trémula de Aaron.

—Señorita, ¿quiere que le pida al mecánico que venga aquí?

—¡Oh, Aaron, eso sería maravilloso! Le pagaría encantada, y también a usted, claro. Dígale que no puedo quitar las ruedas.

Sí, eso es lo que haré, se dijo. Una vez llegara el mecánico, bajaría la maleta y trataría de llegar al pueblo, y le pediría que enviase a alguien a recoger el coche cuando las ruedas estuvieran reparadas. Así conseguiría marcharse antes del anochecer. Mientras Aaron estuviese fuera, trabajaría en el telar que, ahora estaba segura, había pertenecido a Cora Kent. Lo cual aplacaría las sospechas de la señora Renner.

Volvió despacio a la casa. Dio gracias por que la señora Renner estuviera arriba arreglando el dormitorio. Lucy oía sus pasos al ir de un lado a otro de la cama. Se sentó al telar y se puso a hacer pruebas con hilos de colores para conseguir un borde ornamental como el del tapete que le había enviado a la madre de Stan. No fue

tan difícil como había pensado y empezó a avanzar más deprisa de lo que jamás habría creído. Era casi como si fueran los dedos de otra persona los que colocaban los hilos. Comenzó a dar forma a las figuras de los bordes cada vez más entusiasmada. Los entredoses de las esquinas miraban al exterior como serpientes sinuosas erguidas sobre sus colas, y el del centro era como una culebra que se mordía la cola. Pasó el tiempo. El tejido crecía entre sus manos como si alguien las guiara.

—Pero... —dijo en voz alta, sorprendida ante lo que había tejido en tan poco tiempo—. ¡Parece que pone SOS!

—¿Y ahora qué...? —siseó la señora Renner.

Estaba de pie, justo detrás de Lucy, mirando los símbolos de la tela con los ojos entornados y la mandíbula apretada. Cogió las tijeras de encima de la mesa y las clavó en la tela recién tejida con ensañamiento. En un momento, la destrozó por completo.

—¡Y ahora qué! —exclamó con siniestra determinación.

Lucy se llevó las manos a la boca para contener un grito horrorizado. Por un momento no fue capaz de articular palabra. Era evidente lo que significaba aquello. De pronto comprendió quién había tejido el tapete, y entendió por qué había elegido esas serpientes ondulantes como decoración. Con el reflejo de ese descubrimiento en su rostro estupefacto, miró a la señora Renner y decidió enfrentarse a su lúgubre disposición con todo el valor y la fuerza que fue capaz de reunir.

—¿Qué le pasó a Cora Kent? —preguntó a bocajarro, con la cabeza alta y los ojos aterrorizados abiertos de par en par—. Ella estuvo aquí. Sé que estuvo aquí. ¿Qué le hizo usted? —Como si las palabras se impusieran a toda voluntad, continuó—: ¿También quitó la madreselva de su habitación?

Inesperadamente, la señora Renner pareció derrumbarse. Empezó a retorcerse las manos con inútiles gestos de desesperación. Su aire de invulnerable seguridad se desmoronó mientras doblaba el cuerpo de un lado a otro como un autómatas.

—La otra no duró mucho, ¿verdad? —Lucy continuó, implacable. El recuerdo de la conversación que había oído sin querer le vino a la cabeza.

La señora Renner tropezó hacia atrás y se desplomó en una silla.

—¿Cómo ha sabido eso? —susurró con voz ronca. Y añadió—: Yo no sabía que estaba enferma. Tenía que alimentar a Kathy. ¿Lo entiende? Pensé que...

Aaron apareció en la puerta de la cocina. En una de sus manos rugosas llevaba una gruesa estaca. Uno de sus extremos había sido tallado hasta formar una punta afilada. De la otra mano colgaba un pesado mazo de madera.

Los ojos de la señora Renner repararon en la estaca puntiaguda. Gritó sin fuerzas.

Aaron retrocedió hasta la cocina, y Lucy oyó sus pasos subiendo la escalera.

La señora Renner sollozaba y gritaba desesperada.

—¡No! ¡No!

Parecía desprovista de toda energía física, incapaz de levantar su propio peso de la silla en la que se había hundido, exánime. Tan solo gritaba con una enorme pena, protestando contra algo que las confusas conjeturas de Lucy aún no llegaban a imaginar de forma tangible.

Arriba se abrió una puerta. Los pasos de Aaron se detuvieron. Durante un momento largo y terrible se hizo el silencio. Cesaron incluso los gritos de la señora Renner. Fue como si la casa, y todo lo que había dentro, estuviera a la espera de un desenlace irremediable.

Entonces, un largo y tembloroso alarido de tormento y agonía surcó aquel mar de silencio, para ir a morir lentamente entre ruidosos estertores que fueron enmudeciendo hasta la quietud absoluta, como si el silencio los hubiera absorbido.

La señora Renner resbaló hasta caer al suelo, inconsciente. Solo dijo una palabra mientras su cuerpo caía de la silla: «¡Kathy!». Sus labios se separaron muy despacio para dejar escapar la voz.

Lucy se quedó inmóvil junto al telar y el tapiz hecho trizas. Se sentía incapaz de pasar a la siguiente escena del guion y esperaba a que alguien le diera la entrada. Y eso sucedió gracias al ruido de unos neumáticos y un freno, además de una voz que repetía su nombre.

—¡Lucy! ¡Lucy!

¡Era Stan! ¿Cómo era posible que estuviera ahí? ¿Cómo podía ser que sus brazos la estuvieran rodeando, protegiéndola? Entonces, se oyó a sí misma.

—Aaron ha matado a Kathy con una estaca afilada y un mazo —lo acusó, pálida.

La voz de Stan sonó tranquila y segura.

—Aaron no ha matado a Kathy. Kathy llevaba muerta semanas.

—Imposible —murmuró Lucy—. La he oído pedir comida, todas las noches.

—¿Comida, Lucy? Kathy solo quería sangre. Su madre intentó satisfacerla pero no fue capaz, así que Kathy se alimentó cuanto pudo de Cora Kent hasta que la pobre ya no aguantó más.

—La señora Renner dijo que no duró mucho...

Stan la atrajo más hacia él, para transmitirle seguridad con su fuerza protectora.

—Lucy, ¿a ti te ha...?

Lucy se tocó el cuello. Era incomprensible, pero los puntos rojos casi no se apreciaban.

Respondió, dubitativa:

—Creo que vino una vez, Stan. Pensé que era un sueño. Las marcas han desaparecido.

—Debes estar agradecida a Aaron por lo que ha hecho, Lucy. Ha terminado con el vampirismo de Kathy.

Se inclinó sobre la mujer postrada en el suelo.

—Solo es un desmayo —dijo.

—¿Y Aaron?

—Está perfectamente y no ha herido a nadie, Lucy. Las autoridades no comprenderán lo que ha hecho, pero dudo que la cosa vaya más allá de declararle fuera de sus cabales, pues en cuanto examinen el cuerpo de Kathy, verán que estaba muerta mucho antes de que le clavara la estaca de madera en el corazón.

—¿Cómo te enteraste, Stan?

—Por el tapete que le enviaste a mi madre.

—¿Con las letras SOS en el borde? —se aventuró Lucy.

—¿Así que tú también lo viste? ¿Sabías que la pobre chica había tejido símbolos en clave por toda la tela? En cuanto me di cuenta de

que significaban vampiro, peligro, muerte y Cora Kent, vine a por ti.

—¿Qué le va a pasar a la señora Renner, Stan?

—No lo sé, pero puede que la acusen de asesinato si encuentran el cuerpo de Cora.

Lucy se estremeció.

—Es probable que también la declaren mentalmente enferma, cariño. Tal vez no alcanzó a entender que Kathy estaba muerta. Puede que su pena no sea muy severa. Y ahora, vamos, Lucy, recoge tus cosas. Iremos al pueblo juntos e informaremos a las autoridades de lo sucedido.

DAMA BLANCA

SOPHIE WENZEL ELLIS

(1933)

SOPHIE WENZEL ELLIS

1893-1984

Sophie Wenzel Ellis, nacida en Memphis, Tennessee, fue, junto a Grege La Spina, una de las pocas mujeres que colaboraron en las primeras revistas pulp con cuentos sobre lo extraño y lo fantástico. Su primera obra de este tipo fue probablemente «The Unseen Seventh», una historia de fantasmas publicada en la revista The Thrill Book en 1919, aún con su apellido de soltera, como Sophie Louise Wenzel. Se casó con el abogado George E. Ellis en 1922. La mayor parte de su obra escrita consiste en relatos de fantasmas o de misterio, junto con algunas historias de amor, además de una breve incursión en la ciencia ficción en 1930. Su producción registrada apenas llega a veinte historias y pronto fue olvidada, aunque es ahora, al fin, cuando está empezando a reconocerse su contribución a los géneros de la ciencia ficción y la fantasía de su época.

DAMA BLANCA

SOPHIE WENZEL ELLIS

Brynhild sabía que algo la había despertado; algo agradable y estimulante, como era de esperar en aquella extraña isla en el rincón más remoto del cálido mar Caribe, donde André Fournier, su prometido, realizaba experimentos fantásticos con plantas tropicales.

Al poco la oyó de nuevo, una música tan selvática y tan delicada que, más que oírla le pareció sentir sus vibraciones extasiadas en todos sus nervios.

Por debajo de ella, desde la casa hasta el mar en calma en el horizonte, se extendía un paisaje antinatural, iluminado por la resplandeciente corona del sol, que emergía majestuoso de las aguas. Lo contempló y se alegró de haber aceptado la invitación que madame Fournier, la amable madre de André, le había hecho para visitar la solitaria Ile-de-Fleur.

Enseguida estuvo vestida y salió a seguir la pista de aquella música desconcertante. Al cerrar la puerta de atrás, se encontró en un curioso laberinto de maravillas florales, irreal como un dibujo de Doré. Las selvas de aquellas tierras calentadas por el sol le habían proporcionado a André aquellos tesoros tan extraños, que ahora absorbían la succulenta vida del suelo negro de la isla. A la naturaleza, con su temperamento caprichoso, no se le permitía gobernar aquí; por todas partes, entre la fronda, las hierbas y tallos gigantes, florecían flores híbridas, cuyas formas y colores insólitos sugerían que André manipulaba la vegetación.

Ahora Brynhild escuchaba la melodía con más claridad, largas notas inquietantes, semihumanas, como la música discordante de

un salvaje enloquecido. Perpleja, se adentró más y más en la espesura, a través de los macizos de flores adornadas con gotas de rocío.

Al llegar a lo alto de una loma y descubrir al otro lado una pequeña jaula con una mampara de cobre, supo que había alcanzado su objetivo. La música provenía de aquella especie de pérgola, lo que resultaba desconcertante, ya que su único ocupante era una planta florecida.

De repente, del cielo pareció caer una especie de gasa dorada, producida por los primeros rayos del sol tropical, proyectados desde el mar. La intensidad de aquella luz hizo que Brynhild ahogase un grito, pues descubrió que, incluso entre la extraña vegetación de aquella tierra, la planta encarcelada parecía un monstruoso alienígena.

Entre una masa de espesa fronda, blanca y carnosa como sus propios brazos desnudos, se distinguía una flor cuyos pétalos redondos y pálidos formaban un rostro semejante a la caricatura de una mujer. Envolviendo la espeluznante cara de la flor, y colgando hasta confundirse con el ramaje incoloro, aparecía una sustancia parecida a una gasa, con un alarmante parecido a un velo de novia.

Pero lo que provocó otro grito de Brynhild no fue el aspecto humano de esa planta fantástica, sino lo que hacía. Justo debajo de su cabeza, casi tan grande como la suya, había dos enormes espinas blancas, delgadas y terminadas en punta, como dagas, encajadas en el tallo de forma que podían moverse como brazos. Estas dos espinas, frotándose una con otra, producían la música que la había cautivado.

Superado el espanto de esa primera impresión, Brynhild ansiaba ver el espectáculo más de cerca. Pegó la frente a la mampara.

Inmediatamente, las espinas interrumpieron su serenata, la cara blanca de la flor se giró y se quedó de frente a ella, y la joven se sintió observada por unos ojos invisibles que la miraban. Durante un instante, la flor y su fronda se quedaron rígidas; después, un espasmo sacudió toda la planta, las espinas se juntaron de nuevo y produjeron una horrenda disonancia, que sonó como un chillido.

Brynhild, al sentir que su presencia había causado el cambio de la delicada música anterior a aquella estridencia que helaba la sangre,

se ocultó tras un arbusto y observó.

Mientras esperaba, unos pasos se acercaron. Era André. Como un joven y esbelto sacerdote pagano, con los brazos y los hombros desnudos, con la luz del sol salpicando sus rizos de bronce. Tenía un rostro bello y poético, y una sonrisa luminosa que ahora dirigía hacia la extraña planta.

Al momento, la música de la flor volvió a empezar, más fuerte y más seductora; la extraña criatura se bamboleó sobre su tallo como si una emoción animal temblara a través de su pálida carne.

André se dirigió a ella en su agradable francés:

—*Bonjour*, Dama Blanca. ¿Esta mañana estás contenta, eh?

La cara femenina de la flor se balanceó hacia él; los afilados brazos de daga se acariciaron entre sí, embelesados.

Brynhild se agachó en su escondite, cada vez más confundida y horrorizada. André levantó el pestillo de la puerta y entró.

La música se convirtió en un palpito profundo y conmovedor, tierno como la canción de amor de un pájaro. André se acercó a la flor y tocó el pálido ramaje con delicadeza. La cabeza de la flor descendió hasta que sus mejillas carnosas rozaron su rostro.

—¡Ah, *ma petite*! —susurró André—. ¡Mi Dama Blanca! ¡Si pudiera cerrar la brecha que nos separa...!

Brynhild no pudo soportarlo más.

—¡André! —gritó, saliendo de su escondite.

De inmediato, la cabeza de la flor se puso rígida y se volvió hacia ella con un gesto tan humano que la joven sintió que se le revolvía el estómago. Cuando André, yendo hacia ella, le devolvió efusivo el saludo, la monstruosa planta se estremeció con violencia y las dagas se frotaron furiosas, provocando un ensordecedor estruendo.

André se echó a reír.

—¡La Dama Blanca está celosa! —Su inglés tenía un marcado acento francés—. ¿Alguna vez habías imaginado una flor así, Brynhild? ¿Lo habrías creído, si alguien te hubiera dicho que existía?

—¡Es una pesadilla! —Su prometida se cubrió los ojos con sus finas y bellamente formadas manos.

—No, Brynhild. Es mi sueño materializado.

—¡Basta! No puedo soportar oírte hablar de eso como si fuera una mujer. Su rostro perdió el color, hasta quedar tan blanco como la flor que tenía delante. En la jaula, continuaba el horrible estruendo, con su impactante dureza metálica.

André se dio la vuelta y miró la flor.

—Será mejor que vuelva ahí dentro un momento, querida. ¡Ven! Dama Blanca es como un perro: si eres buena con ella, te responderá con un amor casi humano.

Vacilante, como si temiera que algo maléfico pudiera llegar a ocurrir, Brynhild entró en la jaula detrás de André. Él acarició las hojas y apoyó su rostro sobre aquella cabeza de apariencia humana. Las dagas, frotándose entre sí, emitieron un ronroneo felino.

—Ven, Brynhild —dijo André, con su sonrisa luminosa—, acaríciala.

Ella retrocedió. ¿Cómo iba a tocar esas hojas leprosas y carnosas, esa cara vegetal, monstruosa como la de un vampiro? Temblando, extendió la mano hacia el blanquecino follaje.

Con la rapidez del rayo, las dagas la golpearon cruelmente, y le abrieron un largo y sangriento arañazo en la mano. La joven gritó y cayó en brazos de André.

—¡Querida! —gimió su prometido, abrazándola solícito—. No creía que...

Brynhild enterró sus rizos dorados en el hombro de él.

—¡André! —sollozó—. No puedo soportarlo. Ese monstruo me odia. —Su voz se elevó, histérica—. ¿Por qué lo has creado?

—¡Calla! —respondió él, con severidad—. Ella nunca te habría herido si no sintiera que eres su enemiga.

—¡Estás loco! —Se soltó de los brazos de André y levantó con rabia su hermoso rostro—. Ese monstruo vil te ha trastornado. Como siempre, prefieres tus flores aberrantes en vez de a mí.

Su falda blanca cruzó deprisa la puerta abierta de la jaula y se perdió entre la maraña de flores. Él la siguió pronunciando pesaras disculpas. Cuando la alcanzó y la estrechó de nuevo entre sus brazos, ambos estaban sin aliento.

—*Pardonne-moi!* —suplicó. Su rostro delgado y espiritual expresaba arrepentimiento—. Pero, Brynhild, daría la mitad de mi vida si amaras las plantas tanto como yo.

Y, estrechando la mano de ella con la suya, le contó, con su peculiar y serena voz, la inmensa satisfacción que se obtenía del estudio y entendimiento de las extrañas manifestaciones de la naturaleza.

—El ser humano tiene una conexión con la vida vegetal —le dijo— que todos los científicos reconocerán algún día. Los naturalistas ya están de acuerdo en que no existe una línea divisoria real entre las formas de vida inferiores, la vegetal y la animal. ¿Y qué es el hombre, sino el animal superior a todos?

Se había emocionado, como siempre le ocurría cuando hablaba sobre plantas. Su rostro sensible resplandecía, desbordante de sinceridad.

—¿Quién puede determinar —continuó—, por ejemplo, dónde está el límite entre los animales y las plantas carnívoras? Dama Blanca no es la única planta que puede moverse a voluntad; ni la única que percibe al instante una presencia peligrosa. —André miró fijamente a su prometida—. Algunas de nuestras plantas de jardín más comunes tienen células oculares en la epidermis de las hojas y los tallos, ojos con lentes, sensibles a la luz. Dama Blanca es el resultado de una hibridación cuidadosa llevada a cabo para reunir y desarrollar los rasgos más humanos de toda la vida vegetal. ¡Ah, Brynhild! —Apoyó su mejilla en la mano de ella—. ¡Si pudieras entenderlo, querida mía! No debe sorprenderte que mi Dama Blanca sea, más que una planta, un animal; que ese ser exquisito y encantador posea inteligencia.

Un profundo escalofrío recorrió el delgado cuerpo de la joven.

—¡Crear una monstruosidad semejante está mal, André!

—¡No! —Los ojos de su prometido se llenaron de lágrimas—. Mi único pecado es no haber desarrollado más que un espécimen. Si hubiera creado dos, Dama Blanca ya no sería el ser vivo más solitario que existe. —Se ruborizó mientras pronunciaba aquellas palabras.

De repente, Brynhild lo comprendió todo, de forma tan horrible y

abrumadora que se sintió mareada.

—¡Ese monstruo... te ama, André! Te ama como un perro a su dueño.

Él acarició el resplandeciente oro de su cabello, exuberante a la luz del sol.

—No vuelvas a acercarte a ella, querida —le dijo para tranquilizarla—. Puede suponer un verdadero peligro para ti. ¡Mira! Mi madre nos llama para desayunar. Muéstrate contenta y sonriente, ¿quieres? —Le levantó la barbilla y la besó con dulzura.

Cuando se sentaron a la mesa, madame Fournier parecía inquieta; André no tomó más que leche, en la que disolvió una bolita rosada.

—¿No pruebas el café esta mañana, hijo? —le preguntó, ansiosa. Él se sobresaltó.

—No madre; solo leche.

—¡Pero, André! —protestó Brynhild—. Apenas comes lo suficiente para vivir. Te vi anoche. Casi te echas a temblar cuando tu madre te sirvió un poco de lechuga. ¿No te sientes bien?

—Me siento de maravilla. Recuerda que bebo grandes cantidades de leche.

Tras el desayuno, madame Fournier se llevó aparte a Brynhild.

—Estoy preocupada —le dijo—. André está yendo demasiado lejos en su amor por las plantas. ¡Imagínate! Dice que cuando corta un trozo de lechuga lo oye gritar.

—Hace un año —comentó Brynhild, sintiendo un escalofrío— habría dicho que no son más que nervios; pero ahora que he visto esa monstruosa Dama Blanca... —Se tapó los ojos con las manos.

Aquel día Brynhild no volvió a acercarse a Dama Blanca. Por la noche, mientras la isla dormía, se sentó junto a la ventana y disfrutó del esplendor de aquel paisaje bañado por la luna. Desde lejos, de lo profundo de aquellas extensiones florales encantadas, empezó a llegar, débil y sigilosa, la música selvática de Dama Blanca. Al oír la primera nota, Brynhild se puso nerviosa; pero, cuando aquel sonido seductor la envolvió con su hechizo, lo escuchó con creciente deleite y se dejó vencer por él, olvidando el horror que había sentido por la mañana. Al momento, ya se estaba poniendo su bata.

Se encaminó adonde la atraía la música de Dama Blanca, con

ligereza a través de la densa vegetación, exaltada y como si fuese arrastrada por un viento gozoso.

El extraño mundo de las flores de André se volvió como el interior de una perla gigante cuando la luna caribeña, llena y todavía baja, difuminó la isla con una blancura luminosa. Entre el pálido fulgor hipnótico del cielo y los aromas dulzones que exhalaban las flores, la joven sintió un vínculo nuevo con la Naturaleza. Experimentaba un júbilo solemne al comprender que esa fuerza misteriosa llamada vida, la misma que animaba su cuerpo joven, impulsaba también la savia de las plantas que la rodeaban.

Todos los seres que crecían en la isla parecían percibir la belleza de la noche con el mismo entusiasmo que ella. Por todas partes, los rostros de las flores, que parecían delirar de pura alegría de existir, se volvían hacia el blanco resplandor del cielo.

La belleza del mundo, entonces, no existía únicamente para el disfrute del ser humano.

Tal vez fuese cierto lo que había dicho André, que las plantas, con sus parcialmente desarrolladas conciencias, eran capaces de reaccionar con un placer más sofisticado que el que pudiera experimentar el hombre cultivado ante aquellos goces tan elementales, como la belleza de la luz lunar y los delicados besos de la brisa nocturna.

Al ver a Dama Blanca se acabó de convencer. La misteriosa flormujer se mostraba anhelante por sentir la caricia de la luna. El techo de la pérgola, construido para proporcionar una sombra parcial, tapaba el satélite, situado justo encima, pero Dama Blanca había arqueado el tallo para que su rostro alcanzase la luz.

La música que vibraba con la fricción de los brazos era tan embriagante que Brynhild sintió que los sentidos le fallaban. Se dejó caer sobre la hierba, justo delante de la jaula.

En ese momento, el sonido cesó y la monstruosa flor se retiró a las sombras, se quedó erguida con el tallo rígido, espectral con su velo y su ramaje cadavérico. Brynhild se preparó para volver a escuchar la espantosa estridencia de aquella mañana, pero de las sombras surgió una armonía dulce como el suspiro de un arpa, tan suave y seductora que la joven se acercó. Cuanto más se

aproximaba, más tenue se volvía la música, hasta que tuvo el horrible presentimiento de que Dama Blanca la estaba atrayendo al interior de la jaula.

Se tapó los oídos y huyó, atenazada por un paralizante miedo a lo desconocido.

A la mañana siguiente, cuando le contó lo ocurrido a André, él la abrazó y exclamó:

—¡Aléjate de ella! Si valoras tu vida, mantén la distancia. Es inteligente, pero no tiene conciencia..., no siente la menor compasión por aquello que odia.

—¡Pero, André...! —La joven acercó el suyo al rostro ascético de su prometido—. ¿Dejarás que esa cosa siga viviendo? ¿No vas a talarla?

—¿Talar a mi Dama Blanca, el logro supremo de mi vida? —La miró como si considerase que estaba loca.

—¿Ni aunque me odie, André? ¿Ni aunque esté tratando de destruirme?

—Pero si te advertí que te mantuvieras alejada. ¿O es que tú... o es que no tiene derecho cualquier ser humano a enfrentarse a sus enemigos? Eres su enemiga, y ella lo sabe.

La disputa terminó con Brynhild deshecha en lágrimas, pero André se mantuvo firme en su decisión de no talar su diabólica creación.

Brynhild estaba celosa, celosa de una flor, y sus celos aumentaban con el paso del tiempo. Cada vez que escuchaba la seductora música de Dama Blanca sentía un odio visceral en el corazón. Quería destruirla, desgarrar esas hojas carnosas y blancas, aplastar con el pie ese rostro antinatural.

Tenía miedo de acercarse demasiado a la jaula, pero a veces se aproximaba lo bastante como para ver la flor. Se extasiaba viendo cómo aquel ser horripilante se enfurecía, y, prudentemente alejada, se reía de la chirriante disonancia que producían las amenazantes dagas de la flor. A veces, cuando se acercaba a la jaula, Dama Blanca se limitaba a ponerse rígida, y Brynhild comprendía que la estaba observando, igual que un gato estudia un ratón. André le había dicho que los ojos invisibles en sus hojas y su tallo estaban realmente desarrollados.

Sentía un placer perverso al saber que su presencia constituía un tormento para esa flor casi humana que parecía adorar a André. Como si aquella cosa pudiera entenderla, guardando la distancia, le contaba cómo la amaba, y André le hablaba de la boda, para la que faltaban tan solo tres semanas. Una vez, después de una de aquellas escenas, Dama Blanca se abalanzó sobre ella y la atacó con sus dagas, con tanta violencia que Brynhild a duras penas consiguió escapar.

La joven sabía que, antes o después, una de las dos sucumbiría a manos de la otra.

—Será esa *bête blanche* —se prometió Brynhild, usando el nombre que madame Fournier había dado a la planta.

* * *

A medida que los días pasaban, André se fue quedando más delgado, más pálido, más espectral. Era completamente distinto al joven atleta bronceado del que Brynhild se había enamorado, dos años atrás, en las Bermudas.

—Es por su alimentación —se lamentaba su madre—. ¿Cómo puede un hombre fuerte y trabajador sustentarse con poco más que leche? ¿Qué vamos a hacer, Brynhild? Se está matando. A veces incluso me pregunto si su cerebro funciona bien. —Se echó a llorar débilmente—. ¿Lo viste ayer, bajo la lluvia?

—No. Cuénteme.

—Caminaba como un sonámbulo, con la cara pálida levantada hacia el cielo lluvioso. Cuando fui hacia él y le pedí que entrara en casa, se negó. Me dijo que lo dejara solo, que había encontrado la forma de actuar igual que una planta bajo la lluvia fría. Está tramando algo misterioso a fin de parecerse lo más posible a las criaturas que crecen en la tierra.

—¡Es esa Dama Blanca! —dijo Brynhild con amargura—. Pensar todo el rato en un monstruo como ese desquiciaría a cualquiera. Esa horrible aberración también está afectando a mis nervios. Hago cosas estúpidas. —Se sonrojó, pensando en sus visitas a la extraña planta.

—Tenemos que vigilarlo, Brynhild.

Así lo hizo la joven, y eso le provocó un sufrimiento aún mayor, porque su vigilancia reveló que André no solo pasaba buena parte del día con Dama Blanca, sino que con frecuencia visitaba a la planta por la noche.

La pasión que su prometido sentía antes por ella había muerto. Su amor parecía haber ascendido a un plano espiritual, etéreo en su pureza y ternura. Ya no hablaba de su próxima boda; casi parecía haberla olvidado.

Cuando estaban los dos solos, la conversación solía derivar hacia temas morbosos.

—La muerte es algo hermoso en una tierra como esta, llena de flores —le decía él—. ¿No te alegra pensar, Brynhild, que cuando te dan sepultura en la tierra cálida y dulce, tu cuerpo se disuelve en sus elementos químicos para volver a elevarse hacia la luz a través de las hojas, los tallos y las flores fragantes?

Una noche, cuando solo quedaba una semana para esa boda que André parecía haber olvidado, el joven se desmayó. Cuando recuperó la consciencia gracias a los cuidados de su madre y de Brynhild, volvió hacia ellas sus grandes ojos oscuros y suplicó casi sin aliento:

—Quiero que las dos me hagáis una promesa.

—¿Qué, hijo mío? —preguntó su madre.

—Que, cuando muera, me enterraréis, a poca profundidad, bajo mi Dama Blanca. —Sus párpados agotados se cerraron—. ¡Ah, madre! Pensar en cómo las raíces de esa dulce criatura se hunden en la tierra, bajan hasta mí y resucitan mis átomos para llevarme a una vida nueva, más dulce...

—¡André, cariño! ¡No! ¡Nos partes el corazón!

—Pero ¿me lo prometéis?

—¡Sí! ¡Dios mío, ayúdame!

Una vez que André se hubo recuperado y se quedó descansando en su habitación, Brynhild y madame Fournier se apartaron a un rincón para dar rienda suelta a su abrumador pesar.

—No podemos esperar ni un día más, hija —dijo la madre—. André morirá antes de la boda. Tenemos que destruir a esa *bête blanche*.

—Pero, madre, ¿eso no le afectaría demasiado en estos momentos?

—Mejor unos días de sufrimiento que una tumba bajo ese monstruo. —Se estremeció madame Fournier.

—¿Dónde está el hacha, madre? —El rostro de Brynhild estaba tan pálido como su vestido.

—Lo haré yo, querida. Soy una mujer anciana y, además, su madre. Quizá matar a esa cosa medio humana pueda considerarse un asesinato; pero, siendo él mi hijo, tengo derecho a hacerlo.

—¡No! —La voz de Brynhild era casi feroz—. Quiero hacerlo yo. Dama Blanca me odia y yo la odio a ella. ¿Dónde está el hacha?

—Espera un poco. Aún es temprano. Alguno de los sirvientes podría verte.

Brynhild esperó a que la noche avanzara y se hiciera más oscura para salir de la casa con un hacha y una linterna. Esta vez no había luna que le sirviera de guía a través de los laberintos floridos. Como un animal que olisqueara sus huellas, un fuerte viento que soplaba del mar la seguía y le tironeaba de la falda y de las mangas largas y anchas, y le azotaba la cara con el pelo.

Tenía la sensación funesta de quien planea hacer correr la sangre con violencia. En su mente había bosquejado cómo iba a hacerlo. Colocaría la linterna de modo que su luz cayera sobre Dama Blanca. Después, rápidamente, abriría la puerta y usaría el hacha.

Dama Blanca nunca había tenido un aspecto tan hermoso como entonces. A la luz de la linterna, apareció erguida y silenciosa entre sus hojas cerosas, con el velo de gasa azotando el aire a su alrededor, con sus brazos como dagas recogidos, igual que una novia recatada a la espera del novio. Brynhild no sabía qué esperar de aquella criatura extraña, y su silencio la asustó aún más que el estruendo más terrible que la planta hubiera producido jamás.

Antes de levantar el pestillo, se quedó mirando a aquel ser, horrorizada, temblorosa, llena de desprecio. Dama Blanca también la estaba mirando, y esperaba.

En el momento en que Brynhild abrió la puerta y entró, un alarido similar a la voz aguda de una mujer rasgó la noche. Una y otra vez, de aquellos brazos como dagas, frotándose entre sí, salía aquel

atroz chillido quejumbroso, y Brynhild comprendió que el viento lo arrastraría, más allá, hasta los oídos de los ocupantes de la casa.

Las manos exánimes de la joven casi dejaron caer el hacha. ¿Cómo podía empuñar un arma contra ese rostro carnoso y humano, contra algo que podía gritar como una mujer?

Pero el recuerdo de los ojos febriles de André la sacudió. Debía hacerlo por el bien de su prometido.

Aferró el hacha, la levantó y avanzó, mientras el viento zarandeaba su cuerpo y el pelo le azotaba los ojos. Descargó el arma con poco acierto. El golpe fue a dar en una de las ramas, que se partió con un repugnante chasquido, como de huesos aplastados.

Otro chillido espantoso desgarró la noche, un aullido de crimen y violación; pero antes de que murieran sus agudos ecos, una voz menos horrible, la de una mujer, lanzó un grito de angustia.

Era Brynhild.

El viento, que agitaba su ropa, había hecho volar una de sus largas mangas hacia Dama Blanca, donde se enredó —o la planta la atrapó— en uno de aquellos brazos como dagas. La segunda daga embestía con furia una y otra vez.

La joven, trastornada por el dolor y el miedo, atrapada como estaba, y tratando de esquivar los embates de la daga, no era capaz de usar el hacha en su defensa.

El velo blanco cayó de la cabeza de aquel ser. Antes de que Brynhild pudiera volver a blandir el hacha, la daga le asestó otra puñalada. Esta vez se clavó en la carne de su hombro izquierdo, y la joven, medio desmayada, se desplomó.

Mientras caía, oyó pasos que corrían hacia ella. La voz de André gritó:

—¡Brynhild!

Durante un momento, Dama Blanca interrumpió sus golpes y lanzó un aullido de triunfo. Luego, la daga lanzó otra cuchillada y Brynhild sintió cómo la sangre cálida se escurría por el brazo.

No llegó a perder por completo el conocimiento, y solo percibió de forma vaga que alguien empezaba a asestar golpes cortantes, y que su brazo izquierdo se liberaba de aquella horrible prisión. Sintió que

alguien la levantaba y llevaba en brazos durante varios metros. Notó la mejilla áspera y sin afeitar de André contra la suya, y escuchó tiernas palabras de amor pronunciadas por aquellos labios que se acercaban a los suyos.

André la soltó en el suelo con cuidado y gritó pidiendo ayuda. ¡Pobrecillo! Hubo un tiempo en el que podría haberla llevado en brazos a través de toda la isla.

Con un esfuerzo supremo, Brynhild abrió los ojos. La linterna seguía donde la había dejado, de modo que su resplandor caía sobre Dama Blanca, o lo que quedaba de ella. Ahora la planta no era más que una masa informe de hojas y pétalos triturados.

—Sí, lo he hecho —dijo la voz seria de André—. ¡La *bête blanche* te habría matado, cariño! —La besó con avidez—. También yo he sido una bestia... y un insensato. ¡Perdóname!

Más tarde, cuando Brynhild tuvo las heridas vendadas, escuchó a André decir tres sencillas palabras que la llenaron de alegría.

—Tengo hambre, madre.

LA RISA

G. G. PENDARVES

(1929)

G. G. PENDARVES

1885-1938

Bajo el nombre de G. G. Pendarves encontramos a Gladys Gordon Trenery. Nació en Liverpool, aunque su familia procedía de Cornualles, región en la que pasó mucho tiempo y donde ambientó varias de sus historias. Trabajó como periodista y comenzó a escribir ficción en 1923, año en el que debutó con «El cabalista». Su relato de 1924 «La tumba del diablo» fue reeditado en la revista Weird Tales en 1926, y esta fue la primera de diecinueve historias que vendería a la denominada «revista única». Varios de sus relatos incluían una posesión de una forma u otra. «La tumba de Goonhilly» (1930) trata de un mago maligno cuyos poderes continúan vigentes, incluso después de su muerte, en una parcela de tierra. «Desde las oscuras colinas del infierno» (enero de 1932) cuenta con un violinista cuya música invoca a una fuerza maléfica que genera una batalla entre la vida y la muerte. «Criatura de la oscuridad» (agosto de 1937) es, quizá, su relato más conocido, y es la historia de una casa encantada situada cerca del lugar donde ella vivía, en Wirral. Durante su vida no publicó ninguna colección de relatos, pero sí se han publicado dos volúmenes póstumos: Criatura de la oscuridad (2005) y Treinta monedas de plata (2009). Esta última recopila toda la serie de relatos que escribió sobre el Medio Oriente.

LA RISA

G. G. PENDARVES

I

ESTÁ BIEN, SEÑOR DREWE. FIRMARÉ EL CONTRATO , aunque solo usted podría haber regateado con la maldad que lo ha hecho.

El cuerpo alto y demacrado de la persona que hablaba vibró de indignación, y sus extraños ojos claros ardieron como faroles incandescentes. Había en ellos algo que me recordó a un inquietante y amenazador mar de color gris, y el tono de su voz me trajo a la cabeza el murmullo triste del viento que precede a una tormenta.

Sentí un escalofrío al girar la vista hacia mi cuñado, Jason Drewe. Era irritante ver lo satisfecho que estaba consigo mismo, repantingado en el sillón más cómodo de la oficina, con un puro caro en la boca, su corpulenta figura vestida con el traje de *tweed* ligero más elegante posible y una orquídea en la solapa.

Jason era un hombre muy rico, aún lo bastante joven para disfrutar del dinero, y tenía un hijo que heredaría sus millones algún día. La pérdida de Mavis, su esposa, había sido para él una molestia más que una pena. Era como si se hubiera muerto solo para fastidiarle la vida. De hecho, su muerte era uno más en la lista de agravios que atesoraba en su contra.

Si de verdad se le podía romper el corazón a alguien, él lo había hecho con mi hermana, y yo le odiaba por ello. Habría cortado sin problema toda relación con él, pero le había prometido a Mavis que vigilaría al niño y que contrarrestaría la influencia de su padre en la medida de lo posible. Jason no sabía nada de esto. Creía que me mantenía cerca de él por su dinero y se burlaba de mí por ese motivo sin disimulo, pese a que jamás estuve en deuda con él.

Habría preferido limpiar las calles o vender perritos calientes antes que deberle un solo centavo.

Era absurdo sentir pena por él, sobre todo en aquel momento triunfal en el que había conseguido comprar el terreno que quería al precio que quería, y permanecía sentado delante de mí, sonrosado y complacido como un bebé rechoncho después de beberse su biberón.

Eldred Werne, a quien Jason había acorralado con éxito, era la persona de quien todo el mundo se habría compadecido. Sin embargo, yo solo sentía admiración por alguien tan decidido y con la fuerza de espíritu de Werne. Aunque era pobre y estaba muy enfermo, para mí no era objeto de lástima.

Como socio júnior de la agencia inmobiliaria Baxter y Baxter, fui testigo de la firma del acuerdo entre Werne y Jason. Deseé mil veces que este asunto no se le hubiera confiado a mi agencia. Era una transacción sórdida y despreciable en su conjunto.

—Firmaré —repitió Werne. Acercó la silla a mi escritorio y cogió los papeles con sus manos flacas, en las que se le marcaban las venas azules—. Suya será la tierra al precio que ha querido... ¡por ahora!

Al instante, el miedo y la sospecha se reflejaron en los ojos de Jason, pequeños y de párpados pesados.

—¿Qué demonios quiere decir? —preguntó—. Si firma esos papeles, el terreno será mío, y no hay poder en este mundo que pueda hacerme pagar por él una suma mayor que la que está escrita ahí en negro sobre blanco.

—No me refería al dinero. —Werne habló en un tono extrañamente calmado, pero a la vez tan amenazante que volví a sentir erizarse cada pelo de mi cuerpo—. Es cierto que no va a abonar por él ni un centavo más.

—Tiene razón. Toda la razón, Werne. —La voz grave de Jason resonó por toda la sala.

—Y, aun así, creo que al final pagará más. Sí, le saldrá más caro en el fondo, señor Drewe.

Jason se giró hacia mí, furioso y con chulería.

—¿Acaso estas escrituras no están atadas y bien atadas? ¿Qué está insinuando? ¡Si hay alguna fisura en este contrato, me

encargaré de borrarlos de la faz de la tierra a ti y a tu maldita agencia inmobiliaria!

Antes de que pudiera responder, Werne empezó a reírse. Allí sentado, estuvo un buen rato riendo. Era una risa atroz. Las mejillas se le encendieron de un color intenso y los ojos le brillaron con malicia. Se rio hasta que le dio un ataque de tos, y por fin se reclinó hacia atrás, exhausto. El pañuelo que se llevó a la boca se tiñó de una mancha sospechosa.

—Voy a aliviar su preocupación, señor Drewe —dijo al fin. Su voz ronca aún conservaba restos de las carcajadas anteriores—. Le saldrá caro, pero el pago no será en dinero. ¡Ni en nada material!

—¿Qué está diciendo? ¡Eso no tiene ningún sentido! —rugió Jason.

—En efecto, no lo tiene. De hecho, es algo bastante infrecuente. Le hablo de pagos que poco tienen que ver con el dinero, algo que no se puede contar en dólares ni en centavos.

Jason parecía dudar entre llamar a la policía o pedir auxilio médico. Vigiló a Werne de cerca mientras este firmaba los documentos.

Cuando terminaron con las firmas, Eldred Werne se puso en pie y se quedó mirando a Jason. Fue una mirada larga, extraña, profunda, como si quisiera aprenderse sus rasgos de memoria. En lo más hondo de los ojos de Werne volvió a brillar una chispa de diversión. Fue solo un destello, y al momento desapareció.

—No teme pagar ningún precio, siempre que este no altere su cuenta bancaria, ¿verdad?

—¿Qué otro tipo de pagos se pueden realizar? —preguntó Jason, realmente sorprendido.

—¡Es usted increíble! —dijo Werne—. Producto de su tiempo y de su clase. Tan lógico y limitado y, discúlpeme usted, completamente estúpido.

La cara sonrosada de Jason se puso de color púrpura.

—Si no estuviera usted enfermo... —empezó a decir.

—Soy un enfermo a quien acaban de desplumar por completo, con gran satisfacción para usted —interpeló Werne.

—Me ofenden sus comentarios —prosiguió Jason con grandilocuencia—. Dadas las circunstancias, no veo motivo para

continuar con esta conversación.

—¡Quédese! —gritó Werne. Jason estaba ya poniéndose su abrigo de pieles y se preparaba para marcharse—. Creo que es justo que le advierta de que, si muero en Denver City, ¡volveré! Y entonces estaré en mejor posición que ahora, sin este maltrecho cuerpo mío. Volveré para hacerle pagar un precio más adecuado por mis acres de Tareytown.

Jason se le quedó mirando, con una de sus rollizas manos de manicura perfecta agarrada al pomo de la puerta. Envuelto en su abrigo de pieles parecía un enorme buey peludo con un gesto estúpido de perplejidad en su enorme rostro.

—¿Queeé? —tartamudeó. Después, al asimilar el significado de las palabras de Werne, se inclinó hacia delante y nos enseñó todos los dientes de su boca en un auténtico bramido de júbilo—. ¿Me está amenazando con aparecerse? —explotó, con las venas de la frente tan hinchadas que parecía que iban a reventar—. Bien, compañero, si imaginarse eso le reconforta, no seré yo quien le desanime. ¡Será bienvenido a Tareytown en cualquier momento! El fantasma de Tareytown, ¿eh? Le dará un aire distinguido a la finca. ¿Y en qué quiere que le pague? ¿En bebidas espirituosas? —Jason casi estalló en una risotada ante su cómica ocurrencia—. Espíritus y bebidas espirituosas, ¡la combinación perfecta!

Con una última risita fatua, Jason abrió la puerta y salió. A través de la ventana le vi subirse a su nuevo cupé y marcharse. Aún sonreía por su reciente comentario ingenioso.

—El declive del hombre —murmuró Werne, casi para sí mismo—. No hay duda de que Jason Drewe desciende del simio en línea recta. Un necio, un necio ciego y atontado.

II

Era un día perfecto de finales de otoño de ese mismo año cuando pisé la finca Tareytown por primera vez.

Me despedí del taxista en la enorme entrada de piedra y subí caminando entre los bosques, despacio. En comparación con el ruido y el ritmo frenético de Nueva York, la quietud dorada que me rodeaba me era muy placentera. Me acordé del pobre Eldred Werne, que nunca volvería a disfrutar de la belleza y la calma

sanadora de aquel lugar. Había visto su esquila. Tan solo un mes después de decir adiós a sus derechos sobre los maravillosos bosques de Tareytown, había fallecido en Denver City. Desde entonces, pensé muy a menudo en la amarga soledad que debió de haber enturbiado sus últimos días.

Entre los árboles refulgían destellos azules del brillante río Hudson, y más allá, el rojo ardiente de los acantilados Palisades. El campo se extendía por doquier hacia el horizonte neblinoso que tanto debían de haber ansiado los ojos moribundos de Werne.

Entonces, de repente, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Me di cuenta de la calma insólita y amenazante que reinaba en el siniestro bosque. No se veía ni un pájaro ni una ardilla correteando entre hojas y ramas, ni siquiera una mosca zumbando entre los difusos rayos de sol.

Miré en rededor con creciente recelo. ¿Qué era lo que comenzaba a angustiarme cada vez más? ¿Por qué parecía que los inmensos árboles me escuchaban? ¿Por qué sentía el impulso de mirar por encima del hombro? ¿Por qué el corazón me aporreaba el pecho y de repente tenía las manos heladas?

Tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerme y no empezar a correr por el camino de subida hacia la casa. El sendero giraba una y otra vez sobre sí mismo a través de la ladera de la colina sobre la que se erguía la casa, conocida por el nombre de Red Gables. Pasaron diez minutos hasta que llegué, sin aliento, al punto en el que el edificio apareció ante mi vista. Tenía el tejado rojo y una chimenea alta pasada de moda.

En un rincón del amplio porche vislumbré la figura de un niño y solté un «Hola» en voz alta, contento de tener una excusa para romper aquel silencio raro y antinatural.

El niño era mi sobrino, Tony, que me saludó a su vez y bajó a mi encuentro corriendo por el camino.

—¡Hola, tío John! ¡Te estaba esperando! ¿Has subido por el bosque tú solo? —La voz del niño denotaba su temor, reforzado por sus asustados ojos oscuros.

Solo tenía ocho años, y era igual que su madre. Gracias a Dios, no había en él ni rastro del orgulloso materialismo de Jason... Era un tipo de persona totalmente distinto, en cuerpo y en mente. Yo quería

al niño, y entre nosotros había florecido una amistad verdadera a pesar de la diferencia de edad. Era curiosa la sensibilidad y la madurez que demostraba para su edad, y para un soltero como yo, era fantástico que un niño me hiciera sentir importante, tal y como hacía Tony.

—¿Y por qué no iba a caminar solo por el bosque? —pregunté, mirándole mientras me restregaba la cabeza contra el brazo como un potrillo simpático.

—Yo no lo haría —respondió.

—¿Por qué no, amigo? Ahí no quedan lobos ni osos, ni siquiera indios, ¿no?

—No te rías, tío. —Su voz se hundió hasta convertirse en un susurro—. Ahora no me da tiempo a explicártelo, pero hay algo en ese bosque. Algo que no puedes ver y que... ¡está!

Clavé los ojos en el niño, y volvió a atravesarme de arriba a abajo el escalofrío que había sentido al subir hacia la casa.

—Mira, Tony —empecé—. No puedes...

—Ahí hay algo, hay algo, ¡de verdad! —dijo con vehemencia. Hablaba en serio—. ¡Algo que se ríe, algo que está esperando!

—Que se ríe, que espera —repetí como un lánguido eco.

—Lo oirás tú mismo —respondió—. Y entonces verás. Padre no me permite hablarle de esto, y dice que, si estuviera jugando en vez de leyendo libros, oiría y vería la mitad de las cosas que oigo y veo ahora.

—Justo lo que le pasa a él —murmuré para mí.

—Estoy seguro de que padre también lo oye, solo que no lo dice —continuó Tony—. Pero he notado una cosa: no deja que nadie llame a las puertas. Incluso los sirvientes entran en su estudio sin llamar. Y eso que antes era tan... tan...

—¡Sí, sí! —dije secamente—. Entiendo.

Con su manita apretó la mía en señal de advertencia. Nos acercábamos a la puerta de entrada de Red Gables, y pude ver la figura grande y la cabeza enorme de Jason Drewe que se alzaban, amenazadoras, en la penumbra del interior de la casa.

—Y bien, John —bramó mi anfitrión, al tiempo que se levantaba de las profundidades de una silla inmensa y se acercaba, con un puro en la mano—. ¿Ya te has hecho rico?

Así me saludaba todas las veces. Era esa clase de hombre irritante que tiene un repertorio limitado de comentarios ocurrentes y se aferra a ellos con persistencia, tanto si vienen a cuento como si no.

Aquel día, sin embargo, se hacía evidente que mostrar el entusiasmo y la autocomplacencia habituales le costaba un esfuerzo tremendo, y he de reconocer que me sobresaltó bastante el cambio que había sufrido su aspecto. Parecía ser consciente de ello, pero aun así mantenía cierta bravuconería en sus ojos hundidos cuando los giró hacia mí, como desafiándome a hacer cualquier observación sobre su apariencia de enfermo.

Me impresionó sin duda lo delgado que estaba y lo gris que tenía la piel, así como la preocupación y el tormento que reflejaban sus ojos. Miraba todo el tiempo de un lado a otro con un movimiento brusco de su enorme cabeza, como si oyera el sonido de una llamada esperada, pero inoportuna.

Me indicó que me sentara en una silla y sirvió las bebidas con mano titubeante, lo que corroboraba el cambio experimentado desde la última vez que nos habíamos visto, alla por la oficina de Baxter y Baxter.

Tony se acurrucó a mi lado, sentado en el brazo de mi sillón y callado como un ratoncillo. No participaba en la conversación, pero su inteligencia precoz le capacitaba para seguirla sin problema, estoy convencido. El niño, observador y silencioso, irritaba a su padre, y en mitad de la charla Jason se volvió hacia él, molesto.

—¿Por qué no te vas y sales a divertirte a la calle como cualquier otro niño de tu edad? Todo el día dando vueltas por la casa como un perrito faldero y perdiendo el tiempo entre libros. ¡Siempre mirando a las musarañas como si estuvieras dormido! Igualito que tu madre, igualito —terminó en un murmullo exasperado.

Cuando nos quedamos solos, Jason me miró con el ceño fruncido.

—¡Parece más una niña que un niño! —comentó con amargura—. Tiene menos fuerza que una bebida sin alcohol. ¿De qué sirve levantar un negocio y labrarle un futuro, si después va a tirarlo todo por la borda?

Siguió hablando del tema muy alto y rápido, sin que yo participase. Me chocó que estuviera hablando para vencer sus propios

pensamientos desagradables. Se estaba alterando, escudándose en un supuesto enfado, para que la sangre le corriera más caliente y rauda por las venas.

A su manera, dentro del limitado alcance de su primitiva naturaleza, Jason amaba al niño, y toda la esperanza y ambición que abrigaba estaban centradas en Tony y en su futuro. Le dejé extenderse y especulé desconcertado sobre el motivo que habría llevado a mi cuñado a tener el alma tan atormentada. Debía de ser algo tremendo para haber hecho tambalear su colosal egocentrismo, me dije a mí mismo, y más aún cuando se trataba de algo que estaba desesperado por ocultar; un temor no reconocido que le había picado y herido en lo más hondo bajo su gruesa piel.

—No estoy nada satisfecho con ese colegio al que va, ¡no estoy en absoluto satisfecho! —continuó—. Yo me pregunto, ¿de qué sirve llenarle al niño la cabeza de tonterías fantásticas cuando tiene que vivir en un mundo lleno de judíos, políticos y estafadores? ¿Cómo va a aprender a ganarse su propio pan cuando en esa maldita escuela se lo dan todos los días recién horneado? ¿Cómo va él a...?

Dejó de hablar de repente, al tiempo que emitía un gemido ahogado y extraño. Alguien llamaba a la puerta con unos ruidosos golpes. Fue un redoble ensordecedor, como tambores de guerra retumbando por toda la casa.

La gran sala, iluminada por la luz del sol hasta ese momento, se oscureció de pronto. Una ráfaga de viento que entró por la ventana abierta pasó justo a mi lado, y un aire helado acarició mi mejilla. El terror que había sentido poco antes en los bosques se apoderó de mí de nuevo, y vi cómo la cara de Jason se convertía en una máscara de miedo y de asco.

El silencio fue evidente durante un momento, y en esa quietud se oyó una risa fuerte, atronadora.

Sonó como si alguien estuviera fuera, justo al lado de la casa, y tuve la visión vívida de una figura convulsionando y contoneándose de risa. Pero esta figura de mi imaginación no me invitaba a reírme, aunque como regla general nada es más contagioso que una buena carcajada. Pero no era el caso de esta risa odiosa.

Me precipité a la ventana y miré afuera. Después fui como un rayo

hacia la puerta, sin pensarlo. Salí al porche dando un traspiés y corrí alrededor de la casa movido por un extraño frenesí, con el deseo histérico de saber quién, o qué, estaba allí riendo... riendo... riendo.

Solo acerté a vislumbrar algunas caras aterrorizadas en las dependencias de los sirvientes, en la parte trasera de la casa, al pasar corriendo por delante. Vi cómo cerraban de un portazo puertas y ventanas.

Cuando regresé a la sala de estar, Jason se había ido. Me senté, sin aliento y muy alterado. Me había dado de bruces con el secreto (o parte de él) en toda su magnitud. Me quedé sentado, con la pipa apagada colgando de la boca, durante casi una hora, hasta que el horror aplastante del episodio se disipó un poco.

Jason volvió cuando estaba pensando en subir a mi habitación a cambiarme para la cena. Cualquier idea que hubiera albergado de pedirle explicaciones se vio frustrada por el extraordinario cambio que percibí en él.

Era el mismo de siempre. Grande, rosáceo y opulento, entró en la sala tan campante. Se plantó de pie a mi lado y me miró desde su imponente metro ochenta. Solo alguien que le conociera tan bien como yo podría detectar que tenía un ligero brillo desafiante en los ojos, la voz áspera y la sonrisa una pizca más amplia de lo habitual.

Jamás le aprecié y admiré más que en aquel momento. Tomé la firme decisión de mantenerme a su lado ante este problema y enfrentarlo juntos. Les ayudaría a él y al niño en todo lo posible.

No soy un hombre supersticioso, y nadie que me conozca, ni amigo ni enemigo, podrá decir de mí que soy un incauto. Pero aquí había algo inexplicable y maligno que sobrevolaba los bosques solitarios de Tareytown, como un espectro de alas oscuras.

Subí despacio a mi habitación, pensativo, con la mente aturdida por la confusión y la perplejidad. A medida que la noche avanzaba, y la oscuridad invadía la casa, mi mente también se fue tornando más oscura y atemorizada.

III

—¡Hola, Soames! Menudo cambio respecto al jardín de la terraza de Nueva York, ¿eh? ¿Le gusta estar aquí?

El viejo jardinero apoyó sus manos nudosas sobre el mango de la

pala, una encima de la otra, y sacudió la cabeza a derecha e izquierda.

—No fue un buen día para el amo cuando decidió trasladarse a Tareytown, señor. ¡Fue un día aciago!

—¿Por qué lo dice? ¿No crecen bien las plantas?

—¡Ya sabe por qué lo digo, señor! Se lo veo en la cara.

—He de confesar que este lugar es un poco deprimente —respondí—. Es por la época del año, sin duda. El otoño siempre tiene un toque melancólico.

—No hay ningún problema con la estación del año —dijo el anciano. Se inclinó hacia delante y bajó la voz hasta hablar en un susurro—. ¿Es que no lo ha oído?

Me sobresalté ligeramente, de forma involuntaria. El jardinero frunció la boca y asintió.

—¡Ya veo que sí!

Se acercó a mí y me miró a los ojos. Su cara morena, que enmarcaba unos ojos azules algo apagados, estaba hecha un manojo de arrugas provocadas por la ansiedad.

—Señor, si puede ayudar al amo, por el amor de Dios, ¡hágalo! Es un bicho raro, duro de pelar, lo sé, pero le sirvo desde hace treinta y cinco años y no quiero que le suceda nada malo. No va a admitir que oye cosas raras, ni se va a alejar de esta casa maldita con el niño. Se quedará hasta que les suceda alguna desgracia. Está muy enfadado porque no lo entiende, no es capaz de comprender que hay algo más aparte de los seres de carne y hueso, y que también puede dañarnos.

Las palabras del anciano salieron como una corriente imparable, resultado de una angustia reprimida durante mucho tiempo. Me maravilló que alguien mostrase tal preocupación por una persona como Jason Drewe.

—Estoy perdido, Soames —dije despacio—. ¿Quién es el que llama a la puerta y se ríe?

La mirada del jardinero se ensombreció.

—No es un hombre mortal, señor. No es mortal.

—Vaya, Soames, es usted más supersticioso que nadie —dije, intentando quitarle hierro a su comentario.

—Verá, señor —dijo, al tiempo que me tiraba de la manga para

llevarme a los arbustos que estaban detrás de nosotros—. Le voy a contar algo que no le he dicho a nadie. Es lo que oí por casualidad una noche, la noche que esta cosa vino por primera vez. Era tarde, yo estaba entretenido, amarrando unas ramas de la enredadera que crece en la pared exterior del estudio del amo. Oí unos golpes en la puerta, fuertes y durante un buen rato, como si estuviera llamando el mismo emperador de Roma, así que levanté la vista para ver quién era. La puerta estaba solo a un metro de distancia de donde estaba yo con las tijeras en la mano. Y no había nadie en los escalones ni en ningún otro lugar cercano a la casa. Me quedé mirando, preguntándome quién habría sido, y entonces oí la risa. Se me heló la sangre y me quedé allí, temblando, como un álamo en mitad del vendaval. Desde entonces, todas las noches, nos visitan esos golpes y esa risa, puntuales como un reloj.

Miré a mi interlocutor, horrorizado e incrédulo.

—Y una vez —continuó—, oí al amo invocar a alguien. Con voz fiera y horrible, gritó: «¿Ha venido a por su bebida espirituosa, Eldred Werne? ¡Pues llévesela!» Al mismo tiempo, vi una botella de whisky que salía volando por la ventana y caía a mis pies. Sentí un viento helado que me cortaba la cara, como si viniera directo de un iceberg. Me quedé inmóvil, con miedo a mover un solo dedo, y en ese momento oí la risa alejarse por el sendero, entre los árboles. Se hizo cada vez más suave, como si alguien se fuera andando camino abajo. Y riendo y riendo para sí mismo todo el tiempo.

Escuché espantado al anciano, y me vino a la mente una imagen nítida de la última vez que vi vivo a Eldred Werne: una figura alta y macilenta, el rostro impresionante con unos rasgos preciosos, como esculpidos en piedra. Pero, sobre todo, vi sus extraños ojos grises cuando fijó en Jason aquella mirada profunda, el fuego burlón que flameaba en ella, y el desprecio insondable de su boca fuerte.

«¡Lo pagará, lo pagará caro!» Las palabras resonaron en mis oídos como si Werne estuviese a mi lado, pronunciándolas en aquel mismo instante.

Me senté de golpe en un árbol caído y encendí un cigarro con dedos temblorosos.

—Mire, Soames —dije por fin—. No debemos dejar que esta cosa nos despoje de toda razón y sentido común. Reconozco que es un

asunto bastante desagradable y espantoso, pero me niego a creer que no haya una explicación natural para ello. Quizá alguien que le guarda rencor al señor Drewe le esté tendiendo una trampa. Puede que sea un plan bien urdido para asustarle y hacerle enfadar. Hubo un... malentendido entre su amo y el señor Werne en relación con la compra de esta finca de Tareytown, y el señor Werne habría sido capaz de tramar una meticulosa venganza para saldar cuentas con él. Estaba muy enfermo, recuerde. Y un hombre enfermo puede ser vengativo e irracional.

—Me imaginaba que había pasado algo entre los dos —murmuró Soames—, pero no sabía con certeza qué era.

—A partir de ahora, usted y yo vigilarémos la casa —dije—. Nos organizaremos para estar fuera, por turnos o los dos a la vez, en cuanto anochezca. Y si... si no vemos nada, si no encontramos a nadie...

—No lo haremos, señor.

—Pues entonces haré lo posible por persuadir al señor Drewe de que se marche de este sitio y vuelva a la ciudad.

—No lo conseguiré. No va a rendirse y abandonar, por encima de su cadáver. El amo es muy obstinado. Estalló de ira cuando le insinué que estaba irreconocible y que quizá Tareytown no era el lugar adecuado para él.

Recordé los ojos desafiantes de Jason y cómo, por mi bien, había fingido la noche anterior que estaba igual que siempre. No me quedó más remedio que darle la razón a Soames.

—Haré lo que pueda —dije, al tiempo que me levantaba y me sacudía de encima algunas hojas y ramitas.

—Me alegro mucho de que esté aquí, señor. No me atrevía a decirle nada a nadie hasta que llegó usted. Los sirvientes están muertos de miedo, y no hay semana en la que no se vayan uno o varios. Dentro de poco no habrá ninguno dispuesto a pasar aquí ni una noche más.

—Si pudiéramos convencer al señor Drewe de que mande al niño lejos el resto de las vacaciones...

—No lo hará —fue su lúgubre respuesta—. Eso sería como reconocer que aquí hay algo de lo que tiene miedo. Nunca admitirá algo así. ¡Nunca!

IV

Aquella noche tuvo lugar nuestra primera vigilia. El niño estaba a salvo en el interior de la casa. Me había fijado en que, una vez que se ponía el sol, no traspasaba el umbral de la puerta. Jason se había aposentado en la biblioteca con su bebida favorita, una pila de periódicos y una caja de puros. Allí le dejé, tan inmóvil como el peñón de Gibraltar, e igual de gris.

Soames y yo nos apostamos en posiciones estratégicas a ambos lados del porche, desde donde podíamos ver la gran puerta de entrada. También teníamos una vista completa del porche delantero, que se extendía por delante de la biblioteca, el comedor y el vestíbulo acristalado.

La luna, pálida y serena, surcaba el cielo sobre nuestras cabezas. Sentí un ardiente deseo de encontrarme tan lejos de este pedazo de tierra poseído por el mal como la Luna misma. Me noté el estómago revuelto, casi una náusea, cuando miré a los bosques sombríos de alrededor y advertí el horror insidioso que allí acechaba.

Los minutos pasaban despacio. Las sombras eran cada vez más densas, y el silencio se hizo tan profundo que las hojas que caían emitían una vibración como la de un objeto metálico golpeando el suelo seco. El crujido de los enormes árboles hacía que el corazón me latiera desbocado y furioso contra las costillas.

Vi la figura pequeña y tensa de Soames inclinado hacia delante en actitud de escucha, con la cara girada hacia la puerta de entrada. Parecía un terrier tirando ansioso de la correa.

Yo dirigía la mirada de un lado a otro, hasta que por fin la fijé en la hierba larga que crecía en torno a los troncos de los árboles. De pronto vi cómo estas hierbas se doblaban y agitaban, como antes de un vendaval. Se inclinaban dibujando una línea delgada y larga que avanzaba deprisa desde la negrura de los árboles hacia la zona abierta delante de la casa y hacia el porche de entrada, cuyos escalones amplios refulgían a la luz de la luna como si fuesen de plata.

Tuve que llevarme una mano a la garganta para sofocar un grito al ver con mis propios ojos cómo se iba marcando tan siniestra estela. Avanzaba hacia el borde de la hierba en línea recta, derecha a la puerta de entrada a la casa.

¡Qué momento de insoportable suspense! ¡Qué agonía la terrorífica espera! Entonces el ruido llegó, alto, atronador, espantoso, como un golpe fatal. Puesto que la aldaba se había retirado de la puerta, el golpeteo diabólico sonó sobre la madera desnuda.

La sacudida y el estruendo que provocó me dejaron paralizado. Soames se tambaleó hacia delante y soltó un grito ronco. Fue entonces cuando conseguí moverme, agarrotado e inseguro como un hombre que se mueve por primera vez tras una larga enfermedad.

Cuando nos encontramos al pie de los escalones, Soames y yo nos agarramos el uno al otro como dos niños aterrorizados. Sentí su cuerpo asustado apretado contra el mío.

De repente, el ruido infernal cesó. En el silencio momentáneo que vino a continuación, estalló una carcajada que nos hizo llevarnos las manos temblorosas a las orejas. Pero era imposible tapar el sonido de aquella risa demoniaca. Se hizo oír de nuevo, incontrolable y triunfante, una y otra vez. La visión de alguien sacudiéndose de júbilo volvió a mi imaginación. ¡Pero en el porche no había nadie!

Todo el porche era perfectamente visible, iluminado por la blanca luz de la luna. Nada ni nadie podía haber escapado a nuestra atenta y tensa mirada. Allí no había nadie, y aun así sentíamos que al alcance de la mano había algo invisible e intangible que permanecía de pie riendo, riendo, riendo...

V

Después de aquella noche, el horror que sentíamos fue creciendo.

Soames, que se pasaba el día trabajando en las jardineras y en los arbustos, notó un aumento de las siniestras señales que indicaban que nuestro enemigo estaba haciéndose fuerte y acercándose a las últimas etapas del asedio.

Cada vez era más habitual que el anciano viese la hierba inclinándose y agitándose en forma de espirales y círculos, como si aquella cosa que reía se moviera de aquí para allá en una danza infernal y laberíntica. A menudo Soames notaba el frío gélido que dejaba aquel ser al pasar a su lado, y veía las plantas marchitas y destrozadas que marcaban su recorrido.

Los bosques se volvían más oscuros cada día que pasaba, a pesar de que las hojas caían y el follaje era menos espeso. La neblina otoñal que flotaba como pequeñas nubes blancas en los valles aledaños se convertía en el bosque de Tareytown en una madeja de humo gris y asfixiante, húmedo y podrido como un aliento putrefacto. Tapaba los campos iluminados por la luz del sol que se encontraban más allá de la finca, así como el cielo límpido del otoño, y se enredaba en torno a la casa, arrojando sobre ella una amenaza y una tristeza infinitas.

Las llamadas nocturnas sonaban cada vez más fuertes y estrepitosas, y la risa que las sucedía resonaba una y otra vez por la casa durante toda la noche, pegada a nuestras ventanas. Después se alejaba, y oíamos su eco, estremecedor, desde las profundidades de los siniestros bosques.

VI

Finalmente, el pánico del niño precipitó la crisis.

Jason, que parecía haber sido el causante de la maldición, se negaba a admitir que se había equivocado, así como a tomar ninguna medida que estuviera en su mano, y mucho menos a marcharse del lugar que Eldred Werne había amado con tanta pasión en vida y por el que vagaba con feroz persistencia una vez muerto.

Aunque yo en cierto modo admiraba el coraje de Jason, sus formas no eran las más apropiadas. Me refiero a que su conducta no la dirigía la razón, sino un impulso ciego.

Más de una vez abordé el tema de Tony, pero solo conseguí enfurecerle y despertar en él un rechazo absoluto.

—¿Qué narices insinúas? —me rugió feroz—. Esta es mi casa, ¿no? Son mis bosques y mis tierras. Pagué el precio que firmé en el contrato. Nadie me va a echar de aquí, ¿lo oyes bien? ¡Ni hombre ni demonio!

—Pero ¿y Tony? —protesté—. Tienes que pensar en él. Oye lo que dicen los sirvientes, y oye la cosa esa que llama a tu puerta, Jason. ¡Tú sabes mejor que nadie de lo que te hablo! Está fuera de sí, aterrorizado. ¿No ves que está desesperado? No come ni duerme bien. ¿Acaso quieres matarle, igual que hiciste con su

madre? —añadí con amargura. El recuerdo de la vida infeliz y solitaria de mi hermana junto a Jason me había incitado a hablar así.

Pero Jason era inmune a todo aquello que se propusiera ignorar, así que obvió mis últimas palabras y volvió a Tony.

—El chaval tiene que aprender. ¡Tiene que aprender, caray! Si a mí me vale esta casa, a él también le tiene que valer. Tony se quedará aquí conmigo hasta que terminen las vacaciones. Si cedo ante esto, será el principio del fin. Esperará que le consienta todos los caprichos de nenaza que tiene, ¡y bien sabe Dios que tiene muchos! Yo me quedo aquí, y él también se queda. Punto. ¿Por qué demontres te quedas tú aquí, si tan mal te sientes? —añadió con grosería—. Si tanto miedo tienes, eres libre de marcharte.

No me suponía ningún problema admitir que sí, que tenía miedo. Me maldije a mí mismo por interferir, porque quizá lo único que estaba consiguiendo era empeorar aún más la relación de Tony con su padre.

VII

Esa noche Jason parecía estar del todo poseído. No sabría decir si era porque había bebido de más, o porque había alcanzado el punto álgido en el largo y silencioso combate psicológico contra su enemigo invisible, o porque la figura gris y ciega de la fatalidad había escrito su último capítulo y ya no le quedaba más remedio que obedecer.

Todo lo que pasó esa última y fatídica noche resultó oscurecido y emborronado por la oleada de terror y desolación que arrasó la casa y los bosques circundantes.

Desde muy temprano por la mañana, el ataque contra nosotros se endureció de manera perceptible. A todas horas sentí que estábamos librando una batalla perdida, y no hallé consuelo para Soames cuando me buscó y me llevó al cobertizo de jardinería, tras haber fingido que desayunaba.

Tony se había quedado en la cama, para tremendo disgusto de su padre. El niño no había dormido nada esa noche, así que le di un poco de bromuro y le convencí para que se quedara descansando en su habitación.

—¡Estás haciendo de él un consentido! —gruñó Jason. Tenía los ojos encendidos y con una expresión peligrosa, como los de un jabalí, sobre las mejillas flácidas y cetrinas. Apoyó la taza en el platillo con estrépito, arañó el suelo pulido al arrastrar la silla hacia atrás, se levantó y salió de la sala con grandes y pesadas zancadas. La escalera crujió bajo su peso mientras subía a por el niño.

A lo largo del día, su humor de perros fue empeorando, y todo lo que hacía Tony le parecía mal.

—Recuerde mis palabras —me había dicho Soames esa mañana en el cobertizo de jardinería—. Tengo el presentimiento de que esto está a punto de llegar a su fin. Ese demonio que ríe llamará a la puerta esta noche por última vez, ¡por última vez! ¡Recuerde mis palabras!

A medida que avanzó el día, crecía en mí la certeza de que Soames tenía razón.

Según pasaban las horas, aumentaba la sensación de peligro inminente y terrible, y a su vez Tony estaba más nervioso, y Jason más obcecado. El pánico del niño provocaba en su padre una ira irracional.

El sol se puso aquella tarde tras una gran nube opaca y pesada, que se propagó y oscureció hasta que cayó el anochecer sofocante e impenetrable.

Con la caída del ocaso esperamos temerosos, anticipándonos a la visita habitual. Pero por fin el crepúsculo se tornó en noche cerrada y no sonó ningún golpe en la puerta, ni oímos ninguna terrorífica risa burlona.

Sin embargo, ese silencio no nos supuso ningún alivio. Más bien al contrario, estábamos más tensos y expectantes a cada momento. Tony estaba sentado junto al fuego con las manos temblorosas. Las tenía metidas hasta el fondo de los bolsillos para intentar evitar que su padre se diera cuenta del estado febril en que se encontraba y que hacía sacudir todo su cuerpecillo.

Jason no le mandó a la cama a su hora habitual. Nos quedamos todos allí esperando, nada más que esperando...

Unos troncos grandes ardían sin brillo y de mala gana en la chimenea. El rostro de Jason era una máscara gris. Sus labios gordos formaban una mueca de desdén, y los ojos le resplandecían

entre los párpados hinchados. Era como un animal primitivo arrinconado, una masa de carne inerte desplomada en el sillón junto al fuego agonizante.

Las nueve, las diez, las once. Las horas pasaban despacio, como una tortura. Y nosotros seguíamos allí sentados, como si nos hubieran hechizado, esperando sin más, ¡esperando!

Con el sonido de las campanadas de las doce marcadas por el reloj de la biblioteca, el hechizo se rompió. Se oyó un clamor espantoso que hizo que Tony se pusiera en pie de un salto, al tiempo que aullaba como un animal salvaje atrapado en una trampa.

Para mi sorpresa, Jason se levantó de un solo movimiento. Se quedó con los pies separados y la cabeza baja, preparado para la batalla.

Yo permanecí sentado, agarrando con fuerza los brazos del sillón y paralizado por un terror ciego. Parecía que me hubieran atado con cadenas de acero.

Por fin, ya estaba allí aquella cosa que reía. Los golpes en la puerta resonaron con furia durante largo rato. Descendían a un suave murmullo y volvían a crecer hasta convertirse en embistes tremendos que amenazaban con derribar la pesada puerta. Y por encima de aquellos golpetazos atronadores se elevaba aquella risa fuerte y socarrona, una risa victoriosa, cruel, satisfecha.

Me arrepiento, y me arrepentiré de por vida de lo que pasó entonces. Debería haber sujetado al niño más cerca de mí, con más fuerza, pues estaba demasiado histérico por el miedo como para protegerse a sí mismo. Pero jamás se me habría ocurrido pensar que haría lo que hizo, hasta que fue demasiado tarde. Cuando escapó corriendo de la protección de mis brazos, creí que su intención era buscar otro refugio.

Pero no. El niño estaba fuera de sí, fuera de toda razón y control, desesperado, y corrió directo al corazón mismo del horror que le había vuelto loco.

Oí sus pasos veloces y ligeros por el vestíbulo, y pensé que se dirigía a las escaleras, no a la puerta. ¡Dios mío, no a la puerta!

Se oyó el rápido tintineo de una cadena pesada, luego el graznido de un cerrojo al descorrerse y por último un alarido de terror, largo y lastimero.

Jason y yo salimos disparados al vestíbulo a la vez. Soames apareció corriendo desde las dependencias de la cocina. La puerta estaba abierta de par en par y del porche exterior nos llegó una carcajada larga y exultante.

Salimos lanzados a la noche cerrada. En la distancia, entre los árboles, oímos los últimos ecos de aquella risa infernal. Después nada más.

VIII

Recorrimos el bosque de Tareytown hasta el amanecer. Con el primer destello de luz tenue que despuntaba por el este, le encontramos.

¿Alguna vez han visto a alguien que ha muerto por un envenenamiento violento, por ejemplo, con cianuro de hidrógeno? Los dientes quedan al descubierto en una sonrisa horrorosa, y los músculos de la cara estirados y rígidos como en una carcajada inhumana. Es la máscara más espantosa que la muerte puede imprimir en los rasgos faciales de una persona.

Pues así encontramos a Tony.

Sus ojos, en contraste con la boca sonriente, reflejaban un terror demasiado profundo para expresarlo con palabras. Eran ojos que habían visto lo innombrable y lo inimaginable, el resultado de la más extrema oscuridad al que ningún ser humano puede sobrevivir.

Aquella noche puso fin a mi juventud y a mi felicidad. Jason hizo las maletas y partió a un largo viaje por Europa, cargado con sus miedos y con sus recuerdos. No he vuelto a verle desde entonces.

Por lo que a mí respecta, vivo y siempre viviré en la finca Tareytown. Quizá el espíritu de Tony vague por aquí, perdido y solitario, aún poseído por aquella fuerza del mal que lo atrapó en su red.

Debo quedarme en Red Gables, y tal vez aquí o tal vez en el más allá, llegue a expiar el miedo egoísta que me hizo fallarle a Tony en medio de aquella crisis desesperada.

En algún lugar, acaso traspasado el umbral de la otra vida, me encontraré con el ser que reía, la cosa maligna y resentida que una vez fue Eldred Werne, la cosa que puede que aún posea al niño y lo

retenga cautivo en la tierra, maldito.

Fallé a Tony una vez, pero no lo haré una segunda. Ofreceré mi alma para liberar la suya. Y a lo mejor los dioses de allá arriba me escuchan y aceptan el sacrificio.

A LA LUZ DE LAS VELAS

LADY ELEANOR SMITH

(1932)

LADY ELEANOR SMITH

1902-1945

Lady Eleanor Smith era la hija del abogado y político Frederick Edwin Smith, que fue nombrado conde de Birkenhead en 1919, cuando se convirtió en lord canciller. Padre e hija compartieron un gran entusiasmo por la vida, aunque ambos murieron trágicamente jóvenes: el padre, de cirrosis hepática, y la hija, de insuficiencia cardíaca. Lady Eleanor creía haber heredado sangre gitana e investigó la cultura romaní para su libro Zíngaro (Tzigare, 1935). Por asociación, quedó fascinada con la vida circense y fue la primera presidenta de la Asociación de Aficionados del Circo, en 1934. Incluso realizó actuaciones circenses, montando a caballo. Se entregó con gran vigor a todo lo que le interesaba, y cuando se dedicó a la escritura produjo uno o dos libros al año durante la última mitad de su vida. La mayoría de sus cuentos de «ficción extraña» se encuentran en El circo de Satán (Satan's Circus, 1932).

A LA LUZ DE LAS VELAS

LADY ELEANOR SMITH

Fue durante la cena del sábado por la noche cuando la señora Marriage tuvo que admitir que su fiesta no podía calificarse precisamente como un gran éxito. La compañía era reducida y selecta. Consistía en una pareja casada, el señor y la señora Lethbridge, y en un joven, antiguo miembro de la Guardia Real, llamado Roderick Noakes. También estaba el señor Marriage, pero en realidad él no parecía contar.

En resumidas cuentas, la situación de estas cinco personas era la siguiente: la señora Marriage pensaba que el señor Lethbridge se sentía intensamente atraído por ella, y el señor Lethbridge no estaba seguro de que ella estuviera equivocada a ese respecto. La señora Lethbridge, por otro lado, no ponía ninguna objeción a que su esposo se divirtiera con la señora Marriage, siempre que no interfiriera entre ella y el señor Roderick Noakes, al que se había traído a la fiesta porque no soportaba estar separada de él. El señor Noakes le repetía una y otra vez a la señora Lethbridge que era la viva reencarnación de *La Belle Dame Sans Merci*, e insistía en lo mucho que disfrutaba cerrándole a besos sus crueles ojos. El señor Marriage no estaba enamorado de nadie, pero ignoraba a su esposa e idolatraba su jardín.

El señor Marriage, un corredor de bolsa retirado era un hombre bajo y rechoncho de unos cuarenta años, con cara de mastín inteligente y unos ojos discretos y miopes. La señora Marriage, aficionada a la caza, era alta y esbelta, con piernas largas como las de un muchacho, cabellos de color rubio ceniza y unos ojos acuosos, verdosos y sentimentales. Con frecuencia dirigía esos

ojos, con cierto efecto, hacia el señor Lethbridge, un escultor profesional, hombre alto y fornido de rubicundo atractivo físico. La señora Lethbridge, encantadora, mal peinada y bastante desaliñada, dejaba que sus cabellos de bronce se agolparan sobre su ancha frente blanca; hablaba con una voz ronca semejante a un suspiro, y creía en serio que sus ojos eran violetas. El señor Roderick Noakes, que de vez en cuando le dirigía una mirada pensativa, era un joven robusto y bronceado, de dientes blancos y bigote de cepillo. Antes de conocer a la señora Lethbridge se dedicaba en exclusiva a la caza y al polo. Ahora llevaba tiempo sin montar a caballo.

La cena estaba resultando un fracaso por la sencilla razón de que el señor Marriage no pintaba nada allí. Era inofensivo, sin duda, pero, al mismo tiempo, resultaba imposible ignorarlo del todo; y, por desgracia, aunque él parecía no darse cuenta de eso, hacía que su esposa se sintiera cohibida, mientras que ella hubiera preferido escuchar sin molestias la ardiente conversación del señor Lethbridge. A la señora Lethbridge, sentada a la derecha del señor Marriage, no parecía preocuparle en absoluto esa bobada de los buenos modales, y se dedicaba en exclusiva al señor Noakes; él, por su parte, a veces se sentía un poco incómodo e insistía en dirigir comentarios ocasionales al señor Marriage, que respondía con educados pero vagos monosílabos, consciente, sin duda, de ser un aburrimiento. El señor Lethbridge, sentado a la izquierda del anfitrión, había girado su silla hacia la derecha para mirar de frente a la señora Marriage, como si la cara de su marido le resultara desagradable. En cualquier caso, no se molestaba en mirarlo.

Estaban cenando en el porche, porque aquella noche de junio era suave y radiante. Un retazo de luna, apenas creciente, flotaba entre las nubes movedizas; aunque tampoco había muchas, y en el cielo, de un oscuro intenso, resplandecían racimos de estrellas. El césped al pie de la casa estaba húmedo, grisáceo en la penumbra; a lo lejos, se oía el salpicar de la cascada, con su rumor tintineante, y de vez en cuando, unos murciélagos silbaban suavemente sobre los aleros del porche, revoloteando en círculos. La mesa, alumbrada tan solo por un grupo de velas parpadeantes, parecía un pequeño remanso de alegría, una isla brillantemente iluminada en la vasta oscuridad de la noche. Era irreal, como una escena de teatro. Un

ambiente perfecto para el romance; y, sin embargo, por alguna razón, todo iba mal.

La señora Marriage, inclinada hacia delante, con la cara muy cerca de la del señor Lethbridge, de repente se sintió irritada. ¡Amos era realmente intolerable, sentado allí como un sordomudo, taciturno, impasible, como un esqueleto en medio de la fiesta! Pensó que debería haber invitado a otra mujer, pero las mujeres lo aburrían, a menos que fueran expertas en jardines de rocalla; de cualquier modo, todo se estaba echando a perder. Ella quería salir al jardín oscuro y silencioso con Ian Lethbridge, y quería que Ian Lethbridge la besara. ¡Y el maldito Amos le estaba arruinando la velada! El señor Lethbridge, por otro lado, se preguntaba si ella tenía frío o no. Estaba dispuesto a apostar que no. Él también estaba deseando irse al jardín. La señora Lethbridge, entrecerrando los ojos, dirigió al señor Noakes una deslumbrante mirada de sirena y se preguntó vagamente si *La Belle Dame Sans Merci* había tenido el cabello de color bronce con matices dorados. Tal vez ella fuera la única de los cinco comensales que de verdad estaba disfrutando de la cena, aunque, por supuesto, nadie podía diagnosticar el estado mental del silencioso señor Marriage. Roderick Noakes, apartando su mirada de los ojos entornados de la señora Lethbridge, dirigió a su anfitrión otro comentario desesperado.

—Su jardín debe ser atractivo a la luz del día, señor. Por desgracia, he llegado demasiado tarde para verlo.

La palabra «jardín» surtió un efecto estimulante sobre el señor Marriage, que se animó de inmediato.

—Sí, por supuesto —dijo, casi cordialmente—, ahora mismo no está en su mejor momento: no ha llovido lo bastante. Pero el arriate herbáceo y el jardín de rocas bien merecen una visita. Mañana debería usted levantarse temprano para... —Hizo una pausa, porque algo le inducía a pensar que el señor Noakes no se levantaría temprano a la mañana siguiente.

El antiguo Guardia Real insistió:

—¿Qué es aquella masa oscura de árboles que se ve al final del césped?

—Es el bosque —respondió el señor Marriage en tono

melancólico.

—¿El bosque?

—Sí. Se supone que sus robles y sus hayas son muy hermosos. En los viejos tiempos se decía que era guarida de brujas y espíritus malignos. Hoy en día está infestado de vagabundos—. Y suspiró con fuerza, como si lamentase la ausencia de brujas y la presencia de vagabundos. Luego volvió a caer en el mutismo; pero, como la conversación había languidecido en la mesa, todos habían escuchado su último comentario.

—¡Brujas! —susurró la señora Lethbridge, y volvió a pensar en *La Belle Dame*. Quizá ella también hubiese sido una bruja.

—¡Qué absurdo! —dijo la señora Marriage, mientras miraba con indulgencia al señor Lethbridge. Pero él, dignándose a admitir por primera vez que había otras personas a la mesa, observó con voz arrastrada, con el tono de quien habla con el mundo en general:

—Esas supersticiones tardan mucho en desaparecer. Seguro que incluso hoy en día, en muchas aldeas remotas, los niños siguen arrojando piedras a las ancianas inofensivas que aseguran poder curar dolencias usando hierbas.

—¿Es que las brujas tienen que ser siempre viejas? —preguntó la señora Lethbridge con petulancia.

—Probablemente no —respondió el señor Lethbridge, indiferente. Luego agregó, bajando la voz—: Personalmente, siempre me las he imaginado jóvenes, de largos miembros y cabello rubio. Así es una verdadera hechicera... irresistible.

—¡Ojalá Amos se fuera a la cama! —suspiró la señora Marriage para sí.

Entonces el señor Marriage la sorprendió; su audición debía de ser más aguda de lo que ella había supuesto. En tono coloquial, respondió:

—En absoluto, Lethbridge. Las verdaderas brujas son, por el contrario, siempre de cabello oscuro. ¡Conque una bruja rubia...! —Se echó a reír y luego volvió a quedarse en silencio.

La señora Marriage sintió que detestaba la mera visión de su esposo. Se giró de nuevo hacia Ian Lethbridge.

Sirvieron oporto y brandy. Los comensales bebieron, y en el espacio de unos diez minutos, todos ellos, a excepción del señor

Marriage, se volvieron más amigables. Incluso la señora Marriage, fascinada, repelida y entusiasmada por cierto comentario que le había susurrado el audaz señor Lethbridge mientras se encendía el cigarro, se sintió menos irritada por la callada y embarazosa presencia de su marido.

—¡Pobre Amos! —comentó al fin, en un tono forzosamente alto—. Es lamentable; se ve que está aislado en esta cena. Tendría que haber invitado a otra mujer para completar la mesa. ¿Me perdonas, Amos?

El señor Marriage asintió con la cabeza, en un gesto cortés.

«Ah, es un hombre imposible», pensó su esposa, exasperada de nuevo; ¿alguna vez se había visto a un aguafiestas semejante? ¿Por qué no podía animarse un poco, como todos los demás? Decidió ser audaz: en cuanto Ian Lethbridge hubiera terminado su brandy, le pediría que saliera a pasear con ella por el jardín.

Fue entonces cuando el señor Roderick Noakes procedió a darles un susto.

—¿Qué es eso? —exclamó de repente, incorporándose de un salto y escudriñando el jardín, como si al mirarlo con intensidad pudiera atravesar las sombras más oscuras, aquel negro que teñía la hierba bajo los árboles.

—¿Que qué es qué? —preguntó con brusquedad la señora Marriage; y el señor Lethbridge quiso saber qué demonios les pasaba a aquel hombre y a sus condenados nervios. La señora Lethbridge parecía experimentar una considerable aprensión, e incluso el señor Marriage dejó su cigarro. Pero el señor Noakes se mantuvo firme.

—Allí —dijo obstinadamente, señalando un rosal cerca de la fuente—, hay algo que se mueve. Lo he visto claramente. Mírenlo, ahora... ¿no lo ven?

Todos miraron, pero las sombras eran impenetrables, y se echaron a reír con incredulidad.

—Vengan a verlo, entonces —propuso el señor Noakes, desafiante.

—Ay, sí —repuso entusiasmada la señora Marriage, pensando en salir al jardín—. ¡Vamos a cazar al fantasma, todos juntos! Ven, Ian.

Como si fueran sombras, salieron del luminoso porche hacia la

silenciosa penumbra del jardín; los cigarros de los hombres parecían luciérnagas resplandecientes; las mujeres tenían aspecto de ninfas, blanca la una y plateada la otra.

—Tenemos que desplegarlos —dijo Roderick Noakes con entusiasmo—, y rodear el rosal. Así lo atraparemos.

—¡an —susurró la señora Marriage, en voz baja.

—Hay mucho rocío; se me van a mojar los pies —protestó la señora Lethbridge, molesta.

Acecharon a la presa lenta y cautelosamente, acercándose cada vez más al seto de rosas. El señor Noakes fue el primero; llegó al lugar de la emboscada antes que los demás, y su grito de triunfo resonó sobre el jardín dormido. Se inclinó y pareció agarrar algo que se retorció; pero la luna estaba detrás de una nube y no podían ver con claridad de qué se trataba.

—¿Qué les había dicho? —exclamó en voz alta—. ¿Tenía yo razón o no? Miren, lo he atrapado; una ninfa, un fantasma u otra condenada criatura, pero aquí está, dándome patadas, ¡maldita sea!

Todos se aproximaron, olvidando por un momento sus aprensiones, y al examinar la escena más de cerca advirtieron que el señor Noakes tenía agarrado el brazo de una joven, o una mujer, envuelta en una larga capa. El señor Marriage encendió una cerilla.

—Una gitana —observó con tono reprobatorio; luego el fósforo se apagó, pero no antes de que la señora Marriage tuviera una brillante idea.

—¡Escuchad! —dijo emocionada, pellizcando el brazo del señor Lethbridge—: ¡Hemos encontrado justo lo que queríamos, la mujer que nos faltaba para Amos! Perfecto, ¿os lo podéis creer? Roddy, tiene que volver al porche y tomarse una copa; dile que la necesitamos en la fiesta.

—Qué absurdo —murmuró el señor Lethbridge, disgustado—; justo cuando íbamos a salir al jardín.

—Tonterías —respondió ella—; tenemos tiempo de sobra, y esto es divertido. Así podremos tomarle el pelo un poco a Amos.

Y regresaron todos al porche, encabezados por el triunfante señor Noakes, que aún tenía a la desconocida agarrada del brazo, y por la señora Lethbridge, que no parecía muy contenta con él.

Alcanzaron esa isla brillante que era la mesa de la cena como

marineros náufragos, arrojados a la costa desde el oscuro océano del jardín. A la luz de las velas, el señor Noakes, que agarraba aún a su cautiva, se giró ansioso para examinarla; mientras los otros, acercándose, miraban con una especie de curiosidad burlona a esa criatura que habían encontrado arrastrándose en la negrura de la noche.

La gitana era joven, una mujercilla enclenque envuelta en un remendado manto rojo; sus delgadas piernas estaban desnudas; también llevaba desnuda la cabeza, con una melena de pelo ondulado negro como el carbón; su cara podría haber sido hermosa si no hubiera tenido un aspecto más salvaje y primitivo que la de un animal; sus grandes ojos ardían, sin mostrar asomo de miedo, y su piel tostada tenía el tono marrón de un helecho. Llevaba collares hechos de bayas rojas, como cuerdas de coral, alrededor de la garganta; había briznas de hierba y trozos de plantas silvestres adheridos a sus negros cabellos serpenteantes; sus pies solo estaban cubiertos por unas ásperas sandalias que parecía haber fabricado ella misma.

Había dejado de resistirse al comprender que sus esfuerzos eran inútiles, y ahora estaba tranquila, mirándolos con ese aire desafiante y astuto tan propio de los de su raza. Tal vez por ser tan feroz como una loba, su mera cercanía provocaba que las otras mujeres, incluso siendo ambas más hermosas que ella, parecieran poco interesantes, comunes y corrientes, como un par de muñecas de cera. La señora Marriage, a pesar de llevar su vestido de satén blanco, había adquirido el aire de un gañán desaliñado, demasiado angulosa para aquellos ropajes tan elegantes y tan femeninos; la señora Lethbridge, que antes tenía un aspecto salvaje, ahora parecía, al lado de aquella tigresa, más doméstica que un rollizo gato atigrado tumbado en una alfombrilla.

El silencio, que al principio les había parecido divertido, se había vuelto algo hostil; el señor Lethbridge lo rompió con brusquedad:

—¿Y podrías decirnos —exigió, metiéndose las manos en los bolsillos— qué estabas haciendo, arrastrándote por el jardín, como si nos estuvieras espiando?

La gitana preguntó, con una curiosa voz ronca:

—¿Este jardín es de *usté*?

El señor Marriage, que se había mantenido apartado, intervino entonces.

—No, el jardín es mío —notificó, conmocionado hasta la médula—. ¿Qué estabas haciendo, invadiendo una propiedad privada a estas horas de la noche? ¿No estarías...? —casi se ahogó al pronunciar aquellas palabras—, ¿... no estarías intentando robar mis... mis plantas de rocalla?

La gitana deslizó sus ojos hacia él y lo miró especulativamente, mientras cambiaba su peso al otro pie.

—¿Robar? Yo no robaba. He *entrao* en el bosque y he visto sus luces. Me he *escondío* ahí, en los arbustos, *pa* verlos comer. No quería hacer *na* malo. Yo ya me iba...

El señor Marriage le preguntó a bocajarro:

—¿Tienes hambre?

—¿Hambre? —La gitana lanzó una extraña risa ronca—. Más *qu'eso* ; me rugen las tripas, sí, señor, se lo aseguro.

La señora Marriage batió palmas.

—¡Ah, esto es maravilloso! ¡Amos se encargará de darle la cena! Vamos a sentarnos otra vez. Y toca la campanilla, Roddy: que traigan algo de comer para la gitana. Busca una silla para tu amiga, Amos.

Se arrellanaron de nuevo, encendieron sus cigarrillos e hicieron circular los licores, mientras la gitana tomaba asiento con gran compostura a la izquierda del señor Marriage, esperando a que el mayordomo le trajera la comida. Al fin, llegó un plato de pato frío, con ensalada y patatas, seguido de tarta de grosella y crema. (¡Que aspasen al mayordomo si se iba a rebajar a resucitar el pescado para una sucia vagabunda!)

La gitana era realmente asombrosa; se zampó la comida en dos o tres bocados, como un perro, y bebió un poco de vino, arrugando la nariz como si fuese medicina. Todos se quedaron observándola, igual que si fuese uno de esos fenómenos de feria que se presentan al público encerrados en una jaula; y ella les devolvió la mirada con un escrutinio descarado y desafiante.

—Bien —comentó al fin el señor Noakes, sirviéndose un poco más de oporto—, ahora que la señora ya ha comido, tal vez debería hacer algo para entretenernos. ¿No dicen que los gitanos bailan, o

cantan o adivinan el futuro? ¿Qué tipo de trucos realiza usted, señora?

La señora Marriage lo interrumpió. Curiosamente, había estado observando a su esposo, y la había sorprendido la docilidad con que él había aceptado la inclusión de la gitana en aquella fiesta tan variopinta. Habría jurado que Amos protestaría... él, que siempre había sido tan tedioso y convencional; pero no lo había hecho. No había planteado ninguna objeción; y, a decir verdad, había hecho dos o incluso tres breves comentarios en los últimos diez minutos. Así que, en su calidad de anfitriona, comentó alegremente, mientras el señor Lethbridge le servía una copa de Grand Marnier:

—Por supuesto que hará algo para entretenernos, como una buena chica, ¿verdad, gitana? Vaya, justo hace un momento estábamos hablando de brujas, y aquí tenemos una caída del cielo; porque todos saben que las gitanas coquetean con eso de la brujería. ¿Sabes leer la buenaventura?

La gitana asintió.

—¿La buenaventura? Claro que sé, en las palmas de las manos o en la bola de cristal, como más guste la señora. ¿Quiere que le diga la suya?

—La mía y la de todos los demás —ordenó imperiosa la señora Marriage.

De algún pliegue secreto de su harapienta capa, la gitana sacó una radiante bola de cristal, que brillaba como fuego blanco a la luz de la luna, y que también atrapaba los destellos rojizos de las velas de la mesa, cada vez más consumidas. Apartó su plato, colocó la bola frente a ella y esperó con paciencia. Parecía pensar que aquello era justo, ya que había comido, y debía pagar algo a cambio de la cena.

—Yo primero —dijo la señora Marriage, impaciente.

La gitana lanzó una ojeada a los comensales.

—¿Y el resto de la gente, se van o se quedan?

—Nosotros no nos vamos —respondió Ian Lethbridge.

—Por supuesto que no; la mitad de la diversión está en escuchar la buenaventura de los otros —declaró la señora Lethbridge con su voz ronca.

La señora Marriage, envalentonada por el Grand Marnier, se

encogió de hombros.

—¡Bueno, no me importa! Seamos atrevidos. Adelante, gitana.

Pero esta la miró con unos ojos como estanques oscuros.

—No puedo decir lo que veo con *tos* ellos escuchando. La buenaventura debería ser secreta. Eso me enseñó mi *agüela* hace años, allí en el brezal de cerca de Norwich.

—Bobadas —replicó la señora Marriage—. Si a mí no me importa, ¿qué más te da a ti? Aunque —y se dirigió a sus invitados— si yo lo hago en público, entonces vosotros también. ¿Estamos de acuerdo? —Y cuando todos asintieron, se volvió de nuevo más hacia la gitana —: Vamos allá. Y dime la verdad, ¿eh? Cuéntame todo lo que veas.

La gitana se encogió de hombros. Que se vayan todos al infierno, parecía decir su gesto. Se inclinó sobre el cristal, lo abrazó con sus largas manos tostadas, reflexionó unos instantes y luego levantó la vista; sus grandes ojos brillaban con una luz demoníaca que la hacía parecer una auténtica hechicera, como si ardieran con fuego y azufre procedentes directamente del infierno, o de Satanás, su amo y maestro.

—Me produce escalofríos —susurró la señora Lethbridge con un estremecimiento.

La gitana empezó a hablar con su voz grave y ronca.

—Está *usté* pensando en liarse con ese caballero de ahí. —Y sacudió la cabeza en dirección al galvanizado señor Lethbridge—. Debería, los dos hacen buena pareja. *Usté* tiene dinero, y él no. A él le gusta *usté*, de momento, y le sería fiel durante el tiempo que pudiera; unos dos años, quizá tres. Después de eso, *usté* lo dejaría; es de las que se cansa pronto de los hombres. Antes no era así; pero tuvo *usté* un hijo que se murió, y desde entonces solo quiere diversión. Todavía no sabe si liarse con el señor o no, y yo no puedo decírselo, porque cuando intento mirar eso, la bola se llena de nubes. Tal vez sí lo haga, porque tiene *usté* una gran debilidad por ese caballero. Si lo hace, cruzará los mares... Ahora enséñeme la palma de su mano: puede que ahí vea algo más.

Durante el terrible y helado silencio que siguió a este vaticinio, la señora Marriage apartó la mano, como si temiera que un escorpión pudiera clavar en ella su aguijón; tenía la cara pálida, a excepción de las manchas de colorete, y el corazón le latía con violencia.

Lanzó una mirada de pánico hacia las sombras, donde el señor Marriage estaba sentado en silencio, tan en silencio que rezó por que estuviese dormido o ensimismado, soñando con su jardín. El señor Lethbridge, recomponiéndose con gran esfuerzo, soltó una carcajada sonora y forzada.

—¡Maldita mentirosa! —le dijo a la gitana—. Quién te ha llenado la cabeza con ese montón de estupideces, ¿eh?

La gitana permaneció en silencio, mirándolo despectiva. El señor Lethbridge, ansioso por desviar la atención de su persona, se apresuró a señalar con un dedo tembloroso a su esposa.

—Ahora tú, Chloe. Vamos, ángel mío, escucha a la vidente. Oigamos algunos de sus encantadores secretos, para variar.

—Yo no —respondió la señora Lethbridge, en un tono que no se parecía en absoluto al que mantenía en las reuniones sociales—. Lo que he escuchado de los tuyos, granuja, es suficiente para toda la velada... y ¡por el amor de Dios, no dejéis que esa gitana se acerque a mí...! Me pone la carne de gallina, como una serpiente... Roddy, dame otra copa de licor.

Pero el señor Noakes se había levantado de su silla para acercarse a la vidente. Aunque estaba algo borracho, aún mantenía una conducta caballerosa.

—Ahora yo —dijo con firmeza—. Vamos, pequeña diablilla. Y dilo rápido, ¿qué ves?

—¡Ni se te ocurra, Roddy, insensato! —protestó la señora Lethbridge, histérica—. No con el bestia de lan aquí al lado...

—¡Ah, cállate, Chloe! Vamos, gitana, ¡date prisa!

La aludida inclinó otra vez su cabeza oscura sobre la bola de cristal. Cuando volvió a alzar los ojos, estos relucían como los de un gran felino, a pocos centímetros del rostro acalorado del señor Noakes. Aquellos ojos lo subyugaron durante un instante, perforándolo hasta la médula como focos reflectores. Entonces la gitana empezó a hablar.

—A su señorona, esa de ahí, *usté* le gusta mucho más que al revés. Ahora mismo no se lo parece, pero espere un poco... en seis meses conocerá *usté* a otra, con la que querrá irse, pero entonces la señorona le dará problemas...

Una breve exclamación sofocada surgió de labios de la señora

Lethbridge. La gitana se giró, la miró brevemente y continuó:

—Cartas, eso es lo que va a causar el problema. Cartas de *usté*. Mala cosa... ya las ha escrito, y ella las tiene. Le espera un futuro negro, caballero, y más de una vez que le vendrá la tentación de despacharse *usté* mismo, pero no lo haga... tenga paciencia, y al final conseguirá a la joven señorita. Apostar a las cartas tampoco va a traerle suerte... Caray, si solo con la otra noche...

La cara del señor Noakes se había cubierto de curiosas manchas. Con un movimiento brusco y repentino, dio un manotazo y golpeó la bola de cristal, que cayó rodando pesadamente de la mesa al suelo. Luego lanzó una risotada fea y desafiante.

—¡Ya basta, mentirosa! ¡Maldita seas! ¿Quién te ha adiestrado para hacer esto? No sabes qué ganas tengo de retorcerte ese condenado cuello...

Todo el fuego había desaparecido del rostro de la gitana, que respondió de forma hosca y desganada:

—Me ha *preguntao usté* la buenaventura y se la he dicho. Yo no me invento *na*. *To* está ahí.

Y se metió bajo la mesa para buscar su bola de cristal, mientras la señora Marriage, al amparo de todo el desorden y la confusión, se deslizaba hacia el jardín, como un raudo fantasma.

Amos no había escuchado nada, ¡ni siquiera se había despertado cuando Roddy había golpeado la bola de cristal y la había arrojado de la mesa! ¡Qué maravilla! Nunca volvería a regañarle por quedarse dormido después de la cena. Así que se marchó a toda prisa, y el señor Lethbridge, después de lanzar una última mirada ceñuda a la gitana, ignoró a su esposa y se alejó para buscar con discreción a la anfitriona. La señora Lethbridge estaba demasiado agitada para advertir su marcha; pálida y llorosa, se alejó hacia las puertas acristaladas y se quedó allí inmóvil, mirando con tristeza hacia el salón. El señor Noakes se unió a ella, bastante molesto.

—¡Chloe! ¡Por el amor de Dios, no montes una escena! No te habrás creído esa jerigonza, ¿no?

La señora Lethbridge murmuró:

—Lo sabía todo sobre nosotros. Y tenía razón en eso, ¿verdad?

—¡Ah, eso...! —Él se metió las manos en los bolsillos—. Ha acertado por casualidad, eso es todo. Estos gitanos son

terriblemente avispados. Pero, Chloe...

—Sabía lo del dinero que perdiste; lo de esa deuda que no puedes pagar. Sabía lo de Ian y Phyllis. ¿Eso también lo ha acertado por casualidad?

—¡Vamos, déjalo, Chloe! Sabes que solo me gustas tú, que no hay nadie más. ¿No puedes ser razonable?

—Me voy a la cama —respondió ella con petulancia, y se alejó por el salón. El señor Noakes se quedó allí, maldiciendo por lo bajo. Sacudió el puño en dirección a la gitana, vaciló de nuevo y luego entró corriendo en la casa tras la señora Lethbridge.

Ahora el porche estaba muy silencioso. La gitana había recuperado su bola de cristal; aún de rodillas, la frotó suavemente con su capa y, cuando estaba a punto de volver a guardarla en el bolsillo, se le ocurrió mirar hacia la figura oscura, apartada y solitaria del señor Marriage, reclinado en su silla. Lo observó un instante en silencio y luego se dirigió a él.

—¿No quiere *usted* que le diga también la buenaventura?

El señor Marriage pareció despertarse.

—No, gracias —respondió; tenía una voz cansada—. Ahora será mejor que te vayas a casa, ¿no?

Ella ignoró ese comentario.

—¿Estaba *usted* durmiendo?

—No, estaba despierto.

—Lo que he dicho era *verdad*, ¿no?

—Creo que lo habrá sido —coincidió el señor Marriage.

—La del pelo amarillo es su esposa, ¿no?

—Sí.

La gitana comentó, en tono de voz acariciante:

—Debería haber estado *usted* durmiendo, caballero.

Y se levantó con rapidez, envolviéndose en su capa.

—Espera un momento —dijo él; fue hacia la mesa, trajo una vela y la sostuvo cerca de la cara de la gitana, alumbrando con la luz parpadeante su piel morena, sus dientes blancos y sus mechones negros y serpenteantes—. Eres una muchacha extraña. Me pregunto qué piensas tú de todo esto, de esta gente. ¿Habías visto alguna vez a personas así?

—¡Ah! —respondió ella, con aspecto reflexivo—. Sí, muchas

veces. En las carreras.

Y sus labios se curvaron en una curiosa sonrisa.

—¿Y los tuyos? ¿Alguna vez se comportan... así? —preguntó el señor Marriage, sintiendo que tenía que hablar con alguien para no volverse loco.

—¿Los míos? No, no creo. Esas cosas solo las hacen los señoritingos.

—¿Estás casada?

—No.

—¿Y qué haría un marido gitano —preguntó el señor Marriage entristecido— si descubriera que su esposa le es infiel?

—No sé. Sacar la navaja, supongo.

La indiferencia impersonal de la gitana, su completa falta de interés por aquellos problemas domésticos, que se manifestaba justo después de su diabólica actuación como profetisa, suscitaba la profunda atención del señor Marriage. ¿De verdad estaba poseída por un fuego brujeril cuando miraba la bola de cristal, o tan solo era una soberbia actriz?

Tras hacer una pausa, comentó:

—Si yo le sacara un cuchillo al bueno de Lethbridge me juzgarían por homicidio intencional.

—Pues váyase *usté* de aquí —sugirió la gitana con desgana.

—No tengo ningún lugar a donde ir —confesó él, tras un intervalo en el que pareció considerar aquella propuesta—. Eso es lo mejor de ser un gitano como tú. No tienes raíces; para ti, cualquier sitio es bueno.

Pero la gitana se mostró en rotundo desacuerdo.

—No —dijo con firmeza—, eso no es *verdá*. Algunos sitios son mucho mejores que otros.

—¿Y a dónde vas esta noche? —preguntó él.

—¿Yo? —Se dejó caer sentada con las piernas cruzadas en el suelo del porche mientras jugueteaba con su bola de cristal, sosteniéndola en alto para que los rayos de la luna la alcanzaran, como lanzas plateadas—. ¿Yo? Al amanecer estaré en la *encrucijá* de más allá del bosque. Allí me espera un caballo; un mozo de nuestra raza lo traerá de las riendas, y yo estaré lejos antes de que salga el sol, llevando en mi talega algo que a *usté* no le importa,

caballero.

—¿Adónde irás?

—A un brezal a cincuenta millas de aquí. Allí, donde la aulaga crece fuerte, encontraré mi *guarí*a y esconderé lo que llevo encima. Daré de beber a mi caballo, dormiré allí, entre los brezos, y estaré otra vez en marcha al amanecer.

—¿Para ir adónde?

—A buscar a mi tribu, que está acampando en un sendero verde, después de haber *cruzao* a campo abierto.

—Eso parece muy vago —comentó el señor Marriage—. ¿Y si no los encuentras?

—Ah —respondió ella—, seguro que los encuentro, incluso si se esconden bajo tierra, como zorros. Los rastrearé siguiendo las *güellas* que dejan por los caminos: *puñaos* de hierba, cruces hechas con palos, nudos de helecho... Cosas que marcan la ruta.

—¿Y tu tribu se alegrará de verte?

—Sí, señor. Harán un festín de carne *robá*, y no me extrañaría que hubiera también cantos y violines. *To* eso por mí.

La gitana suspiró, y él comprendió que sentía nostalgia de la música y la alegría; ella que se había arrastrado en la noche, muerta de hambre, para observar cómo ellos comían en el interior de su brillante círculo, a la luz de las velas.

—Y después, ¿a dónde irás? —preguntó con melancolía.

—Más allá de la frontera.

—¿Qué frontera?

—La de Gales. Entre las montañas. Allí vagaremos libres hasta que termine el verano. Yo tejeré cestas y estaré *to* el día por ahí, leyendo la buenaventura a las sirvientas, y luego, al atardecer, volveré, como las palomas, a los matorrales donde vivimos *escondíos*. Nadie puede encontrarnos ahí, solo los conejos y las golondrinas. Nuestras casas son siempre secretas.

Hizo una pausa y él lo lamentó, porque su voz se había convertido en una profunda música, y sonreía mientras hablaba, mostrando el resplandor de sus blancos dientes.

—Me voy ya —dijo ella.

—No, espera un momento, por favor —volvió a intervenir el señor Marriage—. Cuando tú estás fuera, ganando dinero, ¿qué hacen los

hombres de tu tribu?

—¿Ellos? —Se quedó pensándolo y sonrió de nuevo—. Pasárselo bien. Trapichean con los caballos, se cuentan chismes, fuman en pipa, tocan un poco el violín... o pescan truchas en el arroyo, o se ponen sus guantes de boxeo... Son hombres habilidosos con los puños.

—Idílico —dijo el señor Marriage, y suspiró—. Pero cuando llega el invierno, ¿qué hacéis? Eso ya es otra cuestión, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza.

—No pasa *na* . Acampamos en graneros, o en pajares, y encendemos fuego. No pasamos frío, a diferencia de *usté* y los suyos, y podemos oler la primavera a una milla de distancia. ¡El invierno no está mal!

Se levantó, guardó su bola de cristal y se quedó mirando al jardín. La luna, apenas creciente, parecía más pálida; las estrellas eran menos brillantes.

—Amanecerá en una hora —dijo—; tengo que irme a la *encrucijá* .

El señor Marriage se acercó a ella y le tiró de la capa.

—Escucha —dijo—. Llévame contigo.

—¿A *usté*?

—Sí. A mí... Quiero alejarme de aquí. Estoy harto de todo esto. Déjame ir contigo.

Ella volvió los ojos hacia él.

—¿Así *vestío*? ¿Con su ropa elegante?

—No, claro que no. Podría cambiarme, no tardaría nada. Pero, por favor, ¿me dejarás ir contigo?

—¿Y qué hay de los otros, los del besuqueo en el jardín? ¿Y de la señora del pelo amarillo?

El señor Marriage repitió obstinadamente:

—Quiero irme de aquí. Estoy cansado de ellos, de todos ellos.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, *usté* sabrá. Véngase conmigo, a mí me da igual. Y podemos turnarnos *pa* subir al caballo. Aunque tiene que darse prisa.

—No tardaré ni diez minutos. Pero espérame, por favor.

Y entró en la casa.

La gitana esperó, mientras las estrellas se desvanecían y una veta

rosa aparecía en el cielo. Comprendió que nadie la veía y, como era una de esas personas que rara vez desaprovechan las oportunidades, se deslizó por las puertas acristaladas hasta el salón; hurtó varias cajas de rapé antiguas con incrustaciones de joyas y las ocultó bajo su capa. Luego regresó al porche.

Mientras tanto, el señor Marriage se puso su suéter de jardinero y unos pantalones de franela. Se metió algunas monedas en los bolsillos, improvisó un hato con algunos pañuelos y un par de calcetines y salió de su dormitorio de puntillas, como un conspirador. En el pasillo, casi se chocó con el señor Roderick Noakes, que pareció desconcertado por toparse allí con él, y que tartamudeó algo sobre que la señora Lethbridge le había pedido que fuera a buscar una aspirina.

—Siempre me ha llamado la atención —comentó el señor Marriage— que la cantidad de dolores de cabeza que contraen los invitados de las fiestas en las casas de campo resulta desproporcionada respecto a la cantidad de vino que se ha bebido en la cena. Sin embargo, no quiero hacerle perder el tiempo. Adiós, Noakes. —Y le tendió la mano.

—¿Adiós?

—Sí. Me voy con la gitana, y tenemos que estar en la encrucijada al amanecer. Después de eso, nuestro itinerario es incierto. Pero no deje que eso impida que mi mujer insista en preguntarle adónde he ido.

Y tarareó mientras corría escaleras abajo.

La gitana seguía esperándolo, envuelta en su capa.

—¿Preparada? —preguntó el señor Marriage.

Ella asintió.

—Entonces, vámonos.

Cruzaron juntos el césped, superaron los rosales y la cascada que había más allá. De repente, al aproximarse a un bosquecillo de tejos con un banco de mármol, se escuchó una exclamación de sorpresa, y la señora Marriage apareció junto a ellos como un espectro. Detrás de ella, el brillo de un cigarro indicaba la ubicación del señor Lethbridge.

—Vaya, Phyllis —dijo el señor Marriage.

Ella soltó un jadeo y puso un brazo en jarras.

—Pensaba —declaró— que te habías acostado, Amos. No podía dormir con este calor tan sofocante y me he encontrado a Ian aquí. Debe de ser muy tarde.

—Lo es —confirmó el señor Marriage—. De hecho, es mejor que no nos hagamos perder tiempo. Tenemos que estar en la encrucijada al amanecer.

—¿De qué estás hablando?

—Me marcho con la gitana —explicó el señor Marriage con satisfacción—. En primer lugar, iremos a un brezal, después a un sendero verde y, luego, creo que cruzaremos la frontera. ¿No es así? —le preguntó a la muchacha, que asintió con la cabeza en silencio.

—No entiendo ni una palabra de lo que estás diciendo —comentó la señora Marriage en tono distraído.

—Intenta prestar atención. ¿Es que no estoy hablando claro? La gitana y yo nos vamos juntos, tal vez para siempre. ¿Lo entiendes?

Haciendo un esfuerzo, ella consiguió centrarse en las palabras de su marido.

—Si se trata de una broma, no tiene ninguna gracia —replicó enojada.

—No se trata de ninguna broma —explicó con paciencia el señor Marriage—. Te juro que es la verdad. Estoy harto de ti y de Lethbridge, y de esta casa, y de mi vida e incluso de mi jardín. Así que voy a empezar una nueva vida, y la gitana se viene conmigo. Lo siento, Phyllis, pero de verdad es que no puedo soportarlo más.

—¡Ah, ya veo! —dijo ella, furiosa—, ¡estás intentando humillarme con esa vagabunda, para hacer que yo renuncie a Ian! Bueno, pues déjame decirte que no podrías haber hecho nada más falto de tacto, ni más estúpido. No voy a...

El señor Marriage la interrumpió.

—Lo has entendido todo mal —le explicó con franqueza—. Caramba, incluso si no volvieras a ver a Lethbridge nunca más, eso no cambiaría para nada mis planes. Ya he tomado una decisión. Phyllis, ¿no ves que hablo en serio?

El señor Lethbridge intervino.

—Escuche, Marriage...

—¡Silencio! —le ordenó el señor Marriage con brusquedad—. Ya

estoy harto de ti. Supongo que si me estuvieras esculpiendo me colocarías un par de cuernos en la cabeza... Bueno, pues mi paciencia ha llegado al límite; te deseo que disfrutes de Phyllis con todo mi corazón.

La gitana, que había permanecido inmóvil durante la conversación, se dirigió al señor Marriage por encima del hombro.

—Vamos —dijo, con tono indiferente.

—Ya voy —respondió él—. Adiós, Phyllis, espero que no tengas más problemas con los sirvientes. Adiós, Lethbridge. Dile a Noakes que espero que mañana se encuentre mejor de su dolor de cabeza.

La gitana, sin lanzar una sola mirada a su espalda, se encaminó de inmediato hacia el portón que daba al bosque. Él la alcanzó a grandes zancadas, apenas consciente de que su esposa se había echado a reír histéricamente en el césped, y de que el señor Lethbridge, que la rodeaba con su brazo, no conseguía calmarla del todo. El señor Marriage y la gitana caminaron juntos en silencio hasta llegar a la carretera. Luego él se dirigió a la joven:

—Es extraño, ¿sabes? —le dijo—. He esperado casi cuarenta años para emprender una aventura como esta.

—La *encrucijá* está a una milla de distancia —observó la gitana, que era, a todas luces, una persona de ideas fijas.

Apretaron el paso.

En unos diez minutos estaban atravesando un paseo; una especie de túnel formado por las ramas arqueadas de unas hayas. La noche era silenciosa; sus pies se apoyaban suavemente en la hierba.

—*Esto'stá* bien, ¿no? —le preguntó la gitana de repente, y le sonrió como a un compañero.

El señor Marriage, corredor de bolsa retirado, respiró hondo.

—Sí —convino—, «bien» es justo la palabra que yo elegiría para describirlo.

Pasaron como sombras oscuras entre los árboles, aún más oscuros que ellos, y desaparecieron sin dejar rastro.

LA MELODÍA MARAVILLOSA

JESSIE DOUGLAS KERRUISH

(1931)

JESSIE DOUGLAS KERRUISH

1884-1949

Jessie Douglas Kerruish, que descendía de una vieja estirpe, oriunda de la isla de Man, se aseguró un lugar inmortal en la literatura, al menos entre los incondicionales del terror, con The Undying Monster (1922), donde se mezclan la licantrópía y la maldición sobre una familia. Es sorprendente que este libro, que cosechó una gran popularidad, y fue incluso llevado al cine en 1942, fuera rechazado por varios editores. Jessie era sorda de nacimiento, y aunque su madre viuda contaba con medios suficientes, su hermana mayor trabajaba de modista y la propia Jessie se ocupaba de las tareas domésticas. Se conoce poco sobre su carrera de escritora, que debió de iniciarse en torno a la Primera Guerra Mundial, probablemente cuando su madre murió en agosto de 1914. Fue asidua colaboradora de The Weekly Tale-Teller, y fue en esa revista donde apareció en 1915 su serie de cuentos arábigos llamada Babylonian Night's Entertainment, que editaron luego como libro en 1934. Kerruish ganó el primer premio de 750 libras (en torno a unas 50 000 libras actuales) en un concurso organizado en 1917, por su novela de aventuras Miss Haroun al-Raschid. A esta le siguió A Girl from Kurdistan (1918), ambientada en Persia (actualmente Irán). Era amiga de Christine Campbell Thomson y realizó varias aportaciones para la serie de antologías que esta compiló en los años treinta del siglo xx bajo el título Not at Night. Por desgracia, la vista y la salud le fallaron en años sucesivos y eso truncó su actividad literaria.

LA MELODÍA MARAVILLOSA

JESSIE DOUGLAS KERRUISH

Parecía tan insignificante e inocente cuando Larssen estuvo ensayando los pequeños detalles... Aparte, era Magia; ergo, Zarandajas.

—¿Qué es la *Melodía del rey de Huldra*? —preguntó Iris.

—La composición cumbre de la música Huldra. Asociado a ella hay un hechizo —dijo Larssen.

—Siempre que se toque íntegra, todos los presentes deben bailar siguiendo su ritmo —siguió informando él—. Aparte, el intérprete no puede parar de tocarla... por mucho que lo desee...

¡Bien sabe el cielo cuánto deseaba él mismo dejar de tocarla esa noche! Yo también quisiera olvidarla: ¡quitarme de la cabeza esa melodía, el ruido sordo de sus bestiales zambombazos, amortiguados por el acolchado de las almohadillas! Si plasmaba lo sucedido mediante palabras, pensé, tal vez no me vendría a la memoria tan a menudo.



Sucedió hace ya una larga temporada, cuando ir desde Davos hasta Italia en invierno significaba emprender un viaje penoso. Pero solo ahora puedo contar la historia, después de haberlo acordado así con Einar Larssen. Los años han endurecido los nervios de Madame Larssen, de manera que si ella se tropezase por azar con este relato y ahora reconociera tras los nombres falsos lo que no llegó a presenciar en Fasplana Inn, mi narración ya no la dejaría

trastornada de por vida.

Mrs. Walsh e Iris habían sido convocadas a través de un telegrama para que acudieran *in extremis* al lecho de muerte de un pariente. Esto sucedía por décima vez en tres años y el moribundo estaba en un balneario del norte de Italia. Iris y yo llevábamos apenas un mes prometidos, así que incluso una persona tan resuelta como Mrs. Walsh tuvo que hacer la vista gorda para dejar que yo las escoltara. Partimos hacia Davos con bastante confort, y hasta que atardeció, no nos enfrentamos a ningún contratiempo, quitando las escalas para cambiar de carruaje.

El crepúsculo se convirtió de pronto en noche cerrada, que nos sorprendió cuando aún estábamos atascados en la mitad de un puerto inusualmente complicado de los Alpes Réticos. Caían pesadamente unos copos de nieve gruesos como los dos dedos gordos unidos, y el paisaje se había emborronado y adquirido un tono gris mate, sin estrellas. El reflejo ceniciento de la nieve próxima era el único indicador de que seguíamos en la Tierra, y no dando tumbos sobre los escombros de algún otro planeta, en medio de un espacio vacío e infinito. Al llegar al Hospiz que había en la cima del puerto nos montamos en un trineo. Antes de ponerse en marcha, el conductor les quitó todos los cascabeles a los caballos porque su tintineo habría podido estremecer alguna acumulación de nieve estratégicamente ubicada sobre nuestras cabezas.

Conque así de sigilosos continuamos el viaje, deslizándonos por el terreno tapizado de nieve. A veces nos topábamos con el extremo de un poste telegráfico que sobresalía un poco de la superficie, de forma que sus alambres rasgueaban un arpa eolia justo a ras de nuestros pies. La nieve caía a raudales, espesa como nunca, cuando tuvimos el accidente. La causa fue un patinazo después de chocar con un obstáculo enterrado que no vimos. Las mujeres cayeron sobre la nieve, mientras que yo aterricé sobre un poste de telégrafos y sufrí todas las lesiones: pronto noté hinchazón y un abominable dolor en la muñeca y en mi hombro izquierdo, que parecía haberse quedado mustio de repente y sin sensibilidad. El resto de la excursión en trineo fue una pesadilla que amenizaron los hilos del telégrafo con su infernal melodía. Cuando vislumbramos el parpadeo de unas farolas en la lejanía, yo ya estaba tan mareado

que no me enteraba de nada.

Cuando volví a ser dueño de todos mis sentidos, estábamos en un espacioso vestíbulo hecho de troncos de madera. En el hogar chasqueaba un buen fuego y un sinnúmero de suizos de todas las edades y tamaños elevaban sus voces en simpáticos coros, mientras Iris y su madre me curaban las heridas ayudadas por un hombre joven y esbelto de crines pajizas.

—Permita que me presente, monsieur, antes de que usted tenga quizá la bondad de cumplir con el protocolo tan apreciado en su país de presentarme a las damas con quienes ya he tenido el placer de alternar durante un buen rato. —Con estas palabras me saludó el joven rubio mientras aún yacía postrado en una butaca. Hablaba bien francés, pero no era de Francia.

—También soy huésped de este establecimiento, y me he visto obligado a permanecer aquí esta noche a causa del corte de la carretera. Mi esposa también se encuentra aquí, pero ahora mismo reposa en su recámara privada. Y mi nombre... ah, me he quedado sin tarjetas... es Einar Larssen.

Los tres reaccionamos al unísono. Estábamos boquiabiertos.

—¿El violinista? —exclamó Iris, a lo cual él respondió con una reverencia, y luego se apartó de la frente un rizo rebelde con ademán cohibido.

Yo hice las presentaciones de rigor. El dueño del albergue intervino y se dirigió a nosotros con nerviosismo:

—Puede que convenga informar a las damas... —empezó a decir. Pero Larssen lo interrumpió. Noté con claridad cómo fruncía el ceño a modo de advertencia, y el suizo pareció entender sus órdenes secretas a juzgar por la expresión que contrajo su rostro.

—Ahora mismo, nuestro anfitrión debería estar exponiéndoles que, incluso en temporada baja, es muy difícil encontrar habitaciones libres en Cuatro Rebecos, madame Walsh —dijo el violinista con gran aplomo—. Pero ya oigo los pasos de madame; ella se asegurará de que les dan un departamento que esté a la altura.

Madame Larssen apareció en ese momento, muy servicial y afanosa, y se llevó a Mrs. Walsh y a Iris. Era una mujer menuda y agraciada, de complexión delicada y poco mayor de veinte años. Me

di cuenta de que todos los suizos —el dueño del hotel y su esposa, los varios criados y nuestro conductor— se intercambiaron miradas en cuanto el trío salió de escena.

—La situación es, sin duda, ciertamente incómoda, monsieur Lambton —dijo Larssen, que súbitamente había adoptado un tono pragmático—. Madame Larssen es de temperamento nervioso, y por su bien nos hemos visto obligados a recurrir a cierto encubrimiento, encubrimiento que quizá haríamos bien extendiendo a madame Walsh y a mademoiselle, pues ellas descansarán mejor si no están al corriente del asunto.

No podía imaginarme a qué se refería aquel individuo. ¿Un mal infeccioso? ¿Bandidos?

—Están tendidos detrás de esa puerta, monsieur —me comunicó el hotelero, voluntarioso, al tiempo que señalaba un punto adyacente al atrio—. Tres cadáveres.

—La mayoría de las damas son reacias a tener esa clase de convivientes —siguió diciendo Larssen, con gran compostura—. Como todos nos habremos ido mañana por la mañana, no hay necesidad de que ellas lo sepan, ¿verdad?

Yo asentí.

—Descansarán mejor si no están al corriente. Pero ¿tres cadáveres? ¿Tres de golpe?

El hotelero hizo gala de toda su locuacidad y se explayó contando que eran la aciaga consecuencia de un alud. Hay diferentes tipos de aludes, siendo la más espantosa la avalancha de lodo. Cuando sucede ese fenómeno, parece que se hubiera vaciado una carretilla de proporciones titánicas, lo que provoca una marejada inmundada de barro y de grava, compactados por medio de la nieve semiderretida y amalgamada con todos los árboles, los hierbajos, los cascotes y los cadáveres que se pongan por delante de la ola. La avalancha de nieve acoge tu cuerpo sin vida en los castos pliegues de su mullida blancura, mientras que la variedad lodosa te va pinzando el aliento poco a poco, te asfixia lentamente hasta que te sofoca del todo, y al final se comporta como un híbrido de trilladora y apisonadora que da cuenta de tu parte mortal, hasta que por fin su fuerza se agota y decide asentarse en algún sitio con tu cadáver sepultado en las entrañas.

Semejante monstruosidad había ido bajando gota a gota valle abajo, casi pegada a la posada de los Cuatro Rebecos, en el invierno anterior. Tres hombres habían perdido la vida en ella, y los prospectores habían hallado sus restos mortales ese mismo día.

—Caspar Ragotli está completo —dijo mi anfitrión, que se había colocado junto a la puerta y acompañó esas palabras con un cabeceo—. Melchoir Fischer... —Nos fue detallando con gran detenimiento cómo aquel Melchoir había salido en varios pedazos, igual que la mayor parte de las víctimas de aludes, mientras que, del tercero, Hans Buol, solo se había podido rescatar una mano—. Pero sabemos con certeza que es de Buol, por la navaja abierta que tenía agarrada. —Nuestro monologuista procedió a desarrollar la historia con mucho regodeo—. Y vaya navaja era, monsieur Lambton, nueva y preciosa, de Sheffield, y al ser la mano derecha, bastó para recomponer el resto, como entenderán fácilmente los caballeros aquí presentes...

Yo sentí mucha gratitud hacia Larssen por su encubrimiento una vez las damas hicieron su reaparición, listas para enfrentarse a la adversidad con el mejor humor. Ahora, teniendo comida, un buen fuego y cuatro paredes en nuestro haber, y con los sonidos de la tormenta arreciando afuera para añadir todavía más aroma a aquella amena estampa, veíamos nuestra malhadada peripecia con optimismo. Lo más incómodo eran mis lesiones, que me impedían el uso de una mano. Además, la mano útil seguía estando rígida y no podía levantarla aún con naturalidad. Con todo, decidí no retirarme y compartir la velada, aunque solo fuera para convencer a Iris de que no era para tanto. Yo sabía que ella, si no fuera por verme a mí lisiado, lo estaría pasando en grande en una situación así. Estaría encantada con la pequeña aventura, con los acompañantes insólitos, con el díscolo perro y el circunspecto gato que entraron de puntillas en la estancia en cuanto los dueños mandaron a un criado a traer leña del edificio anexo, donde se suponía que estaban desterrados los animales.

—¿Por qué se ponen tan inquietos de pronto, al rodear esa puerta? —preguntó inocentemente.

Larssen estaba detrás de ella. Aunque intimidado por su severa mirada, el hotelero respondió a la pregunta sin perder la flema:

—En ese cuarto, madame, hay un... hay carne almacenada.

Entonces llegó el hijo de la familia con las alforjas llenas después de una tarde de caza: traía un par de marmotas que serían disecadas antes de la siguiente temporada turística. Las introdujo en un arcón que había justo al lado de la puerta funesta, antes de que su padre se lo llevara a un aparte para advertirle que debía ser cauto. Insistimos para que los tres —el anfitrión, la anfitriona y su hijo— cenaran con nosotros, y todo transcurrió con una fluidez tal que pronto me olvidé de los otros invitados, hasta que Larssen susurró lo siguiente con un acento compungido:

—No, digámoslo claro, en realidad no es ninguna falta de respeto, monsieur Lambton.

Los ocho estuvimos despiertos hasta horas intempestivas para una posada suiza, y nos retiramos bastante después de que los fatigados sirvientes fueran despachados a sus respectivas alcobas.

—Aquí se está como en casa —dijo Larssen, soñador, cuando ya nos habíamos reunido junto a la chimenea y estábamos sacándole el máximo partido al cálido fuego—. Yo nací en una granja que está más allá de Romsdal, en un lugar muy apartado... y el viejo salón era justo así. Con la gran fogata ardiendo en una gran chimenea... y los gatos y los perros royendo los huesos de la noche anterior, crís, crás... el viento soplando fuera... y el eco de las voces...

—Lo único que nos falta aquí es el rasgueo de tu violín, Einar mío —se inmiscuyó su mujer—. Va, sé que te escuecen los dedos, y aquí nuestros amigos no van a oponerse... probablemente... ¿o sí?

—¡Un recital de Herr Larssen, gratis y sin el inconveniente de estar atrapado en el asiento de una sala de conciertos, soportando el aire enrarecido! —dijo Mrs. Walsh, y el coro de vehementes asentimientos que siguió a sus palabras hizo que madame Larssen saliera corriendo en pos del instrumento de su señor esposo.

—¿Han oído hablar de mi Da Salo? —se interesó Larssen, al tiempo que sacaba el violín de su funda y lo levantaba—. ¿De mi *Cavalancti* Da Salo? Se cuenta que Cavalancti vendió su bienestar eterno a cambio de poder fabricar cierto número de instrumentos con pericia de brujo maléfico, de manera que su perfección estaría casi a la altura de la divina obra de Stradivarius.

Mientras decía estoladeó el violín para exhibir el juego de luces que se desplegaba sobre su pátina ambarina.

—Hoy no les tocaré un repertorio de piezas —dijo—, ¡sino esas viejas melodías que tocaba en la cocina de nuestra granja, muy lejos de aquí y mucho tiempo atrás!

Se lo encajó bajo la barbilla y le bastó tocar las primeras notas para que saliésemos todos volando hacia un reino de sonidos feéricos. Un reino de hormigueante escarcha que agitaba la sangre en las venas hasta convertirla en espuma, de ventiscas heladas que cantaban las leyendas del Viejo Hielo en la Espalda del Más Allá: una vocalización del espíritu de la Tierra Septentrional, eternamente pura y juvenil.

La pieza terminó con una singular reminiscencia en la que una granja, iluminada en la oscuridad de la noche, iba quedando arropada por las solitarias estrellas y la nieve que se arremolinaba a su alrededor, por el fuego del interior y la alegre compañía, y el espíritu familiar concentrado en torno al sagrado hogar, que irradiaba hebras invisibles de amor por los ausentes hasta alcanzar a quienes bregaban entre el hielo en barcos balleneros, o en mezquinos puestos en tierras extrañas, incluso a quienes ya estaban muertos y desde el más allá seguían evocando con cariño el recuerdo de su querida casa natal.

Entonces se zambulló en otra tonada, y otra más; todos retales robados de cánticos del Norte, de esa castidad nórdica que es fiera y apasionada como el vicio más nauseabundo del resto de puntos cardinales.

—Estas no las escucharán ustedes en un concierto de pago... ¡No lo quiera Dios! —observó el músico, y su voz ensoñada llenó la censura entre dos melodías—. Están escuchando ustedes, amigos míos, lo que muy pocos niños de Noruega llegan a escuchar, fragmentos del Huldrasleet. Nada menos que las melodías de la Raza Élfica (nosotros diríamos «el Pueblo» Huldra). Retazos que los músicos de nuestro común ayer entreoyeron fortuitamente en el curso de sus noches solitarias en los fiordos o en los páramos, y que luego transmitieron a las generaciones posteriores. El Pueblo Huldra ha cultivado la música a lo largo de la historia.

—¿No me diga que le gustaría oírlos? —preguntó Mrs. Walsh,

algo perpleja.

—Ya los he oído, estimada dama. Cinco veces he oído a la Raza Élfica. Solazándose, invisible pero audible, en las noches de invierno o por la mañana muy temprano durante el estío, en las cumbres de Dovrefeld... Yo mismo, Einar Larssen.

La señora Walsh se quedó algo chocada, pero el resto del auditorio no nos sorprendimos en exceso, si se me permite manifestar aquí el análisis que hago basándome en mis propios sentimientos y en lo que vi fugazmente al explorar los ojos de los demás.

—Recuerdo que había una tonada —continuó diciendo Larssen, en la misma clave meditativa—. Era una noche oscura y ventosa, parecida a la de hoy. Yo estaba buscando a un cordero que se había despistado del resto del rebaño. Lo encontré en un sembradío. Entonces, por encima de un seto, empezó a discurrir el riachuelo de una melodía. ¡Era una tonada! Esta se apoderó de los dedos de mis pies y de mis manos y me puse a danzar siguiendo su ritmo. Allí estaba yo, bailando en mitad de la nieve: había entrado en un trance que volcaba todos mis sentidos fuera de los límites del cuerpo, de modo que simultáneamente, mi corazón vacío y mi cabeza se iban llenando de esas notas.

Inflamaba su cara una extraña luz llameante. Su abundante melena amarilla se meneaba con vigor mientras gesticulaba para ilustrar el relato. Su voz era tan persuasiva que pronto nos tuvo a todos cautivados, cómplices de la monstruosidad de su vivencia.

—Por detrás del seto, los desnudos pinos que cubrían la loma se inclinaron y su ramaje empezó a oscilar al compás de la melodía. La nieve se convertía en polvo y emitía un claro frufrú, al mismo tiempo que las congeladas briznas de hierba despertaban y ondeaban bajo el son de la tonada. Las estrellas empezaron a surcar el cielo a gran velocidad y a arquearse, se acercaban a la tierra para separarse de ella al cabo de un instante, ganando en tamaño cuando se aproximaban y encogiéndose cuando se retiraban formando una espiral que se disolvía en aquel laberíntico danzar... al son de aquel aire musical. Entonces, y pueden creer lo que les digo, me desperté. Me desperté y noté que la luna estaba mucho más alta y remota en el cielo que antes, cuando me había alcanzado la primera nota de la

tonada. El cordero que había ido a buscar yacía allí mismo, derrumbado sobre el barro de un vado que sus propias pezuñas habían hecho a base de pisotear la nieve. Esa es la verdad.

Tomó aliento y prosiguió:

—No recuerdo la melodía en su totalidad, aunque creo que la oí sonar varias veces. Era un aire breve, muy breve. Cuando el violinista de Huldra llegó al final, la acometió de nuevo desde el principio y repitió varias veces ese círculo musical. La parte central la recuerdo, pero del final y del principio solo me quedé con unas cuantas notas sueltas. He tratado muchas veces de interpretar las partes que recuerdo, en la esperanza de que las olvidadas salgan a la luz y se vayan colocando solas en los huecos, pero todo ha sido en vano...

Di unos pasos hasta la puerta principal y la abrí. El viento entraba en fuertes rachas que no daban cuartel, pero la nieve había dejado de caer y una gran luna contemplaba desde arriba las blancas pilas de las montañas y el resplandor deslumbrante de los campos nevados.

—Así estaba el paisaje: claro, azotado por el viento y muy blanco, cuando oí la melodía —dijo, pensativo.

—Si se presentan unas condiciones externas análogas, tendemos a revivir emociones que nos embargaron o pensamientos que tuvimos hace mucho tiempo —comentó Mrs. Walsh con acento aquiescente.

Él cerró la puerta y regresó al amor de la lumbre. Una luz se encendió en sus ojos antes de que se decidiera a deslizar el arco sobre las cuerdas con una amplia gesticulación. Siguieron unos cuantos compases de la melodía.

—Es la parte central —explicó.

Madame Larssen exhaló un gritito inopinado.

—Einar, ¿es posible que haya oído usted la Melodía del Rey de Huldra? Si fuera así, ¡démosle las gracias al Cielo por impedir que la interprete!

—¿Por qué dices eso, vida mía? —inquirió él, alzando levemente las cejas.

—En mi distrito había una tradición. Cuando un hombre la tocaba entera, hasta el final, pasaba una cosa.

—¿Qué pasaba?

—Nadie lo recordaba bien del todo. Algo tremebundo en todo caso.

—¿Qué es la *Melodía del rey de Huldra*? —preguntó Iris.

—Es la composición cumbre de la música Huldra. Asociado a ella hay un hechizo. Un encantamiento, mademoiselle —aclaró Larssen.

—Siempre que se toque íntegra, todos los presentes deben bailar siguiendo su ritmo —agregó el músico, después de meditar un rato.

—Pues no suena tan tremendo —dijo ella entre risas.

—Hay algo más. —Él se había quedado pensativo—. Y es que... ah, el intérprete no puede parar de tocarla, lo desee o no. Solo puede parar si... déjenme que recuerde... sí, solo si la toca al revés, empezando por el final, o fallando, eso, si alguien cercena las cuerdas de su violín.

—Usted podría tocarla ahora sin correr ningún peligro, monsieur —dijo el dueño del albergue—. Por lo menos en lo que a mí respecta. Mi reuma me impedirá bailar, independientemente del virtuosismo de su técnica.

—Y nosotras —se sumó Mrs. Walsh, con un gesto que abarcaba también al resto de las damas— estamos de reposo, tratando de reunir las fuerzas necesarias para arrastrarnos hasta la cama. Así que, Herr Larssen, somos un público sin riesgos, en caso de que logre usted recordar su maravillosa melodía.

—Había un detalle más —siguió diciendo él—. Y es que... ¡ay, si la tonada se toca las veces suficientes, hasta las cosas inanimadas se verán obligadas a sumarse al baile!

—¡Ah, pues eso sí que me parece un peligro! ¡A estas alturas todos los presentes estamos prácticamente inanimados! —Walsh bostezó espontáneamente al decir esas palabras.

Se recostó sobre la labor de talla de la repisa de la chimenea y pasó un rato tocando con aire ausente, pues su mente subconsciente estaba ocupada reconstruyendo y abriéndose paso a tientas entre un ordenado almacén de madera antigua, conectando y podando, organizando. Al cabo se enderezó y frotó el arco sobre las cuerdas con gran deliberación.

Primero bastante despacio, y luego, con un donaire e ímpetu crecientes, se fue derramando el chorrillo ondulante de aquel son

espantoso, de principio a fin.

La reconocí, pues entre el repique suave del comienzo y el estruendoso último compás, los acordes sueltos que había evocado al principio se fueron colocando en sus lugares respectivos. No era muy larga, aquella melodía. Una vez llegó al desenlace brincó, podría decirse, hasta el principio, la volvió a tocar de nuevo completa y luego otra vez más, el tercer bis.

Entonces se inició el milagro. Durante la segunda repetición, un movimiento que semejaba el roce de una brisa se había extendido por entre nuestra pequeña asamblea. Los ojos soñolientos de la audiencia se abrieron, los tacones entrechocaron siguiendo el ritmo, las siluetas se agarrotaron. A la tercera, estábamos ya todos en pie.

Surgió como algo completamente natural. Aunque yo estaba casi demasiado cansado y conmocionado para mantenerme en pie, la melodía se adueñó de mis pies; di un paso hacia Iris y a punto estuve de caerme, pero logré agarrarme a la pared y me incorporé para sumarme al baile. Bailaba de una forma serena y solemne, para mí mismo.

Iris dio un paso hacia mí también, pero luego hizo una pausa y agitó la cabeza para desmentir lo anterior.

—Pobrecito, tú debes quedarte sentado y descansar —murmuró, y se emparejó con el muchacho suizo.

Por algún motivo, todos supimos ejecutar los pasos desde el principio, nada más escuchar la música. Tal vez fuera la Danza Primitiva, que guarda en su seno las potencialidades del arte saltatorio. Consistía fundamentalmente en describir espirales laberínticas, con unos cuantos cruces y algo de sube y baja sostenido, una y otra vez; era algo monótono y al mismo tiempo fascinante, podía repetirse incansablemente, como algunas músicas orientales.

Lo repito, surgió como algo completa y absolutamente natural. El hotelero abrió el baile con su esposa; ambos danzaban con determinación y decoro. Mrs. Walsh y madame Larssen evolucionaban con todo el abandono que les es lícito permitirse a dos mujeres bailando en pareja. Larssen mismo había roto a bailar también, aunque no dejó en ningún momento de tocar

concienzudamente. Yo circulaba en espiral, perdiendo el equilibrio de vez en cuando y con mi brazo en cabestrillo por todo acompañante, mientras que Iris y su muchacho bogaban entre nosotros, tan gráciles como vilanos de cardo.

Los chavales suizos, con su aspecto torpón, están entre los mejores bailarines del mundo. Cada vez que pasaba por mi lado, Iris me sonreía, y yo percibía en sus ojos la distancia del éxtasis profundo.

La música se fue acelerando y adoptó una tonalidad más rica; sus ecos rebotaban en las paredes, de manera que iba derritiéndose y reverberaba contra la techumbre de madera. En el suelo, las planchas del entarimado zumbaban bajo sus notas; cada uno de nuestros nervios cosquilleaba y reía, casi gritaba de puro arrobó, bajo el influjo de aquel sonido y de aquella gimnasia.

El tiempo, el cansancio y el espacio habían desaparecido. Los muertos al otro lado de la puerta habían caído en el olvido y ya no había Tierra, ni Tiempo, nada excepto un vacío resonante de melódicos sonos, una inarmónica tormenta canora sobre la que uno podía apoyarse y dejarse llevar, como se deja llevar un águila por el viento.

No obstante, procuré sobreponerme a la embriaguez que provocaba la situación y tuve una conciencia borrosa de la realidad que me rodeaba: estábamos en la acogedora sala de estar de una posada suiza, y al mismo tiempo en la Cuarta Dimensión de la música. Aunque me sentía transido y fuera de mi propio cuerpo castigado, veía con claridad cuanto me rodeaba; de pronto vi erguirse al perro y al gato y unirse al grupo, danzar manteniendo correctamente el ritmo y enhebrar la laberíntica coreografía con tino infalible.

He de decir que esa imagen no se me antojó prodigiosa ni risible, sino natural; mi percepción aturdida se activó, y solo a medias, cuando las dos marmotas muertas salieron reptando del baúl, se alzaron sobre los cuartos traseros y, desplegando sus esponjadas colas, se empezaron a balancear el ritmo de la tonada. Por detrás del resto de ruidos creí distinguir el peculiar tamborileo de sus patitas, que se fueron acoplando recíprocamente y empezaron a circular en redondeles como el resto. Así pasaron a mi lado,

contoneándose y con las cabezas al nivel de mis rodillas, hasta que al final se esfumaron entre el resto de los bailarines. Me fijé en sus caritas peludas, en sus mandíbulas descolgadas y en los espumarajos de sus dentaduras, en sus ojos vidriosos. ¡Estaban muertas, muertas sin rastro de duda, pero danzaban!

El gato y el perro pasaron junto a mí de nuevo, justo cuando las marmotas ensayaban también la misma aproximación. Al verlas tan muertas, el perro sintió un gran asco que le hizo arrugar el labio superior; el gato, por su parte, les soltó un mordisco cuando se le acercaron. Lo más singular de todo fue que los demás, con una sola excepción, no parecieron darse cuenta de aquellas cuatro pequeñas incorporaciones a nuestra pandilla. Solo Larssen, que no había interrumpido su solemne actuación y danzaba también con su violín por única pareja, los vio. Cuando acertó a ver aquel cuarteto, sus ojos se desorbitaron y empezaron a bizquear, desviándose hacia un extremo del Da Salo.

—Muertas —corroboró, tragando saliva.

—¡Para ya, hombre! —le rogué—. Esta idiotez...

—No puedo —respondió él con un grito ronco, y empezó la melodía de nuevo, arrancando desde el principio, aunque ya la había tocado por lo menos catorce veces—. La tradición existe, es verdad...

Entonces, cuando las ondulaciones de la apertura volvían a fluir, en el interior de aquella estancia, se oyeron tres golpes muy fuertes.

Dos fueron casi simultáneos, aunque nítidamente diferentes entre sí, y el tercero se produjo unos pocos segundos después. Fueron unos golpes estrepitosos y graves, con una resonancia de madera. Después se hizo el silencio en esa habitación, y nuestro salón volvió a agitarse bajo el oleaje de la infernal melodía y el repiqueteo de nuestros pies danzarines.

Un sonido tan pronunciado no podía pasarse por alto, ni siquiera estando embelesado y despojado del control de los sentidos. Todas las miradas se concentraron en la puerta durante un instante. Los demás olvidaron la interrupción de inmediato y siguieron bailando, con los ojos en blanco de delirio; las únicas excepciones fueron el rostro de Larssen, que empalideció, y el del dueño del albergue, que

se moteó de gris.

—Tengo los dos brazos inútiles... —Así empecé mi frase, que no acabé por culpa de un nuevo sonido.

Debo puntualizar que en ese momento ya me había desplazado y estaba bailando bastante cerca de la puerta. Al otro lado de ella se seguía oyendo aquel sonido nuevo, como si varias personas estuvieran peleándose o quisieran salir de estampida. Media docena de ruidos se fundieron en uno: clic, cloc, tic, tac, toc; era el ruido de unos pasos que se esforzaban por mantener el ritmo de la melodía.

Unos pasos suaves, ustedes me entienden, no el chasquido de pies debidamente calzados como los nuestros. Me di la vuelta en redondo, avancé para buscar la zona donde el ruido era perceptible y agucé la oreja.

Unos porrazos bastante fuertes —como los golpes propinados por unas piernas masculinas enfundadas en leotardos— se fueron aproximando a la puerta.

—¿Qué sucede, Cyril? —me preguntó Iris cuando pasó meciéndose a mi lado, aún en trance, igual que su muchacho y las otras tres mujeres. Pero no aguardó a que le diera una respuesta. En ese momento resonó el estrépito de un pestillo al descorrerse. El pestillo que cerraba desde dentro la puerta de la habitación adyacente, ya me entienden.

—¡Cuando pueda, la tocaré al revés! —dijo Larssen, jadeando, cuando nuestras trayectorias se cruzaron. Los ruidos que resonaban dentro de la habitación fatídica se alejaron en círculos de la puerta, pero volvieron a aproximarse a ella, y alguien despasó el cerrojo antes de que aquellos horribles porrazos parcialmente ensordecidos se batieran en retirada. Imagínenselo: como algo nos impelía a avanzar en círculos por la estancia, aquella cosa que había en la habitación contigua, fuera lo que fuera, tenía que moverse también en círculos, de manera que solo podía intentar abrir la puerta y unirse al grupo cuando pasábamos justo delante.

Larssen tocaba y tocaba su violín con desespero.

—¡Empieza esta vez desde el final! —le imploré.

—No puedo... Todavía no. Pero si la repito unas cuantas veces más, conseguiré invertirla —me respondió, elevando mucho la voz.

Unas pocas rondas más y sería demasiado tarde. Los ruidos de la

habitación contigua alcanzaron la puerta y una rendija se abrió en su jamba. Si esa cosa... fuera lo que fuera lo que estuviera pugnando por salir... se nos unía, ¿qué clase de éxtasis afectaría esta vez a las mujeres, llegaría a cegarlas? ¿Y qué sucedería cuando se rompiera el embrujo y nos despertásemos...? Me abalancé sobre la puerta al pasar por delante, pero esta se cerró nuevamente de un portazo.

—¡Solo unos pocos bises más! —resolló Larssen.

Tuve un instante de inspiración. Mientras los demás seguían danzando hipnotizados, en círculos que se ensanchaban cada vez más, yo me ejercitaría en esos mismos pasos, pero lo haría dentro de un pequeño perímetro: delante de la puerta.

Lo podía hacer. Y lo hice. Larssen, por su parte, hizo un primer intento de invertir la melodía. Falló.

Dos bises más. Iris y su pareja de baile, al pasar junto a mí, me miraron y sonrieron, pues debía de ofrecer en verdad un espectáculo original, pero no se pararon, sino que siguieron danzando a mi lado, girando en estrechos círculos a la vera de la puerta. La lívida cara de Larssen estaba bañada en un sudor que le chorreaba mentón abajo y acababa cayendo en copiosas gotas, como una marea muerta, sobre el esplendor ámbar del Da Salo. Los pasos amortiguados se aproximaban ya a la puerta, que se entreabrió un poco después de sufrir un brusco tirón. Yo contrarresté ese movimiento con mi hombro sano, pero entonces sobrevino un nuevo peligro. Ellos —los bailarines que estaban dentro— imitaron mi táctica. Empezaron a danzar dentro de un espacio constreñido cuyas dimensiones se estrechaban más y más con cada minuto que pasaba.

¡Qué no hubiera dado yo por poder apartar de en medio al menos a las mujeres! Seguí rotando con toda mi energía, sin apartarme nunca de delante de la puerta, y a la vez empujaba esta con el hombro cada vez que alguien daba un empuellón para tratar de entornarla; así una y otra vez.

Figúrenselo. Traten de verme, con un brazo en cabestrillo y el otro prácticamente inutilizado, encabritándome y girando como una peonza delante de la puerta, procurando todo el rato mantener la compostura de mis sudorosas facciones por el bien de la compañía

femenina. El hotelero estaba a punto de desfallecer de miedo y caer al suelo, y si no lo hacía era por la misma magia de la melodía. Larssen seguía con su absurdo zapateado; el sudor le caía a chorros por la frente y sus facciones acalambradas parecían la máscara de una tragedia griega. Largos mechones de su cabellera pajiza se habían apelmazado y formado greñas que se bamboleaban arriba y abajo, y sus ojos fulminaban la superficie anegada del Da Salo. Las mujeres y el muchacho, ignorantes de todo salvo de la melodía, seguían bailando, con esa mirada concentrada e introspectiva de los narcotizados.

Algo volvió a empujar y la puerta se entreabrió. Yo me apresuré a actuar, pero antes de que consiguiera cerrarla, un bulto blando ya se había introducido en el salón por ese resquicio.

Estuve a punto de caerme al suelo. El gato y el perro y las marmotas muertas... ¡ah, qué respetables parecían todos ahora, al lado de la última incorporación al grupo!

La gente seguía bailando en círculos; también el perro, el gato, las marmotas muertas: todos circulaban así, y circulando con ellos, pero sin perder nunca un rumbo que lo iba acercando cada vez más a Larssen, había una pequeña sombra de la que sobresalía un resplandor blancuzco y mortecino. Aporree la puerta y cuanto pudiera haber tras ella, al mismo tiempo que reprimía las náuseas.

La pequeña sombra no dejaba de dar saltitos, brincar y corretear en torno a los pies de Larssen. También daba zancadas más largas y salía disparada hacia arriba como un muelle. Así se iba elevando cada vez más, al compás que marcaba la música, cada vez más alto, hasta llegar al nivel del codo de Larssen. Al cabo de un minuto, no me cupo duda de que hasta los más subyugados bailarines debían de estar viéndola. La puerta sufría ahora violentas acometidas, unos golpetazos despiadados cuyo impacto contrarrestaba alguna clase de almohadilla. No pude mantenerla cerrada mucho tiempo más...

Y hete aquí que la pequeña sombra, junto a su fulgor blanco mate, saltó de repente más alto, por encima del hombro de Larssen. Hubo una serie de vibraciones y chasquidos, como si algo se hubiese quebrado; eran tan desagradables que uno habría dicho que le estaban clavando un punzón en el cerebro, físicamente y no en

sentido figurado. Y al cabo, la melodía cesó.

¡Pum! Algo se estrelló detrás de la puerta, formando un gran estruendo. Luego hubo una serie de porrazos más contenidos. Me apoyé en la pared mientras trataba de recuperar el aliento. Los bailarines se detuvieron. Tenían los rostros entumecidos y estupefactos, y por un mecanismo automático todos nos derrumbamos sobre el primer asiento que vimos libre.

Larssen se llevó un pañuelo a la cara con gran ansia. Yo mismo había tramado un plan para arrojar el mío al suelo, de modo que este cayera justo detrás de él antes de que llegase a la chimenea. Se movía vacilante, haciendo eses. Con el brazo que conservaba mayor movilidad logré también recuperar ese artículo y colocarlo en el respaldo del asiento, detrás de mi espalda, cuando me senté sobre el arcón junto a la puerta. Las marmotas estaban en el suelo cerca de mis pies, y yo conseguí con cierto esfuerzo ocultar la cara durante unos segundos para recomponer la expresión antes de recogerlas.

Los ojos de los demás se aclararon y adquirieron un aire nuevo, más inteligente.

—Me parece que me he dormido —comentó Mrs. Walsh.

—Yo creo que también. —Iris apareció frotándose los ojos.

—Pues yo lo mismo, creo —dijo madame Larssen entre risas.

El dueño del albergue había hecho mutis sin tardanza, pues debía de dudar de sus dotes de histrión en una coyuntura tan apurada. Su esposa lo siguió. El muchacho permaneció sentado, tan aturdido que no respondía.

—Yo tuve un sueño, un sueño disparatado, demasiado disparatado como para que lo cuente —continuó diciendo Mrs. Walsh, con cierto ímpetu.

—Yo he soñado, pero también era algo demasiado absurdo como para ser relatado —le repuso madame Larssen.

—Yo había... —Iris se detuvo y pareció que rectificaba, a la vez que le dirigía a Larssen una mirada de disculpa. Él se había situado de modo que tenía la luz detrás de la espalda.

—No tengas miedo de herir mis sentimientos —dijo él, con un acento insípido y una voz que seguía sonando un poco artificial—.

Todos estaban fatigados antes de empezar a tocar. Resumiendo, mademoiselle, mi corazón no se ha roto al contemplar el efecto soporífero que mi música ha tenido sobre todos ustedes.

—Sí, vamos a ver si arropamos bien esta somnolencia en la cama. Así no correremos el riesgo de que se convierta en un insulto mayor —gorjeó madame Larssen, alborozada.

Cuando todos salieron en tropel, Larssen mantuvo la cara oculta entre las sombras. Yo seguí en pie, con cuidado de no separarme del arcón mientras les daba las buenas noches. Una vez desaparecieron, el hotelero regresó. Durante un rato, los cuatro hombres nos quedamos mirándonos las caras.

—Debo de haber tenido un sueño, caballeros. Si no, no me lo explico —nos interpeló con urgencia el amo del establecimiento.

No dijimos nada. Él vaciló primero y luego, con un apresuramiento que revelaba su gran incomodidad, agarró una vela y abrió con violencia la puerta del cuarto contiguo.

—¡Oh, Virgen santísima! —exclamó.

Los tres ataúdes yacían en desorden en el suelo, tal y como habían caído desde sus respectivas borriquetas. Por todo el cuarto había diseminadas unas sábanas de lino basto, muy revueltas, que la caridad había procurado...

El patrón del local empezó a temblar tanto que se tuvo que apoyar en las jambas. Larssen, desmadejado, se había aferrado a la otra.

—¡Antes de tocar de nuevo esa melodía, soy capaz de quemar el Da Saló! —bisbiseó con voz enronquecida.

Yo me retiré a la habitación más amplia y recogí de allí mi pañuelo. De entre sus pliegues saqué una mano apergaminada y la devolví a su sitio en uno de los ataúdes. Ella había sido quien había cortado las cuerdas del violín. El joven suizo, que se había mantenido más sosegado que cualquiera de nosotros, siguió imperturbable al afirmar:

—¡Ay, monsieur, parece que a los muertos no les gusta ser molestados!

LA ISLA DE LAS MANOS

MARGARET ST. CLAIR

(1952)

MARGARET ST. CLAIR

1911-1995

Margaret St. Clair era una de las colaboradoras habituales de las revistas pulp de ciencia ficción y literatura fantástica de la postguerra, capaz de crear desde entretenidas historias de aventuras hasta relatos más sofisticados, muchos de ellos bajo el seudónimo «Idris Seabright». Escribió sin interrupciones durante toda la década de los cincuenta y principios de los sesenta, dedicándose principalmente a las novelas en los últimos años. Entre ellas se encuentran El signo de Labrys (1963, traducción española de 1966), situada en un mundo subterráneo tras la devastación de la Tierra causada por una peste, y The Dancers of Noyo (1973), su última novela, una obra de ambiente posthippie en la que California ha sido arrasada por una epidemia y los supervivientes retornan a una cultura de estilo nativo americano. Un número escaso de sus cuentos han sido recopilados en los volúmenes The Best of Margaret St. Clair (1985) y, más recientemente, The Hole in the Moon (2019), editado por Ramsey Campbell.

LA ISLA DE LAS MANOS

MARGARET ST. CLAIR

Desde que había empezado a soñar con Joan, era como si llevara una brújula dentro de la cabeza. Se sentía capaz de llegar al lugar desde el que ella le estaba llamando con la precisión de una paloma mensajera de regreso al palomar. Despertaba de aquellos sueños — sueños en los que la veía de pie frente a él, pálida y desencajada, llorando amargamente e implorándole: «Ven, por favor, ven»— orientado con la misma exactitud que una flecha al vuelo. Joan era el imán y él era el hierro. Pero Joan estaba muerta.

La habían buscado durante casi una semana después de que su avión se estrellara. Sobrevolaron las aguas una y otra vez; seccionaron y volvieron a seccionar la zona donde debía de haber caído. Nunca hubo ni rastro. ¿Cómo iba a haberlo? Garth era un mundo acuático, cuyas zonas terrestres se reducían a unas pocas cadenas de islas en las que habitaba su escasa población. En el mejor de los casos, Joan se habría mantenido a flote unas pocas horas, o unos pocos días, antes de ahogarse.

Dirk iba hablando con ella por radio cuando ocurrió el accidente. El vuelo iba de maravilla, hasta se podía decir que resultaba un poco monótono. Joan iba a verle dentro de unas pocas horas. Y de pronto su voz se elevó en un chillido espantoso: «¡El avión! ¿Qué...? ¡Dios mío!». Y unos segundos después él escuchó el estruendo de la colisión final.

Algo le había ocurrido al avión de Joan en un día perfectamente despejado, con visibilidad ilimitada y los motores ronroneando con suavidad. ¿Pero qué? ¿Qué había provocado el siniestro?

Poco después de que la búsqueda de su mujer hubiera sido

abandonada oficialmente, Dirk empezó a tener aquellos sueños. Noche tras noche, la brújula que había en su cerebro apuntaba en una dirección; casi tres meses sin descanso, hasta que empezó a preguntarse si el dolor por la muerte de Joan —a la que había perdido demasiado pronto y amado con demasiada fuerza— no estaría empezando a hacerle mella en la cordura. Y enseguida tomó su decisión, que le llenó de alegría nada más tomarla, de abandonar la racionalidad y acudir en busca de una mujer que, sin lugar a dudas, estaba muerta.

Dirk Huygens viajó hasta Larthi, el pequeño asentamiento desde el que habían despegado los aviones de rescate oficiales. Sabía pilotar, pero en Larthi contrató una cuadriga con dos navegantes que se turnarían entre ellos. No quería que ninguna otra actividad le distrajera de la dirección en la que apuntaba la aguja dentro de su cabeza.

El capitán se llamaba Sokeman y era un hombre enjuto y nervioso, que fumaba y tosía sin parar. Ross, el copiloto, tenía una fisonomía muy diferente: cuello de toro, hombros anchos, sonrisa dispuesta. Contaban con buenas referencias.

—¿Me puede repetir las coordenadas? —le pidió Sokeman de pronto. Los tres estaban tomando una copa juntos en un bar del puerto de Larthi para celebrar el negocio que acababan de cerrar.

—63° 11' O, 103° 01' N —dijo Huygens—. Aproximadamente. Como les he dicho, no estoy totalmente seguro. Quiero rastrear toda la zona.

—Ajá. —Sokeman pidió otra ronda.

—¿Por qué? —preguntó Huygens. Tragó saliva—. ¿Está...? ¿Alguna vez han oído decir que hubiera tierra por allí? —La esperanza había empezado a martillearle suavemente.

—¿Tierra? No, no. Ahí no hay más que agua. Pero me parece haber oído antes esas coordenadas. ¿Se acuerda, Ross? ¿No vino por aquí un hombre hará cosa de un año preguntando por ellas?

—Creo que sí —contestó Ross—. Y una señora unos seis meses antes que él. Una belleza. —Sonrió.

—¿Y qué les pasó? —preguntó Huygens sin prestar mucha atención. Los dos pilotos le habían advertido que era demasiado tarde para iniciar la búsqueda esa noche.

Sokeman se encogió de hombros.

—No lo sé —replicó—. Quizá se decidieran por algún barco. A nosotros no nos contrataron.

Al día siguiente, la búsqueda comenzó al alba. Una hora tras otra, la cuadriga escrutaba las aguas de arriba abajo. Huygens, aplastándose la cabeza con las manos, farfullaba instrucciones. «Hacia el oeste. Ahora hacia atrás. Oeste de nuevo. Sursuroeste. Mantengan el rumbo. Norte. Hacia el norte por el este. Vuelvan atrás...» Y hora tras hora, la cuadriga le obedecía, rastreando con paciencia, sin descanso y sin éxito.

El día entero transcurrió entre el fulgor de las aguas vacías. Luego oscureció y llegó la hora de regresar a Larthi. Y así un día y otro y otro y otro. Huygens se dio cuenta de que hasta los pilotos, que cobraban por hora de búsqueda, se impacientaban ante la futilidad de la tarea.

Al quinto día, se volvió de pronto hacia Sokeman, que iba pilotando.

—Dé la vuelta —le ordenó con rudeza—. Nos volvemos a Larthi. Esto no sirve de nada.

Sokeman se mordió el labio. Entornó los ojos. Huygens se imaginó que el piloto debía de estar calculando en qué momento él y su embarcación tendrían derecho a reclamar la paga de una jornada completa.

—El sol no tardará en ponerse —dijo—. No falta más que una hora o dos. Rematemos la jornada, ¿eh, Mr. Huygens? Entonces regresaremos.

—De acuerdo —respondió Huygens sin alterarse. Se echó hacia atrás en su asiento, tapándose los ojos con las manos. La esperanza le había puesto enfermo. En miles de ocasiones, durante los últimos días, le había parecido oír a la voz en su cerebro diciendo: «¡Aquí!», con tono imperativo. Y allí nunca había habido nada más que la superficie plana del mar desierto.

La cuadriga dio media vuelta y se inclinó. Sokeman la conducía en largos barridos por encima de las aguas. Huygens soportaba con impaciencia los movimientos de la aeronave. Ahora que había tomado la decisión, ansiaba verla cumplida. Quería volver a la

pensión de Larthi, habiendo abandonado toda esperanza, y empezar a prepararse para regresar a Zavir. En la ciudad le aguardaba su trabajo. Le ayudaría a olvidar.

De pronto, la estructura de la nave se agitó de proa a popa. Huygens tuvo súbitamente la asombrosa convicción de que habían chocado con un muro invisible. Sokeman lanzó un grito estridente, casi femenino. Era como si un peso aplastante empujara a la cuadriga inexorablemente hacia abajo, hacia la superficie del mar. Huygens sintió un rugido espantoso en los oídos. Y de pronto todo se volvió negro.

Huygens recobró el conocimiento para descubrir que estaba vomitando. Se apoyó en un brazo y paseó la vista en derredor suyo por la cabina de la cuadriga. Sokeman yacía boca arriba en el asiento del piloto, con un chichón enorme en la sien, donde su cabeza se había golpeado contra el lateral de la embarcación. Ross estaba tirado en el pasillo, pero mientras le observaba, Huygens le vio moverse y levantar la cabeza. El sólido armazón de la cuadriga estaba combado, doblado y abollado por todas partes. La nave debía de haber quedado completamente inservible.

Ross gruñó. Se incorporó agarrándose al respaldo del asiento del piloto.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. ¿Qué le ha pasado a la nave?

—No lo sé —respondió Huygens. Tambaleándose, se abrió camino hasta uno de los ojos de buey y miró al exterior—. Estamos en una playita —dijo—. Está llena de rocas y en pendiente. No puedo ver gran cosa. Hay árboles y matorrales por todas partes.

—Bueno, en todo caso, estamos en tierra —replicó Ross. Miró a Sokeman y lanzó un silbido. Con cuidado, palpó la cabeza del hombre inconsciente—. No creo que esté gravemente herido —dijo al cabo de un minuto—. Pero no podemos hacer nada por él. Salgamos de aquí a ver lo que encontramos.

Al parecer, la cuadriga se había estrellado en una caleta. Una maraña oscura de árboles y de arbustos de denso follaje descendía prácticamente hasta la orilla del agua.

—No creo que consigamos abrirnos paso a través de esta selva —apuntó Huygens, estudiándola—. Será mejor caminar a lo largo de

la playa y ver si podemos encontrar un sendero.

Llevaban cuatrocientos metros caminando por encima de los cantos rodados que crujían bajo sus pies, cuando Ross comentó:

—Qué lugar más extraño. ¿Se ha dado cuenta de la bruma que hay en el aire, de lo frío y quieto que está? Cuando la nave se estrelló, hacía un día despejado y radiante, con una leve brisa. Y fíjese en aquellos árboles. Nunca había visto nada igual, de un verde tan oscuro, con esas agujas minúsculas que forman hojas grandes y gruesas.

Huygens asintió.

—Al principio creí que eran pseudoconíferas —apuntó— pero... ¿qué es eso que hay al borde del agua, allá adelante?

Los dos hombres se miraron el uno al otro.

—Una lancha motora —dijo Ross lentamente—. Debe de haber gente por aquí. Es una lancha motora.

Un poco más adelante vieron un yate a motor, arrimado descuidadamente a la playa de guijarros, y más allá otro barco más pequeño. Debían de llevar allí mucho tiempo. A poca distancia de la última embarcación, encontraron una brecha en la densa espesura negra. Aunque estaba lleno de maleza, parecía un sendero que conducía tierra adentro.

—Esas embarcaciones a motor son tan extrañas como todo lo demás en este sitio —comentó Ross de regreso a la cuadriga en busca de Sokeman—. ¿Qué estarán haciendo aquí, tan lejos del puerto más cercano? Me recuerdan a algo... —Y frunciendo el ceño, se sumió en un silencio abstraído.

Cuando llegaron, Sokeman estaba en pie fuera de la cuadriga, aunque muy pálido y con cara de enfermo. Huygens entró en la aeronave en busca del botiquín, unas mantas y algunas otras cosas. Luego volvieron a emprender la marcha por la playa, con Sokeman en medio apoyándose en los otros dos.

El sendero estaba infestado de maleza, y tenían que hacer paradas a menudo para dejar descansar a Sokeman. Ya casi había anochecido cuando Ross exclamó:

—Hay algo allí, hacia la derecha, donde los árboles parecen un poco aplastados. ¿Lo ven? Podría ser un avión estrellado.

Se acercaron a él y Ross estaba en lo cierto. Era un avión estrellado, destrozado por completo. Huygens leyó dos veces el nombre que había escrito en el fuselaje —*Coma Berenices*— antes de aceptar para sus adentros a quién había pertenecido. *Coma Berenices* era el nombre del avión de Joan.

Se lo dijo a los otros dos. Dejó caer el brazo de Sokeman y empezó a correr como un loco alrededor de la nave, buscando a Joan. La encontró bajo un arbusto a uno de los lados. Llevaba allí unos tres meses, pero había signos que hacían inequívoca su identificación: una pulsera que él le había regalado, su larga melena brillante, su anillo de boda.

—¿Era eso lo que... andaba usted buscando? —preguntó Ross cuando Huygens regresó al lugar donde lo estaban esperando.

—Sí —respondió Huygens con cuidado—. Aunque no es... precisamente lo que quería encontrarme.

Se llevó una de las mantas y la extendió delicadamente sobre Joan. Ross aventuró:

—Mañana regresaremos y... y lo adecentaremos todo —Huygens no contestó.

Continuaron durante un largo trecho antes de acampar. Huygens, cuando por fin concilió el sueño, durmió como un tronco. No soñó. No tenía motivos para ello. Joan estaba muerta.

A la mañana siguiente, Huygens se despertó temprano, antes de que hubiera mucha luz en el cielo. Unos jirones de bruma flotaban aquí y allá en el aire pesado e inmóvil. Sokeman y Ross seguían dormidos.

Tenía sed. La noche anterior habían encontrado un manantial minúsculo, que brotaba delicadamente por debajo de una masa de maleza negruzca. Allí se dirigió, llenó de agua el cuenco de las manos y bebió.

Apenas había empezado a incorporarse cuando vio a Joan que se le acercaba por entre los árboles.

Echó a correr hacia ella, con el corazón latiéndole alocadamente. Cuando se hallaba a unos tres metros de distancia, se paró de repente, como si el impulso que le había apremiado se hubiera consumido. La presciencia se había instalado ya en él. Ahora era capaz de apreciar que aquella mujer no era Joan; en cierto sentido,

lo había sabido ya al echar a correr. Pero ese instante de comprensión le resultó mucho más cruel que ninguno de los anteriores.

No era Joan. Se diferenciaba de ella en cientos, en miles de pequeños detalles. Su rostro era un óvalo aún más perfecto que el de Joan, tenía el pelo más brillante y los ojos de color avellana en vez de grises. Era más alta que Joan y, bajo la fina túnica dorada que llevaba puesta, su cuerpo era más ágil y curvilíneo que el de Joan. Caminaba con más gracia y decisión que Joan. Y a pesar de todas aquellas diferencias, el parecido era inquietante, asombroso, increíble. Huygens se quedó mirándola fijamente, mientras la credulidad y la incredulidad se alternaban en él como la sístole y la diástole del corazón.

La mujer sonrió y extendió las manos hacia él en un gesto de bienvenida.

—Hola, Dirk —dijo.

—¿Eres...? Usted no es Joan.

—No.

Al cabo de un minuto, Huygens preguntó:

—¿Y cómo sabía mi nombre?

Ella volvió a sonreírle, pero no respondió. Entre ellos flotó un jirón de niebla. Huygens no se hubiera sorprendido de verla disolverse en él. Pero cuando la bruma se disipó, ella seguía allí.

El sonido de sus voces había despertado a los otros dos hombres. Ross se acercó, mirando alrededor, alerta. Cuando vio a la mujer, lanzó un silbido.

—Presénteme a su amiga —susurró al oído de Huygens.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Huygens a la Joan que no era Joan.

Hubiera jurado que la pregunta era nueva para ella. Pareció desconcertada y confusa.

—Miranda —respondió, como si hubiera tenido que pensárselo.

Sokeman llevaba un rato contemplando a la chica en silencio, con el ceño fruncido. Entonces intervino:

—Nuestro avión se ha estrellado. ¿Cómo se llama este lugar?

—Este es el lugar de la creación. Su nombre es la Isla de las Manos.

El rostro de Sokeman permaneció impassible, pero Ross volvió a soltar uno de sus graves silbidos. Balbució:

—Me parece, creo recordar, tengo la sensación de haber oído...

—Quizá —replicó Miranda con aire distante—. Hay algunos en Garth que saben de su existencia.

Ross empezó a recobrar la confianza en sí mismo.

—Oiga, Miranda —dijo—, ¿y no hay nadie más en la isla? Ya sabe, gente. Un asentamiento, una ciudad.

—Sí, hay gente —contestó Miranda. Tenía una voz grave y musical, más dulce que la de Joan. Se acercó a Dirk, sonriendo, y le tocó la tela de la manga. Él tomó entonces conciencia de lo bellísima que era. Sin dirigir la vista a Ross, ella preguntó—. ¿Quieren que les conduzca hasta ellos?

Sokeman y Ross cambiaron una mirada.

—Sí —dijo Ross.

Miranda se quedó esperándoles mientras los tres hombres desmontaban el campamento. Sus ojos no se despegaban de Dirk Huygens mientras él trabajaba, y le sonreía constantemente. Cuando estuvieron listos, los guio por el sendero.

Pasaron mucho tiempo caminando, siempre en leve ascenso, por entre el aire pesado e inmóvil. Al fin, Miranda dijo:

—Aquí giramos a la derecha, ¿lo ven? —Señaló un caminito apenas perceptible—. Esta es la senda que conduce hasta la gente, hasta quienes poseen lo que desean. La otra conduce a las Manos.

A Huygens le asaltaban demasiadas preguntas como para formular ninguna de ellas. Caminaba en silencio junto a Miranda. Tras él, los otros dos hablaban en voz baja. Oyó a Ross decir algo así como: «Cuando era niño... este lugar...». Y Sokeman musitó una respuesta inaudible.

Llegaron a la cumbre de una colinita. Bajo sus pies, en un valle poco profundo, se alzaba un grupo de estructuras chatas dispuestas en un semicírculo. Eran pequeñas, casi como cabañas, y tenían un aire indefinible de desolación y abandono.

—Aquí es donde vive la gente —explicó Miranda, girando el rostro para hablarles por encima del hombro—. ¿Quieren que bajemos hasta ellos?

Sokeman y Ross asintieron casi al unísono. Ross tenía el ceño fruncido y apretaba con fuerza los labios.

No habían dado más que unos pasos cuando un hombre se les acercó a trompicones colina arriba. Estuvo a punto de desplomarse a sus pies. Su delgadez era extrema, tenía la mirada ausente, los ojos inyectados en sangre y las escasas ropas le colgaban del cuerpo en jirones. Miranda lo esquivó rodeándolo con tranquila indiferencia. Huygens se dio cuenta de que el hombre estaba borracho como una cuba. Al pasar a su lado, el hombre inclinó con mano temblorosa una botella de *Phlomis* para extraerle las últimas gotas. El recipiente emitió un insólito borboteo cuando volvió a bajarlo.

Percibieron un destello de movimiento frente a ellos, en el claro donde se hallaban las casas. Miranda condujo a los tres hombres hacia allí. Cuando se hubieron aproximado lo suficiente, Huygens descubrió que se trataba de una mujer —una mujer mayor sin duda, vestida de un tafetán gastado de color violeta—, que se movía al compás de una intrincada danza con un hombre joven e inmenso. Él lo hacía con la precisión de un reloj, con igual soltura que si le guiara una música inaudible, pero ella trastabillaba de vez en cuando. Giraban y giraban absortos en su fantástico baile sobre el trasfondo de los árboles negruzcos, mientras sobre ellos descendían lentamente cintas y jirones de bruma.

A medida que se iban aproximando a Huygens en su rítmico contorno, vio que la mujer, en efecto, era vieja y estaba llena de arrugas. Sin embargo, su pareja tenía la perfección imposible e insulsa de un maniquí en un escaparate de ropa de moda. Su rostro vacío se inclinaba sobre la canosa mujer con lo que parecía casi una caricatura de admiración cortés.

Había otros tres hombres, que se le parecían como gotas de agua, esperando al borde del claro. Uno de ellos se aproximó a la pareja danzante y dio al hombretón unos toquecitos en la espalda. Dócilmente, él entregó a la canosa mujer en brazos del segundo hombre, que empezó a moverse con la misma precisión, perfecta e inquietante, de reloj.

—Ella baila —prorrumpió Miranda, como si aquello aclarara algo—. Siempre baila. Es su deseo.

La anciana bailarina se paró en seco.

—Estoy cansada —gimió.

Al instante, su pareja de turno se arrodilló ante ella y le besó la mano, como en una parodia de adoración. Luego la tomó en sus enormes brazos y, sosteniéndola como si se tratara de un objeto infinitamente precioso y frágil, se la llevó a una de las cabañas. Los otros tres les siguieron.

El grotesco espectáculo había dejado sin habla a Huygens. Ahora se volvió a Miranda.

—¿Qué es esto? —inquirió—. No lo entiendo. ¿Están todos así?

—¿Todos? ¡Qué va! —Miranda negó agitando la brillante melena—. Sus deseos son diferentes, ¿comprende? —Dudó—. Se pasan la mayor parte del tiempo en las cabañas —dijo—. Si quiere verlos, tendrá que mirar por las ventanas. No les importará. No repararán en su presencia.

Ross ya se había acercado a la ventana de la cabaña más cercana y estaba observando su interior. Tras un instante, Huygens fue tras él.

La iluminación era mala. Lo único que Huygens acertó a ver al principio fue un montículo de algo en el suelo y, como enterrados en él, la cabeza y los hombros de una persona. Entonces percibió que el montón estaba compuesto de joyas talladas, que lanzaban destellos púrpuras, rojos, verdes, ambarinos y dorados. Un hombre desnudo, marchito y más menudo de lo normal, se hallaba en medio de la pila, hundido en ella hasta la cintura. Allí metía las manos una y otra vez y las elevaba llenas de joyas resplandecientes, que se echaba por encima de la cabeza y del pecho.

En la siguiente cabaña había una mujer sentada en una cama baja. Tenía un niño pequeño en brazos. Le hablaba, jugaba con él y lo acunaba en su regazo. Y el niño permanecía pasivo y callado todo el tiempo.

Una sola vez movió un poco las manos. Había algo espantoso en su inactividad.

—¿Han visto ya suficiente? —inquirió Miranda cuando Huygens se despegó de la ventana—. ¿Están listos para ir al lugar de la creación, a visitar a las Manos?

Ross tomó aire. Casi tímidamente preguntó:

—¿Está permitido...? ¿Puede cualquiera... crear con las Manos?

—Claro, por supuesto que sí —contestó Miranda con una grave sonrisa—. Esta es la Isla de las Manos.

Se dio la vuelta y empezó a guiarlos alrededor del semicírculo de edificios. Huygens fue tras ella automáticamente. Su mente estaba sumida en la confusión. Cuando volvieron a emprender el ascenso a la colina, prorrumpió:

—¿Qué clase de sitio es este, Miranda? Ross y Sokeman parecen comprenderlo, pero yo no.

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó Miranda con su dulce voz.

—¿Qué es esta isla, qué hacen aquí estas personas, qué son las Manos... todo. ¿Cómo es que no vimos la isla? ¿Qué provocó el accidente de nuestro avión?

—Le contaré lo que sé —contestó Miranda. Alargó la mano y le tocó el brazo con suavidad, sonriendo. Con gran sorpresa Huygens descubrió que ella llevaba en el dedo un anillo de boda con una piedra preciosa engarzada.

—La Isla de las Manos fue creada por un gran hombre de ciencia, uno de los mayores que ha habido nunca, hace mucho tiempo. Había perdido a su mujer y se sentía incapaz de vivir sin ella. Construyó el lugar de la creación para traerla de vuelta. Esto lo comprenderá mejor cuando vea las Manos.

»Tras su muerte, la isla permaneció. La gente empezó a venir aquí, una o dos personas al año; personas con deseos que no soportan ver insatisfechos. Acuden a la isla y, con las Manos, dan forma a sus deseos. Y viven en las cabañas (no sé quién las construyó) hasta que mueren.

»Es imposible ver la isla desde arriba. Tan solo una pequeña parte de la costa es perceptible desde la orilla del agua. Hay un... un espacio en torno a las Manos que desvía los rayos de luz. La fuerza se eleva desde el lugar de la creación. Su avión se estrelló contra esa fuerza.

Parte de la confusión de Huygens se había disipado, pero quedaba un misterio.

—¿Y usted quién es? —le preguntó a la mujer que guardaba un

parecido tan inquietante con Joan—. ¿Qué hace aquí?

—Soy Miranda —respondió ella de inmediato—. Vivo aquí.

—Pero... —Huygens se mordió el labio. Se quedó en silencio, con la cabeza gacha, esforzándose por pensar.

Ross y Sokeman conversaban mientras les seguían los pasos. Oyó a Sokeman mencionar la mochila de provisiones que Ross había dejado en el campamento y, a continuación, comentar:

—No tengo hambre. Qué raro. Hoy no hemos comido nada.

—Me parece que aquí no necesitamos comer —contestó Ross. Y en un tono más cómplice—. ¿Tú qué te vas a fabricar, Chet? —Se produjo un silencio. Entonces, a modo de respuesta, solo se oyó la risa nerviosa de Sokeman.

El lugar de la creación sorprendió a Dirk. No estaba seguro del todo de qué era lo que se esperaba, un anfiteatro, una construcción parecida a un templo, una inmensa caverna. Pero Miranda les guio hasta una simple explanada, libre de árboles, donde las neblinas blancas que flotaban sobre la isla adquirían una densidad casi asfixiante. Entonces, en sus esfuerzos por aguzar la vista al máximo, logró distinguir vagamente a través de la bruma el contorno de un par de manos inmensas, gigantes, ciclópeas. Los dedos de una descansaban suavemente sobre el dorso de la otra y, aunque por su inmovilidad pudieran parecer esculpidas en piedra, daban la sensación de estar tomándose un mero respiro en su labor de creación, de estar a punto de ponerse de nuevo a trabajar.

—No se acerquen más —les advirtió Miranda—. ¿Ven aquella línea? —Señaló una marca luminosa, fina como un hilo, que rodeaba por todos lados la densa niebla blanca—. No deben cruzarla. Es muy peligroso.

»Ahora voy a explicarles cómo dar forma a sus deseos. El que quiera crear para sí su objeto de deseo se arrodilla frente a la línea y la atraviesa con las manos, introduciéndolas en la niebla. A continuación, piensa en lo que quiere con toda su alma, todo su corazón y toda su esperanza. Entonces las manos le dan forma a su deseo.

»Dirk, ¿acaso no soy yo esa Joan a quien perdiste? ¿Serás tú el primero en usar las Manos? ¿Quieres que las Manos vuelvan a esculpirla para ti?

El corazón de Huygens le dio un vuelco. Ahora se daba cuenta de que había estado reprimiendo en las profundidades de su cerebro la conciencia de la posibilidad de la que hablaba Miranda. Era imposible, era maravillosa, era horrible. Se acordó del niño, inerte como un maniquí, que había visto en el regazo de la mujer dentro de la cabaña. Se acordó de los rostros vacíos y fatuos de los hombres que bailaban con la mujer del vestido violeta.

—¿Pero de verdad... de verdad sería Joan? —preguntó—. ¿Mi creación sería Joan como ella era en realidad?

Miranda se encogió levemente de hombros.

—Me parece que hay dos cosas que determinan lo que esculpen las Manos. Una es la intensidad del anhelo, la fuerza del deseo. La otra es la claridad de la imagen mental que uno se forma. Pero si al escultor no le gusta lo que las manos han modelado para él, puede dejar que su creación se pierda de nuevo en la niebla.

»Una cosa más he de advertirles. Disponen de una sola oportunidad para usar las Manos. Pueden permanecer aquí todo el tiempo que quieran, haciendo que las Manos esculpan una y otra vez su deseo para ustedes, hasta que se aproxime lo máximo posible al que llevan en el corazón. Pero una vez extraigan las manos de la niebla, no pueden volver a introducirlas jamás en ella. Nadie tiene la fuerza suficiente. Estarían perdidos.

«Una radiación —se decía la parte del cerebro de Huygens que todavía funcionaba—. Quizá sea una radiación que mata al que se expone a ella por segunda vez... ¡Joan, Joan, Joan! ¿Qué voy a hacer?»

Miranda le estudiaba con sus ojos color avellana.

—Deja que uno de los otros pruebe primero, pues —sugirió—. Obsérvalos mientras usan las Manos, Dirk.

* * *

Sokeman se adelantó. Su rostro grisáceo estaba cubierto de un leve rubor. Se arrodilló en el suelo. Lentamente, sus manos atravesaron la línea y se sumergieron en la niebla. Desaparecieron. Y las Manos gigantescas que tenía ante él entre la bruma —¿se hallaban lejos o cerca de él?— empezaron a moverse.

Sokeman tenía los ojos cerrados. Apenas parecía respirar. Las Manos dudaron, temblaron. Entonces, como un alfarero que trabajara la arcilla entre la niebla, empezaron a crear.

Una vasija opalescente con forma de Xoanon flotó entre la bruma como una aparición fantasmagórica. Se disipó y, a continuación, surgió una serie de botellas y frascos. Dirk reconoció uno o dos licores que tenían fama de neurotóxicos. Un fajo de billetes se materializó abanicándose ante sus ojos y volvió a desvanecerse. A continuación, aparecieron más botellas y más frascos.

—No quiere ninguna de estas cosas en realidad —susurró Miranda al oído de Dirk—. Dentro de un rato se le pasará la timidez.

Las Manos se detuvieron. Luego volvieron a ponerse en marcha, pero no como antes. Ahora mostraban una voluntad y una decisión que antes habían estado ausentes. Trabajaron entre la niebla, despacio y con esmero, durante mucho tiempo. El rostro de Sokeman tenía una expresión dura y congestionada. Y por fin, sacó las manos de la niebla. En una de ellas llevaba una vasija dorada.

—¿Qué es? —le preguntó Dirk a Miranda.

—Una droga, creo. Sí.

Sokeman se había separado de ellos un par de pasos con el frasquito en la mano. Ahora se paró, volviéndoles un poco la espalda, y vertió unas gotas de su contenido en el dorso de la muñeca. Se la llevó a los labios y la tocó con la punta de la lengua.

—¿Serás tú el siguiente, Dirk? —inquirió Miranda.

—Yo... —Vio que ella temblaba de arriba abajo. Apretaba los puños de tal modo que los nudillos se le habían puesto blancos—. ¿Por qué quieres que pruebe? —preguntó.

Su parecido con Joan fue tal cuando le contestó «porque, porque tengo que saberlo», que una oleada de nostalgia lo invadió. Sin articular palabra, se arrodilló junto a la línea brillante y hundió las manos en la niebla.

Fue como si las hubiera sumergido en un arroyo frío y veloz. La fuerza parecía tirar del él y querer arrastrar su cuerpo. Y además de las sensaciones de frío y movimiento rápido, notaba una languidez y una fatiga peculiares, como si le estuvieran sorbiendo la voluntad.

Huygens se mordió el labio. Las Manos se pusieron en movimiento. Con todas sus fuerzas, conjuró la imagen de Joan en

su mente, Joan como había sido un día al final de la primavera en el que habían salido a navegar juntos por entre las islas. Aún la veía de pie en la proa del barco, inclinándose hacia el viento y riendo, y su juventud había sido como el destello del sol sobre la cresta de las olas.

No podía vivir sin ella. La traería de vuelta.

Las Manos se detuvieron. Joan avanzó hacia él por entre la bruma, sonriendo, con la cabeza levantada; y si sus ojos resultaban inexpresivos, él podía obviar aquel detalle, la necesitaba tanto. Pero cuando ya casi había llegado a su lado, tembló como un reflejo sobre las aguas agitadas. A pesar de los desesperados intentos de Huygens, Joan se fue difuminando y acabó por disolverse. No quedó nada allí en la niebla.

Otro fantasma de Joan avanzó hacia él. Se desvaneció y fue sustituido por otra imagen y luego otra. Siempre tenían aquella curiosa inexpresividad en los ojos. Dirk sintió que la vida se le estaba yendo en aquellas efigies, fruto de su desesperación. Y, aun así, no permanecían.

Su mente se fijó en otros aspectos de Joan. Una oleada de perfume —el perfume que ella usaba— le llegó desde la niebla. Era fresco y misterioso y excitante a la vez; hizo que el corazón le latiera de nostalgia. Por un instante, antes de que el perfume se alejara flotando, Huygens sintió la calidez y la ternura envolvente de Joan con tal claridad que estuvo seguro de que ella se hallaba de pie junto a él. Pero el perfume se disipó y, con él, un segundo después, la sensación de la presencia física de su esposa. Huygens, con las manos hormigueándole con aquella fría languidez, se afanó desesperadamente por evocar una vez más su imagen. Pero algo en ella se le escapaba siempre: la expresión de sus ojos, su forma de levantar la barbilla, el contorno del rostro.

Siguió intentándolo durante mucho más tiempo, aunque ya se había dado cuenta de que la tarea era imposible. Creaba una y otra vez, mientras Miranda esperaba pacientemente. Las Joan que esculpía se fueron volviendo tan frágiles como el humo de una vela, hasta que por fin se rindió. Se volvió hacia Miranda y dijo:

—Y a pesar de todo, la amaba.

—Sí. —El rostro de Miranda no mostraba expresión alguna, pero

parecía más alta que antes y le brillaban los ojos. Tras un instante, prorrumpió—: Creo que esa es la razón por la que no has podido darle forma, Dirk. Cuando un hombre ama a una mujer, no puede separarla lo suficiente de sí mismo para verla con claridad. Su amor por ella la envuelve en brumas. Joan para ti no era una mujer, sino el elemento del que se nutrían tus sentimientos y tus ideas. Él, sin embargo —dijo señalando a Ross, que se había arrodillado junto a la línea nada más levantarse Huygens—, no tendrá ninguna dificultad para crearse una mujer que le satisfaga.

Era cierto, las Manos estaban dando forma a una mujer curvilínea y voluptuosa para el otro piloto. Sonreía grotescamente y tenía los ojos endurecidos. Huygens le miró sin verle durante un momento. Luego se dio la vuelta.

—¿Adónde vas? —preguntó Miranda inmediatamente.

—Al lugar donde se estrelló el avión de Joan. A enterrarla.

La había enterrado y había caído la noche. Ahora, sentado e insomne bajo uno de los árboles negros, escuchaba el rumor de las olas al romper en la playa. Su mente estaba colmada de dolor y de pérdida.

Una sombra se movió. Miranda se acercó a él. Se sentó a su lado. Ambos se mantuvieron en silencio durante un rato. Entonces, Miranda le dijo con su dulce voz:

—No sufras tanto, Dirk.

Él se volvió hacia ella salvajemente:

—¡Que no sufra! ¡Cuando la he perdido! ¡Cuando...! —no pudo continuar.

—Pobre Dirk.

—¿Quién eres, Miranda? Ya sé que no eres Joan. Pero te pareces tanto a ella... No paro de imaginarte diciéndome: «Sí, soy Joan. Solo era una broma, solo te estaba tomando el pelo. Pero ya no voy a burlarme más de ti. Soy Joan, tu mujer».

Miranda posó la mano en la de él, y Huygens sintió una calidez y una ternura tales emanar de ella que creyó desmayarse. La agarró, no por deseo, sino por soledad y desesperación.

—Seas quien seas... ¡Por favor, sé Joan! ¡Sé Joan! —exclamó.

Ella le rodeó tiernamente con los brazos.

—Dirk, cariño. Amor mío. Oh, sí. Seré quién tú quieras que sea.
Cuando llegó la mañana gris y se hizo la luz, él le preguntó:

—¿Por qué me miras tanto, Miranda? Siempre que te dirijo la vista, me estás observando.

Ella agarró un puñado de arena y la dejó escapar por entre los dedos.

—Porque te quiero, Dirk —le contestó—. Adoro mirarte.

—Pero... ¿no piensas nunca en nada más que en mí? ¿Lo único en lo que piensas es en el amor?

Alzó un poco las cejas, como sorprendida.

—Pues claro. ¿En qué otra cosa debería pensar? ¿Qué otra cosa hay en la vida más que el amor?

—Eres una mujer muy extraña, Miranda.

Ella le tomó la mano y la colocó sobre su pecho, para que Dirk sintiera el latido de su corazón.

—No soy extraña —exclamó con pasión—. ¿Notas como me late el corazón? Late porque te quiero. Soy una mujer que... que fue creada para dar y recibir amor.

Huygens la miró y asintió.

—Sí —respondió, sombrío.

La siguiente noche tocaba ya casi a su fin cuando Huygens despertó de repente de su sueño. Había soñado con Joan. Durante un instante permaneció escuchando la respiración calmada de Miranda. Entonces alargó la mano para despertarla. Había enterrado a Joan hacía dos días. Pero en aquel momento supo, con perfecta e inamovible convicción, que Joan no estaba muerta.

Miranda despertó al sentir su tacto. Se incorporó y, aun en la oscuridad, Dirk supo que sonreía.

—¿Qué ocurre, Dirk?

—¿Dónde está Joan?

Ella se separó del él.

—Está muerta. La... la enterraste tú mismo.

—No está muerta —le agarró la muñeca con una fuerza salvaje—. Y tú sabes dónde está. Dímelo. Si no lo haces, te obligaré.

—Me estás haciendo daño... —apuntó Miranda con tristeza—. No ha sido suficiente, ¿verdad? Tendría que habérmelo imaginado.

Pero no puedes recuperarla, Dirk.

—¿Dónde está?

—En el lugar de la creación. Dentro de la niebla.

Él se puso en pie. Miranda se levantó de un salto y lo siguió, alarmada.

—No puedes ir tras ella. Si lo haces, nunca regresarás.

—Aunque eso fuera cierto —la increpó quedamente—, ¿te crees que iba a quedarme aquí? ¿Cuando Joan aún vive?

Miranda no dijo nada más. Fue tras él, contemplándole, hasta el lugar de la creación. Durante un instante, Dirk sintió lástima por ella al verla allí, tan callada y sola. «Adiós», le dijo. Y, atravesando la línea, se internó en la niebla.

Fue como si hubiera penetrado en un universo rugiente de cristal verdoso. Una corriente le golpeó con fuerza salvaje y perdió el equilibrio. Se resistió al embate y el torrente se le enredó arteramente entre las rodillas y le arrastró de lado, hacia arriba, en círculos, hacia abajo y arriba de nuevo. Sus músculos se contraían luchando con él; entonces recordó que Joan, en algún lugar de aquel flujo vidrioso, probablemente había sido arrastrada por la misma corriente. Tomó la sabia decisión de no oponer más resistencia.

Pasó algún tiempo, si es que el tiempo significaba algo. Había remolinos terribles, torbellinos, precipicios líquidos. A veces le parecía estar escalando Alpes de cristal tembloroso o saltando por encima de grietas increíbles. Siguió avanzando con dificultad por una llanura de vítrea roca volcánica. Y siempre, mezclada con sus esfuerzos, reales o irreales, tenía la conciencia de que la voluntad y la inteligencia le estaban abandonando.

Por fin, el movimiento se ralentizó. Se sintió empujado casi con delicadeza. Al final flotó hasta detenerse, como si la corriente que le había arrastrado hasta entonces le hubiera abandonado. Medio aletargado, tuvo la sensación de haber llegado al centro mismo de las cosas. Todo terminaba allí, en el sueño y la descreación, en los vapores ambiguos del crepúsculo.

Joan estaba en algún lugar, le necesitaba. No podía quedarse dormido. Con desesperación, se incorporó y miró a su alrededor, contemplando la triste inmensidad descolorida. A su lado pasaban

flotando fragmentos de creación: caras espectrales, joyas sin brillo, extremidades desarticuladas. Y junto a ellas, figuras y construcciones aún más extrañas, contornos para los que no encontraba analogía ni nombre. Ni entonces ni en ningún otro momento vislumbró ni rastro de las Manos.

Joan se le acercó, sonriendo, y tras ella otra Joan y luego otra más. Había diez, veinte, un centenar. Y seguían pareciendo surgir de la bruma como burbujas, y como burbujas volver a desvanecerse en ella. Le rodeaban por todas partes con sus leves sonrisas, y con ojos embotados vio que, por cada Joan, había aparecido un Dirk Huygens fantasma que tendía sus brazos hacia ella.

El sopor se volvía cada vez más aplastante. Trató de avanzar hacia los espectros vacilantes y descubrió que sus extremidades le resultaban remotas y desobedientes como en un sueño. Se desplomó de rodillas y gateó un poco. Luego se derrumbó de lado y el letargo se apoderó de él por completo.

En el núcleo de sí mismo, algo gruñía y gritaba tratando de despertarle, como un hombre que golpeará un muro de piedra con sus manos inútiles. Por fin espabiló un poco, y luego algo más, a medida que el miedo crecía en su interior. El centinela que nunca descansa en las profundidades de la mente le comunicó con absoluta claridad que, si volvía a vencerle el sueño, no despertaría jamás. Aquella era su última oportunidad. Tenía que encontrar a Joan ahora o dormiría acostado en la llanura parduzca hasta el fin de los tiempos. Pero la modorra era terrible, le abrumaba como una losa. Apenas podía respirar bajo su peso.

Con todas sus fuerzas, se clavó los dientes en el labio inferior. La carne se abrió. Al empezar a brotar la sangre, se le aclaró la cabeza.

¿Dónde podría estar Joan? ¿Aquella infinidad de fantasmas de Joan habría surgido de ella? Si la corriente que le había arrastrado hasta allí se la había llevado también a ella, no podía andar muy lejos. Pero cerca y lejos, en aquel lugar ambiguo, eran una y la misma cosa. Miró a su alrededor y le pareció ver un pequeño montículo sobresalir de la planicie algo más adelante. Se dirigió hacia él pesadamente. Pero, al llegar, descubrió el cuerpo de un

hombre, aplastado por el letargo, que bien podría llevar allí siglos mientras el sueño sedimentaba sobre él. Y los abotargados ojos de Huygens no alcanzaban a ver ningún otro montículo sobre la llanura perfecta.

Le asaltó una desesperanza plomiza. Tuvo ganas de tumbarse junto al hombre desconocido y dejar que el sueño le asfixiara. Para luchar contra aquel deseo, hundió aun más los dientes en su labio ya herido. Y mientras el dolor le abrasaba los nervios sintió, durante un único instante, la brújula que apuntaba dentro de su cerebro.

Suspiró de alivio. Corriendo a tropicones se dirigió al punto que le había indicado. Y aunque su paso se iba ralentizando más y más —era como si el punto al que se afanaba por llegar fuera la fuente del inmenso sopor asfixiante que lo cubría todo—, nunca dejó de moverse. Siguió avanzando trabajosamente por entre unas telarañas cada vez más densas, durante un periodo que bien pudieran haber sido siglos. Y por fin llegó hasta Joan.

Era ella de verdad. Yacía en una hondonada poco profunda hasta la que había sido arrastrada, y estaba tan pálida e inerte como el crepúsculo que la rodeaba. Bajo el pecho izquierdo tenía una marca irregular, como si la herida que había recibido hubiera cicatrizado de forma distorsionada. Pero estaba viva.

La tomó en sus brazos y la besó. Ella despertó y abrió unos ojos somnolientos sobre él.

—Oh... Dirk... ¡Qué vivo estás! He soñado contigo. ¿He estado muerta?

—Levántate, Joan —le apremió él con gran esfuerzo—. Tenemos que... que... —No recordaba la palabra.

—Duérmete —le susurró, como hablándole a un niño—. Este lugar no soporta que estemos despiertos. Estamos demasiado vivos para él. Vuélvete a dormir. —Y empezó a deslizarse entre sus brazos.

Él le clavó las uñas en la muñeca. Joan dejó escapar un gritito y él la obligó a ponerse de pie.

—¡Despierta! —exclamó con desesperación.

—¿Para qué? Nunca podremos salir de aquí.

Era cierto, comprendió. ¿Cómo iba a abrirse camino él solo, y menos aún cargando con Joan, a través del torrente vidrioso que le había empujado flotando hasta allí? Despiertos, Joan y él irritaban a

aquel triste mundo de color parduzco; y les cubriría con capas y más capas de aturdimiento. Jamás lograrían escapar.

Tampoco era que importara mucho. Pero cuando estaba despierto, la había deseado. Volvería a besarla una vez más antes de que el sueño les envolviera.

Le echó la cabeza hacia atrás y apretó sus labios contra los de ella. Y como lo que tocaban era la boca de Joan, el contacto le resultó dulcísimo.

Ella se removió y le rodeó los hombros con los brazos.

—Cuando me tocas —le dijo trabajosamente— me siento más despierta. —Consiguió sonreírle.

Más despierta. Sí, era como si entre sus dos cuerpos cobijaran un resquicio de la calidez de la consciencia frente al sopor helado de aquel lugar muerto. Volvió a besarla, abrazándola con ternura, y antes de despegar sus labios de los de Joan notó una débil corriente que empezaba a agitarse a sus pies.

El torrente que se había apoderado de él al atravesar la línea brillante para introducirse en el lugar de la creación era vidrioso y suave, pese a su enorme violencia. Pero aun en su infancia, aquella nueva fuerza era tan áspera y erizada como una ola de bifaces prehistóricos. En su seno pugnaban y entrechocaban flujos cruzados y, a medida que su potencia aumentaba, Dirk sintió que le hería las carnes mil veces.

El sonido que emitía era como un griterío confuso y dolorido. Joan musitó, a un volumen casi inaudible: «... deshacerse de nosotros». El ruido de la corriente se elevó hasta tornarse en un fragor histérico. Entonces Huygens asió a su esposa con mano inflexible y la ola de dientes de sierra se apoderó de ellos.

Salieron despedidos dando vueltas con una violencia loca. En algunos momentos alucinados, Dirk tuvo la sensación de que se hallaban de pie, inmóviles, sobre una amplia llanura, mientras llovían piedras sobre ellos. Obligó a Joan a bajar la cabeza y a cobijar el rostro contra su hombro, y trató de protegerla lo mejor que pudo con el cuerpo y las extremidades. Había momentos en que la corriente fluía suave como el cristal, y esos eran los que más temía, porque entonces el letargo anonadante le invadía de nuevo. Sabía que, si dejaba de asir a Joan con la fuerza suficiente, la perdería del

todo, sin remedio.

Se precipitaron a través del un firmamento de estrellas puntiagudas desde un acantilado infinito. Las estrellas le abrasaron la carne como el fuego y apretó aún más a Joan entre sus brazos. Se elevaron entre una maraña de luciérnagas aguijoneadoras; se hundieron en un pozo cuyos flancos pedregosos les arañaron con crueldad. No, seguían de pie en medio de la neblina otoñal, abrazándose insensiblemente. El torrente les golpeaba sin piedad, como una lluvia de granizo. Y de pronto, Dirk supo que aquella fuerza atormentada les había conducido hasta el límite de su mundo, hasta la línea brillante.

Dirk sabía que había alguna razón por la que él y Joan tenían que atravesarla... Alguna razón. Pero no recordaba cuál. ¿Y quién era Joan? ¿Quién era Dirk?

La ola se hinchó en un vidrioso *crescendo* y a punto estuvo de arrancarle a Joan de los brazos. Luchó salvajemente por recuperarla, la agarró por una muñeca. Sin soltarla, avanzó penosamente cuesta arriba a través de una lluvia desolladora. Aunque había olvidado quién era, sabía que tenía asignado el deber inamovible de continuar subiendo, sin soltar a Joan jamás.

El momento se tensó como la cuerda de un arco. Dirk hizo un último esfuerzo extenuante. Y por fin, él y Joan se encontraron al otro lado de la línea.

Permanecieron muchos minutos tendidos en el suelo, exhaustos, como náufragos que hubieran estado a punto de ahogarse. Cuando Dirk recuperó unas pocas fuerzas, regresó al lugar donde había acampado la primera noche con los dos pilotos y trajo unas mantas y el botiquín. Aplicó una pomada sobre las extremidades sangrantes de Joan y la tapó con las mantas. Miró a las Manos, maravillándose de la diferencia entre el aspecto que presentaba la realidad a un lado y al otro de la línea. Entonces se tendió a su lado y de inmediato se sumió en un sueño natural y profundo.

Casi un día entero había transcurrido cuando despertó. Miranda se hallaba de pie junto a él.

Los contemplaba a él y a Joan. Estaba pálida. Lentamente, dijo:

—Así que la has traído de vuelta, Dirk. —Su voz sonó dulce al

hablar y, pese a su palidez, Dirk pensó que jamás había visto a una mujer tan hermosa.

Joan despertó y se incorporó. Posó la vista en Miranda y sus ojos se abrieron de par en par. Se levantó.

—Así que sobreviviste —se admiró.

Miranda rio.

—Hermana... madre... —contestó— ¿por qué no había de sobrevivir?

Dirk contuvo la respiración. Observó los rostros de ambas mujeres, que guardaban un parecido sumamente inquietante.

—¿Qué es lo que está diciendo? —le preguntó a su mujer.

—Que yo la creé —le respondió Joan.

Durante un instante, se hizo el silencio. Las palabras que acababa de oír se repitieron como un eco sin sentido en el cerebro de Dirk Huygens. Entonces, Joan continuó:

—Yo la creé. Verás, cuando mi avión se estrelló en la isla, quedé gravemente herida. Sabía que no iba a vivir mucho tiempo y sabía en qué isla estaba. No quería morir.

»Me encaminé al lugar de la creación. Me costó muchísimo trabajo. Cuando llegué, me arrodillé frente a la línea e introduje las manos en la niebla. E hice que las manos crearan a Joan, me crearan a mí misma, para mí.

»No quería morir, ¿sabes, Dirk? Y pensé que si otra Joan, una Joan igual a mí, continuaba viviendo, yo no estaría muerta en realidad. Pero cuando Joan vino hacia mí por entre la niebla, supe que no la había hecho bien. Tenía una expresión vacía y extraña en el rostro y se movía con dificultad, como si apenas viviera.

Dirk dio un respingo. Intercambió una ojeada con Miranda y por la expresión de ella supo que su deducción era correcta.

—No sobrevivió —confirmó Dirk—. Volvió junto a los restos del avión estrellado y allí murió. Yo la enterré.

Joan asintió.

—Fue un error —afirmó, retorciéndose las manos—. No debí haberlo hecho. Fue un error.

»Cuando me di cuenta de que la segunda Joan no sobreviviría, volví a intentarlo. Sumergí otra vez los dedos en la niebla (¡qué fuerza más horrible tenía la corriente, tiraba como la muerte!) e hice

que las Manos volvieran a crear para mí. Y esta vez, crearon a Miranda.

»Miranda, Dirk, es Joan como siempre quise que fuera. Al crearla, me creé a mí misma a imagen y semejanza de un sueño que siempre abrigué en secreto. Es más guapa que yo, más alta y tiene la voz más dulce. Hasta su nombre es distinto al mío. Nunca me gustó mi nombre.

Huygens comenzaba a comprender. Miranda, entonces, era la imagen idealizada que Joan tenía de sí misma. Hasta el anillo de bodas con la piedra engastada que llevaba Miranda... Joan había mencionado una vez que le gustaban más las alianzas engastadas que las simples.

—La hice con toda la fuerza y el anhelo que me quedaban. La creé enamorada de ti, Dirk, porque me estaba muriendo y te echaba espantosamente de menos. Y cuando vino hacia mí por entre la bruma, vi que estaba bien hecha y viviría.

»Entonces me desmayé. La corriente me arrastró con ella. Y después de aquello no hubo más que letargo y pesadillas, Dirk, hasta que viniste a despertarme. Me has devuelto a la vida.

Se volvió hacia su marido. Dirk la atrajo hacia él y la estrechó un momento en un abrazo.

—Has vencido, mujer real —dijo Miranda con amargura—. Me has robado al hombre real, a mí que no soy real del todo. Llévatelo y sacia tu deseo de él. Pero una vez fue mío. —Se llevó las manos a los ojos.

Joan dio un paso hacia ella.

—Perdóname, Miranda —rogó humildemente—. Nunca debí haberte creado. Perdóname por ello. —Tenía las mejillas arrasadas en lágrimas.

Miranda se destapó la cara. Estaba pálida como la muerte, pero Dirk vio que tenía los ojos secos.

—Tú no me has hecho ningún mal —declaró con orgullo—. Coge a tu hombre y márchate. Hay barcos en la playa. Te deseo mucha felicidad con él. Adiós. —Y les dio la espalda.

—¿Pero qué vas a hacer tú ahora, Miranda? —preguntó Joan, llorando—. ¿Qué va a ser de ti?

—¿De mí? —replicó Miranda. Y lanzó una carcajada—. Iré al lugar

de la creación y me haré un Dirk para mí. Le crearé con todo el amor que llevo dentro, y él me amará y será mi deseo. Y si él no es real del todo, qué más da, yo tampoco lo soy. —Y se internó entre los árboles.

Joan lanzó un grito lastimero. Hubiera ido tras Miranda, pero Dirk la retuvo.

—Déjala marchar —le dijo, aunque la inquietud lo atenazaba—. No podemos ayudarla. Es lo mejor para ella.

Durante un instante, él y Joan contemplaron a Miranda alejarse con la cabeza alta. Dirk supo que recordaría a Miranda, su belleza y el amor que le había regalado, hasta el fin de sus días. Entonces, él y Joan echaron a andar por la playa, hacia el mar limpio y purificador y los barcos que se los llevarían lejos de aquel lugar.

LOS INDESEADOS

MARY ELIZABETH COUNSELMAN

(1951)

MARY ELIZABETH COUNSELMAN

1911-1995

Mary Elizabeth Counselman fue una poeta y escritora de cuentos breves que llegó a ser conocida como «la reina de la Weird Tales» por la popularidad que alcanzaron los treinta relatos que escribió para dicha revista. También colaboró con muchas otras publicaciones periódicas, como el Collier's Weekly, el Saturday Evening Post y el Jungle Stories, pero sus aportaciones más memorables son las que hizo para Weird Tales. Su primer relato fue «The House of Shadows» (1933). Para algunos otros, como «The Shot-Tower Ghost» (1949) y «The Green Window» (1949), se inspiró en sus propias experiencias. Su relato más conocido, «Los tres centavos marcados», fue considerado uno de los más célebres publicados por la revista. Varias de sus historias de miedo se recogieron en el volumen Half in Shadow (de 1964, y reeditado con algunos relatos distintos en 1978). En African Yesterdays (1975) recopiló todos los cuentos que había escrito basados en el folclore nativo africano. El relato que sigue es quizá el más tierno que publicó nunca la revista Weird Tales.

LOS INDESEADOS

MARY ELIZABETH COUNSELMAN

A scendía por una carretera de montaña pedregosa con la lengua fuera. El sol implacable de Alabama me machacaba la nuca, y en ese momento deseé dos cosas, y en este orden: la primera, un vaso grande de bebida fría, cualquier líquido escarchado con hielo (té helado, limonada, agua), y la segunda, no haber aceptado aquel empleo de visitador del censo que me había ofrecido el prolífico Tío Sam.

Me senté bajo un viejo árbol retorcido y miré con rabia la empinada cuesta que se extendía ante mí. Concluí entonces que hay demasiadas personas en Estados Unidos, y que todas viven muy lejos unas de otras. El distrito que se suponía que debía cubrir era una sección de las colinas emplazadas en el área censal de Blue Ridge, de cuyos habitantes se decía que tenían una pierna más corta que la otra como consecuencia de vivir en unas montañas con barrancos tan escarpados. Ya había acabado con las pocas granjas diseminadas a los lados de esta carretera sinuosa que parecía terminar a las puertas mismas del cielo. Por el camino me había encontrado con los ojos de los habitantes de las montañas, que me espiaban por las ranuras de las chabolas construidas con planchas de madera de pino, medio derruidas por el viento. También con sabuesos viejos y flacos cuyos gruñidos amenazaban con devorarme, pero que terminaban saltándome encima y lamiéndome la cara, así como con niños de pelo rubio vestidos con sacos de harina que corrían desperdigados delante de mí como pollos delante de un halcón.

Pero había que contarlos a todos, a cada una de esas benditas

criaturas. El Tío Sam quería a todas por igual, y muchas de ellas estaban incluidas en su lista personal de asistencia social; eran aquellas que vivían en lo alto de Bent Mountain, donde lo único que crecía sin dedicarle un gran esfuerzo eran la madreselva y el cornejo.

Me senté allí un minuto, jadeando y enjugando el resultado de mi transpiración, o sea, mi sudor. Nada que ver con Emily Post. [4] Me cambié el gran archivador de cuero de un brazo dolorido al otro y continué el ascenso de la montaña. Justo delante de mí, por encima de las copas de pinos y robles, vi una pequeña columna de humo, lo que indicaba que me iba a topar bien con otra cabaña, bien con un alambique de alcohol casero. Paré a examinarme una ampolla del talón y seguí subiendo la colina hacia aquella atractiva nube de humo. Si era una pequeña granja, tendrían algún tipo de agua y si, por el contrario, era un alambique, bebería un trago de aguardiente y después ya todo me daría igual.

Tras doblar una curva del tortuoso camino, me tropecé con la típica chabola de montaña, similar a cualquiera de la veintena que había visitado aquella misma mañana. Había pimientos rojos colgados en hileras de los travesaños situados sobre la pequeña escalera que daba acceso a la choza de pino. También estaba el característico poste con calabazas colgadas alrededor, como un esqueleto, en el patio delantero. Los vencejos salían y entraban de las calabazas, que hacían las veces de pajareras. Estas aves daban la voz de alerta a los pollos que cacareaban y picoteaban por el corral cuando se acercaba algún halcón. Después vi ante mis ojos un salto de agua que salía de la montaña, detrás de la casa, de aspecto tan burbujeante y dulce como el manantial que Moisés hizo brotar de la roca. Junto a él había colgado un cucharón, y una enorme sandía se enfriaba en las profundidades del agua, entre dos cántaros de leche o manteca. Se me escapó un leve gemido y me dirigí hacia aquel oasis.

E inmediatamente me detuve en seco.

De pronto, como si hubiese emergido del suelo rocoso, apareció ante mí un hombre de montaña alto y sobrio, de poblada barba pelirroja. Le faltaba el brazo derecho. Sus estrechos ojos azules mostraban una expresión casi idéntica a la del rifle que sostenía

contra el pecho con su brazo izquierdo. Me apuntaba con él directamente al corazón, que me latía furioso contra las costillas como un conejo atrapado en una trampa.

Pero me las arreglé para sonreír.

—Buenos días, señor. Estoy aquí para contabilizar el censo... ¿Es usted el cabeza de familia?

Los ojos azules se estrecharon todavía un poco más. El hombre escupió. Oí el clic del martillo del rifle, listo para disparar, al tiempo que frunció el ceño. Por otro lado, se le veía perplejo ante la palabra «censo». Entonces habló, arrastrando las palabras en un tono profundo y rancio:

—No va a llevarse nada de aquí, señora. ¡Fuera! Además —añadió con sencilla dignidad—, no tenemos nada. Somos gente pobre...

Reprimí una risita y conseguí mantener la cara seria con gran esfuerzo, a pesar de tener un arma de fuego letal apuntándome al pecho.

—No, no es eso. El Gobierno me ha enviado para...

Al oír esa palabra, mi anfitrión, que ya de por sí estaba poco dispuesto, se puso aún más tenso. Sus ojos fríos se posaron en mi archivador oficial y soltó un bufido.

—No necesitamos ayuda —gritó—. Que se la den a los que no saben valerse por sí mismos, como esos vagos de los Hamby que viven abajo de la carretera. ¡Toda para ellos! Marthy y yo nos cuidamos muy bien solitos.

Se me dibujó en la cara una sonrisa de admiración ante este pobre diablo desnutrido y de un solo brazo, plantado en mitad de su terrenito estéril y desafiando al mundo entero. No quería la ayuda de nadie, tampoco que le molestaran. Pensé que esa era nuestra herencia norteamericana. Los pioneros, como esta gente de las montañas, eran quienes habían hecho de nuestra nación lo que es hoy en día. Pero algunos, como este granjero viejo, seguían siendo pioneros, luchando por forjarse un porvenir tan solo de lo que les ofrecía la naturaleza y el clima. No se consideraba a sí mismo un ciudadano ni se aprovechaba de ninguna de las ventajas de serlo. Seguramente nunca había votado ni pagado impuestos. Pero también era estadounidense, ¡claro que sí!

—Mire —dije con suavidad—. Lo único que debo hacer es anotar su nombre y los de todos los miembros de su familia, para los archivos de Washington. Tienen que saber cuánta gente hay en el país. Cada diez años, lo que hacemos es...

—¿Cómo e ' eso? —Así de simple fue su pregunta—. ¿Cómo van a querer saber algo de nosotros? Marthy y yo no molestamos a nadie. No pedimos favores. No hacemos nada para que nos molesten. Solo queremos que nos dejen en paz. Si alguien se pone malo en la cama, pues nosotros le ayudamos. Pero el resto del tiempo, ¡que nos dejen tranquilos!

Tragué saliva y volví a pensar que me encontraba ante el típico estadounidense. Era obvio que mis preguntas básicas irritaban a este hombre fortachón e individualista, y que no tenía la menor intención de responderme. Así que recurrí a una táctica de intromisión directa.

Me encogí de hombros y apoyé el archivador en un tocón recortado.

—Bien, eh... señor, señor... ¿cómo era? No me he quedado con su nombre.

—No pienso decírselo —contestó el muy canalla con brusquedad. Pero en el fondo vi una chispa de humor asomarse a sus ojos vigilantes. El cañón del rifle descendió unos centímetros. Señaló el manantial con el pulgar—. ¿Se ha quedado seca? Beba un poco, si tiene ganas. Después —añadió con educación, pero con firmeza al mismo tiempo—, me imagino que ya tendrá que irse. Habrá dejado el automóvil en algún sitio, ¿no?

—Lo he estacionado abajo, en los grandes almacenes Stoots. El resto del camino ha sido a pie. —Dejé caer la voz una octava, con tristeza, a ver si así lograba ganarme su simpatía. Al fin y al cabo, era un ciudadano más, y a mí me pagaban por hacer una lista de la gente que vivía en estas montañas, no por subirlas y bajarlas—. ¿Cree que... a su esposa le importaría si me siento un momentito en este porche tan agradable que tienen para recuperar el aliento? La gente del pueblo —añadí sonriendo, en un intento de halagarlos— viven a un lado y a otro de la calle, no arriba y abajo de la montaña, como ustedes. ¡Yo aquí no aguantaría ni una semana!

El comentario le hizo sonreír, pero el rifle aún apuntaba en mi

dirección. En ese instante noté que se ponía rígido y miraba a alguien por encima de mi hombro. Arrugó el entrecejo y sacudió ligeramente la cabeza. Pero yo me giré lo bastante rápido para ver a una mujer pequeña, de aspecto frágil y calmado. Tenía el pelo gris y unos ojos oscuros y luminosos que me miraban desde la entrada de la cabaña. Empezó a retraerse para desaparecer de la vista, tal y como le había indicado el movimiento de cabeza de su marido. Pero se ve que se lo pensó mejor y decidió salir a plena luz del día. Había una especie de brillo en su cara, un gesto cálido y alegre que al momento me llamó la atención.

—¡Pero Jared! —regañó en un tono suave y dulce—. ¿Cómo no le has dicho a la mujer que pase y que se siente? ¡Vergüenza te tendría que dar! —Me guiñó el ojo con picardía, un guiño entre mujeres que comparten las excentricidades de los hombres, un gesto común—. Tiene que estar usted hecha polvo, ¿no, señora? ¡Venga, pase! Mandaré a uno de los chavales al manantial para que le traiga un vaso fresco de suero de mantequilla. A mí no hay nada que me refresque más en un día caluroso. —Continuó charlando con actitud hospitalaria. Luego elevó la voz—: ¡Tommee! ¡Clevydel! ¿Dónde se habrán metido estos críos? Andarán cogiendo frutos del bosque, seguro... ¡Raynell! ¡Woodrow! —gritó de nuevo. Se rindió por fin, y sacudió la cabeza, sonriente.

Dudé sobre qué hacer, y miré otra vez al hombre del rifle. Percibí un peculiar gesto de alarma en su cara barbuda. Abrió la boca, como si fuera a protestar, pero por fin suspiró y se giró hacia el manantial.

—Ya traigo yo el suero de mantequilla —se ofreció con brusquedad—. Creo que a la Marthy le viene bien un poco de compañía de vez en cuando. Nadie se molesta en visitarnos nunca.

—Bueno —titubeé, mientras él se alejaba y ya no podía oírme—, no he venido de visita, precisamente.

Miré a la mujer. Al momento, sus ojos adoptaron una delicada mirada retraída.

—¡Ah, ya...! No será una asistente social, ¿verdad? —vaciló—. Jared está en contra de cualquier tipo de caridad o ayuda, incluso de la que es para los soldados. Perdió el brazo derecho en la guerra alemana. Volvió aquí, a casa de sus padres, y se encontró todo lleno

de maleza, y a toda su familia muerta. De fiebre tifoidea. Yo... —se sonrojó y bajó la mirada—, yo era solo una niña cuando le vi por primera vez, cazando conejos con un solo brazo. Fue un flechazo, y escapé corriendo de mi padre para casarme con él...

Se calló, sorprendida ante la riada de palabras reprimidas que habían salido de su boca al encontrarse con otra mujer. Por lo que había dicho el viejo, me parecía que la mujer no tenía mucha compañía en este lugar apartado de la mano de Dios. La única distracción que tenía la mayoría de estas mujeres de la montaña era ir a la iglesia, en todo caso. Pero había algo insólito en esta gente, algo que había notado antes, aunque me era difícil señalar como rara una cosa concreta. Esta pareja de mediana edad era una muestra representativa de las familias que me había encontrado ese día y el día anterior en mi travesía censal por el distrito que me habían asignado. Todos eran pobres. Todos desconfiaban de las preguntas personales que se les hacían. Todos eran familias grandes, con muchos hijos.

Me senté en el porche y abrí el archivador, sonriendo.

—No, tranquila... —respondí a su pregunta—. El Gobierno hace... una lista de todas las personas que vivimos en este país, y yo he venido a hacerles algunas preguntas. Sobre su familia y su granja. ¿Cuál es su nombre? —Esperé, con el lápiz preparado.

La carita gris de la mujer se iluminó.

—Ah —dijo, sonriendo satisfecha—. ¡Ahora caigo! Nuestro hijo el mayor me habló de ello, justo ayer me lo dijo. Que había una mujer por la zona de Baldy Gap preguntando cosas para el Gobierno. Seguro que era usted, ¿no?

Asentí y le devolví la sonrisa.

—Muy bien entonces —dijo con entusiasmo—. Le responderé encantada. Jared —bajó la voz en tono de disculpa— es un poco grosero con los desconocidos. No se tome mal *na* de lo que diga.

Me senté en la mecedora de mimbre, satisfecha de que nos hubiéramos entendido tan bien y de ponernos manos a la obra de inmediato. Me enteré de que el apellido era «Forney», de nombre «Jared C». La «C» era solo una inicial, no correspondía a ningún nombre. A la madre de Jared le había parecido que sonaba bien, nada más. El nombre de ella era Martha Ann, de cuarenta y ocho

años, y su marido de sesenta y siete. Tenían once hijos, dijo resplandeciente. Woodrow era el mayor. El más joven, un bebé, todavía no tenía nombre. Le llamaban «el más pequeño».

Anoté los nombres en mi libro, sonriente, y le pedí a Martha que me proporcionase las fechas de nacimiento de los niños. Mientras se mecía con suavidad, fue enumerando la lista valiéndose solo de su memoria maternal. Paré, algo contrariada al detectar un aparente error en las cifras apuntadas.

—Lo siento, creo que he debido de confundir los nombres —reí con alegría—. La fecha de su hijo menor la tengo en la segunda posición de la lista. 1934...

Martha Forney se giró hacia mí. Sus ojos grandes y luminosos brillaban con auténtico orgullo de madre, orgullo por haber criado a toda esa prole.

—¿10 de mayo de... 1934? —Se acercó a corroborar las fechas que había anotado y asintió feliz—. Sí, eso es. Es la fecha en la que el más pequeño llegó a nosotros. Woodrow fue el primero. Creo que fue a cuento de lo del brazo de Jared, vimos que necesitábamos a un chaval ya crecinito que pudiera ayudarnos. Pero luego —soltó, con timidez—, empecé a anhelar tener un chiquitín, uno que pudiera acunar entre mis brazos... Y a la mañana siguiente ¡pues aquí estaba! Acurrucado en la cama junto a mí, dando patadas a las mantas y haciendo ruiditos como un pichón.

Me quedé boquiabierta. Pestañee y miré fijamente, conmovida, a mi interlocutora, que seguía hablando con voz alegre. De repente pegué un salto. Jared Forney se acercaba a mí con una jarra de suero de mantequilla sujeta por el codo de su único brazo. Su rostro barbudo estaba hecho una furia y parecía querer fulminarme con sus fríos ojos azules.

Con un golpetazo tremendo apoyó la jarra y se irguió por encima de mí. Tenía el único puño apretado, como si de verdad se planteara estampármelo en la cara.

—¡Marthy! —gritó—. ¡Entra en casa! Y *usted*... —me miró—. ¡Lárguese! No tiene derecho a venir a cotillear a nuestra casa, ni a meter las narices en asuntos que no le incumben, ¡y menos a reírse de personas discapacitadas!

¿Discapacitadas? Me fijé en su muñón y me pregunté si se

referiría a eso. Pero la mirada cariñosa y protectora que dirigió a la figura resignada y retraída de su mujer me hizo recapacitar. De pronto recordé las extrañas cifras erróneas que había apuntado en la hoja del censo, y creí entenderlo todo.

—Oh... lo siento muchísimo —murmuré—. No me había dado cuenta. Me ha hablado de los niños, sus nombres, sus fechas de nacimiento...

—No tenemos hijos —me cortó él, en voz baja—. No debe molestar a Marthy, no está... bien de la cabeza. Tampoco quiero que se ponga a fastidiarla con todas esas preguntas —me soltó con fiereza, como un disparo—. Señora, si tiene alguna pregunta importante, dígamela a mí. ¡Y después le agradecería que se largue de mi propiedad y no vuelva nunca!

—Sí, sí, claro —asentí con humildad. Conseguí tartamudear las últimas preguntas sobre cosechas, acres y alguna cosa más, y el hombre me respondió a todas ellas con voz plana y arisca.

Garabateé la información a toda prisa, y me disponía a salir de allí sin pensármelo dos veces. Pero, en el último momento, se me ocurrió girar la cabeza y mirar a la puerta de la cabaña.

La mujer de pelo gris estaba dentro, de pie, medio en sombra medio iluminada por los rayos de sol que caían ladeados por encima de los pinos. Entre sus brazos sostenía un montón de tela pegado al pecho, y cuando se inclinó sobre él, canturreando, me pareció ver la rolliza manita de un bebé que se movía entre los pliegues de la tela y tocaba, juguetona, la mejilla de su madre.

Me di la vuelta para mirar de frente al hombre, desconcertada.

—Creía que no tenía usted hijos —le dije con frialdad, dejando su mentira al descubierto. Luego pensé que su descendencia debía de ser ilegítima, en vista de su extraña reacción. Suavicé el gesto—. Todo el mundo —dije con amabilidad— tiene derecho a ser ciudadano de este país, señor Forney. También su bebé. Tiene derecho a una educación gratuita, derecho a votar cuando tenga veintiún años, derecho a disfrutar de ciertos beneficios...

De repente mis palabras se quebraron como el cristal. Jared Forney me estaba observando como si me hubiera vuelto loca. Dirigió la mirada de sus ojos azules a su esposa, después a mí otra vez. Tenía una expresión de sorpresa y asombro que nunca

olvidaré.

—¿Lo... lo ve? —susurró con aspereza—. ¿Ve un bebé?

Fui yo quien lo miré boquiabierta esta vez, después contemplé de nuevo a la mujer y al bebé que hacía gorgoritos en sus brazos. Un moflete rollizo y suave asomaba entre los pliegues del viejo paño que abrazaba y mecía con suavidad. Vi un tirabuzón dorado y un destello de los ojos inocentes del bebé. Me volví una vez más a Jared Forney convencida de que era él, y no aquella mujer callada y amable, el que estaba mal de la cabeza. Cualquiera podría haber confundido las fechas de nacimiento de sus once hijos, sobre todo una mujer analfabeta y despistada que vivía en las montañas, como era el caso de la señora Forney.

—¿Que si lo veo? —repetí, atónita—. ¿A quién, al bebé? ¡Por supuesto que sí! ¿Pretendía ocultarlo? Supongo que —añadí con ternura— no se avergonzará de un angelito precioso como ese, ¿no? Debo anotar su nombre y su fecha de nacimiento. Es la ley, señor Forney. Podrían multarle e incluso acabar en prisión por ocultarle información a una funcionaria del censo.

La amenaza fue directa. Jared Forney continuó mirándome, luego de vuelta a su mujer. Sacudió la cabeza mientras murmuraba, se sentó en una silla, debilitado, y se enjugó la frente con un gran pañuelo rojo que se sacó del bolsillo del peto.

—¡Le juro que...! —susurró con voz temblorosa—. ¡Que Dios me ampare! ¡Maldita sea!

Fruncí el ceño con impaciencia y con el lápiz levantado.

—Por favor, señor Forney. —Intenté sacar provecho de la ventaja que había ganado, aunque no sabía desentrañar el motivo—. Si tiene otros hijos, tiene que decirme sus nombres, o dejar que lo haga su esposa. No importa si... si no son legítimos o... —empecé.

Levantó la cabeza de una sacudida y me miró.

—Ni se le ocurra decir algo así de Marthy —me cortó—. No hay una mujer mejor que ella en todas estas montañas. —Tragó saliva y ojeó con recelo a la figura silenciosa con el bebé. Entonces, tomó aire dos veces y comenzó a clamar, con indecisión:— ¿Woodrow? ¿Cleavydel? ¿Tom? ¿Raynell?

A su llamada apareció al instante un grupo de niños de detrás del sombrío soto de pinos situado a nuestra izquierda. La luz dorada del

sol brillaba en rayos que caían en diagonal entre las hojas de los árboles, y me deslumbraba los ojos de manera que al principio no pude ver sus caras con claridad. Pero a medida que aquel grupo de jóvenes sonrientes se acercaba, vislumbré los rasgos de dos chicas adolescentes, un niño de unos once años, y un joven alto de veintipocos. Todos tenían un aspecto fuerte y sano, a pesar de lucir una llamativa palidez poco habitual entre los montañeros curtidos por el sol de la zona. Iban vestidos con ropa hecha de sacos de harina o con petos recortados que era evidente que habían pertenecido a su padre. Los cuatro iban descalzos, y portaban con alegría latas repletas de bayas del bosque. Recuerdo que me pareció raro que no se hubieran ensuciado las manos ni la cara con el jugo púrpura de los frutos... pero bien podían habérselo limpiado en el manantial de camino a la cabaña. Lo que me llamó especialmente la atención fue su colorido.

Las dos chicas eran muy diferentes, jamás habría imaginado que fueran hermanas. Una era robusta y morena, la otra delgada y rubia. Los chicos eran tan distintos entre ellos como lo eran de las chicas. Uno de ellos, el menor, tenía unos pronunciados rasgos asiáticos, con los ojos rasgados y el rostro de facciones mongoloides. El mayor era pelirrojo, larguirucho, pecoso, y sonreía mucho. Todos parecían estar de buen humor, irradiaban una felicidad tan pura en su cara que resultaba contagiosa.

—¡Qué tropa de niños tan maravillosa! —le comenté a la señora Forney, con una leve mirada de reproche a su hosco marido.

Jared Forney volvió a mirarme. Había palidecido. Siguió mi mirada y entrecerró los ojos para poder ver con el sol de frente, pero finalmente sacudió la cabeza.

—¡Maldita sea! —masculló—. Nadie más que ella ha visto nunca... jamás...

Se interrumpió una vez más y se secó la frente de nuevo. Volvió la mirada a su esposa, avergonzado.

—Lo siento —dije con brío—, pero tengo que ponerme manos a la obra. —Me di la vuelta hacia la señora Forney y le pregunté con amabilidad: —¿Tiene la lista de las fechas de nacimiento de sus hijos apuntada en la Biblia familiar? Si pudiera dejármela para que las copie...

Martha Forney miró más allá de mí, a su marido, con expresión acusadora.

—Sí, las tengo anotadas —dijo con delicadeza—. Pasó por aquí un vendedor ambulante y le pedí que las apuntara. Yo nunca aprendí a leer ni a escribir —confesó, tímida—. Pero tenía todas las fechas en mi cabeza y él puso lo que yo le dije. Después, Jared —volvió a dirigir la mirada a la figura encorvada del marido, que seguía maldiciendo— las vio y arrancó la hoja. Dijo que era un pecado y una abominación para el Señor escribir mentiras en su libro sagrado. ¡Pero fue Él quien los envió! ¡A todos y cada uno de ellos! Sé que no los he parido yo misma, no los he traído al mundo como hacen otras mujeres. Pero... —Se quedó sin palabras y asomó a su cara una expresión desconcertada, como si le diera vueltas a un antiguo problema familiar aún sin resolver—. Soy su madre...

De pronto, se giró hacia mí. Sus luminosos ojos oscuros estaban encendidos con la luz de una alegría y devoción inocentes. Parecían haber borrado la pobreza y la miseria de la pequeña granja, y bañarla en un suave brillo dorado similar al de la luz del sol que se filtraba entre los árboles.

—Señora —dijo por sorpresa, en una voz suave como el murmullo de un arroyo de montaña—, señora, a usted también le gustan los niños, ¿verdad? ¿Tiene hijos?

Le respondí que tenía uno de seis años, al que quería muchísimo... y añadí con educación que debería volver a estar con él antes de la hora de la cena. Martha Forney asintió con una sonrisa radiante. Fulminó a su marido con una mirada triunfal. El viejo seguía jurando y maldiciendo entre dientes.

—¡Mire a Jared! —dijo alegremente—. ¿Lo ve? Esa es la cuestión. Hay gente que no quiere hijos —añadió con tristeza—. Por algún motivo, no quieren traer un bebé al mundo. Y a veces los aniquilan... Pero una vez que se han puesto en marcha, una vez que han emprendido el camino hacia su nacimiento, ya no pueden volver atrás, los pobrecitos. Lo único que quieren es... que los deseen, que los amen, quizá incluso que los necesiten, como Woodrow. Y debe de haber miles así —añadió con suavidad—, empujando por salir de algún sitio, con la esperanza de que se les

permita seguir adelante y convertirse en los hijos de alguien. Por ejemplo, Woodrow, calculo que tuvo que esperar varios años allí, donde sea que esperen. Era un chico grande cuando... verá, yo quería un hijo. Y ese mismo día, al anochecer, oí que alguien cortaba leña detrás de la cabaña. Pensé que era Jared... ¡pero estaba lejos cazando comadrejas! Cuando regresó y se encontró toda la leña, pensó que lo había hecho yo, o algún vecino que quería sacarle los colores por haberme dejado sola, sin un hombre que se encargara de mí. ¡Pero era Woodrow! Jared nunca ha sido capaz de ver al chaval ayudándole por la granja, pero ve el resultado de lo que hace. Ha aprendido —la mujer rio— a decirle lo que debe hacer y luego marcharse. Cuando vuelve, el trabajo está hecho. Woodrow —lo dijo con orgullo y con un profundo cariño— es un manitas, una gran ayuda para el trabajo del campo. ¡No hay casi nada que no se le dé bien! —Se le entristecieron los ojos—. No puedo entender que alguien no le quisiera como hijo.

Yo había permanecido sentada escuchando todo esto sin palabras, estupefacta. Ahora era mi turno de observar a Jared Forney y devanarme los sesos para decidir cuál de estos dos personajes era el que estaba tarado... ¡o si era yo la que lo estaba! Por el mero deseo de volver a la realidad, garabateé unas cifras en mi hoja censal, me aclaré la garganta y le pregunté a la señora Forney a quemarropa:

—Y... ¿la fecha de nacimiento del bebé? Tiene unos... ocho meses, ¿puede ser? ¿Algún... vecino lo dejó abandonado en la puerta? Son niños de acogida, ¿es así?

—No, señora —respondió Martha Forney con claridad—. ¡Son míos! Yo hice que nacieran, a fuerza de anhelarlo... y de quererlos. Como una gallina clueca que empolla los huevos de otra gallina. —Soltó una risita de resignación que hizo que se me pusieran los pelos de punta—. Por otro lado, está claro que no son unos niños normales. Jared, por ejemplo, no los ha visto nunca... menos una vez que estaba borracho —añadió. El tono indicaba un ligero reproche a los pecados del pasado—. Se cayó en una zanja llena de agua de lluvia y por poco se ahoga. Fue Cleavydel quien le ayudó a salir... Pasó tanta vergüenza de que su propia hija le viera así, que no ha vuelto a beber ni un trago. Bueno, quizá algún sorbo de vez

en cuando —puntualizó. Sonrió con ternura a su marido descarriado —, pero ya sabe, beber beber, no. Los niños han cambiado a Jared —dijo, satisfecha—. Antes me pegaba alguna vez y desaparecía del pueblo una semana o más. Pero ahora sabe que los chavales le admiran... ¡incluso aunque él no pueda verlos! Es el mejor hombre de estas montañas.

Casi se me escapó una risita sin querer, al notar la expresión avergonzada, sumisa e incluso orgullosa del hombre. Tenía ante mis ojos, sin lugar a duda, a un padre amable y amoroso... Pero seguía sin entender el origen del grupo de niños sonrientes que estaba allí delante, así como el del bebé en brazos de la mujer, ¡aquel bebé que decía que había nacido antes que los otros tres niños bien crecidos!

—Esto... —lo intenté de nuevo, desesperada—. Señora Forney, ¿significa esto entonces que son adoptados? Quizá no legalmente, pero... dice que se los dio alguien que no los quería, eso ha dicho, ¿verdad? Me temo que no acabo de...

—No me los dio nadie —interrumpió Martha Forney con tenacidad. Dirigió una sonrisa primero al bebé y luego al grupo que estaba junto al bosquecillo de pinos—. ¡Yo los traje! Se suponía que debían nacer de otras mujeres, todos ellos. De mujeres que no quisieron que nacieran... ¡pero yo sí quería! Puedes conseguir cualquier cosa, si de verdad tienes ganas... y si al Señor le parece correcto. Así que Jared y yo tenemos once hijos —terminó con toda naturalidad—. Ninguno se parece a nosotros, con excepción de Woodrow, que es pelirrojo como Jared. Pero es casualidad, claro. Se parecen a sus verdaderos padres... ¡John Henry! —subió la voz de repente—. ¿Dónde estás, hijo? John Henry —me explicó medio susurrando— es bastante tímido. ¡Ressie May! —volvió a gritar, después suspiró—. A la gente se le ocurre cualquier motivo para no querer tener niños, parece ser.

Me froté los ojos y me quedé mirando al grupo de jóvenes y niños que estaba de pie junto a la cabaña, todos callados y con cara alegre, a la espera de que sus padres les dieran la siguiente orden. En aquel momento, se unieron al corrillo dos figuras borrosas más. Todos formaban un conjunto de figuras tenues y emborronadas, como una vieja fotografía descolorida por el paso del tiempo. Uno de

los nuevos era un niño de unos siete años, delgado y de ojos tristes, y con unas marcadas facciones judías. Me sonrió y agachó la cabeza con timidez. Jugueteaba con una margarita que tenía en la mano, una margarita silvestre que, para mi sorpresa, parecía tosca y sólida entre sus dedos difuminados. Me sobresalté al ver que la segunda figura nueva era la de una niñita negra. Rio nerviosa, en silencio, cuando mi mirada se posó en ella, y enterró un dedo del pie desnudo en el polvo bajo sus pies. En su rostro también resplandecía aquel brillo de dicha absoluta y de seguridad ante la presencia de cualquier mal.

—Ressie May es de color —susurró la señora Forney—. ¡Pero ella no lo sabe! Para mí es igual que el resto de mis hijos...

De pronto, Jared Forney se puso en pie de un salto y me miró echando fuego por los ojos.

—¡Ya está bien! No quiero oír una palabra más —rugió, histérico—. Ahí no hay nadie, y las dos lo sabéis. Usted no ve nada, ¡y Marthy tampoco! Se lo he dicho mil veces, está todo en su cabeza. Todo viene del deseo de haber tenido una tropa de niños que nunca pudimos tener. Marthy está... enferma. Su... su padre reconoció que ella misma fue una niña bastarda, y lo pagaba con ella, dándole palizas, ¡hasta que huyó de él! Todo eso se ha mezclado en su cabeza, y ahora... pues está un poco tocada, como bien sabe toda la gente de esta zona. Con todo eso de los hijos llamados Woodrow y Cleavydel, y... ¡y algunos ni siquiera son de la misma religión o del mismo color que nosotros! No sé... no sé de dónde salen todas las bayas del bosque que dice que cogen los niños ni cómo se las arregla para hacer todas las tareas de la granja a mis espaldas... ¡que se inventa que las hace Woodrow! Pero... —bajó la voz para que solo le oyera yo y se dirigió a mí con fiereza—, ¡fingiría que el mismísimo demonio está durmiendo en nuestra casa si eso la hiciera feliz!

Se me empañaron los ojos. Estaba a punto de asentir para mostrarle mi solidaridad y comprensión, pero por su parte no había nada parecido. Para ese canalla viejo y curtido, yo era el enemigo, igual que el resto del mundo. Una amenaza más para la paz mental de su esposa.

—Y ahora —gruñó—, lárguese. No tiene derecho a sentarse aquí

y burlarse de los pobres. Y encima se ríe de nosotros, haciendo como que también ve a los niños igual que ella...

—Pero... es que sí veo a...

Me interrumpí de inmediato. El rifle de Jared Forney había vuelto a aparecer como por arte de magia, bien sujeto por su brazo bueno... y apuntando firmemente a mi cabeza. Su ojo izquierdo estaba alineado con el cañón y dibujaba un punto rojo imaginario en mitad de mi frente, justo entre mis dos atónitos ojos. Decidí no protestar más. Vi un asesino a sangre fría en aquel ojo azul entrecerrado, y una actitud protectora orgullosa y fiera hacia aquella mujercita suya que no admitía réplica.

Me giré y corrí, con el archivador del censo bien agarrado bajo el brazo. Ni siquiera paré a recoger el lápiz que se me escapó disparado de detrás de la oreja. Corrí y recé. Oí que amartillaba el rifle, preparado para disparar, y seguí corriendo.

Solo me giré una vez para mirar por encima del hombro la humilde cabañita que dejaba atrás. Cuando lo hice, pues... lo que aquella mujer acunaba con dulzura en sus brazos no era más que un puñado de trapos vacíos. Había cuatro latas rebosantes de frutos rojos que alguien había recogido y colocado en el suelo, más allá del soto. Pero el puñado de niños sonrientes, cada uno distinto al otro, había desaparecido.

Para mí, al menos, ya no estaban allí. Quizá porque... no lo sé... quizá porque para mí no fueran lo bastante importantes, y tal vez era justo eso lo que necesitaban para nacer y mantenerse vivos. A lo mejor había sido la devoción que sentía por mi propio hijo lo que me había hecho verlos a todos, igual que los veía la mujer de Jared Forney. Con bastante tristeza, saqué las hojas del censo cuando ya había bajado unos cuantos metros por la carretera, y escribí de cualquier manera los nombres de once niños que nadie, aparte de Martha Forney, había querido que viviesen. El Tío Sam, pensé con una sonrisa burlona, no vería con buenos ojos estas estadísticas. Niños soñados. Niños deseados, nacidos tan solo de la necesidad... y del amor. Los no deseados. Los no nacidos...

Pero para la menuda señora Forney, una «madre» con el corazón más grande que el mismo cielo, están muy pero que muy vivos, estoy segura. Y quién sabe, ¡puede que sea el Registro Civil el que

esté equivocado!

[4] . Emily Post (1872-1960) fue una *socialite* y autora estadounidense experta en etiqueta y protocolo. Escribió artículos en diversas revistas y publicó varios libros relacionados con esta temática que gozaron de gran popularidad en la primera mitad del siglo XX .

EL SÉPTIMO CABALLO

LEONORA CARRINGTON

(1943)

LEONORA CARRINGTON

1917-2011

Leonora Carrington nació rebelde, quizá porque su padre, un rico empresario de la industria textil, fue muy estricto. La expulsaron de dos colegios y solo sentó la cabeza cuando se matriculó en la escuela de Bellas Artes de Florencia. Se quedó fascinada con el movimiento surrealista y enseguida se fue a vivir con el artista Max Ernst, a quien conoció en 1937. Durante la guerra, Ernst fue detenido primero por los franceses por ser extranjero y después por los alemanes, que consideraron su obra «arte degenerado». Escapó clandestinamente de Francia para instalarse en Estados Unidos, pero no se llevó con él a Carrington. Ella huyó a España y de allí a Portugal, desde donde, gracias a la diplomacia mexicana, pudo viajar a México, donde vivió prácticamente el resto de su vida. Su obra y sus pinturas se expusieron en numerosas ocasiones; le fascinaban especialmente los caballos, como demuestra en el siguiente cuento. Sus escritos son tan surrealistas como el resto de su obra, un tanto más fantásticos que sobrenaturales, pero como nunca se sabe el giro que va a dar la historia, siempre resultan sorprendentes. Pocos de sus relatos fueron recopilados en el momento de ser escritos y, en general, el acceso a ellos fue difícil para la mayoría de los lectores hasta los últimos años de la vida de Carrington, cuando se publicaron «La dama oval» (1975, colección inédita en español, traducción española del cuento de 1965) y «El séptimo caballo» (1988, traducción española de 1992). Afortunadamente, no hace mucho se publicó un volumen titulado The Complete Stories of Leonora Carrington (2017, inédito en español), que da fe de lo travieso, variopinto e imaginativo de su

obra escrita.

EL SÉPTIMO CABALLO

LEONORA CARRINGTON

Una criatura de aspecto extraño saltaba furiosa entre los zarzales. Estaba atrapada por la larga cabellera, que se le había enredado en las zarzas de tal manera que no conseguía moverse ni para adelante ni para atrás. Maldecía y se revolvía hasta que la sangre empezó a correrle por el cuerpo.

—No me gusta su aspecto —dijo una de las dos señoras que se disponían a visitar la rosalada.

—Podría tratarse de una jovencita... y sin embargo...

—Este es mi jardín —replicó la otra, que estaba seca y delgada como un palo—. Y los intrusos me desagradan sobremanera. Me imagino que habrá sido el pobre infeliz de mi marido quien la habrá dejado entrar. Es como un niño.

—Llevo años aquí —chilló la criatura, furiosa—. Pero eres demasiado estúpida como para haberme visto.

—Y encima impertinente —comentó la primera señora, que se llamaba miss Myrtle—. Creo que será mejor que llame usted al jardinero, Mildred. No creo que sea prudente que nos acerquemos. Parece que esta criatura no tiene decencia.

Hevalino tironeaba con fuerza de su cabello, como si quisiera abalanzarse sobre Mildred y su acompañante. Las dos señoras se dieron la vuelta para marcharse, no sin antes haber intercambiado largas miradas de odio con la criatura.

La tarde primaveral se hizo larga hasta que el jardinero llegó a liberar a Hevalino.

—John —dijo Hevalino dejándose caer en la hierba—, ¿podrías contar hasta siete? Ya sabes que soy capaz de odiar durante

setenta y siete millones de años sin pararme a descansar. Dile a esas miserables que las maldigo. —Y se dirigió lentamente hacia el establo donde vivía, murmurando por el camino: «setenta y siete, setenta y siete».

Había ciertos puntos del jardín donde todas las flores, los árboles y las plantas se enmarañaban unas con otras. Incluso en los días más calurosos, aquellos lugares estaban envueltos en sombras azuladas. Había allí estatuas abandonadas cubiertas de musgo, fuentes secas y juguetes viejos, descuartizados y desechados. Nadie iba allí salvo Hevalino; se arrodillaba a comer la hierba joven, y contemplaba un pájaro fascinante que nunca se separaba de su propia sombra. Dejaba que se deslizara a su alrededor a medida que avanzaba el día y que le pasara por encima cuando había luna. Estaba siempre allí sentado con la peluda boca muy abierta de la que entraban y salían volando polillas e insectos minúsculos.

Hevalino fue a visitar al ave durante la cena, esa misma noche, después de haberse quedado atrapada en las zarzas. La acompañaba un séquito de seis caballos. Dieron siete vueltas en silencio alrededor del orondo pájaro.

—¿Quién anda ahí? —les espetó este al fin, con voz chillona.

—Soy yo, Hevalino, con mis seis caballos.

—No me dejáis dormir con vuestro piafar y resoplar —se quejó el pájaro—. Si no duermo, no puedo ver ni el pasado ni el futuro. Si no os marcháis y me dejáis descansar, me consumiré.

—Van a venir a matarte —le advirtió Hevalino—. Más te vale quedarte despierto. Oí a alguien decir que iban a untarte con manteca para asarte, a rellenarte de perejil y cebollas y a devorarte.

El ave corpulenta lanzó una mirada aprensiva a Hevalino, que no le quitaba ojo.

—¿Y cómo lo sabes? —siseó el pájaro—. A ver, dímelo.

—Estás demasiado gordo para volar —prosiguió Hevalino sin darle tregua—. Si lo intentaras, serías como un sapo rollizo bailando su danza de la muerte.

—¿Cómo lo sabes? —chilló el pájaro—. No es posible que sepan dónde estoy. Llevo aquí setenta y siete años.

—Todavía no lo saben... todavía no. —Hevalino tenía el rostro pegado al pico abierto del pájaro; sus labios estaban tensos, y

mostraban sus largos dientes de loba.

El corpezuelo rechoncho del pájaro temblaba como un flan.

—¿Qué quieres de mí?

En el rostro de Hevalino se dibujó una especie de sonrisa retorcida.

—Ah, eso me gusta más.

Ella y los seis caballos dieron otra vuelta alrededor del pájaro, observándolo con sus ojos saltones e implacables.

—Quiero saber exactamente qué está pasando en la casa —dijo—. Y deprisa.

El pájaro miró en derredor con ojos espantados, pero los caballos se habían sentado. No tenía escapatoria. Estaba bañado en sudor y las plumas se le pegaban, empapadas, al abultado barrigón.

—No te lo puedo decir —prorrumpió por fin—. Algo terrible nos ocurrirá a todos si os digo lo que veo.

—Te untarán con manteca para asarte y te comerán —le advirtió Hevalino.

—¡Estás loca! ¿Por qué quieres saber cosas que no te incumben?

—Estoy esperando —dijo Hevalino. Un temblor espamódico recorrió el cuerpo del ave, que volvió los ojos, ahora desorbitados y ciegos, hacia el este.

—Están cenando —dijo al fin, y una enorme polilla negra escapó volando de su boca—. La mesa está puesta para tres. Mildred y su marido han empezado a tomarse la sopa. Ella lo mira con recelo.

—Hoy me he encontrado algo repelente en el jardín —dice ella, posando la cuchara en la mesa; dudo que vaya a comer nada más.

—¿El qué? —le pregunta él—. ¿Por qué estás tan enfadada?

—Miss Myrtle acaba de entrar en el comedor. Mira a uno y a otro. Parece adivinar el tema de conversación, porque ha exclamado:

—Desde luego, Philip, creo que debería usted tener más cuidado con las criaturas que deja entrar en el jardín.

—¿Pero de qué me están hablando? —replica él, furioso—. ¿Cómo pretenden que le impida el paso a algo si ni siquiera sé lo que es?

—Era una criatura de aspecto desagradable, medio desnuda, que se quedó atrapada entre las zarzas. Tuve que apartar la vista.

—Y ¿supongo que liberarían ustedes a la criatura?

—Desde luego que no. Me pareció perfectamente adecuado dejarla tal y como estaba. A juzgar por la cruel expresión de su rostro, me temo que nos hubiera hecho mucho daño.

—¡Cómo! ¿Dejaron a la pobre criatura atrapada entre las zarzas? Mildred, a veces me das asco. Estoy harto de que te pasees por el pueblo molestando a los pobres con tus sermones piadosos, y que ahora te encuentres a una pobre criatura atrapada en tu jardín y lo único que hagas sea estremecerte de falsos escrúpulos.

—Mildred ha lanzado un grito, y se cubre el rostro, escandalizada, con un pañuelo no muy limpio.

—Philip, ¿por qué me dices esas cosas tan crueles a mí, tu propia mujer?

—Philip hace un gesto de resignada exasperación y le ruega:

—Trata de describirme a la criatura. ¿Era un animal o una mujer?

—No puedo contarte nada más —solloza ella—. Después de lo que me has dicho, creo que voy a desmayarme.

—Debería usted ser más cuidadoso —susurra miss Myrtle—. En su frágil estado...

—¿A qué se refiere con «frágil estado»? —pregunta Philip, molesto—. Ojalá la gente dijera con claridad lo que piensa.

—Bueno, no me diga usted que no lo sabe —se admira miss Myrtle con una sonrisa tonta—. Va usted a ser papá dentro de poco...

—Philip palidece de ira.

—No voy a soportar estas mentiras fatuas. Es absolutamente imposible que Mildred esté embarazada. No se ha dignado a venir a mi lecho en los últimos cinco años y, a menos que el Espíritu Santo haya entrado en esta casa, no sé cómo puede haber ocurrido tal cosa, porque Mildred es de una virtud insufrible y no puedo imaginármela abandonándose a nadie.

—Mildred, ¿es eso cierto? —pregunta miss Myrtle, temblando de deliciosa expectación.

—Mildred gimotea.

—Es un mentiroso. Voy a tener un precioso bebé dentro de tres meses.

—Philip arroja la cuchara y la servilleta y se levanta.

—Por séptima vez en siete días, voy a terminarme la cena arriba

—anuncia y se detiene un instante, como si sus palabras hubieran despertado un recuerdo adormecido. Sacude la cabeza y se desembaraza de él—. Lo único que te pido es que no vengas detrás de mí lloriqueando —le espeta a su esposa y abandona la estancia.

—Ella empieza a llamarlo.

—Philip, mi maridito adorado; vuelve aquí y cómete la sopa, te prometo que voy a dejar de portarme mal.

—Demasiado tarde —exclama Philip desde la escalera—, ya es demasiado tarde.

—Philip sube despacio hasta el último piso de la casa con la mirada perdida. Tiene el rostro crispado, como si se esforzara por escuchar unas voces que conversaran a lo lejos, entre las pesadillas y la indiferente realidad. Llega hasta el desván, donde se sienta en un baúl viejo. Creo que el baúl está lleno de encajes antiguos, calzones con puntillas y vestidos. Pero están viejos y raídos; una polilla negra está ahora mismo dándose un festín con ellos, mientras Philip está allí sentado, mirando hacia la ventana. Contempla un erizo disecado que descansa sobre la repisa de la chimenea y que parece consumido por el sufrimiento. Philip siente que se asfixia en la atmósfera del desván; abre la ventana de par en par y lanza un largo...

* * *

Aquí se detuvo el pájaro y un relincho largo y escalofriante desgarró la noche. Los seis caballos se pusieron en pie y respondieron con sus voces lacerantes. Hevalino se quedó helada, con los labios apretados y los ollares palpitantes. «Philip, el amigo de los caballos...» Los seis corceles emprendieron un galope atronador hacia el establo, como si obedecieran a una llamada ancestral. Hevalino, con un suspiro estremecido, los siguió, con la cabellera flotando al viento.

Philip se hallaba junto a la puerta cuando llegaron. Tenía la cara pálida y luminosa como la nieve. Contó siete caballos cuando pasaron al galope junto a él. Al séptimo lo agarró por las crines y se encaramó a su grupa. La yegua corrió como si fuera a estallarle el corazón. Y durante todo aquel tiempo, Philip se sintió embriagado

por un inmenso éxtasis de amor; sintió como si hubiera crecido a lomos de aquella hermosa jaca negra, como si ambos fueran una sola criatura.

Al despuntar el alba, todos los caballos habían regresado a su lugar. Y el menudo y arrugado mozo de cuadra les cepillaba el sudor y el barro acumulados por la noche. Su rostro agrietado sonreía sabiamente mientras almohazaba a los animales con infinito cuidado. No acusó la presencia de su señor, que se hallaba de pie y solo en una caballeriza vacía, pero sabía que estaba allí.

—¿Cuántos caballos tengo? —preguntó Philip por fin.

—Seis, señor —respondió el mozo sin dejar de sonreír.

Aquella noche, el cadáver de Mildred fue hallado junto a los establos. Daba la impresión de que las bestias la hubieran pisoteado hasta matarla... y eso que «son todos mansos como corderos», dijo el mozo de cuadra. Si Mildred estaba embarazada, no había ni rastro de ello cuando la introdujeron en su respetable ataúd negro. Sin embargo, nadie encontró explicación para la presencia del potrillo deforme que apareció en la desocupada séptima caballeriza.

DERECHOS DE AUTOR
Y FUENTES DE LAS HISTORIAS



Todos los relatos de esta antología se encuentran en dominio público, a no ser que se indique lo contrario. Se ha hecho todo lo posible por localizar a los titulares de los derechos de autor, y el editor se disculpa por cualquier error u omisión, y agradecerá que se le notifique cualquier dato que necesite ser corregido, para incorporarlo a reimpressiones o ediciones futuras. A continuación, se detallan los datos de la primera publicación de cada historia y las fuentes utilizadas. Aparecen listadas por orden alfabético en función de la autora.

«El obispo del infierno» («The Bishop of Hell»), de Marjorie Bowen, publicado por primera vez en *The Blue Magazine* , septiembre de 1925, y recopilado en *The Gorgeous Lovers and Other Stories* (Londres: Bodley Head, 1929).

«Una revelación» («A Revelation»), de Mary E. Braddon, publicado por primera vez en *The Mistletoe Bough*, Navidades de 1888, y recopilado en *The Cold Embrace and Other Uncollected Ghost Stories* , editado por Richard Dalby (Ashcroft, Canadá: Ash-Tree Press, 2000).

«Una Navidad en la niebla» («Christmas in the Fog»), de Frances Hodgson Burnett, publicado por primera vez en *Good Housekeeping* , diciembre de 1914.

«El séptimo caballo» («The Seventh Horse»), de Leonora Carrington, publicado por primera vez en *VVV #2-3*, 1943 y recopilado en *The Seventh Horse and Other Tales* (Nueva York: E.P. Dutton, 1988). Reimprimido con permiso de los herederos de la autora.

«El ángel del escultor» («The Sculptor's Angel»), de Marie Corelli, publicado por primera vez en *Nash's Magazine* , diciembre de 1913 y recopilado en *The Love of Long Ago and Other Stories* (Londres: Methuen, 1920).

«Los indeseados» («The Unwanted»), de Mary Elizabeth Counselman, publicado por primera vez en *Weird Tales* , enero de 1951. Ha sido imposible localizar a los herederos de la autora.

«Dama Blanca» («White Lady»), de Sophie Wenzel Ellis, publicado por primera vez en *Strange Tales* , enero de 1933. No hay constancia de que se hayan renovado los derechos de autor.

«La melodía maravillosa» («The Wonderful Tune»), de Jessie Douglas Kerruish, publicado por primera vez en *At Dead of Night* , editado por Christine Campbell

Thomson (Londres: Selwyn & Blount, 1931).

«El tapete» («The Antimacassar»), de Grege La Spina, publicado por primera vez en *Weird Tales* , mayo de 1949.

«El piso encantado» («The Haunted Flat»), de Marie Belloc Lowndes, publicado por primera vez en *The Grand Magazine* , agosto de 1920.

«De entre los muertos» («From the Dead»), de Edith Nesbit, publicado por primera vez en *Illustrated London News* , 8 de septiembre de 1892 y recopilado en *Grim Tales* (Londres: A.D. Innes, 1893).

«La risa» («The Laughing Thing»), de G. G. Pendarves, publicado por primera vez en *Weird Tales* , mayo de 1929.

«Una circe moderna» («A Modern Circe»), de Alicia Ramsey, publicado por primera vez en *The Novel Magazine* , diciembre de 1919.

«La Isla de las Manos» («Island of the Hands»), de Margaret St. Clair, publicado por primera vez en *Weird Tales* , septiembre de 1952, y recopilado en *Three Worlds of Futurity* (Nueva York: Ace Books, 1964).

«La naturaleza de las pruebas» («The Nature of the Evidence»), de May Sinclair, publicado por primera vez en *Fortune* , mayo de 1923 y recopilado en *Uncanny Stories* (Londres: Hutchinson, 1923).

«A la luz de las velas» («Candlelight»), de lady Eleanor Smith, publicado por primera vez en *The Story-teller* , marzo de 1931 y recopilado en *Satan's Circus and Other Stories* (Londres: Gollancz, 1932).

Reinas del abismo



Con frecuencia se acepta que durante el siglo XIX y principios del XX fueron los escritores varones quienes desarrollaron y ampliaron el horizonte de los relatos atroces de misterio, y que las mujeres escritoras se limitaron a seguir su estela. ¡Nada más lejos de la realidad! La antología que hoy presentamos reúne las contribuciones de dieciséis maestras y amantes del miedo exquisito; muchos de cuyos nombres se perdieron en las revistas *pulp* y *underground* de principios de siglo. Por fin podremos conocer el lado oscuro de *El jardín secreto*, de Frances Hodgson Burnett, y en qué consistían las pesadillas de la mismísima Marie Corelli. Escucharemos cautivados, a la par que temerosos, las voces de las escritoras que poblaron las páginas de la revista *Weird Tales*, como Sophie Wenzel Ellis.

VV.AA.

1. *Una revelación* | Mary E. Braddon
2. *El ángel del escultor* | Marie Corelli
3. *De entre los muertos* | Edith Nesbit
4. *Una Navidad en la niebla* | Frances Hodgson Burnett
5. *El piso encantado* | Marie Belloc Lowndes
6. *Una circe moderna* | Alicia Ramsey
7. *La naturaleza de las pruebas* | May Sinclair
8. *El obispo del infierno* | Marjorie Bowen
9. *El tapete* | Grege La Spina
10. *Dama blanca* | Sophie Wenzel Ellis
11. *La risa* | G. G. Pendarves
12. *A la luz de las velas* | Lady Eleanor Smith
13. *La melodía maravillosa* | Jessie Douglas Kerruish
14. *La isla de las manos* | Margaret St. Clair
15. *Los indeseados* | Mary Elizabeth Counselman
16. *El séptimo caballo* | Leonora Carrington

Título original: *Queens of the Abyss*

Publicado por primera vez en The British Library, 2020

Edición en ebook: noviembre de 2020

Copyright © Mike Ashley, 2020

Copyright de la traducción © Alicia Frieyro, 2020, por «Una revelación», «De entre los muertos», «El piso encantado»; © Olalla García, 2020, por «El ángel del escultor», «Dama Blanca», «A la luz de las velas»; © Sara Lekanda, 2020, por «El tapete», «La risa», «Los indeseados»; © Alba Montes, 2020, por «Una circe moderna», «La naturaleza de las pruebas», «La Isla de las Manos», «El séptimo caballo»; © Consuelo Rubio, 2020, por «Una Navidad en la niebla», «El obispo del infierno», «La melodía maravillosa»

Copyright de la ilustración de portada © Composición del equipo de diseño de Impedimenta sobre Clare Luce with Boudoir Doll Collection, Paris, 1922

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2020

Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías

Corrección: Andrea Toribio y Laura M. Guardiola

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-82-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

[Portada](#)

[Reinas del abismo](#)

[Introducción](#)

[Reinas del abismo](#)

[Una revelación. Mary E. Braddon](#)

[El ángel del escultor. Marie Corelli](#)

[De entre los muertos. Edith Nesbit](#)

[Una Navidad en la niebla. Frances Hodgson Burnett](#)

[El piso encantado. Marie Belloc Lowndes](#)

[Una circe moderna. Alicia Ramsey](#)

[La naturaleza de las pruebas. May Sinclair](#)

[El tapete. Grege La Spina](#)

[Dama Blanca. Sophie Wenzel Ellis](#)

[La risa. G. G. Pendarves](#)

[A la luz de las velas. Lady Eleanor Smith](#)

[La melodía maravillosa. Jessie Douglas Kerruish](#)

[La Isla de las Manos. Margaret St. Clair](#)

[Los indeseados. Mary Elizabeth Counselman](#)

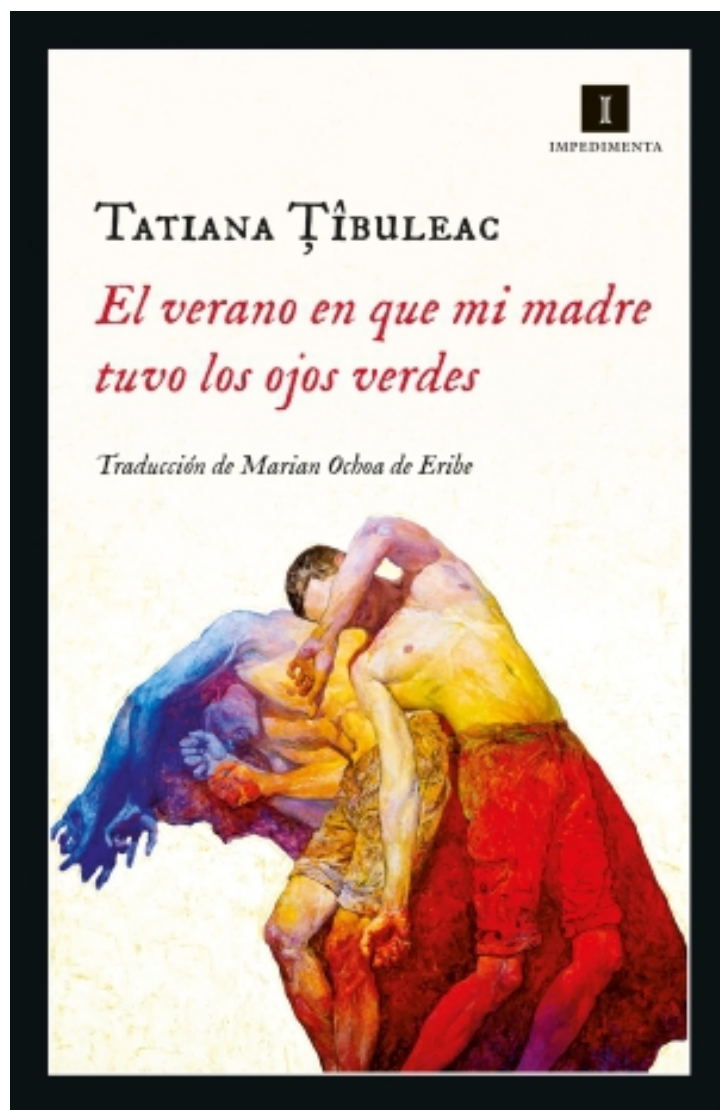
[El séptimo caballo. Leonora Carrington](#)

[Derechos de autor y fuentes de las historias](#)

[Sobre este libro](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)



El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes

Tibuleac, Tatiana

9788417553159

256 Páginas

[Compralo y empieza a leer](#)

Premio *Las Librerías Recomiendan* 2020 Ficción.

Premio *Cálamo* al mejor libro del año 2019.

Aleksy aún recuerda el último verano que pasó con su madre.

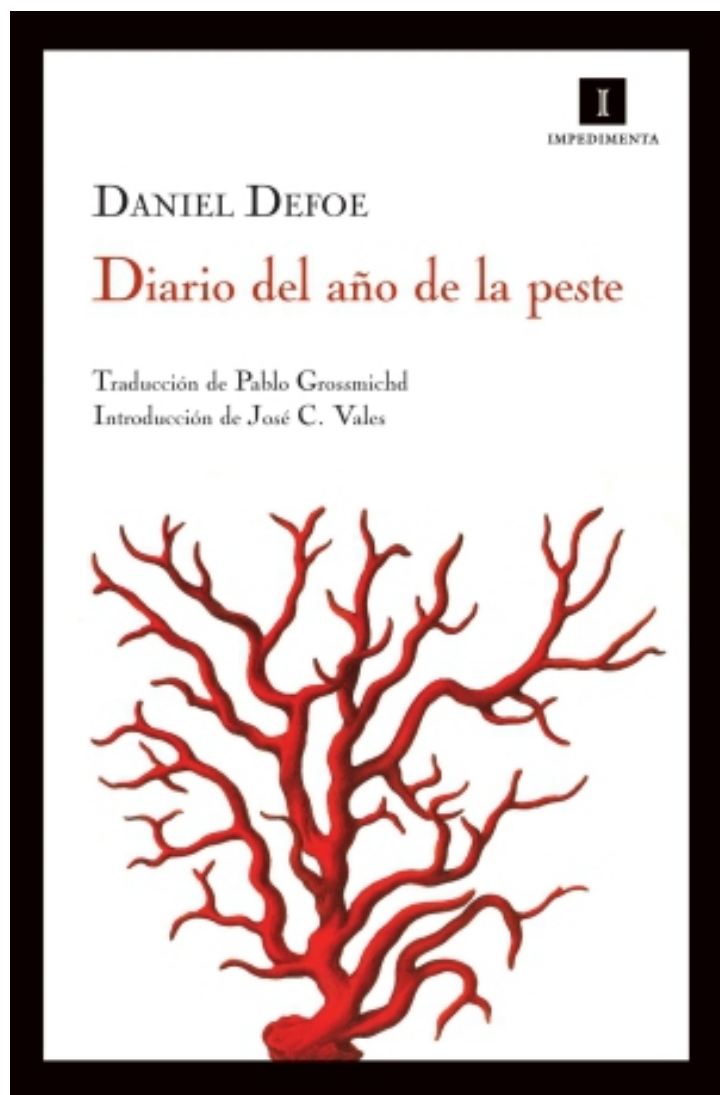
Han transcurrido muchos años desde entonces, pero, cuando su psiquiatra le recomienda revivir esa época como posible remedio al bloqueo artístico que está sufriendo como pintor, Aleksy no tarda en sumergirse en su memoria y vuelve a verse sacudido por las emociones que lo asediaron cuando llegaron a aquel pueblecito vacacional francés: el rencor, la tristeza, la rabia.

¿Cómo superar la desaparición de su hermana? ¿Cómo perdonar a la madre que lo rechazó? ¿Cómo enfrentarse a la enfermedad que la está consumiendo?

Este es el relato de un verano de reconciliación, de tres meses en los que madre e hijo por fin bajan las armas, espoleados por la llegada de lo inevitable y por la necesidad de hacer las paces entre sí y consigo mismos.

Plena de emoción y crudeza, Tatiana Tîbuleac muestra una intensísima fuerza narrativa en este brutal testimonio que conjuga el resentimiento, la impotencia y la fragilidad de las relaciones materno-filiales. Una poderosa novela que entrelaza la vida y la muerte en una apelación al amor y al perdón. Uno de los grandes descubrimientos de la literatura europea actual.

[!\[\]\(10f8862fc183b400327470ea85afe9ae_img.jpg\)mpralo y empieza a leer](#)



Diario del año de la peste

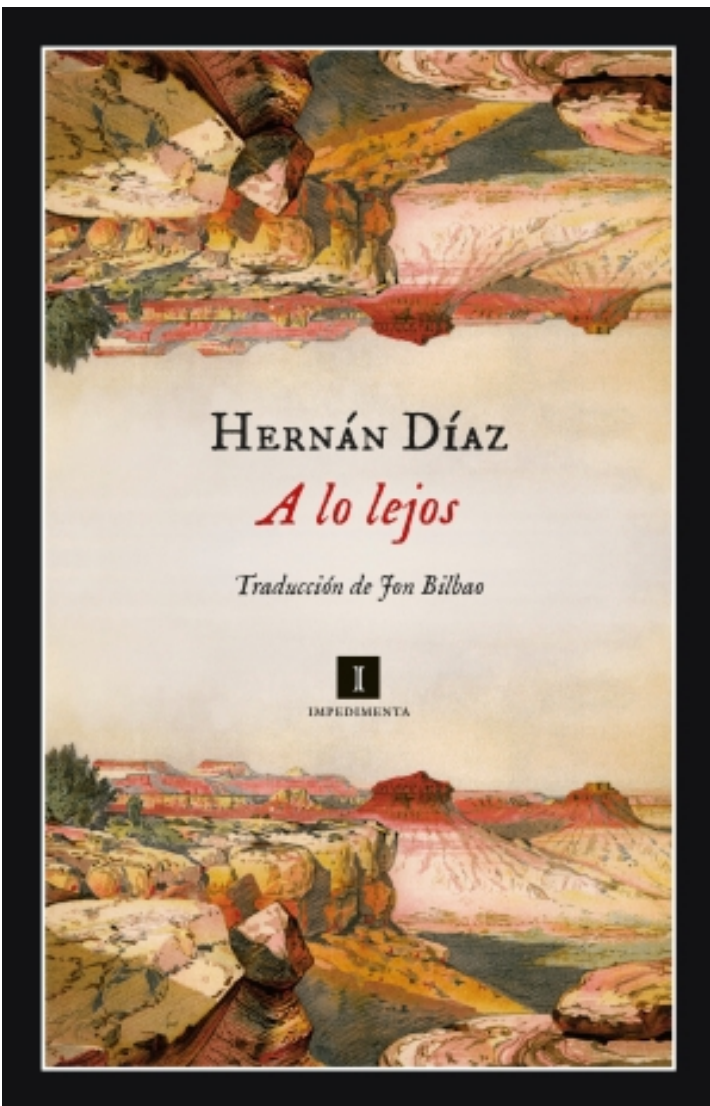
Defoe, Daniel
9788415130901
328 Páginas

[Compralo y empieza a leer](#)

Considerado una de las cumbres de la literatura inglesa de todos los tiempos, *Diario del año de la peste* es un escalofriante relato novelado en el que se describen con crudeza los horribles acontecimientos que coincidieron con la epidemia de peste que asoló Londres y sus alrededores entre 1664 y 1666.

Daniel Defoe, con precisión de cirujano, se convierte en testigo de los comportamientos humanos más heroicos pero también de los más mezquinos: siervos que cuidan abnegadamente de sus amos, padres que abandonan a sus hijos infectados, casas tapiadas con los enfermos dentro, ricos huyendo a sus casas de campo y extendiendo la epidemia allende las murallas de la ciudad. *Diario del año de la peste* es una narración dramática y sobrecogedora, con episodios que van de lo emotivo a lo terrorífico, un relato preciso y sin concesiones de una altura literaria que todavía hoy es capaz de conmovernos hasta las lágrimas.

[Compralo y empieza a leer](#)



A lo lejos

Díaz, Hernán

9788417553616

344 Páginas

[Compralo y empieza a leer](#)

Håkan Söderström, conocido como "el Halcón", un joven inmigrante sueco que llega a California en plena Fiebre del Oro, emprende una peregrinación imposible en dirección a Nueva York, sin hablar el idioma, en busca de su hermano Linus, a quien perdió cuando embarcaron en Europa.

En su extraño viaje, Håkan se topará con un buscador de oro irlandés demente y con una mujer sin dientes que lo viste con un abrigo de terciopelo y zapatos con hebilla. Conocerá a un naturalista visionario y se hará con un caballo llamado Pingo. Será perseguido por un sheriff sádico y por un par de soldados depredadores de la guerra civil. Atrapará animales y buscará comida en el desierto, y finalmente se convertirá en un proscrito. Acabará retirándose a las montañas para subsistir durante años como trampero, en medio de la naturaleza indómita, sin ver a nadie ni hablar, en una suerte de destrucción planeada que es, al mismo tiempo, un renacimiento.

Pero su mito crecerá y sus supuestas hazañas lo convertirán en una leyenda.

Una novela llamada a reinventar un género. Un western atmosférico en el que cantinas, vagones mineros, indios y buscadores de oro conviven en místicos espacios silenciosos que nos traen a la memoria a Cormac McCarthy y las aventuras del trampero Jeremiah Johnson.

[Compralo y empieza a leer](#)



Soy un gato

Soseki, Natsume

9788415130888

656 Páginas

[Compralo y empieza a leer](#)

"Soy un gato, aunque todavía no tengo nombre". Así comienza la primera y más hilarante novela de Natsume Soseki, una auténtica obra maestra de la literatura japonesa, que narra las aventuras de un desdeñoso felino que cohabita, de modo accidental, con un grupo de grotescos personajes, miembros todos ellos de la bienpensante clase media tokiota: el dispéptico profesor Kushami y su familia, teóricos dueños de la casa donde vive el gato; el mejor amigo del profesor, el charlatán e irritante Meitei; o el joven estudioso Kangetsu, que día sí, día no, intenta arreglárselas para conquistar a la hija de los vecinos. Escrita justo antes de su aclamada novela Botchan, Soy un gato es una sátira descarnada de la burguesía Meiji. Dotada de un ingenio a prueba de bombas y de un humor sardónico, recorre las peripecias de un voluble filósofo gatuno que no se cansa de hacer los comentarios más incisivos sobre la disparatada tropa de seres humanos con la que le ha tocado convivir.

[Compralo y empieza a leer](#)



Corazón que ríe, corazón que llora

Condé, Maryse

9788417553111

176 P  ginas

[!\[\]\(74d4806277d7e73349d8e8c0897931e9_img.jpg\)mpralo y empieza a leer](#)

No es fácil vivir entre dos mundos, y la niña Maryse lo sabe.

En casa, en la isla caribeña de Guadalupe, sus padres se niegan a hablar criollo y se enorgullecen de ser franceses de pura cepa, pero, cuando la familia visita París, la pequeña repara en cómo los blancos los miran por encima del hombro.

Eternamente a caballo entre la lágrima y la sonrisa, entre lo bello y lo terrible, en palabras de Rilke, asistimos al relato de los primeros años de Condé, desde su nacimiento en pleno Mardi Gras, con los gritos de su madre confundándose con los tambores del carnaval, hasta el primer amor, el primer dolor, el descubrimiento de la propia negritud y de la propia feminidad, la toma de conciencia política, el surgimiento de la vocación literaria, la primera muerte. Estos son los recuerdos de una escritora que, muchos años después, echa la vista atrás y se zambulle en su pasado, buscando hacer las paces consigo misma y con sus orígenes.

Profunda e ingenua, melancólica y ligera, **Maryse Condé, la gran voz de las letras antillanas**, explora con una honestidad conmovedora su infancia y su juventud. Un magistral ejercicio de autodescubrimiento que constituye una pieza clave de toda su producción literaria, que le ha valido el **Premio Nobel Alternativo de Literatura 2018**.

[Compralo y empieza a leer](#)